HISTORIA DE LA IGLESIA EN FILIPINAS

Lucio Gutiérrez

COLECCIONES MAPFRE 1492

Filipinas fue la última colonia en incorporarse a la Corona española y también la última que ésta perdió. La conquista de las islas fue generalmente pacífica y la lucha por la justicia y los derechos de los nativos más acentuada, puesto que tanto a los conquistadores como a los misioneros les respaldaba la experiencia de América. La conversión de los naturales fue llevada a cabo por cinco órdenes religiosas: agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos y recoletos. La iglesia en Filipinas se preocupó muy pronto por la formación del clero nativo y participó en la defensa del archipiélago, amenazado por los holandeses, los piratas y los musulmanes. La labor evangelizadora se proyectó en el exterior, principalmente en Japón, China y Formosa. Manila fue sede metropolitana y la ciudad acogió un sínodo (1581-1586), que desarrolló doctrina sobre la legitimidad de la conquista española en Filipinas. El autor realiza en esta obra un amplio y completo estudio sobre la historia de la Iglesia en Filipinas.

Rvdo. P. Lucio Gutiérrez (Caleruega - Burgos, 1938). Doctor en Historia de la Iglesia. Profesor de la Universidad de Santo Tomás de Manila. Editor de *Philippiniana Sacra*. Obras: *El monarquismo romano y San Jerónimo* (1971), *Domingo de Salazar, O. P. (1512-1594), Primer obispo de Manila* (1979).



Colección Iglesia Católica en el Nuevo Mundo

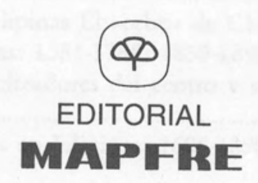
HISTORIA DE LA IGLESIA EN FILIPINAS
(1565-1900)

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Alberto de la Hera
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-451-8
Depósito legal: M. 24461-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

LUCIO GUTIÉRREZ

HISTORIA DE LA IGLESIA EN FILIPINAS (1565-1900)



Director coordinador: [illegible]
Director de Colección: Alberto de la Hera
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-451-8
Depósito legal: M. 24461-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, [illegible] (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

APÉNDICES

PRÓLOGO

El padre Lucio Gutiérrez, autor del libro que ahora muestra al público, me ha rogado que lo presente con una breve *Introducción*; y lo hago con mucho gusto, pues no en vano hemos sido por largo tiempo compañeros de fatigas en nuestros quehaceres históricos sobre Filipinas.

El padre Gutiérrez, como bien puede comprobar el lector si se detiene a leer las notas, cita a quien esto escribe con bastante frecuencia. En efecto, hacia 1957 concebí la idea de escribir un libro de texto sobre *Historia Eclesiástica de Filipinas* al haberme sido confiada la enseñanza de esta asignatura en la facultad de Teología de la Universidad de Santo Tomás de Manila y, para ello, no encontraba un libro de texto que mereciera el nombre de tal, aunque sí bastante material no sistematizado.

En el año 1966, a raíz del cuarto centenario de la evangelización de Filipinas, me decidí a poner manos a la obra, la cual, traducida al inglés, vio la luz pública periódicamente durante los años 1970 a 1974, y posteriormente se convirtió en libro formal en 1979. Mi deseo, no obstante, era su publicación en español, pero no hubo oportunidad para ello.

Ahora, con motivo de la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América —que en sentido lato incluye también a Filipinas, como apéndice glorioso— mi deseo se va a cumplir, aunque no sea ni hecho por mí (sino por el padre Lucio Gutiérrez), ni como yo lo planeé (en forma de libro de texto).

La adquisición de Filipinas para España cierra como broche de oro la gran época de descubrimientos y conquistas españolas, y bien me-

rece por lo tanto participar en tan notable celebración. Además, sin nuestra presencia en estas remotas islas del Extremo Oriente, no se podría decir con verdad que en los dominios de España nunca se ponía el sol, ni la influencia de España se hubiera extendido a estas legendarias tierras del continente asiático.

El padre Gutiérrez, con un estilo menos sobrio quizá que el mío, pero ciertamente más amplio, fluido y vigoroso, describe extensamente los tópicos más salientes de la presencia de España y de la Iglesia en Filipinas. Así van sucediéndose uno tras otro y, a veces, simultáneamente, hechos y realizaciones que tuvieron por teatro el tiempo de tres siglos largos y por escenario una parte del continente asiático y de Oceanía.

El orden que sigue es lógico: primero la religión y culto de los nativos antes de la predicación evangélica; luego el descubrimiento, conquista y colonización, y en tercer término la conversión de los naturales, realizada por cinco prominentes órdenes religiosas: agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos y recoletos. También discute temas de capital interés en la historia eclesiástica de Filipinas, como son la formación del clero nativo, la secularización de las parroquias, el Real Patronato y la Visita diocesana, las obras de caridad, la defensa del archipiélago amenazado por holandeses, piratas y musulmanes y, por fin, entre otras materias que no mencionaremos aquí, la proyección misional al exterior, principalmente hacia Japón, China y Formosa.

A lo largo de la obra se enfatizan puntos que asemejan y distinguen la conquista y evangelización de Filipinas de las de las Américas. En Filipinas la conquista fue generalmente pacífica —tanto que, a finales de su reinado, con el propósito de acallar escrúpulos y disipar dudas, Felipe II pidió a los filipinos que prestasen voluntario vasallaje a la Corona de España— y la lucha por la justicia y derechos de los nativos más acentuada, pues no en vano conquistadores y misioneros estaban respaldados por la experiencia de América y por el desarrollo de un sistema jurídico que podríamos clasificar como perfecto, y que fue traducido aquí en hechos y llevado a la práctica con una tenacidad, celo y constancia ejemplares.

Fue Filipinas «la Benjamina» del imperio español ultramarino, la última en adquirirse y, con Cuba y Puerto Rico, la postrera en perderse; pérdida dolorosa pero necesaria en el desenvolvimiento histórico de las naciones. De ello trata el autor en el último capítulo, y con él cie-

rra el ciclo de la labor de España en Filipinas, la cual justamente ha merecido ser llamada por la belleza de sus islas y fertilidad de su suelo y, sobre todo, por la buena disposición e índole de sus habitantes, «la Perla del Oriente».

Pablo Fernández, O.P.
Universidad de Santo Tomás, Manila
Julio, 1991

por eso lo [illegible] nuestro [illegible] dido decir [illegible] en que no se ponía el sol, si la influencia de España se hubiera extendido a estas [illegible] nas tierras del continente asiático.

El padre [illegible], con un estilo menos sobrio quizá que el mío, pero [illegible] más amplio, fluido y vigoroso, describe extensamente los [illegible] salientes de la presencia de España y de la Iglesia en Filipinas. Así van sucediéndose, uno tras otro y, a veces, simultáneamente, hechos y realizaciones que tuvieron por marco el tiempo de tres siglos largos y por escenario una parte del continente asiático y de Oceanía.

El orden que sigue es lógico: primero la religión y culto de los nativos antes de la predicación evangélica; luego el descubrimiento, conquista y colonización, y en tercer término la conversión de los naturales, realizada por cinco prominentes órdenes religiosas: agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos y recoletos. También discute temas de capital interés en la historia eclesiástica de Filipinas, como son la formación del clero nativo, la secularización de las parroquias, el Real Patronato y la Visita diocesana, las obras de caridad, la defensa del archipiélago amenazado por holandeses, piratas y musulmanes y, por fin, entre otras muchas que no mencionaremos aquí, la proyección misional al exterior, principalmente hacia Japón, China y Formosa.

A lo largo de la obra se enfatizan puntos que asemejan y distinguen la conquista y evangelización de Filipinas de las de las Américas. En Filipinas la conquista fue generalmente pacífica —tanto que, a finales de su reinado, con el propósito de acallar escrúpulos y disipar dudas, Felipe II pidió a los filipinos que prestasen voluntario vasallaje a la Corona de España— y la lucha por la justicia y derechos de los nativos más acentuada, pues en un todo conquistadores y misioneros estaban respaldados por la experiencia de América y por el desarrollo de un sistema jurídico que podríamos clasificar como perfecto, y que fue traducido aquí en hechos y llevado a la práctica con una tenacidad, celo y constancia ejemplares.

Fue Filipinas «la Benjamina» del imperio español ultramarino, la última en adquirirse y, con Cuba y Puerto Rico, la postrera en perderse; pérdida dolorosa pero necesaria en el desenvolvimiento histórico de las naciones. De ello trata el autor en el último capítulo, y con él cie-

Capítulo I

SITUACIÓN RELIGIOSA DE FILIPINAS A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Cuando llegó el Evangelio a Filipinas en el siglo XVI las creencias y prácticas religiosas de sus habitantes eran variadas y multiformes. Filipinas presentaba un mosaico de ritos y cultos religiosos. Al igual que en otros países del mundo, existían religiones y costumbres que influían profundamente en la vida de sus habitantes. El ámbito religioso filipino era un mundo, por otra parte nebuloso.

La existencia de tantas y tan variadas creencias se daba por la fragmentación política y social del país. Si la conquista fue facilitada por la falta de unidad política y social, el triunfo del cristianismo se debió también a la división religiosa y cultural.

Situación política y social

A la llegada de los españoles la unidad política y social más importante era el *barangay*, nombre original del barco que había traído a los primeros inmigrantes malayos a Filipinas. Se componía el barangay de 30 a 100 familias. Era una unidad de gobierno basada en la sangre y el parentesco familiar. Quizá algunos barangays, como los de Cebú, Manila, Vigan y otros lugares, llegaban a dos mil personas, pero generalmente eran pequeños y sin relación básica entre unos y otros [1].

En el barangay había diferentes clases sociales. La cima de la escala social la ocupaban los jefes o *datus*. Inmediatamente debajo de

[1] Cfr. J.L. Phelan, *The Hispanization of the Philippines. Spanish Aims and Filipino Responses, 1565-1700*, University of Wisconsin Press, Madison, 1959, p. 15.

ellos los nobles o *maharlika*. En una escala más inferior los libres o *timawa*. Y en la útlima los *alipin*, a quienes los españoles llamaron esclavos y los modernos historiadores quieren definir como clase dependiente. Esta última clase se dividía a la vez en dos bien distintas: los siervos propiamente hablando o *alipin namamahay* y los esclavos en el sentido estricto de la palabra, o *alipin saguiguilir*.

No viene ahora al caso discutir la validez de estas distinciones ni su precisión social e histórica. Estas divisiones las estableció fray Juan de Plasencia, el historiador antropólogo franciscano que hizo estudios especiales y escribió en 1589 la obra clásica *Costumbres de los Tagalos* [2]. Plasencia tradujo a términos castellanos lo que para él era la realidad o el contenido social de las palabras tagalas. Quizá Plasencia impregnó de sentido medieval lo que en Filipinas no tenía esa misma significación.

Las relaciones entre los diferentes barangays estaban marcadas, generalmente, por la guerra abierta. De las cosas que más extrañaron en Filipinas a los primeros misioneros y conquistadores destacan las continuas guerras que asolaban el país. En opinión de Juan González de Mendoza, en su *Historia*, uno de los mayores bienes que la llegada de los españoles aportó al país fue el acabar con tantas guerras tribales.

España no encontró en Filipinas reyes ni príncipes. Faltaba en el país una autoridad central y eso mismo determinó que los españoles, pocos como eran, conquistaran el país con facilidad y rapidez.

Esta fragmentación política y social se explica por la fragmentación geográfica de Filipinas. El país se compone hoy día de más de 7.100 islas. Es uno de los grandes archipiélagos de la humanidad. Las islas están separadas por mares profundos y peligrosos incluso para la navegación moderna. Esto impidió la formación de confederaciones extrainsulares. Algunas de las islas del país son enormes masas de tierra, como las islas de Luzón y Mindanao, mientras que otras son pequeños pedazos de tierra, islotes insignificantes perdidos en la inmensidad del océano Pacífico y del mar de la China. Solamente 10 islas tienen una extensión mayor de cuatro mil kilómetros cuadrados. Las

[2] Se encuentra en F. de Santa Inés, O.F.M., *Crónica de la Provincia de San Gregorio Magno de religiosos descalzos de N.P.S. Francisco en las Islas Filipinas, China, Japón, Manila*, 2 vols., 1892, vol. II, pp. 592-603.

islas están atravesadas por cadenas montañosas de gran altura. Elevadas sierras dificultan la comunicación. Incluso hoy día muchas de estas sierras no han sido totalmente exploradas. El país, cuando llegaron los españoles, estaba escasamente poblado. Su población se calcula en unos trescientos mil habitantes. Filipinas era una selva impenetrable.

Los poblados se asentaban en los pequeños valles y, sobre todo, a lo largo de los ríos y de la costa. El río y el mar eran la fuente de alimentación y casi únicos medios de comunicación. La agricultura del país era básicamente de subsistencia. La gente se movía en busca de caza y de mayor seguridad. La civilización filipina era una civilización nómada y costera.

A esto se debía una fragmentación lingüística y cultural. Todavía existen hoy en Luzón cinco lenguas principales, varias menores y una gran variedad de dialectos. Tres son las lenguas principales de las islas Visayas, con varias menores y un buen número de dialectos. Y la isla de Mindanao, casi tan grande como la de Luzón, aunque menos poblada y desarrollada, es una Babel de lenguas y dialectos. La lengua que predominaba era el tagalo, hablada por los habitantes de Manila y provincias limítrofes. Hoy día es la lengua nacional [3].

Prácticas religiosas a la llegada de los españoles

A pesar de la gran variedad de lenguas y culturas existentes en el país, de la fragmentación político-social y del mosaico de pueblos y razas, podemos detectar ciertas características comunes en todo el país.

Los primeros filipinos creían en la existencia de un dios supremo que los tagalos llamaban *Bathala Meykapal*, los visayas *Laon*, que denota la antigüedad, o también con un nombre tan bíblico como *Abba*, y que los ilocanos y habitantes de la Cordillera Central de la isla de Luzón llamaban, y llaman hoy todavía, *Cabunian*. *Bathala* era el gran dios, creador del cielo y de la tierra, legislador, juez de vivos y muertos. Vivía en el cielo, que los filipinos llamaban *Langit* y que no po-

[3] Cfr. G.F. Zaide, *The Philippines since Pre-Spanish Times* R.B. García, Manila, 1949, pp. 67-70. E. Alip, *Philippine Civilization*, University of Santo Tomás Press, Manila, 1936, pp. 75-81.

dían definir con mucha precisión. *Bathala* era tan infinito, tan sin límites, tan potente, que el hombre no podía entrar en contacto con él. Era un dios inaccesible. Y quizá por esa misma razón no era providencial, no se preocupaba de sus criaturas [4].

Al igual que los antiguos judíos no se atrevían los filipinos ni siquiera a invocar su nombre y si alguna vez lo hacían, era con suma reverencia y gran temor. No dirigían sus oraciones a *Bathala*, no le ofrecían sacrificios, ni le rendían adoración. En sus necesidades más vitales recurrían a otros dioses inferiores a *Bathala*.

Los dioses en los que creían los filipinos del tiempo de la conquista no eran espíritus puros. A veces se disfrazaban de hombres y, como tales, estaban sometidos a grandes pasiones. Eran rencorosos y celosos y sólo se aplacaban con valiosos y largos sacrificios.

Ya dijimos al principio que el mundo religioso en Filipinas era muy rico y variado. El olimpo filipino recibía multitud de dioses distintos. Algunos dioses eran los espíritus de los antepasados o los espíritus de la naturaleza. Serán ellos los que harán vivir a los filipinos la religión con más pasión y creatividad.

El gran *Bathala* vivía en su mundo, aislado de los hombres y sin preocuparse para nada de ellos. Sin embargo, la creencia en espíritus llamados *anitos* en tagalo y *diwatas* en la lengua de los visayas, influenciaba la vida y las acciones de los habitantes de Filipinas. Los *anitos* sí entraban en contacto con el hombre. Eran intermediarios e intercesores con el gran *Bathala*. Los primeros filipinos adoraban a sus antepasados. Aquel que podía, divinizaba a sus antepasados y les rendía culto. Quizá podemos ver aquí la influencia china, aunque la divinización esta de los antepasados es una práctica bastante universalizada en la historia de las religiones [5].

Como los antiguos egipcios y babilonios, los filipinos adoraban las fuerzas de la naturaleza. Adoraban el sol, la luna y las estrellas. Adoraban los astros, el mar, la tierra, los montes, los cabos, los lagos, los bosques, el bambú y un árbol llamado *balete*. Todavía hoy, en nuestro contacto personal con muchos cristianos, incluso de gran nivel

[4] Para el estudio de la religión primitiva de Filipinas ver M. de Loarca, «Relación de las Islas Filipinas» en E.H. Blair & J.A. Robertson, *The Philippines Islands, 1493-1898*, Cleveland, 1905-1909 (55 vols.), vol. V, pp. 34-187. Se citará en nuestra obra como *BRPI*.

[5] Cfr. Loarca, *op. cit.*, pp. 172-174.

cultural, vemos sus creencias en los *anitos* que viven en el bosque y el *balete*.

Los espíritus buenos eran los antepasados filipinos y los malos los espíritus de sus enemigos. Los malos se llamaban *mangalos* y los anitos sostenían contra ellos una continua lucha. Los buenos eran como nuestros ángeles custodios. Como los *anitos* eran los que determinaban la vida del hombre, éste trataba a toda costa de tenerlos a su favor. Había *anitos* para todas las ocasiones y para todas las necesidades de la vida. La religión tendía a ser egoísta. Se cumplía el principio latino de *do ut des*, «te doy adoración para que me concedas lo que te pido o me protejas en mis necesidades».

Los primeros habitantes de Filipinas labraban imágenes en honor de los *anitos*. Las había de oro, metales preciosos, marfil, piedra y, más comúnmente, de madera. Los primeros misioneros que entraron en contacto con los filipinos del tiempo de la conquista nos dicen que había casas donde se encontraban más de doscientas imágenes. A estas imágenes las llamaban también *anitos*.

Serán estas circunstancias las que incidirán en la gran batalla entre el cristianismo y el politeísmo primitivo filipino. Después de cuatrocientos años de cristianismo, sobre todo en las zonas rurales, encontramos vestigios de anitismo. Existe un fondo de politeísmo y de miedo y terror a estos espíritus. En momentos cumbres de la vida no es raro que llamen al sacerdote católico para expulsar al *anito* que vive en la trasera de la casa, en el árbol de enfrente o en lo profundo del bosque. Hay que estar en paz con ellos y no perturbarlos demasiado.

Lugares de adoración

Al principio de la conquista se discutió acerca de la existencia de templos en Filipinas. La cuestión la zanjó negativamente Fr. Juan de Plasencia. En su *Adoración de los Tagalos*, nos dice claramente que no existían templos en ninguna parte de Filipinas al estilo de los templos e iglesias del cristianismo y de los otros países paganos del Asia [6]. Esto

[6] Santa Inés, *op. cit.*, II, pp. 592 y ss. Cfr. *BRPI*, VII, p. 185, Cfr. F. Landa Jocano, *The Philippines at the Spanish Contact*, Manila, 1975, pp. 5-6.

parece que extrañó a muchos de los primeros misioneros y conquistadores. Encontramos cierta explicación en el hecho de que los antiguos filipinos adoraban a los espíritus de la naturaleza. Éstos podían ser venerados en cualquier sitio, sin exigir un lugar permanente para su culto. Por otra parte, había lugares sagrados, como el bosque, cuevas, promontorios, etc., y era allí donde se daban los sacrificios o se celebraba el culto en honor de los dioses. Esto imprimía un sentido pasajero al lugar de adoración.

Los primeros misioneros no incendiaron los templos paganos de Filipinas. Esos templos no existían por lo que no hubo necesidad de destruirlos. Practicaban la adoración si lo creían necesario, en un lugar que preparaban para el momento y el caso. Podía ser un chamizo de paja, adosado a sus casas que duraba hasta el final del sacrificio. Se llamaba en tagalo *Sibi* o *Simbahan*, de donde viene hoy día la palabra *Simbahan* para expresar el lugar de adoración y también la Iglesia como comunidad creyente. A veces se reunían en casa del datu, que solía ser más espaciosa y capaz, y allí celebraban sus ritos y sacrificios [7].

Sacerdocio

Aunque es verdad que no tenían templos donde adorar a sus dioses, sí tenían un sacerdocio más o menos organizado. Eran generalmente sacerdotisas, llamadas *catalonas* en tagalo y *babaylanas* o *baylanas* en visaya. Había pocos hombres sacerdotes y si existían, como cuentan algunos de los primeros misioneros, eran mujeres travestidas. Alcina, el gran misionero e historiador jesuita, que escribió la *Historia de los Indios Bisayas*, nos dice que él vio y conoció todavía algunas de ellas. Las sacerdotisas estaban bien consideradas socialmente. Vivían de su «ministerio», por usar una palabra cristiana, pero practicaban su sacerdocio solamente cuando había necesidad [8]. Durante el ejercicio de su ministerio usaban una lengua ininteligible para los fieles; ni siquiera ellas mismas la entendían. Al ejercer su labor sacerdotal se sentían como

[7] Cfr. F. Colín, S.J., *Labor Evangélica, Ministerios Apostólicos de los Obreros de la Compañía de Jesús en las Islas Filipinas*, Madrid, 1663, p. 65, col. 1.
[8] Cfr. Loarca, *BRPI*, V, 130-132.

poseídas, daban gritos horrendos y echaban espumarajos por la boca. Muchos misioneros que todavía lo vieron al comienzo de la cristianización nos dicen que la gente se aterrorizaba pues parecía que estaban poseídas por el demonio. Se ponían en trance durante largo tiempo; al volver en sí expresaban lo que el anito o los dioses exigían.

Como en todas las religiones primitivas, a la vez que un sacerdocio más o menos organizado, existían otras personas que también ejercían una especie de ministerio sacerdotal. Eran los adivinos, agoreros, hechiceros y, en el caso de Filipinas, los herbolarios y curanderos. A veces todas estas funciones las desempeñaban las catalonas y baylanas.

Los antiguos filipinos no tenían un código como la Biblia o el Corán, pero toda esa serie de oraciones, ritos, sacrificios, votos, danzas y canciones que tenían, servían de culto más o menos organizado. Rezaban, eso sí, cuando sentían la necesidad. No había tiempo ni estaciones establecidas para adorar a los dioses. No existía, por así decir, un calendario religioso fijado con antelación. Todo se dejaba a merced de los hombres, las necesidades de cada día, y según el deseo de los anitos. Y cuando había que hacer un sacrificio se hacía donde residían éstos.

Los primeros filipinos ofrecían sacrificios a sus dioses que consistían en sacrificios de animales. La religión filipina causó repugnancia a los primeros misioneros que entraron en contacto con los habitantes del país, pero nunca les causó tanto horror como los ritos sanguinarios de los aztecas. En Filipinas los dioses no pedían, como en Méjico, lo más precioso para calmarse: sangre humana. Tampoco existían los sacrificios humanos. Los misioneros dominicos de *La Isabela* y *Nueva Vizcaya* nos cuentan que en alguna ocasión los nativos habían ofrecido víctimas humanas a sus dioses. Pero esto era raro y en zonas aisladas [9].

Génesis del mundo y origen del hombre

La mitología filipina también ofrecía una explicación en relación con la génesis del mundo y el origen del hombre. Loarca [10], que fue

[9] Cfr. D. Aduarte, O.P., *Historia de la Provincia del Santo Rosario de Filipinas*, Zaragoza, 1693, p. 140, col. 2. Cfr. P. Fernández, O.P., *History of the Church in the Philippines: 1521-1898*, Manila, 1979, p. 3.

[10] Cfr. *BRPI*, V, pp. 120-127.





Ilustración n.° 1. Tipos de Filipinas. Filipinas Foundation, Manila. Figura de la izquierda, *tagalos* en 1590. Figura de la derecha, *visayas* en 1590 tatuados, por eso llamados por los españoles *pintados*.

quien mejor quizá investigó las costumbres religiosas de los primeros habitantes de Filipinas, tanto en las islas de Los Pintados como en Luzón, nos cuenta que existía una doble tradición sobre la génesis del mundo y el origen del hombre.

Estas tradiciones las recitaban en canciones cuando navegaban en sus barcas. No eran mitos escritos sino cantados o recitados por expertos que pasaban de generación en generación. Loarca, refiriéndose a las islas Visayas, nos dice que los habitantes de la zona marítima y del llano, llamados *Iligueynes*, creían que la tierra y el mar habían existido toda la eternidad. Para los hombres de la montaña, los *Tinguianes*, al principio sólo existía el mar y el cielo. Después apareció en el cielo un halcón. Cansado de tanto volar, y no pudiendo posarse sobre ningún sitio, tomó agua del mar en su pico y lo lanzó contra el cielo. Así comenzó la lucha entre el cielo y el mar. El cielo, lleno de furor, comenzó a arrojar gran cantidad de piedras contra el mar. Éste comenzó a correr de un lado para otro, enloquecido. Finalmente el cielo consiguió aprisionar al mar y así se formaron los montes, las islas y los continentes. El halcón pudo posarse sobre la playa. En un momento dado, un palo de bambú, lanzado por la brisa del mar y el viento de la tierra, golpeó fuertemente su pata. Lleno de cólera picó con tremenda fuerza el bambú y lo abrió en dos. De allí salió la primera pareja humana.

Los habitantes de la zona marítima tenían una mitología bastante parecida. La brisa del mar y el viento de la tierra se casaron produciendo la simiente del bambú. El dios *Kaptan* plantó la simiente, que creció, maduró y al fin se abrió en dos por los nudos. De allí salieron el primer hombre, llamado *Silalac* y la primera mujer llamada *Sicaway*. Por eso los hombres se llaman *lalaki* y las mujeres *babae*. Silalac pidió la mano de Sicaway. Ésta se negó en rotundo, diciendo que no podían casarse puesto que habían salido del mismo nudo. Consultaron al atún del mar y a la paloma. Finalmente el terremoto les dijo que era necesario su casamiento para perpetuar el género humano.

De este matrimonio nacieron muchos hijos. Un día el padre, a la vuelta del trabajo, cansado y sudoroso, montó en cólera contra ellos. Todos huyeron en diferentes direcciones. Unos se refugiaron en los cuartos más recónditos de la casa, otros en los más inmediatos, algunos entre las paredes o *dindines*, varios en la chimenea y los últimos huyeron por la puerta camino del mar. Los que se refugiaron en lo

más recóndito son los *maharlika*, los de los cuartos más inmediatos los *timaguas*, los de los dindines los esclavos, los de la chimenea los *negritos* y finalmente los que huyeron por la puerta los españoles. Y al decir de Loarca, narrador de este mito, los filipinos nunca habían vuelto a oír nada de los españoles hasta que no les vieron regresar por mar.

Los filipinos que encontraron los españoles habían elaborado su mitología religiosa. Se creían parte del universo, que era obra del gran dios *Bathala*. Ellos eran parte vital de ese universo sagrado. No tenían más opción que rendirse a los dioses y tributarles adoración y servicio. Trataban de explicar, por otra parte, el origen del hombre y la legitimación del incesto como medio para perpetuar el género humano. A su vez, exponían razones para justificar las diferentes etnias del país y las distintas clases de la sociedad filipina en tiempos de la evangelización.

Ritos funerarios y vida eterna

Las costumbres funerarias de los filipinos en el período prehispánico muestran, con bastante claridad, su visión de la vida y sus creencias en el Más Allá. Lavaban a los muertos con sumo cuidado, con ungüentos y perfumes olorosos. Introducían por sus oídos, boca y narices preservativos para evitar la descomposición. De hecho, los misioneros encontraron algunos cadáveres que llevaban incorruptos muchísimos años. Los embalsamaban y una vez terminado el proceso pasaban a vestirlos con preciosos trajes y fajines de color [11].

Los ricos eran enterrados en féretros de durísima y olorosa madera. Eran tapados con gran esmero para que no entrara el aire y evitar así la corrupción. Los enterraban en sus casas. Colín [12], siguiendo a Chirino, uno de los primeros jesuitas que vivió los tiempos iniciales del encuentro, cuenta que a veces los enterraban en un cuarto superior de sus casas. Otras veces en el piso inferior, pero elevados sobre la tierra. A veces en un hoyo cavado en ésta, pero sin echar tierra sobre el féretro. Construían una especie de alambrada o cerca en el porche donde dejaban el féretro. Un esclavo cuidaba de la tumba y de vez en

[11] Cfr. P. Chirino, S.J., «Relación de las Islas Filipinas», *BRPI*, V, p. 123.
[12] *BRPI*, XL, p. 81.

cuanto colocaba comida. Junto a la tumba dejaban una caja con vestiduras preciosas. Dentro de la caja del muerto colocaban joyas, cadenillas y objetos preciosos. Hacían esto, nos dice Loarca, para que fueran recibidos benévolamente por los dioses en el Más Allá.

Plasencia expone que entre los tagalos, si el difunto era noble, solían enterrar a un esclavo vivo, y allí moría de asfixia con su amo. Otras veces enterraban al difunto en un barco y en lugar de remeros colocaban diferentes parejas de animales vivos, en distintas partes del barco, que hacían las funciones de éstos. Un esclavo o siervo tenía la grave obligación de alimentar a esos animales [13].

Chirino, misionero en las islas Visayas, concretamente en la isla de Bohol, nos cuenta que en cierta ocasión, a la muerte de un datu, sacrificaron gran número de esclavos y los enterraron con éste en un barco. Colín, que se inspiró en Chirino pues tuvo en las manos sus apuntes, es más concreto. Cuenta que mataron a cuarenta esclavos y los enterraron con el datu en su barangay para que le acompañaran en sus correrías de ultratumba [14].

Los filipinos de la época precolonial creían en la vida futura y en la inmortalidad del alma. Aceptaban que los buenos fueran al cielo, llamado *kaluwalhatian* en tagalo y *ologan* en visaya, y los malos al infierno, denominado *kasamaan* en tagalo y *solad* en visaya. No tenían ideas claras sobre la naturaleza de esa gloria. Iban allá los valientes, los que habían muerto en la guerra o habían tenido una muerte noble. La naturaleza de la vida del Más Allá era prácticamente la misma que la de este mundo. El rico continuaría con su riqueza, el pobre seguiría en su miseria y el esclavo no obtendría su libertad. La vida de ultratumba era continuación de la vida de este nundo. Por ello, nos dice Loarca, deseaban ser ricos a toda costa, pues así serían bien recibidos por los dioses en el Más Allá [15].

No consideraban la conciencia como norma de moralidad. Tampoco se regían por ningún código divino o religioso. Hacían las cosas para enriquecerse. El bien o el mal no les importaba mucho. Si evitaban algunas cosas o hacían otras, era por el miedo de ser castigados, o

[13] *BRPI*, VII, pp. 194-195.
[14] *BRPI*, XL,. p. 81.
[15] Loarca, *BRPI*, V, pp. 130-131.

la esperanza de ser protegidos. El bien o el mal no les molestaba mucho en sí ni les hacía perder el sueño. Con tal de observar los tabús y tener a su favor a los dioses para que les dieran la bienvenida en el otro mundo, el resto no les preocupaba demasiado. Evitaban también ciertos actos por miedo a ser sorprendidos y castigados.

Al principio de la evangelización, pues, el cristianismo se encuentra con un mundo religioso complejo y variado. Convertirse al cristianismo significaba acercarse a la fuente de la salvación y, a la vez, liberarse del miedo y la miseria humana. Signo claro de que los filipinos que escucharon por primera vez a los misioneros sintieron que por medio de esa religión les llegaba la liberación total es el hecho de haber respondido con rapidez y facilidad a la llamada del Evangelio.

Los dioses paganos no pudieron resistir al Dios verdadero. Cuando hoy en día, después de cuatrocientos años de cristianismo, examinamos las creencias de muchos cristianos y, sobre todo, sus prácticas, no podemos por menos que decir que detectamos muchos resabios politeístas y creencias supersticiosas. Vemos una gran continuidad religiosa y social en Filipinas, actualmente, sobre todo en zonas más rurales y de montaña. Incluso en la ciudad, entre gente más sofisticada, notamos una especie de cultura, directamente religiosa, que sobrevive de los antepasados filipinos.

Capítulo II

LA ÉPOCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS. CONQUISTA Y COLONIZACION DE FILIPINAS

Este capítulo es parte de un capítulo más amplio, al que llamamos capítulo del descubrimiento, conquista y colonización de América. El hecho de que los españoles llegaran aquí, y conquistaran Filipinas para la corona de España, hay que enmarcarlo dentro del gran cuadro de la epopeya española en América. Debemos presentar el descubrimiento, conquista y colonización de Filipinas dentro del marco histórico de los grandes descubrimientos geográficos durante los siglos XV y XVI.

El nombre de *islas del Poniente* indica que Filipinas era la colonia más distante dentro del imperio español. Aunque siempre pertenecieron geográficamente a Asia, durante siglos fueron un apéndice de Nueva España, una extensión de Méjico. Filipinas convirtió el océano Pacífico —ese inmenso océano— en un lago español durante casi un siglo. Su inclusión en el imperio español hizo de éste el mayor imperio que había conocido la historia hasta entonces.

Por ser Filipinas parte de la corona española pudo decir Felipe II que en sus dominios no se ponía el sol. Su conquista redondeó un imperio y enlazó durante siglos Europa y América con Asia y Oceanía. España estuvo en Filipinas más tiempo que en América y lo que Legazpi consiguió fue tan duradero como lo que Cortés consiguió en Méjico y Pizarro en Perú.

Uno de los grandes acontecimientos a principios del siglo XVI fue la conquista de Malaca por Alfonso de Albuquerque en 1511. En la toma de Malaca participó un soldado que había dejado Portugal con la flota de Almeida en 1505. Su nombre era Fernando de Magallanes.

Pero Malaca no era el centro de las especias. Las islas llamadas de la Especiería estaban todavía muy lejos de Malaca. Albuquerque, una

vez sintiéndose seguro en Malaca, envió hacia las Molucas un escuadrón al mando de Antonio de Abreu y Francisco Serrao. Era de las Molucas de donde procedían las especias. Esto ocurría en 1512. Hay historiadores que dicen que Magallanes acompañó a su íntimo amigo Serrao en ese viaje de exploración y descubrimiento, pero es más probable que se quedara en Malaca y algo más tarde partiera de vuelta hacia Portugal. Habían pasado ocho años en el Oriente y había luchado en muchas batallas. Su buen amigo, Serrao, le mantenía continuamente informado del desarrollo de los acontecimientos en las Molucas. En 1517 Magallanes cruzaba la frontera española y se presentaba en Sevilla con otro portugués, Ruy Faleiro, que tenía fama de cosmógrafo y astrólogo [1].

Viaje de Magallanes a Filipinas. Las islas del Poniente (1519-1522)

Resulta interesante hacer notar que Magallanes presentó su plan al obispo Juan Fonseca y a los consejeros del rey Carlos I en Valladolid. Bartolomé de las Casas, dominico ya entonces, nos cuenta unos detalles interesantes sobre Magallanes. Se encontraba también Las Casas en la sala de recepciones cuando Magallanes intentaba presentar su plan de exploración hacia el Oriente. Así nos lo cuenta en su *Historia de las Indias*:

> Por este tiempo, en Valladolid, vino huyendo de Portugal un hombre marinero llamado Hernando de Magallanes... y, con él un bachiller, o que se decía bachiller, que tenía por nombre Rui Faleiro, a lo que mostraba ser, grande astrólogo... Estos se ofrecieron a mostrar que las islas de Maluco y las demás, de que los portugueses llevan a Portugal la especiería, caían o estaban dentro de la demarcación o participación que se habían comenzado, aunque no acabado, entre los reyes de Castilla Católicos y el rey don Juan de Portugal, el segundo, de las partes australes y occidentales, y que descubrirían camino para ir a ellas fuera del camino que llevaban los portugueses, y éste sería por cierto estrecho de mar que sabían. Vinieron con esta novedad, pri-

[1] N. Cushner, *The Isles of the West. Early Spanish Voyages to the Philippines: 1521-1564*, Quezon City, 1966, p. 11.

> mero, al obispo de Burgos... Traía el Magallanes un globo bien pintado, en que toda la tierra estaba, y allí señaló el camino que habían de llevar, salvo que el estrecho dejó de industria, en blanco, porque alguno no se lo saltease, y yo me hallé aquel día y hora en la cámara del gran chanciller... Este Hernando de Magallanes debía de ser hombre de ánimo y valeroso en sus pensamientos y para emprender cosas grandes, aunque la persona no la tenía de mucha autoridad, porque era pequeño de cuerpo y en sí ni mostraba ser para mucho [2].

En 1518 Carlos I de España había aprobado ya las capitulaciones con Magallanes. Sólo se necesitaba poner manos a la obra y mover los recursos necesarios para ponerla en marcha. En mayo de 1519 todo parecía listo para el viaje. El rey Carlos dio a Magallanes instrucciones bien detalladas sobre el fin y propósito de su viaje.

Magallanes partió de Sevilla el 10 de agosto de 1519 con cinco pequeños barcos y una tripulación de 265 personas. Como eran tiempos de gran religiosidad los barcos fueron bautizados con nombres cristianos: el *Trinidad*, capitaneado por Magallanes, el *Victoria*, el *Concepción*, el *San Antonio* y el *Santiago*. El 20 de septiembre cruzaban la barra de San Lúcar de Barrameda rumbo a las islas Canarias. A primeros de octubre de ese mismo año salían de Canarias. En octubre de 1520, un año después de partir de las islas, estaban explorando las costas de Brasil y Argentina. Magallanes no encontró el estrecho donde esperaba encontrarlo, en el Río de la Plata. Descendió a mayor latitud sur, en busca del tan deseado estrecho, viéndose forzado a invernar en San Julián, al sur de la Argentina, en la Patagonia.

Pigafetta, el simpático y certero cronista de la expedición, nos ha dejado una narración maravillosa. El 21 de octubre de 1520 avistaron el estrecho que llamaron de las *Once Mil Vírgenes* y que poco después se llamaría *Estrecho de Magallanes*, nombre que perdura hoy. Después de un mes en el estrecho divisaron, detrás de un cabo, el océano inmenso. A ese cabo tan anhelado, lo llamaron *Cabo Deseado*. El día 28 de noviembre de 1520 dejaban atrás el cabo y se adentraban en el mar. Pero ya sólo quedaban tres barcos.

Magallanes fue costeando la parte sur de lo que es hoy Chile y a una altura de 35 grados viró rumbo al oeste, hacia el noroeste. Los días

[2] A. Millares Carlo y L. Hanke, ed. *Historia de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, Méjico-Buenos Aires, 1951, 3 vols., III, pp. 174-175.

seguían a las semanas, las semanas a los meses. La comida comenzó a escasear y faltar, el agua parecía más orín que otra cosa. Pigafetta cuenta que:

> tal fue la necesidad que para no morir de hambre llegamos al terrible trance de comer pedazos del cuero con que se había recubierto el palo mayor para impedir que la madera rozase las cuerdas [3].

Las ratas del barco era un gran lujo y se vendían a precio de oro. Así un mes, dos meses, tres meses y nueve días. Cien días menos uno. Pigafetta vuelve a comentar:

> Si Dios y su bendita Madre no nos hubiesen concedido tan buen tiempo hubiéramos perecido todos de hambre en aquel mar inmenso. Pienso que nadie en el futuro se aventurará a emprender un viaje parecido [4].

El 6 de marzo de 1521 divisaban las costas de unas islas que estaban habitadas. Magallanes y sus expedicionarios, más educados que los nativos, les aplicaron el despectivo nombre de *islas de los Ladrones*. Así aparecieron por muchos años en los primeros mapas impresos en Europa.

El día 16 de marzo de 1521, sábado, 300 lenguas al oeste de las islas de los Ladrones, divisaron la isla de Samar. Costeando hacia el sur desembarcaron en la isla de Homonon dos días más tarde. Pronto entraron en contacto con los nativos medio desnudos pero que vinieron en son de paz. Las islas eran totalmente desconocidas. Magallanes las dio el nombre de *archipiélago de San Lázaro* no porque fueran descubiertas el día de tal Santo, sino porque el sábado, 16 de marzo, víspera del Domingo de Pasión según el rezado anterior al Vaticano II, se leía el Evangelio de la Resurrección de Lázaro.

El día 25 de marzo, ya recuperados del gran esfuerzo, continuaron hacia el sur y el 28, Jueves Santo, llegaron a Limasawa. Una cosa extra-

[3] Versión de F.R. Morcuende, *Primer Viaje en torno al Globo*, Madrid, 1922, p. 69. Cfr. S. Sweig, *Magallanes: Historia del primer viaje alrededor del mundo*, Barcelona, 1957, p. 158.

[4] Sweig, *op. cit.*, p. 159. Morcuende, *op. cit.*, p. 71.

ñó a los expedicionarios, y era que los nativos estaban completamente tatuados y por ello los denominaron los *Pintados* y a las islas las *islas de los Pintados*.

En Limasawa, el día 31 de marzo, Pascua de Resurrección, tuvo lugar la primera misa celebrada en tierra filipina por el clérigo secular padre Pedro de Valderrama. Acontecimiento, sin duda, muy importante en la historia de Filipinas y del cristianismo en el Oriente. Magallanes intentó impresionar a los nativos y la ceremonia se llevó a cabo con gran pompa y austeridad.

Cebú, el puerto más importantes de las Islas Visayas, fue avistado el día 7 de abril. Conocemos bien la historia tal y como tuvo lugar. Magallanes era un hombre del siglo XVI y además de la península Ibérica. No pierde ocasión para intentar convertir a los nativos al cristianismo. Y así le vemos ahora en el papel de predicador y catequista. Se olvida de las Molucas. Es él y no Valderrama quien toma la iniciativa de la conversión de los filipinos.

Pigafetta, gran admirador de Magallanes, refleja esta actitud del explorador portugués:

> El capitán les dijo que no habían de hacerse cristianos por temor que nos tuvieran o por complacencia, sino por espontáneo deseo y por amor a Dios. Pero si no querían hacerse cristianos, nada desagradable les sucedería. Los que se hicieran cristianos merecerían, es claro, las mejores atenciones. Como un sólo hombre respondieron que sí querían hacerse cristianos no era por temor ni por complacencia, sino por su libre voluntad [5].

El día 14 de abril, domingo, tuvo lugar la solemne ceremonia del bautismo de Humabon, reyezuelo de Cebú, que recibió el nombre de Carlos, en honor del rey de España Carlos I. La esposa de Humabon recibió el nombre de Juana, en honor de la reina madre, conocida en la historia como doña Juana la Loca. Otros nombres dados fueron los de las infantas Catalina, Isabel y demás. Unos días más tarde, Magallanes presentó a Juana la pequeña estatua del Santo Niño, con un globo en la mano. Sería encontrada por un soldado de Legazpi casi medio siglo más tarde. Es venerada por toda Filipinas.

[5] Sweig, *op. cit.*, p. 174.

Cuando llegaba el momento cumbre de gloria para Magallanes, pudiéndose decir que había completado la vuelta al mundo, y estaba ya acercándose a las Molucas –las islas de la Especiería, que le habían impulsado a emprender su viaje de circumnavegación–, en una guerra local entre el nuevo reyezuelo Carlos de Cebú y el reyezuelo de Mactan, Lapulapu, Magallanes, quizá en uno de sus pocos momentos de imprudencia, perdió la vida a manos de Lapulapu y de sus guerreros. Eso ocurría el 27 de abril de 1521 [6].

No siendo bastante la muerte de Magallanes, tres días después continuó la matanza de 29 españoles, entre ellos los capitanes Duarte Barbosa y Juan Serrao. Este último fue degollado delante de los españoles quienes le vieron desde sus barcos. Enrique, el esclavo de Magallanes y su intérprete en Filipinas, colaboró activamente en la traición. Otra de las víctimas fue Pedro de Valderrama. Poco tiempo después rodaba por el suelo la gran cruz que Magallanes había erigido sobre un montículo. Carlos Humabon volvía a su paganismo. Fue el mayor responsable de la traición.

Expedición de Miguel López de Legazpi (1564-1572)

Desde Magallanes a Legazpi España mantuvo una gran actividad exploradora en el área del Pacífico. Consecuencia de esto fue el establecimiento definitivo de España en Filipinas. La historia nos muestra que es el último gran esfuerzo de España en su expansión hacia el Oriente. Hoy lo vislumbramos, pero los exploradores y conquistadores que llegaron a Filipinas no eran conscientes de ese hecho. Todavía soñaban con ir más lejos.

La expedición de Legazpi fue preparada con gran cuidado y esmero. El rey Felipe II dio todos los poderes al virrey de Méjico, don Luis de Velasco. Éste eligió como jefe de la expedición a don Miguel López de Legazpi, natural de Guipúzcoa, de la baja nobleza española, pero residente en Méjico desde hacía más de veinte años. Como compañero y, de alguna manera, piloto no oficial, le dieron a Legazpi a

[6] Cfr. Sweig, *op. cit.*, pp. 180-181. Cushner, *op. cit.*, pp. 24-25. Morcuende, *op. cit.*, p. 114.

Andrés de Urdaneta, quien había pasado muchos años en el Oriente como marino de Loaysa y ahora era fraile agustino. No podía encontrarse mejor selección para dirigir una empresa de tal envergadura.

La pequeña flota de exploración partió del puerto de la Navidad, Nueva España, el lunes 20 de noviembre de 1564, dos horas después de la media noche. Se componía de la capitana *San Pedro*, de la almirante *San Pablo* y de dos pataches llamados *San Juan de Letrán* y *San Lucas*. Llevaban un contingente de 300 a 350 soldados y viajaban con ellos cinco religiosos agustinos [7].

El 23 de enero de 1565, martes, llegaban a Guam. Allí desembarcaron y tomaron posesión de la isla en nombre del rey de España. Se celebró una misa en presencia de los nativos. Los españoles permanecieron once días [8]. El 13 de febrero avistaron la gran isla de Samar, en Filipinas, y desembarcaron en la Bahía de Gamay.

La flota llegó a Cebú el viernes, 27 de abril de 1565. Después de superar algunas dificultades Legazpi pudo entrar en Cebú. Dada la oposición de los nativos, se vio forzado a disparar sus cañones. Uno de los disparos dio en unas casas de nipa que comenzaron a arder como yesca, extendiéndose el fuego a las casas vecinas. El incendio fue pequeño. Uno de los soldados de Legazpi, Juan Camus, encontró en una de las casas un paquete extraño en el que halló una imagen del Santo Niño, la misma que Magallanes había regalado a la reina Juana, esposa del reyezuelo Carlos Humabon en 1521. Se levantó acta formal del feliz hallazgo y se prometió colocar la santa imagen en la primera iglesia edificada. En la actualidad, más de cuatrocientos años después, la imagen del mismo Niño mira compasiva a los miles de peregrinos que acuden a Él. Es quizá la devoción más extendida de todo el pueblo filipino [9].

Los primeros seis años de estancia de los españoles en Filipinas fueron críticos. La comida escaseaba. Confirmado Legazpi como capitán general de las islas y adelantado de las Marianas, escribió al virrey de Méjico que si el rey Felipe II quería la posesión de las Molucas,

[7] Cfr. Cushner, *op. cit.*, p. 62.

[8] Cfr. *ibidem*, p. 69.

[9] Cfr. «Auto jurídico de la Invención del Santo Niño, Cebú, 16 de mayo de 1565», en *Colección de documentos inéditos de Ultramar* (CIU), Segunda Serie, III (Madrid, 1887), pp. 277-284. Sobre la exploración y conquista de Filipinas Cfr. *Ibidem*, pp. 76-225.

Cebú sería el mejor lugar, pero si, por otra parte, su intención era continuar hacia China, el mejor lugar era una ciudad situada más hacia el norte, en la isla de Luzón, llamada Manila.

Y allí se dirigió Legazpi en 1571 con todos los españoles, excepto un grupo pequeño que dejó en la nueva ciudad española de Cebú. El día 3 de junio de 1571, el gobernador Miguel López de Legazpi dio el nombre de *ciudad* a Manila y el día 24 del mismo mes, fiesta de San Juan Bautista, nombró a todos los oficiales de la ciudad. Así nació el primer gobierno municipal en Filipinas. Manila sería conocida, desde entonces, como la *Muy Noble y Siempre Leal Ciudad de Manila.* En realidad lo que los españoles habían tomado no era más que un pequeño pueblo, pero oficialmente equivaldría ya a la ciudad de Sevilla en España o la de Méjico en Nueva España.

En 1572 Legazpi tenía ya una idea más o menos exacta de lo que se había conseguido en Filipinas. Escribía así al rey:

> En concreto, es un magnífico lugar si su majestad piensa seguir en el Oriente. Estamos cercanos a Japón, China, Las Molucas y Borneo. Los puertos son buenos, hay mucha madera y material para hacer velas. La gente es buena, tratable y fácil de convertir [10].

Legazpi, por desgracia, fallecía repentinamente el 20 de agosto de 1572. Moría pobre, pero muy amado.

E.G. Bourne, el historiador americano de comienzos de este siglo, escribe sobre Legazpi:

> El trabajo realizado por Legazpi en los primeros siete años le califica para ser contado entre los grandes pioneros coloniales. En realidad no tiene rival. Comenzando con cuatro barcos y cuatrocientos hombres, acompañado por cinco frailes agustinos, reforzado con 200 soldados en 1567, y de vez en cuando recibiendo pequeños contingentes de tropas y frailes, por medio de una combinación de tacto, ingenio y valor atrajo a los nativos, rechazó a los portugueses y puso unos cimientos tales que los cambios llevados a cabo en los siguientes treinta años constituyen una de las más sorprendentes revoluciones en los anales de la colonización. [11]

[10] Cfr. *Ibidem*, p. 100.

[11] BRPI, «Introducción», I, pp. 32-33.

Naturaleza de la colonización española

Es difícil, por no decir imposible, para los pueblos del tercer mundo, liberarse de la carga del colonialismo. Muchos de esos pueblos tienen una idea estereotipada sobre el tema. Pensar que el colonialismo y los países colonizadores contribuyeron al progreso y bienestar global de los pueblos colonizados resulta inadmisible para ellos. Sin embargo, para juzgar el proyecto colonizador de España en los siglos XVI y XVII, incluso en siglos posteriores, necesitamos liberarnos del «peso pesado» del colonialismo. Al escribir «peso pesado» lo hacemos deliberadamente. España hizo enormes sacrificios en los países de América y Filipinas.

Para comprender la labor de España en América y en Filipinas y los motivos que motivaron a España —a los españoles—, inmediatamente después del descubrimiento de Colón, a partir hacia el Nuevo Mundo tenemos que intentar reconstruir el ámbito ideológico de España en el tiempo de la conquista de Granada. La expansión ultramarina de España es una continuación en el tiempo, en el espacio y en la ideología de la expansión de los pueblos ibéricos en su movimiento hacia el sur, para forjar la unidad religiosa y política de su país. El historiador americano Phelan ha escrito a este propósito:

> La expansión ultramarina de España mantuvo muchas de las características de la Reconquista multisecular de España contra los moros. Ambas empresas fueron básicamente empresas militares, cristianizadoras y conquistadoras. La subyugación militar de los infieles —fueran moros, indios o asiáticos— y la imposición del cristianismo forman una continuidad temporal y espacial en la historia de España, extendiéndose desde Covadonga, en el siglo VIII, a la conquista de Filipinas, a finales del siglo XVI, desde los Pirineos hasta el Pacífico. Tanto en América como en el Oriente la tradición de la Reconquista de suprimir el paganismo fue sustituida por el ideal humanista cristiano de inspiración renacentista [12].

Conviene hacer un esfuerzo para detectar y descubrir los movimientos intelectuales de una época y un pueblo en un momento dado

[12] Phelan, *op. cit.*, p. 4.



Ilustración n.° 2. Mapa de Asia del Sur y Asia Oriental, en el *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius, Amberes, 1575.

de su historia. Las grandes hazañas no son producto de la casualidad sino de ideas motrices que empujan a un pueblo a la acción. España llegó a Filipinas por motivos comerciales e imperialistas así como por motivos religiosos y de expansión misionera, pero España se quedó en Filipinas por motivos exclusivamente religiosos. Los misioneros que llegaron aquí, comenzando por su primer obispo, fray Domingo de Salazar, venían movidos por el «cebo» de China. Filipinas era un puente, una rampa de lanzamiento hacia China, Japón y otros países del Asia. Los primeros misioneros de Filipinas se escaparon una y otra vez del país y se lanzaron a la «aventura» de China. Soñaron, como San Francisco Javier, con la conversión de ese país, en su opinión, el más grande, el más hermoso y desarrollado de la humanidad.

Los españoles del siglo XVI tenían una enorme confianza en sí mismos. Muchos de los misioneros se dejaron llevar por ideas apocalípticas y redentistas. España se creía el nuevo pueblo de Dios, destinado a unir el mundo en una sola fe y en una sola autoridad. En Europa había que detener el poderío turco, destrozar la revuelta luterana y en Asia conducir a los pueblos al conocimiento de la fe católica. Había mucho de milenarismo en los primeros misioneros que llegaron a Méjico y en muchos de los que se lanzaron a Filipinas [13]. Además, el siglo XVI es el siglo de oro de la Iglesia católica española. En la labor imperialista de España la Iglesia jugó un papel preponderante. El concepto de separación de Iglesia y Estado es algo moderno y no puede aplicarse, con total justicia, al tiempo de los grandes descubrimientos y primeras conquistas de España en América y en Oceanía.

España llegó a Filipinas con unos fines bastante claros. Nosotros podemos detectar ahora tres importantes, tales como la participación en el comercio de las especias, la conversión de los grandes imperios de China y Japón y la de Filipinas. De los tres, España consiguió sólo algunos, y muy parcialmente. El control de las especias cayó en manos de Portugal y, años más tarde, en manos de Holanda. Los grandes imperios de China y Japón, sobre todo el primero, siguieron cerrados herméticamente al contacto cristiano. China no se convirtió al cristianismo. Sólo el último,

[13] Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 5. Véase también su libro *The Millennial Kingdom of the Franciscans in the New World: A Study of the Writings of Gerónimo de Mendieta (1525-1604)*, Berkeley y Los Ángeles, 1952, pp. 5-27.

la cristianización de Filipinas, se logró con bastante eficacia. Hoy día Filipinas presume de ser el único país cristiano de todo el Asia.

Es importante para comprender la conquista y pacificación de Filipinas recordar la fecha de la llegada de Miguel López de Legazpi, el pacificador del país. Legazpi llegó a Filipinas en el año 1565. Por aquel entonces el islamismo, muy fuerte en muchos países del Asia, no había todavía echado raíces en Filipinas. Existía con fuerza en el sur de Filipinas, en el archipiélago de Joló y en algunos puntos de Mindanao. Los gobernantes de Manila eran musulmanes, pero sus conocimientos de la religión islámica eran pocos y superficiales. Si los españoles hubieran llegado unas décadas después quizá los filipinos, más islamizados, hubieran presentado mayor oposición a España y ésta podría haber optado por abandonar la conquista de las islas.

Otro dato destacable es que los españoles tuvieron tiempo suficiente para consolidar sus conquistas en Filipinas antes de que otras naciones de Europa, sobre todo Holanda, se lanzaran a la aventura del Oriente. Cuando Holanda llegó a las Indias orientales e intentó apoderarse de Filipinas, los filipinos y españoles resistieron con valentía y decisión. Si España se hubiera retrasado más quizá Filipinas habría caído en manos de Holanda o en manos de otro país europeo, o tal vez en manos de China, como cayó Formosa en 1662.

De vital importancia es que en 1565 España llevaba ya casi tres cuartos de siglo en América. Nueva España se había convertido en una magnífica base de operaciones en los descubrimientos del Pacífico y naciones del Oriente. Fundamentalmente, España había adquirido una gran experiencia de conquista y administración colonial. En Filipinas no había necesidad de improvisar, como se hizo en América. Existía ya una metodología de conquista y de evangelización. En la conquista de Filipinas no se dieron los excesos y abusos que cometieron los españoles en Méjico y Perú, donde la conquista fue sanguinaria y destructiva. Filipinas ofreció a Felipe II la oportunidad de evitar todos estos excesos y realizar la conquista, mejor dicho la pacificación, sin violencia ni derramamiento de sangre.

Tomás de Aquino en la conquista de Filipinas

Cuando leemos las *Instrucciones* de 1969 de Felipe II a Legazpi, parece que estamos leyendo a Francisco de Vitoria explicando sus *Re-*

lecciones en la cátedra de la Universidad de Salamanca. La polémica sobre América, y los mejores argumentos para incorporarla a la corona de España, el tratamiento de los indios, los derechos de los nativos, los motivos de la conquista, todos parecen sacados del teólogo dominico. Está claro que Felipe II adoptó el método dominicano de Vitoria y Las Casas en la conquista de Filipinas. Los dominicos condenaron los métodos de conquista violenta, enfatizaron los derechos naturales de los nativos y fundaron el *Derecho Internacional* y el *Derecho de Gentes*. El rey ordenaba a Legazpi que informara a los nativos, de que su interés fundamental era la predicación de la ley de Jesucristo, a través de la cual podían obtener su salvación eterna. Los españoles podían defenderse si eran atacados, pero nunca deberían cometer actos de agresión contra los naturales de Filipinas. Al contrario, debían solicitar su amistad y su amor.

No debe extrañar esta postura de los teólogos y juristas dominicos en Filipinas y en América. Aplicaban a una nueva realidad política en el Nuevo Mundo y en Filipinas los sanos principios de su hermano Tomás de Aquino. En la teología y filosofía de Santo Tomás encontraron Las Casas, y sobre todo Vitoria y Domingo de Soto, una mina inagotable de principios sobre derechos humanos. La lectura y meditación de la *Suma* de santo Tomás, y su aplicación a la realidad de América y Filipinas, es una de las grandes realizaciones de los teólogos dominicos y otros teólogos españoles del siglo XVI. Los infieles y paganos no pierden sus derechos sociales, económicos y políticos al entrar en contacto con los pueblos cristianos. Los infieles tienen los derechos que la Ley Natural y el Derecho de Gentes les conceden. Las naciones cristianas tienen la libertad de predicar, pero no de expoliar a las naciones infieles. Santo Tomás había escrito en su *Suma*:

> El derecho divino, que procede de la gracia, no destruye el derecho humano, que viene de la razón [14].
>
> Las cosas que son naturales al hombre ni las pierde ni las consigue por el pecado [15].

[14] «Ius divinum, quod est ex gratia, non tollit Ius humanum, quod est ex naturali ratione.» (II-II, q. 10, art. 10).

[15] «Ea enim quae sunt naturalia homini, neque subtrahuntur, neque dantur homini per peccatum.» (I, q. 98, art. 2).

Soto, maestro del primer obispo de Filipinas, fray Domingo de Salazar, había escrito con el mismo espíritu de Santo Tomás:

> El que está en gracia de Dios no tiene mayor dominio o derecho sobre las cosas ajenas que el que está en pecado [16].
>
> Lo natural es común a todos los hombres sin distinción de razas ni creencias [17].

Los teólogos juristas españoles del siglo XVI proclaman la igualdad jurídica de todos los hombres, ya sean indios o españoles. Ni el papa ni el rey de España pueden negar esos derechos. Defienden esos teólogos las legítimas libertades de los nativos, la libertad de conciencia y la libertad civil y de propiedad. A la vez, condenan con todas sus fuerzas el uso de las armas, a no ser por razones de defensa, y niegan el derecho de los que dicen que hay que conquistar primero para predicar luego el Evangelio. Son defensores acérrimos de la predicación pacífica. No se puede obligar a nadie a escuchar al misionero y mucho menos a creer.

Todas estas ideas las tenía Felipe II muy presentes cuando envió sus *Instrucciones* a Legazpi para la conquista de Filipinas. El proyecto de Felipe II en Filipinas fue el proyecto dominicano de Vitoria y de Tomás de Aquino.

Felipe II encontró en Miguel López de Legazpi a la persona más adecuada para la conquista pacífica de Filipinas. Podemos llamarle el *Gran Pacificador* y el *Creador* de Filipinas. Su conquista, no obstante, no fue completamente pacífica. No podía serlo, puesto que todo pueblo se resiste a ser sometido a una potencia extranjera, pero el derramamiento de sangre fue mínimo, por no decir casi nulo. En todo momento Legazpi mostró fortaleza, ecuanimidad y un humanismo extraordinario. Phelan al hablar de la conquista dice que:

> la fase inicial de la conquista bajo el liderato de Legazpi se llevó a cabo con poco derramamiento de sangre. Lo conseguido por Legazpi

[16] «Qui est in gratia Dei nihilo plus habet aut dominii aut iuris utendi re aliena, quam qui est in peccato.» (*De Iustitia et Iure*, lib. IV, q. 2, art. 1).

[17] V. Carro, O.P., *La teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América*, Salamanca, 1951, p. XIII.

> quizá no sea tan espectacular como lo conseguido por Cortés o por Pizarro, pero fue sin duda un hecho extraordinario.
>
> Al conquistador de Filipinas le debemos conceder el crédito en gran medida de haber realizado esencial pero no completamente el ideal de una ocupación pacífica tal como la había exigido Felipe II [18].

E. G. Bourne en su introducción magistral a la obra clásica de Blair y Robertson, *The Philippine Islands*, hace eco de los mismos sentimientos:

> A la luz, pues, de una historia imparcial, por encima de prejuicios raciales y religiosos, después de una comparación con los primeros años de la conqusita de España en América, o con la primera o segunda generación del establecimiento de las colonias inglesas, la conversión y civilización de Filipinas en los cuarenta años que siguieron a la llegada de Legazpi hay que definirla como un hecho sin parangón en la historia [19].

Los misioneros y la conquista de Filipinas

La conquista de Filipinas se debe más a la cruz del misionero que a la espada del conquistador. Los historiadores del comienzo de la conquista, y otros visitantes de Filipinas en siglos posteriores, nos dicen que fue el celo, el amor cristiano, la caridad y ayuda de los misioneros los que consiguieron la auténtica conquista del país [20]. La presencia militar de España durante los primeros trescientos años fue absolutamente ridícula. Los soldados españoles —o mejicanos— no pasaban de unos centenares. Los frailes y los alcaldes mayores eran los únicos representantes españoles en la inmensa mayoría de las provincias de Filipinas. Por eso un virrey de Méjico pudo decir:

> En cada fraile tenía el rey en Filipinas un capitán general y un ejército entero [21].

[18] *Op. cit.*, p. 10.
[19] BRPI, «Introducción», I, p. 37.
[20] Cfr. *Ibidem*, p. 41.
[21] *Ibidem*, p. 42.



Ilustración n.º 3. Pierre Duval, «Isles Philippines dites autrement de Manhile», 1663, en su *Le monde ou la geographie universelle*, París, 1670. Ayala Museum, Manila.

Lo que nunca consiguieron los enemigos del establecimiento de España en Filipinas fue que la corona aceptara sus sugerencias, es decir, el abandono de las islas. Los misioneros y sus procuradores en Madrid, con lenguaje a veces fuerte y apocalíptico, echaron en cara al rey la idea de abandonar el país. Sería una traición ante Dios y ante la historia. Que se dijera que como en Filipinas no había oro ni plata, al igual que en otros países, los españoles habían abandonado las islas, era una idea repelente para los misioneros. Los filipinos dejarían el cristianismo y volverían a sus prácticas paganas. Los holandeses o ingleses, o quizá los chinos o japoneses, se habrían apoderado de las islas. Como muy bien decía un misionero al rey, Filipinas tenía que quedar como arsenal de la fe y depósito inagotable del cristianismo. Las Filipinas se mantuvieron, sobre todo durante los primeros doscien-

tos años, por motivos exclusivamente religiosos, a pesar de la sangría económica que significaba para España y para el virreinato de Méjico.

Quizá nada refleje mejor este pensamiento acerca de la influencia de los misioneros en la pacificación de Filipinas y de su retención por motivos religiosos que este pasaje leído en Tomás de Común:

> De poco hubieran servido el valor y la constancia con que vencieron a estos naturales Legazpi y sus dignos compañeros si no hubiera ayudado a consolidar la empresa el celo apostólico de los misioneros. Éstos fueron los verdaderos conquistadores; los que sin otras armas que sus virtudes se atrajeron las voluntades, hicieron amar el nombre español y dieron al Rey, como por milagro, dos millones más de vasallos sumisos y cristianos [22].

La naturaleza del gobierno colonial español en Filipinas es parecida a la del gobierno de España en sus colonias de América, pero los filipinos, siendo asiáticos, respondieron de una manera distinta a como lo hicieron muchos de los nativos de América. Además, las condiciones políticas y sociales de Filipinas no eran exactamente iguales a las de Hispano-América, de aquí que los resultados fueran también distintos.

[22] *Estado de las Islas Filipinas en 1810*, Manila, 1877, pp. 145-146.

Capítulo III

LABOR EVANGELIZADORA DE LOS RELIGIOSOS ESPAÑOLES (1565-1898)

Siempre se ha dicho que los frailes fueron los protagonistas de la cristianización de Filipinas. Cuando decimos frailes, aunque no sea muy exacto, también incluimos a los jesuitas. Si hoy día Filipinas es el único país cristiano del Oriente, esto se debe a la labor misional de los religiosos españoles.

Los agustinos, pioneros en la cristianización de Filipinas: 1565-1898

Fueron los agustinos los primeros frailes que llegaron a Filipinas en 1565, en la expedición de exploración y descubrimiento de Miguel López de Legazpi. Como el asesor técnico de la expedición era el agustino fray Andrés de Urdaneta, es probable que esto decidiera al rey a enviar agustinos a Filipinas. Cinco fueron los que llegaron: el ya mencionado Andrés de Urdaneta, Andrés de Aguirre, Martín de Rada, Diego de Herrera y Pedro de Gamboa. Pablo Fernández, historiador moderno de la Iglesia en Filipinas, dice que eran hombres eminentemente apostólicos [1].

Estamos en una época de gigantes del espíritu y del intelecto. Los frailes que llegaron a Filipinas durante las primeras décadas, por no decir los dos primeros siglos, eran hombres de estudio y de universidad. Habían pasado casi todos por las aulas de las mejores universidades de España, sobre todo por Salamanca y Alcalá. Algunos, como Urdaneta,

[1] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 19.

eran marinos y cosmógrafos. Otros, como Martín de Rada, matemáticos y astrónomos. Casi todos eran teólogos, hombres del Renacimiento, maestros del mejor conocimiento de la época en que les tocó vivir.

Eran, sobre todo, hombres celosos y apostólicos, producto de una Iglesia española reformada antes de la aparición del protestantismo. Eran hombres de lo que la historia llama la Contrarreforma, pero que nosotros denominamos como Reforma católica. Muchos de ellos habían vivido ya bajo el espíritu del Concilio de Trento. Trataron de transplantar ese espíritu en las misiones de América y Filipinas. Eran místicos, soñadores de reinos para Dios, seguros de sí mismos y de la labor que España estaba desempeñando en el mundo de aquel entonces. Estaban convencidos de ser mensajeros de Dios y embajadores de Jesucristo. La Iglesia les enviaba a establecer la fe católica en todo el mundo. Tenían mucho de mesiánicos.

Gran parte de los frailes que llegaron a Filipinas habían sido misioneros en Méjico durante años. El primer obispo de Filipinas, fray Domingo de Salazar, O.P. había pasado 23 años en Méjico y Florida. Los que llegaron a Filipinas entendían mucho de metodología misional. Allí no se necesitaba experimentar ni improvisar.

Los agustinos se establecieron en Cebú con Legazpi en 1565. Construyeron una iglesia y convento en honor del Santo Niño. Cebú es, pues, la cuna del cristianismo en Filipinas.

Los agustinos y los españoles establecidos en Cebú escribieron al rey, por medio de Urdaneta y Andrés de Aguirre pidiendo urgentemente misioneros para continuar la obra misional entre los filipinos [2]. Urdaneta probó que se podía volver a Méjico desde Filipinas. Encontró la ruta del *tornaviaje*.

Los primeros agustinos se movían con pies de plomo. La experiencia de Magallanes y la apostasía del rey Humabon, de la reina Juana y del resto de los filipinos bautizados por Pedro de Valderrama, pesaba mucho en su mente. Dejaron pasar meses, por no decir años, hasta aceptar las primeras conversiones. Como misioneros, sin embargo, no podían permanecer con los brazos cruzados. La primera conversión fue la de la sobrina de Tupas, el reyezuelo de Cebú, que recibió

[2] Cfr. P. Galende, Osa, «The Agustinians in the Philippines, 1565-1890», *Boletín Eclesiástico de Filipinas*, 435, 1965, p. 38.

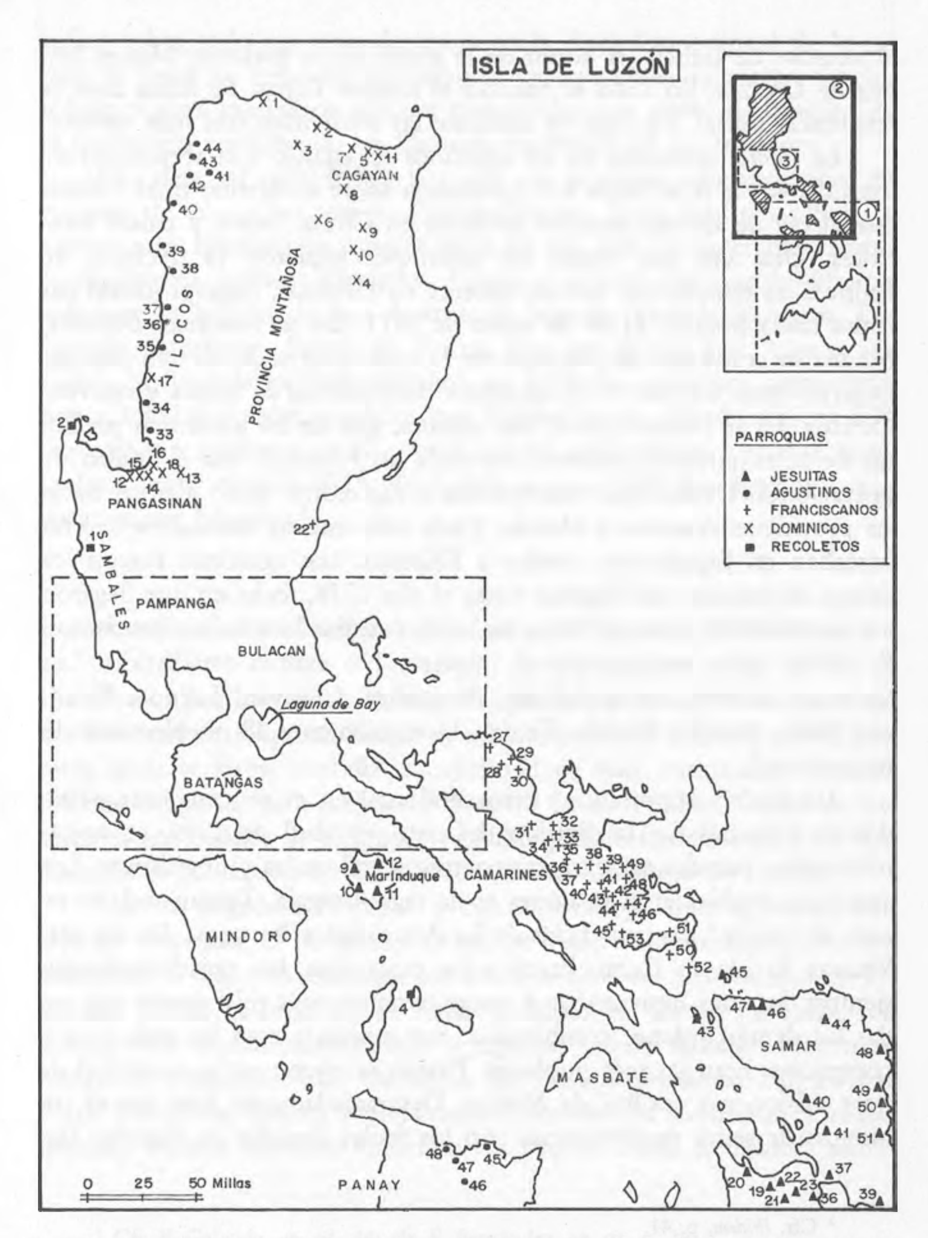


Ilustración n.º 4. Mapa de Luzón con las parroquias de jesuitas, agustinos, franciscanos y dominicos hacia 1655. Tomado de John L. Phelan, *The Hispanization of the Philippines*, pp. 174 y 175.

el nombre de Isabel, en honor de la mujer de su padrino, Miguel López de Legazpi. En 1568 se bautizó el mismo Tupas. Se había roto la resistencia inicial. De aquí en adelante las cosas irían con más rapidez.

La inicial reticencia de los agustinos en cuanto a la aceptación de candidatos a la fe se debía a la ignorancia sobre su destino final. Creían que el rey de España pensaba también en China, Japón y países limítrofes. Una vez que todos los españoles supieron la decisión de Felipe II de establecerse definitivamente en Filipinas, Legazpi movió sus reales hacia Manila. El 24 de junio de 1571, día de San Juan Bautista, Manila se convertía oficialmente en la capital de todo el archipiélago. Legazpi donó un lote a los agustinos para edificar la iglesia y convento. Hoy día se conoce como *San Agustín*, una de las joyas más preciosas de la arquitectura colonial española en Filipinas. Era el centro de operaciones. Desde aquí comenzaron a expandirse poco a poco hacia las provincias cercanas a Manila. Cada año nuevas «misiones» se embarcaban en España con rumbo a Filipinas. Los agustinos fueron los únicos misioneros en Filipinas hasta el año 1578, fecha en que llegaron los franciscanos. Para esa fecha ya habían realizado muchos bautismos. Es difícil saber exactamente el número. No existen estadísticas. Los agustinos estaban esparcidos por Pampanga, Cagayán, Laguna, Batangas, Cebú, Panay y Manila. Tenían 16 conventos y 18 pueblos para 46 misioneros [3].

Un hecho importante y transcendental en el proceso evangelizador de Filipinas fue la división del país, en abril de 1594, en zonas misionales, basadas en razones geoétnicas, culturales y lingüísticas. Los agustinos establecieron misiones en la región tagala. Tenían toda la región de Ilocos [4], las provincias de La Pampanga y Batangas. En las islas Visayas, la isla de Cebú, Panay y en otras islas, los agustinos fueron siempre los más numerosos. A veces tuvieron más misioneros que todas las demás órdenes combinadas. Sus misiones eran las más ricas y compactas. Eran las más pobladas. Pronto se vieron en la necesidad de traer misioneros criollos de Méjico. Desgraciadamente esto fue el comienzo de serias desavenencias con los frailes llegados de España. Sig-

[3] Cfr. *Ibidem*, p. 41.

[4] La región de Ilocos se compone hoy día de las provincias de Ilocos Norte, Ilocos Sur, La Unión y Abra. La Pampanga incluía lo que es hoy la provincia de Nueva Écija y la mitad sur de Tarlac, culturalmente parte de La Pampanga.

nificó sobre todo un serio descenso en la disciplina original de la orden. A pesar de todas las dificultades los agustinos trabajaron mucho y bien. Quizá intentaron abarcar demasiado, con cierto detrimento de la formación cristiana de los filipinos residentes en sus misiones.

No viene al caso ir isla por isla, ni provincia por provincia. El proceso de evangelización es algo misterioso. Basta hoy día echar un vistazo a las iglesias que todavía están en pie. Son innumerables, como lo fueron los pueblos fundados. Gloria y orgullo del pueblo filipino son hoy las iglesias de San Agustín de Manila, Taal de Batangas, Lubao de Pampanga, Paoay de Ilocos, Jaro en Iloilo, San Agustín de Cebú. Al final del período español, en 1898, los agustinos administraban a 2.237.466 fieles, asistidos por 240 religiosos, distribuidos en 231 parroquias y misiones en 22 provincias del archipiélago. Durante el establecimiento español (333 años) fueron casi 3.000 los agustinos que pasaron por Filipinas [5].

Los franciscanos en Filipinas. El «cebo» de China (1578-1898)

Fueron los franciscanos los que siguieron a los agustinos en la tarea misional de Filipinas. Llegaron a Manila el 2 de julio de 1578. Durante años se había sentido la necesidad de más misioneros de otras órdenes religiosas para acelerar el proceso de conversión. Guido de Lavezares, gobernador de Filipinas, ya había pedido franciscanos en 1573. Su primera fundación en Manila fue *Nuestra Señora de los Ángeles* [6].

Con su llegada a Filipinas, y con nuevos operarios agustinos que seguían viniendo, el proceso misional se aceleró notablemente. Se comenzaban a forjar sólidamente los fundamentos del cristianismo en Filipinas. Como todavía no se había dividido el campo misional, los franciscanos tenían muchas islas y regiones donde trabajar. Pronto se limitaron a regiones más concretas. En Manila fundaron Santa Ana, Paco, Pandacan, Loreto y el famoso convento de formación y retiro llamado todavía hoy San Francisco del Monte. Fuera de Manila traba-

[5] Cfr. P. Galende, *op. cit.*, 44; cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 24.

[6] Cfr. L. Pérez, OFM, *Origen de las Misiones Franciscanas en el Extremo Oriente*, Madrid, 1916, p. 6.

jaron en la provincia de La Laguna, la actual provincia de Quezon y sobre todo en la región de Bicol [7].

Los franciscanos, como los demás religiosos, llegaban movidos por lo que llamamos el «cebo» de China. Ya desde San Francisco Javier soñaban todos los misioneros con abrir las puertas de China. Al año siguiente de su llegada a Manila, sin permiso de las autoridades civiles, varios franciscanos partieron hacia China. Durante los primeros años en Filipinas, no parecían descansar hasta conseguir su sueño. El primer obispo de Filipinas, Domingo de Salazar, consideraba esto como celo equivocado. Sólo cuando se comprobó que China no abriría sus puertas, y con la llegada de hombres como Juan de Plasencia y San Pedro Bautista, los franciscanos se decidieron a entregarse en cuerpo y alma a la tarea de evangelización de Filipinas.

Si hemos de mencionar algo peculiar de esta orden, aunque lo intentaron todos los religiosos, fue su enorme esfuerzo en convertir las dispersas *rancherías* en pueblos más compactos y mayores. La tarea de evangelización resultaba casi imposible si los habitantes de Filipinas continuaban viviendo perdidos por los montes. Se imponía la necesidad, por motivos evangélicos, de reducirlos y traerlos a vivir en *policía*, como decían los antiguos. Vivir juntos, en grandes pueblos, *bajo el sonido de la campana*. Esto, volvemos a repetir, por motivos de misión y de predicación evangélica. Propio también de los franciscanos es que lo hicieron con sumo respeto para con los filipinos, sin fuerza ni violencia, aunque siempre se hizo necesaria cierta coacción moral. Juan de Plasencia no sólo fue un gran misionero, sino un buen historiador y antropólogo. En su obra *Costumbres de los Tagalos* escrita en 1589, nos dejó un código civil y criminal filipino que los españoles respetaron desde el principio. Plasencia recogió de labios de los más ancianos y sabios sus leyes y costumbres. Puso, recalca, un esmero especial, todo su amor de misionero y antropólogo. Hoy es una de las grandes joyas de la antropología religiosa y cultural de Filipinas [8].

[7] La actual provincia de Quezon se llamaba Tayabas. Incluía también los distritos de Infanta y Morong. La región de Bicol abarcaba lo que son hoy las provincias de Camarines Norte, Camarines Sur, Albay, Sorsogón y la isla-provincia de Catanduanes.

[8] Cfr. Santa Inés, *Crónicas*, II, pp. 592-603. Traducción inglesa en *BRPI*, VII, pp. 173-196.

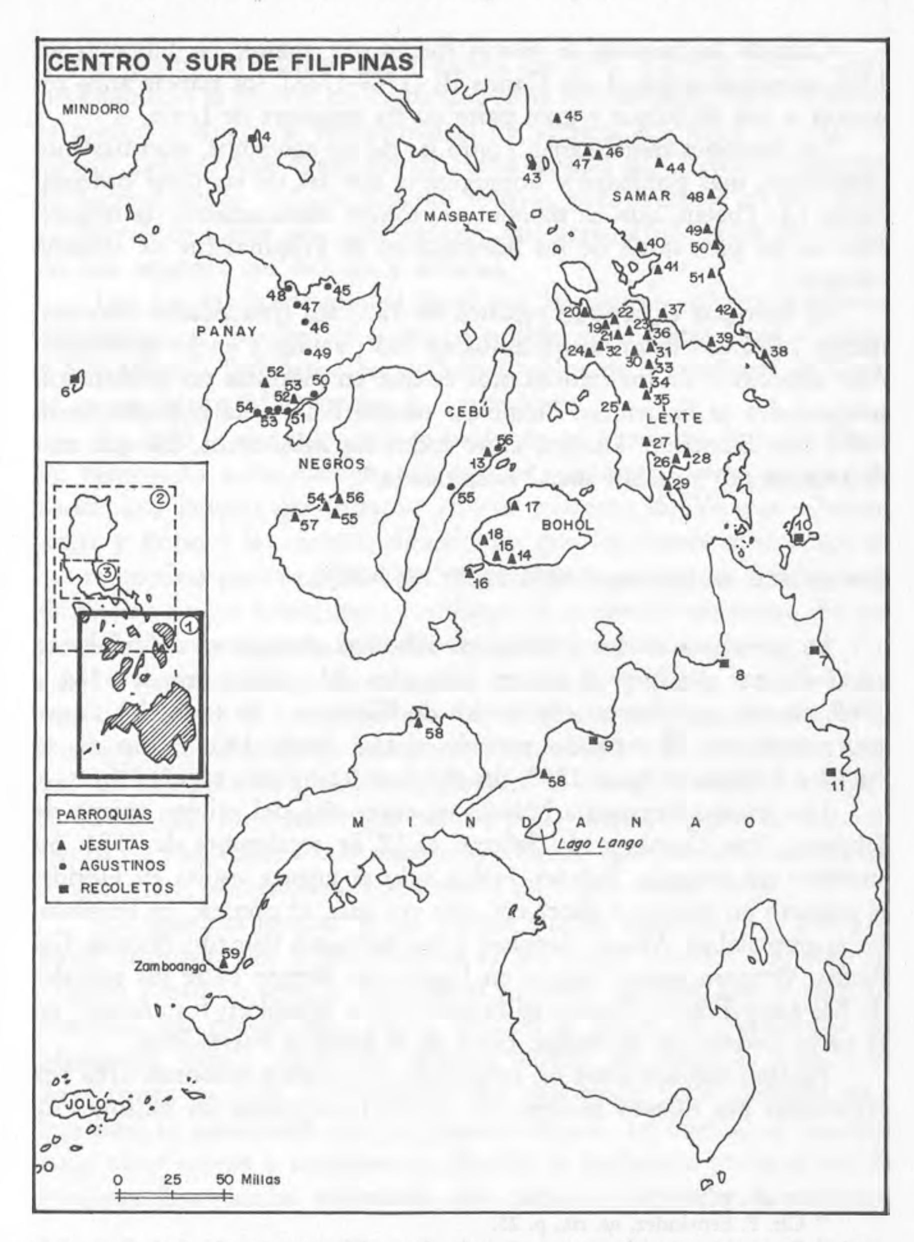


Ilustración n.º 5. Mapa del centro (islas Visayas) y sur de Filipinas (Mindanao) indicando las parroquias de las misiones jesuitas, agustinas y recoletas hacia 1655. Tomado de John L. Phelan, *The Hispanization of the Philippines*, 1959, pp. 72 y 73.

Cuando los jesuitas se vieron forzados a abandonar Filipinas en 1768, expulsados por el rey Carlos III (1759-1788), los franciscanos tomaron la isla de Samar y gran parte de las misiones de Leyte.

Las misiones franciscanas, como las de los agustinos, eran bastante compactas, más pobladas y homogéneas que las de las otras órdenes. Según J.L. Phelan, que ha tratado este tópico expresamente «la instrucción en las parroquias de los franciscanos en Filipinas fue de altísima calidad» [9].

Al terminar el período español en 1898 los franciscanos administraban 1.096.659 fieles, distribuidos en 103 pueblos y en 15 provincias. Algo específico de los franciscanos es que en Filipinas no adquirieron propiedades ni haciendas. Siguieron siendo fieles a la pobreza de su padre San Francisco. Fueron, entre todos los misioneros, los que más destacaron por su labor social hospitalaria [10].

Los jesuitas en Filipinas: 1851-1768; 1859-1898

La presencia de los jesuitas en Filipinas durante el colonialismo español tiene dos períodos bien marcados. El primero va de 1581 a 1768, año en que fueron expulsados de Filipinas y de todos los dominios españoles. El segundo período abarca desde 1859 –año de su vuelta a Filipinas– hasta 1898, fin del establecimiento español [11].

Los jesuitas llegaron a Manila en compañía del primer obispo de Filipinas, fray Domingo de Salazar, el 17 de septiembre de 1581. Su superior era Antonio Sedeño. Había sido el primer jesuita en Florida, el primero en Méjico y ahora era, una vez más, el primero en Filipinas. Le acompañaban Alonso Sánchez y un hermano llamado Nicolás Gallardo. Vivieron cierto tiempo en Lagyo, un distrito entre los actuales de Malate y Ermita. Pronto edificaron casa e iglesia en Intramuros, en la parte suroeste de la ciudad, cerca de la llamada Puerta Real.

Pasaron algunos años sin envolverse en la labor misional. Una vez reforzados por nuevos misioneros, en 1591 aceptaron las misiones de

[9] *Op. cit.*, p. 61.

[10] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 25.

[11] Para la historia del primer período jesuita en Filipinas véase H. de la Costa, S.J., *The Jesuits in the Philippines: 1581-1768*, Harvard Univ. Press, 1969. Una obra maestra desde cualquier ángulo que se mire.

Taytay y Antipolo, próximas a Manila. En 1593 el padre Pedro Chirino estableció la misión en Tigbauan, en la provincia de Iloilo. Elevada la misión a rango de vice-provincia los jesuitas aceptaron las islas de Samar, Leyte y más tarde Bohol como campo de actividad misional. El padre Antonio Sedeño, superior todavía, para ayudarse en esta labor estableció en Cebú una casa central, que serviría de punto de apoyo en esas regiones tan difíciles y aisladas.

Los jesuitas aceptaron, al igual que las demás órdenes religiosas, ministerios en Manila. En concreto establecieron Santa Cruz, Quiapo y San Miguel. Trabajaron en algunos pueblos de la provincia de Cavite, como Silang, Maragondon y Cavite Viejo.

En 1605 la vice-provincia se convierte en provincia, independiente de Méjico. Es autosuficiente en recursos económicos pero no en personal. Los jesuitas encontraron en sus misiones de Visayas —Samar, Leyte y Bohol— las mismas dificultades que los demás misioneros en sus respectivas regiones. Uno de los principales problemas residía en la dispersión de los habitantes en millares de pequeñas *rancherías*. No era tarea fácil congregarlos, dado que tenían economía de subsistencia. Por eso los jesuitas, para poder asistirlos en sus necesidades espirituales, e introducirlos en el conocimiento de la religión cristiana, formaron lo que hoy se denominarían equipos volantes. Partiendo de una casa central, un equipo salía a enseñar y predicar el evangelio regularmente. A su vuelta salía otro, hasta que poco a poco fueran capaces de concentrarlos en poblaciones más numerosas. Puesto que los fieles no venían al misionero, el misionero tenía que ir en busca de los fieles [12].

Las misiones jesuitas de las Visayas estaban expuestas a la piratería mora, rampante por aquel entonces en los mares internos de Filipinas. Debido a esto los jesuitas pidieron al gobierno español, con mucha insistencia, que hiciera algo. En su opinión lo mejor era establecerse en Mindanao, donde vivían los mismos moros. Así nació la misión de Zamboanga en 1635. Otras aparecieron más tarde. Estas misiones estaban bajo la protección militar hispano-filipina. La enemistad multisecular entre moros y cristianos en España se trasladaba ahora al sur de Filipinas. Los jesuitas trabajaron con entrega y derroche de energías.

[12] Cfr. H. de la Costa, «The Jesuits in the Philippines, 1581-1900», *Boletín Eclesiástico de Filipinas*, 435, 1965, pp. 121-122.

Los peligros eran continuos. En 1663 el gobernador, don Sabiniano Manrique de Lara, retiró todas las tropas de Mindanao y de las Molucas como medida de precaución contra la posible invasión del pirata chino Koxinga (Cheng Ch'engking). Koxinga amenazó con invadir Filipinas. La amenaza se disipó para bien del país. Los españoles y jesuitas no volvieron a Mindanao hasta 1718. Por entonces existía ya una *conciencia* islámica.

Desde su nueva base de Zamboanga, elevada a la categoría de colegio-residencia, se extendieron por el archipiélago de Sulú y a lo largo de la costa suroeste de Mindanao, hasta llegar al área de Cotabato. En 1748 el sultán de Joló, Alí Muddin I vino a Manila para instruirse en la religión cristiana. Los jesuitas, sospechando de su motivación, se opusieron, pero los dominicos, menos conocedores del hecho, apoyaron totalmente el proyecto del bautismo de Alí Muddin. Una vez bautizado fue hecho prisionero por las autoridades españolas, cuando volvía a Joló pues dudaban de la sinceridad de su conversión. Trajo esto una intensificación de los ataques piratas a todas las costas de Visayas y Luzón, siendo llevados a cabo por su hermano, nuevo sultán de Joló. Las misiones jesuíticas fueron las que, junto con las de los recoletos, recibieron principalmente los embates de los moros.

La labor de los jesuitas en sus misiones de Filipinas terminó con su expulsión de los dominios españoles. Carlos III, por razones que dijo guardarse en su real pecho, ordenó que salieran todos de sus dominios. En 1768 se hizo efectiva la orden en Filipinas. Las misiones de Samar, con algunas de Leyte, pasaron a manos de los franciscanos. Bohol y Mindanao a los recoletos. Otras misiones más pequeñas, como las de Negros, Cebú y Panay, a otras órdenes religiosas. Las parroquias jesuitas de Manila y la zona tagala fueron aceptadas por los seculares.

Así finaliza el primer período de los jesuitas en Filipinas. Su expulsión significó una enorme pérdida para Filipinas, sobre todo en el aspecto misional y educacional. Casi un siglo más tarde, en abril de 1859, seis sacerdotes y cuatro hermanos, bajo la dirección del padre José Fernández Cuevas, llegaron a Manila. Fue el comienzo del segundo período. Volvieron inmediatamente a Mindanao. Allí fundaron la famosa misión de Tamontaka, cerca de la ciudad de Cotabato. Poco a poco fueron expandiéndose a otras regiones. Por entonces los moros ya habían sido sometidos prácticamente al dominio español.

Las guerras piratas habían desaparecido. Pero no lo hicieron las dificultades de misionado entre los moros. Su conversión al cristianismo resultaba algo casi imposible. En vista de ello, los jesuitas se decidieron por la evangelización de las tribus paganas que vivían en la parte oriental de Mindanao, en el interior de Davao, en las montañas de Agusan y en la altiplanicie de Bukidnon. Poco a poco, como habían hecho otros misioneros y los mismos jesuitas en sus plazas de Samar, Leyte y Bohol, indujeron a estos pueblos al abandono de la vida seminómada, a establecerse en poblados mayores y así abrazar progresivamente la religión cristiana. Muchos de los pueblos de esta religión continúan todavía con los nombres que los misioneros les dieron en el siglo pasado [13].

Pero el dominio español estaba tocando su fin y la obra de los jesuitas se hallaba en su primera fase. La labor se completaría ya en este siglo por medio de nuevas órdenes llegadas durante el período americano.

Los dominicos, evangelizadores en el centro y norte de Luzón: 1587-1898

Los primeros dominicos que llegaron a Filipinas fueron el primer obispo de las islas Filipinas fray Domingo de Salazar y su compañero y secretario fray Cristóbal de Salvatierra. Salazar había salido de España en junio de 1580 con 18 dominicos. Se convertirían en los fundadores de la orden dominicana en el Oriente. Durante la travesía atlántica murieron muchos de ellos. El resto algo más tarde. Salazar sólo pudo traer con él al mencionado padre Salvatierra.

Desde Méjico, camino ya de Filipinas, Salazar envió a España a fray Juan Crisóstomo. Su misión primordial era la de pedir al rey y al papa que enviaran religiosos a Filipinas. Crisóstomo, después de muchas dificultades, pudo reunir a 40 dominicos. Salieron de Cádiz el 17 de julio de 1586. Murieron varios durante la travesía y otros ya en Méjico. La gran mayoría desistió de su propósito original en Nueva España al oír de labios del jesuita Alonso Sánchez las dificultades para en-

[13] Cfr. *Ibidem*, 133.

trar en China. Muchos de estos dominicos habían abandonado España, como los franciscanos antes, con el «cebo» de China. Quince religiosos salieron de Acapulco camino de Manila; tres más hacia Macao. Los quince llegaron a Cavite el 21 de julio de 1587. El día 25, fiesta de Santiago apóstol, patrono de España, entraban en Manila. El obispo Salazar, dominico como ellos, y el resto de los españoles les dieron una calurosa acogida [14].

Ese mismo año, tras haber fundado el convento principal de Santo Domingo en Manila, se dispersaron a diferentes provincias de Filipinas. Cuatro fueron a Bataán, provincia cercana a Manila. Seis tomaron el camino de Pangasinán. Los restantes se quedaron en Manila encargados del ministerio de los chinos. Bataán estaba poco poblada. Los habitantes, como en el resto de Filipinas, vivían dispersos por los montes y bosques.

Poco a poco fueron reduciéndolos a poblados mayores. Así fundaron los pueblos de Santo Domingo de Abucay, Samal, Balanga, Orani, Orión y Hermosa. El proceso de conversión se fue acelerando con el tiempo.

Las misiones de Bataán pasaron al clero secular el año 1767, durante el gobierno del arzobispo de Manila don Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina (1767-1789). A partir del año 1849 volvieron a ser dirigidas una vez más por los dominicos. Así continuaron hasta el fin del colonialismo español en 1898.

Un segundo grupo salió hacia Pangasinán, provincia grande y rica al norte de la isla de Luzón. La primera fundación fue Santo Domingo de Binalatongan, hoy la ciudad de San Carlos. Desde allí fueron extendiendo poco a poco su radio de acción. No fue difícil la evangelización de la provincia, aunque hubo una serie de revueltas durante el dominio español que retrasaron el proceso de consolidación del cristianismo. No debemos olvidar el levantamiento de Andrés Malong, en 1662, pero sobre todo el de Juan de la Cruz Pálaris en 1762, durante la ocupación británica de Manila. Varios pueblos fueron incendiados y algún que otro convento destruido. Las muertes fueron numerosas. Los dominicos trabajaron lo indecible por conseguir de los rebeldes la obe-

[14] Cfr. D. Aduarte, *Historia de la provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China*, Ed. Manuel Ferrero, Madrid, 1962, 2 vols., I, pp. 35 ss.

diencia hacia España. La llegada de América puso fin a su trabajo en Pangasinán.

El ministerio más extenso y difícil encomendado a los dominicos en el mapa misional de Filipinas fue el gran valle de Cagayán, en el extremo norte de la isla de Luzón. Está regado por el río más caudaloso del país, el Ibanag, llamado *Río Grande* por los españoles, por otro río que denominaron y se llama todavía hoy *Chico* y por el río *Magat*. Su evangelización fue dura y costosa en esfuerzos y en vidas de misioneros. El clima era duro. A ambos lados del ancho valle vivían razas feroces y montaraces. Los dominicos llegaron a Cagayán en el año 1594. Poco a poco fueron desplazándose río arriba. Al este del valle se encuentra la formidable *Sierra Madre*, que se extiende hasta el Pacífico. Al oeste la Cordillera Central habitada por diferentes grupos de igorrotes, entre ellos los ifugaos, kalingas y apayaos. Muchos de ellos eran cortacabezas. A primeros del siglo XVII los dominicos ya habían evangelizado lo que hoy se considera propiamente la provincia de Cagayán. Las provincias de Isabela y de Nueva Vizcaya, parte esencial todavía del valle de Cagayán, presentaron mayores dificultades. A mediados del siglo XVIII podemos afirmar que lo que es hoy Nueva Vizcaya e Isabela eran ya cristianas. Las montañas fronterizas seguían siendo zonas peligrosas y paganas.

Los dominicos hicieron un gran esfuerzo por penetrar en la zona que se llamó *La Provincia Montañosa*. A comienzos del siglo XVII fundaron misiones entre los mandayas o apayaos. Establecieron pueblos y construyeron iglesias, cuyas ruinas indican ahora la existencia de grandes cristiandades. Todo fue desapareciendo poco a poco. A comienzos del siglo XIX no quedaba nada, absolutamente nada. Reanudadas las misiones a finales del siglo XIX, comenzaban a florecer otra vez al final del período español [15].

Al norte de la gran isla de Luzón existen unas pequeñas islas, llamadas *Las Babuyanes*. Fueron evangelizadas, con muchas dificultades por los dominicos desde el año 1619. Más al norte todavía, cerca ya de Taiwan, existe otro grupito de islas, *Las Batanes*. Los dominicos las

[15] Para la historia de los dominicos y sus misiones puede leerse P. Fernández, O.P., *Dominicos donde nace el sol*, Barcelona, 1958. Del mismo autor: «Dominican Apostolate in the Philippines», *Boletín Eclesiástico de Filipinas*, 435, 1965, pp. 148-170.

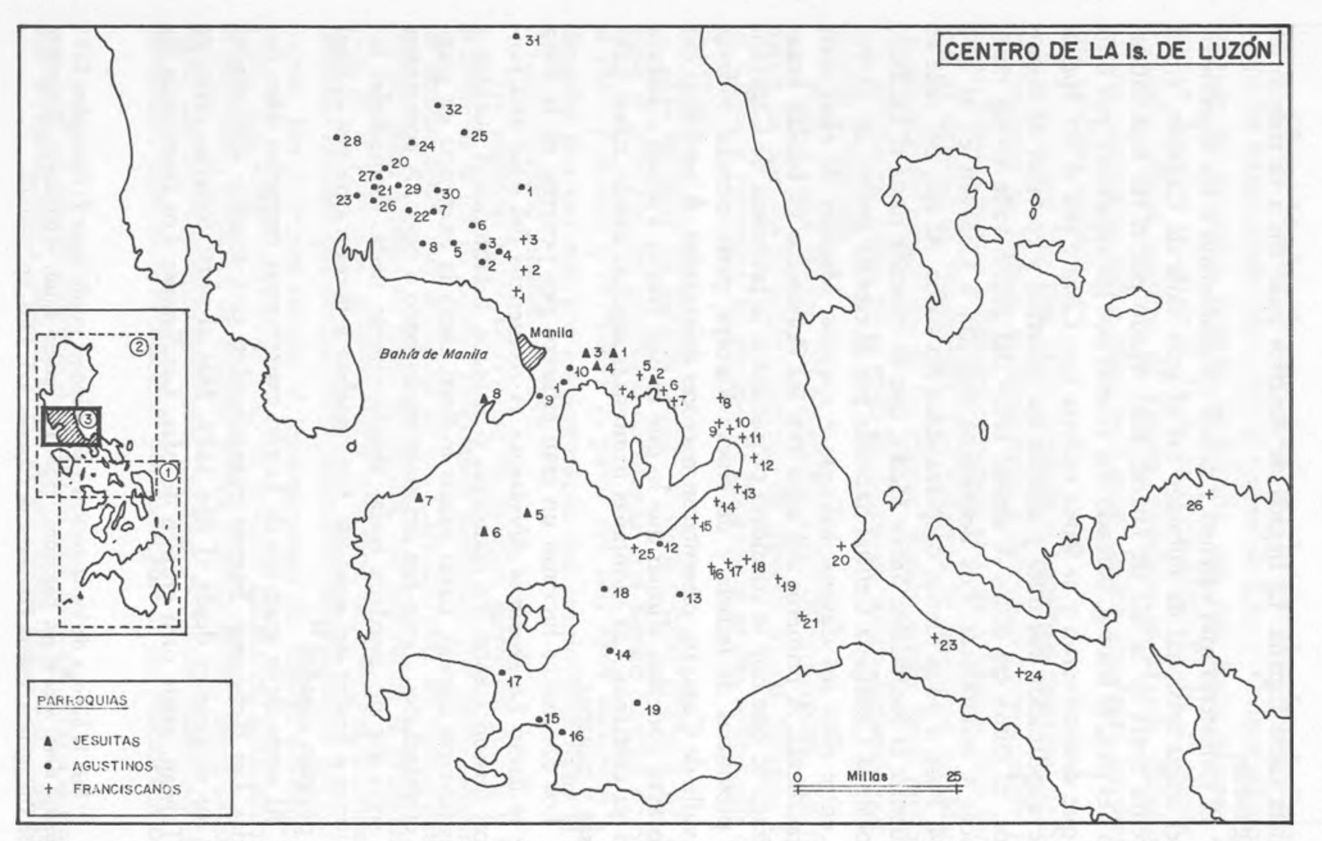


Ilustración n.º 6. Mapa del centro de Luzón con las parroquias de jesuitas, agustinos y franciscanos hacia 1655. Tomado de John L. Phelan, *The Hispanization of the Philippines*, 1959, p. 176.

visitaron desde Las Babuyanes. A partir del año 1783, apoyados por el gobernador José Basco (1778-1787), llegaron a establecerse definitivamente allí. En poco tiempo todos los habitantes, pacíficos por naturaleza, se convirtieron al cristianismo. A excepción de los años de la revolución filipina (1898-1900) los dominicos han seguido en Batanes hasta el día de hoy. Doscientos años largos de eficaz servicio a los tranquilos habitantes de Batanes.

Los agustinos recoletos en Filipinas: 1606-1898

En mayo de 1606 arribaron a Cebú diez sacerdotes y cuatro hermanos recoletos. En junio de ese mismo año estaban ya en Manila. Al igual que las otras órdenes construyeron su iglesia y convento en Manila. Desde allí se extendieron hacia las provincias más lejanas y demás islas del archipiélago. Cuando llegaron al país, ya estaba dividido el campo misional entre el resto de las órdenes religiosas, pero Filipinas era grande y el número de islas infinito. Quedaban todavía muchas en las cuales la presencia española era nominal y donde el cristianismo no había entrado todavía.

En 1607 tres sacerdotes recoletos se dirigieron hacia la provincia de Zambales, no muy alejada de Manila. Era una provincia montañosa, que se extendía desde Mariveles, en el acceso a la bahía de Manila, hasta la punta de Bolinao, en la actual provincia de Pangasinán. Estaba poco poblada. Era casi en su totalidad una cadena montañosa habitada por tribus feroces e independientes. Sus habitantes, los zambales, eran cortacabezas y de lo más primitivo que existía en el país [16]. El progreso misional en Zambales fue paulatino. A mediados del siglo XVIII quedaba todavía mucho que hacer. A partir de allí, cruzando la Sierra de Zambales, los recoletos abrieron ministerios en Tarlac y Pampanga. Así nacieron los pueblos de Mabalacat, hoy en la provincia de Pampanga, y Bamban y Capas, en la provincia de Tarlac. Al final del período español Zambales estaba cristianizada, exceptuados los *negritos* que vivían en la parte más interior de la selva.

[16] Cfr. P. Herce, O.R.S.A., «The Recollects in the Philippines», *Boletín Eclesiástico de Filipinas*, 435, 1965, pp. 225-228.

Uno de los ministerios más difíciles encomendados a los recoletos fue la misión de Mindanao. Es una isla casi tan grande como Luzón, fronteriza con Indonesia y Borneo. Los recoletos abrieron misiones allí pocos años después de su llegada a Filipinas. Se establecieron en la parte norte de la isla, asomados a las islas Visayas, y en la parte oriental, enfrentándose al océano Pacífico. Desde un principio sus misiones fueron objeto de las depredaciones de los moros del oeste de Mindanao y de los del archipiélago de Sulú.

Los recoletos hicieron toda clase de faenas, incluso de soldados, defendiendo a sus cristianos contra las incursiones piratas moras. Un misionero recoleto, fray Pedro de San Agustín, organizó su pequeño ejército y cruzó sus armas con el sultán Kudarat, el más famoso guerrero moro en la década de 1630 a 1640. La historia conoce al fraile recoleto como *El Padre Capitán*. Los fuertes de Siargao y Caraga, en el noreste de Mindanao, son testimonio mudo de la labor de defensa militar que la historia exigió a los recoletos [17].

En 1768 los jesuitas fueron expulsados de los dominios españoles y, consiguientemente, de Filipinas. Los recoletos se responsabilizaron de lo que los jesuitas dejaban en Mindanao y en Bohol. Allí permanecieron hasta el regreso de los jesuitas a Mindanao en 1862 [18].

El obispo de Cebú, don Pedro de Arce, en 1622 rogó a los recoletos que se hicieran cargo de la isla de Palawan. Los primeros puntos fueron Cuyo, Calamianes y las isla de Palawan propiamente dicha [19]. Esos pueblos desgraciadamente servían de cantera humana a los piratas moros del sur de Filipinas. Por eso los misioneros de Palawan y de sus islas adyacentes no progresaron demasiado hasta mediados del siglo XIX, cuando el gobierno español puso fin a las depredaciones moras. Testigos de esa lucha contra los moros son los castillos que todavía se alzan orgullosos en ciertos puntos estratégicos de Palawan.

Filipinas es un vasto archipiélago. Perdidas por los mares internos encontramos millares de islas de todos los tamaños. Los recoletos se encargaron de lo que hoy es la provincia de Romblón (islas de Romblón, Tablas, Sibuyan, Banton, Simara y algunas otras de menor im-

[17] *Ibidem*, pp. 228-232.

[18] Cfr. De la Costa, *op. cit.*, p. 132. Cfr. P. Herce, *op. cit.*, pp. 228-232.

[19] Cfr. P. Herce, *op. cit.*, pp. 232-235.

portancia). En el año 1635 quedó bajo su responsabilidad la provincia de Masbate (islas de Masbate, Ticao y Burias) todas ellas pobres, dispersas y expuestas, sin posibilidad de defensa, a las correrías de los moros. Los recoletos siguieron al pie del cañón. Nunca quizá respondió esta frase de manera tan exacta como en esta ocasión. Con cañones reales y armas de fuego respondieron a menudo a los moros [20].

Hacia 1848, cuando los recoletos se encargaron de la isla de Negros, los habitantes no pasaban de 30.000 y los ministerios apostólicos eran unos once. En menos de 50 años de trabajo intenso y continuado los recoletos cambiaron la faz de la isla. Enviaron gran número de misioneros expertos en agricultura y planificación; organizaron nuevos pueblos. La población ascendió a 363.255. El número de parroquias llegó a 67. Durante esos 50 años, Negros se había dividido en dos provincias, Negros Oriental y Negros Occidental, y la economía de la isla pasó a ser de las más fuertes de todo el archipiélago. Se fundaron pueblos y ciudades debido a la gran inmigración de la isla de Panay, cercana a Negros. Un recoleto brilló más que nadie en este proceso. Era el padre Fernando Cuenca.

Los nombres de los pueblos son indicativos de lo que ocurrió en realidad, denominaciones que hoy siguen vigentes como Murcia, Granada, Pontevedra, Valladolid, Cádiz, Valencia, La Carlota, La Castellana, El Toboso, Calatrava, Escalante y muchos más. Un viaje por la isla parece llevarle a uno, cual don Quijote, por los lugares más famosos de La Mancha. No puede negarse que fue en Negros donde los recoletos dejaron mayor huella. Hoy la isla tiene cuatro diócesis con dos millones de habitantes. Los recoletos –filipinos y españoles– tienen una importante universidad en Bacolod, capital de Negros Occidental y otras muchas instituciones que constatan su labor evangelizadora en Negros [21].

Otras órdenes religiosas en la evangelización de Filipinas

Para terminar este capítulo conviene mencionar otras órdenes religiosas que estuvieron presentes durante el período español. La pri-

[20] Cfr. *ibidem*, pp. 235-241.

[21] Cfr. A.M. Cuesta, O.A.R., *History of Negros*, XXXII, Historical Conservation Society-The Recollect Fathers, Manila, 1980.

mera es la orden de Los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios. Llegaron a Filipinas en 1641. Su labor fue meramente de asistencia.

Los paúles llegaron a Filipinas en 1862, cuando la evangelización estaba ya terminada. Además su labor, altamente positiva, se dirigió hacia la formación del clero nativo. En este campo consiguieron grandes éxitos.

Casi cuando se cerraba la puerta, a última hora, llegaron los capuchinos en 1886 y los benedictinos en 1895. Su historia pertenece al período americano.

Misioneros extranjeros en Filipinas durante el período español

Antes de concluir este capítulo debemos constatar que la cristianización de Filipinas fue realizada por las cinco grandes órdenes religiosas que hemos mencionado. Los religiosos fueron, en su inmensa mayoría, españoles. Hubo, no obstante, en las misiones de Filipinas y del Oriente un número notable de extranjeros, sobre todo de los dominios de los Augsburgos. Los jesuitas y dominicos siempre solicitaron la ayuda de las otras provincias religiosas del centro y sur de Europa, sobre todo de Alemania, Francia e Italia. Muchos de ellos cambiaron sus nombres, adoptando otros españoles. Aprendieron el español y asimilaron la cultura española. No es fácil concretar quiénes eran. Otros son inconfundibles y desarrollaron un gran papel en la labor de evangelización de Filipinas y de las misiones del Oriente [22].

Los dominicos, en sus misiones del Oriente, tuvieron también buen número de extranjeros. Baste recordar a varios mártires del Japón, hoy beatificados y algunos otros canonizados. Antes habían enseñado en Filipinas y trabajado en sus misiones. Mencionemos al beato Orsucci, italiano, a San Guillermo Courtet, mártir de Japón en 1637, francés, a San Jordán de San Esteban, mártir en Japón, oriundo de Sicilia, etc. Uno de los más famosos extranjeros en los anales dominicanos del Oriente es el italiano Vittorio Ricci, misionero en China y embajador de Coxinga a mediados del siglo XVIII.

[22] Cfr. De la Costa, *op. cit.*, pp. 125-126.

Conclusión

La obra de cristianización de Filipinas llevada a cabo por los misioneros españoles ha sido objeto de mofa y burla por parte de las sectas protestantes que entraron en estas islas tras la caída del régimen español.

El historiador americano E.G. Bourne, experto en cuestiones históricas de Filipinas, echa en cara a esos mismos protestantes las costumbres paganas y supersticiosas que los anglosajones, los germanos y demás pueblos bárbaros de Europa siguieron practicando siglos después de su conversión al cristianismo. Escribe así:

> Es costumbre de los protestantes hablar con desprecio de las misiones católicas, pero no debemos olvidar que Francia e Inglaterra se convirtieron al cristianismo por métodos semejantes. Los protestantes ridiculizan los bautismos y conversiones en masa y un cristianismo superficial, pero ese fue el modo cómo el cristianismo se propagó en las que son hoy las naciones líderes cristianas. El católico, por otra parte, podría exigir evidencia si los antiguos germanos o anglosajones se hubieran convertido al cristianismo usando los métodos de los protestantes... El cristianismo ha conseguido sus conquistas y se mantiene vivo por la práctica cristiana. Su progreso se debe a lo que una generación gana sobre la otra en la práctica de sus preceptos [23].

Baste para poner punto final a este capítulo citar a un historiador de la Iglesia en Filipinas, y gran especialista en estas materias. Nos referimos a J. Schumacher, conocido y compañero nuestro en las tareas de investigación y enseñanza.

> En otra parte he dicho que la evangelización llevada a cabo por los misioneros españoles durante los siglos XVI y XVII no fue superficial. En realidad es posiblemente la evangelización más completa y sistemática de un pueblo llevada a cabo en la historia de las misiones cristianas, al menos antes del siglo XIX. En Filipinas no existieron los bautismos en masa que ocurrieron al comienzo de la evangelización en América. Los misioneros que llegaron a Filipinas habían aprendi-

[23] *BRPI*, «Introducción», I, pp. 36-37.

do la lección. De alguna manera podemos llamar intransigente la actitud de los misioneros en relación a la religión prehispánica. Las exigencias antes del bautismo eran rigurosas, tanto en relación con la doctrina que tenía que aprender el candidato como la vida y valores cristianos que tenía que abrazar [24].

[24] J.N. Schumacher, S.J., H. de la Costa, S.J.: *The Filipino Clergy: Historical Studies and Future Perspectives*, Loyola Papers 12, Manila, 1980, pp. 1-2. La traducción del inglés al español es mía.

Capítulo IV

ORGANIZACIÓN ECLESIÁSTICA EN FILIPINAS: ESTABLECIMIENTO DE LA JERARQUÍA

Desde el principio de la evangelización los agustinos fueron los que ejercieron la jurisdicción eclesiástica en Filipinas. Los agustinos, por prerrogativa del papa Paulo III (1534-1549), ejercieron este privilegio hasta la institucionalización de Manila como diócesis. En 1578 el rey Felipe II, por medio de su Consejo de Indias, envió a Roma el nombre de Domingo de Salazar como obispo de Filipinas [1]. Los españoles de Filipinas habían escrito varias veces al rey Felipe II pidiendo se dignara erigir Manila en diócesis o archidiócesis. Llegaron a ser incluso más concretos. En 1575 pidieron al rey que erigiera Manila como diócesis y que nombrara a fray Diego de Herrera como su primer obispo, puesto que reunía los méritos para serlo, enviando con él gran número de misioneros agustinos y también un buen número de clérigos para el gobierno y administración de la nueva diócesis [2].

El padre Diego de Herrera era, sin lugar a dudas, uno de los mejores misioneros de Filipinas. Había pasado años entregado a la tarea de defender a los nativos de Filipinas contra los abusos de los encomenderos y conquistadores españoles. Era inteligente, buen conocedor de los hombres y de los asuntos filipinos. Y, como decían los españoles que le recomendaban, «era de letras y buena vida y ha trabajado

[1] Cfr. P. Fernández, *History*, pp. 28-29.

[2] Cfr. «Carta de Juan Pacheco Maldonado a Felipe II sobre la población de la isla de Luzón, Manila, 1575», *Archivo Histórico Hispano Agustiniano (AHHA)*, XXIV, El Escorial, 1925, p. 220; *BRPI*, III, 300-301; I. Rodríguez Osa, *Historia de la Provincia Agustiniana del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas*, vol. I, *Bibliografía*, I, Manila, 1965, pp. 228-230. De aquí en adelante *Historia*.

mucho en la conversión de los indios» [3]. El rey no accedió a su petición. Diego de Herrera murió en 1576 en el naufragio del galeón *Espíritu Santo* ante las costas de Catanduanes.

El Consejo de Indias, en julio de 1578, recomendó al rey el nombre de Salazar para el obispado de Filipinas. En noviembre del mismo año el rey escribía a su embajador en Roma para que presentara su nombre al Santo Padre. El papa Gregorio XIII (1572-1585), en el consistorio del 6 de febrero de 1579, nombró a Salazar obispo de Filipinas y erigió la diócesis con sede en Manila [4]. La bula de Gregorio XIII, *Illius Fulti Praesidio*, separaba a Manila de la Iglesia de Méjico y la hacía independiente. Llevaría la invocación de la *Concepción de María*, cambiando el nombre original de *San Pedro* que había tenido desde un principio.

Salazar se ordenó obispo en Madrid en 1579 y pronto se dirigió hacia Sevilla con un buen número de dominicos, algunos clérigos y varios criados. Desgraciadamente no pudo embarcar ese año de 1579. Tras un año de espera, a primeros de junio de 1580, salió de Cádiz en compañía del recién nombrado virrey de Nueva España, de dieciocho dominicos y cinco clérigos [5]. Durante la travesía del Atlántico y poco después de llegar a Méjico, murieron dieciséis de los dieciocho dominicos. El 29 de marzo de 1581 un grupo de agustinos, capitaneados por fray Juan Pimentel salió de Acapulco en la nao *San Martín*, en compañía de seis franciscanos, bajo la dirección de Fr. Antonio de Villanueva, tres jesuitas con su rector, fray Antonio Sedeño y solamente un dominico de los 18 que partieron de España, fray Cristóbal de Salvatierra, sacado por Salazar del convento de San Esteban de Salamanca.

Después de cuatro meses de navegación el galeón *San Martín* se metió por el *embocadero*, cruzando el estrecho de *San Bernardino*. Era mediados de julio, tiempo peligroso para los galeones por estar muy avanzada la estación denominada por los españoles como de los *vendavales* y en términos modernos, estación de los *tifones*. A pie y andando, *modo apostólico*, como los primeros apóstoles, Salazar caminó desde Sorsogón hasta Manila durante dos meses, alcanzando este punto el

[3] *Ibidem*.

[4] «Carta del rey Felipe II a su Embajador en Roma, 2 de noviembre, 1578», *Archivo de la Embajada de España ante la Santa Sede*, leg. 4, fol. 103. Cfr. *BRPI*, IV, 119-124.

[5] «Carta del obispo Fr. Domingo de Salazar, O.P., al rey Felipe II, Manila, 14 de marzo, 1582», *Archivo General de Indias (AGI)*, Filipinas 74.

día 17 de septiembre de 1581. Había empleado casi dos años y medio desde que llegara a Sevilla en mayo de 1579 y 16 meses en el viaje desde su partida de Sevilla en junio de 1580 [6].

Pasados varios meses, en los cuales Salazar reunió el Sínodo de Manila, se decidió a erigir su iglesia el 21 de diciembre de 1581 [7]. Manila fue elegida como centro de la nueva diócesis por ser lo más conocido en el archipiélago y por su cercanía a China, Japón, Molucas, Borneo, Java y otros reinos circunvecinos. Los límites eran inmensos y desconocidos, pues incluso en aquel momento de fiebre exploratoria, en el que continuamente se descubrían nuevas tierras, no se sabía, ni podía intuirse hasta dónde se extendían las fronteras de la nueva diócesis de Filipinas.

En 1581 contaba la Iglesia de Filipinas con once clérigos, tres diáconos, cinco subdiáconos y cuatro de corona. Salazar había partido de Acapulco con siete clérigos. Uno murió en la travesía, otro se metió franciscano. En Filipinas encontró Salazar seis. Dada la pobreza de la iglesia instituyó solamente dos dignidades, deán y chantre, y dos canonicatos, los únicos que el rey había prometido pagar de la hacienda real [8].

Cuando llegó Salazar a Filipinas la iglesia catedral estaba muy abandonada. No tenía sacristía. Parecía más un pajar que una casa de culto. No había lugar siquiera donde colocar el Santísimo. Los ornamentos brillaban por su ausencia. El único recado existente lo había traído él de Méjico [9]. Para colmo de males, un terrible incendio acaecido el último de febrero de 1583 arrasó totalmente la ciudad, consumiéndose también la iglesia catedral. Con el tiempo se edificó una pequeña iglesia de madera y paja. Según el *Memorial* de los estados de Filipinas de 1586, por su extremada miseria y pobreza no podía llamarse catedral [10]. Ni el edificio, ni los pocos ornamentos existentes eran

[6] *Ibidem.*

[7] «Carta Pastoral del obispo Salazar erigiendo su Iglesia, 21 de diciembre de 1581», *AGI,* Filipinas 74.

[8] «Carta de Domingo de Salazar al rey Felipe II, Manila, 18 de junio, 1582», *AGI*, Filipinas 74.

[9] Cfr. «Carta del obispo Salazar al rey Felipe II, Manila, 14 de marzo, 1582», *AGI*, Filipinas 74.

[10] «Memorial General», en F. Colin, S.J. - P. Pastells, S.J., *Lavor Evangélica de los Obreros de la Compañía de Jesús de Filipinas*, 3 vols., Barcelona, 1900-1902, I, p. 415. En nuestra obra *Labor.*

dignos de una iglesia catedral. Estaba desprovista de todo, para deshonra de la religión cristiana, pues vivían en Manila miles de paganos, sobre todo chinos, que no podían creer se abandonasen tanto los templos cristianos. Hacia 1590 la iglesia no se había reconstruido aún. En una palabra: durante el episcopado de Salazar la iglesia catedral de Manila fue una pobre, mísera y desvencijada iglesia de madera y paja. Sólo la llegada del gobernador Dasmariñas (1590-1593), en junio de 1590, impulsó seriamente las obras de la nueva catedral.

Desarrollo y crecimiento del cristianismo en Filipinas durante el siglo XVI

La llegada de los franciscanos en 1578, los jesuitas en 1581, y más tarde los dominicos en 1587, supuso un empuje enorme en el proceso de evangelización de Filipinas. Pero nada aceleró tanto el proceso como la llegada de fray Domingo de Salazar, su primer obispo. En la década de 1581 a 1591, los años en que Salazar estuvo en Filipinas, el crecimiento del cristianismo fue verdaderamente asombroso.

Podemos calcular que cuando llegó Salazar a Filipinas en 1581 el número de cristianos apenas alcanzaba los 30.000. En la década de 1581-1591 el número de bautizados creció en mayores proporciones que en años anteriores. Los primeros quince años de la evangelización de Filipinas fueron relativamente flojos en resultados prácticos. Esto no se debía a una falta de celo apostólico en los agustinos o en los franciscanos, sino más bien a la escasez de religiosos y a las dificultades típicas que acompañan siempre a toda labor pionera. Cuando Salazar llegó a Filipinas, los agustinos y franciscanos habían ya desbrozado el campo. Las cosas fueron más fáciles para él de lo que habían sido para Urdaneta, Rada, Herrera y otros misioneros de primera hora.

Durante el episcopado de Salazar el número de misioneros creció enormemente. En 1575 eran solamente trece [11]. Diez años más tarde habían subido a 94. Si creyéramos a Alonso Sánchez, enviado especial de la colonia de Filipinas a las cortes de Madrid y Roma, el número

[11] Cfr. «Carta del gobernador don Francisco Sande a Felipe II, Manila, 7 de junio, 1576», *BRPI*, IV, p. 87.

de cristianos en Filipinas en 1586 ascendía a 250.000 [12]. Juan González de Mendoza, según le contaron los misioneros, dice que el número de bautizados ese mismo año ascendía a 400.000 [13].

En mayo de 1591 había en Filipinas 140 misioneros. Para atender bien a todos los ministerios y dar enseñanza cristiana a los que insistentemente la pedían se necesitaban 161 misioneros más [14]. En 1594, el misionero agustino, fray Francisco de Ortega, en un *Memorial* presentado al rey en Madrid, decía que había en Filipinas 300.000 cristianos y 267 misioneros. Se necesitaban aun 229 misioneros más [15].

Los frutos conseguidos en Filipinas en torno a la evangelización de los naturales durante el episcopado de Salazar llegó a oídos del papa Clemente VIII (1592-1605) por boca del jesuita Alonso Sánchez. El papa felicitó cordialmente al obispo, principal responsable de la obra, a los misioneros que habían tomado parte en ella, a los fieles que contribuyeron con su trabajo y a los nuevos cristianos [16].

Entre las causas que facilitaron el proceso de evangelización destaca la división del campo misional de Filipinas en zonas de influencia entre las cuatro órdenes religiosas existentes allí a finales del siglo XVI. El 27 de abril de 1594 el Consejo de Indias escribió al gobernador y al obispo sobre el problema. La división se hizo siguiendo líneas geoétnicas, lo que trajo enormes beneficios. Los religiosos no se verían forzados a aprender un sinnúmero de lenguas. Con dos o tres podían ya entregarse a la acción evangelizadora. Todas las órdenes religiosas recibieron ministerios en la zona tagala, pero fueron los agustinos y franciscanos los que se llevaron la mejor parte. Los dominicos aceptaron el ministerio de los chinos en Manila. Los jesuitas recibieron una pequeña porción. Aparte de esta división del área central de Manila y alrededores, los agustinos se encargaron de las provincias de Pampanga e Ilocos. La primera era una de las más ricas y pobladas de Filipinas.

[12] Cfr. *BRPI*, VI, pp. 185-186.

[13] *Historia, BRPI*, VI, p. 148.

[14] Cfr. «Relación de las encomiendas de Filipinas, Manila, 31 de mayo, 1591»; I. Rodríguez, *Historia*, I, 313-314. *BRPI*, VIII, pp. 140-141.

[15] Cfr. «Memorial», I. Rodríguez, *Historia*, I, p. 341. Cfr. J. Leddy Phelan, «Pre-Baptismal Instruction and the Administration of Baptism in the Philippines during the Sixteenth Century», reimpreso de *The Americas*, vol. XII, July, 1955, n.° 1, pp. 15-16.

[16] Cfr. «Carta de felicitación del papa Clemente VIII al obispo Salazar y al clero y pueblo de Filipinas, Roma, 25 de marzo de 1592», *BRPI*, VIII, pp. 234-235.

Los franciscanos se encargaron de la región de Bicol. Los dominicos de las provincias de Pangasinán y Cagayán. Las islas Visayas se dividieron también en líneas lingüísticas y geográficas, entre los agustinos y jesuitas. La zona de los agustinos y franciscanos era sin duda la mejor. Las parroquias de los dominicos y jesuitas eran las más pobres y menos pobladas. Los recoletos, últimos en llegar al país, recibieron algunos ministerios en provincias pobres y apartadas [17].

Institucionalización de Manila como sede metropolitana. Creación de tres nuevas diócesis

Durante su estancia en Filipinas como obispo, Salazar escribió en varias ocasiones al rey Felipe II sobre la necesidad de dividir su diócesis en varias provincias eclesiásticas. Dice en una carta:

> Otras veces he escrito a vuestra majestad cómo es imposible poder un obispo gobernar todo el obispado que ahora yo tengo, sino que para esta isla de Luzón son menester dos. Y aun tres tendrán bien en qué entender. Lo que ahora a vuestra majestad humildemente suplico es sea servido proveer para las Islas de los Pintados un obispo cuya silla esté en la ciudad de Cebú, que por la relación que a vuestra majestad envío, verá que dos obispos no podrán con ello. Y afirmo a vuestra majestad que conmigo no descarga su real conciencia, ni yo para seguridad de la mía osara de decir esto [18]

En 1591 Salazar salió hacia España para presentar personalmente al rey una serie de problemas graves que se debatían en Filipinas. El más importante era, sin duda, la defensa de los filipinos contra los abusos de los oficiales españoles y las exacciones que el gobierno exigía de los nuevos ciudadanos. El gobernador, Gómez Pérez Dasmariñas, le vio partir con gozo. Otro de los puntos a discutir con el rey en Madrid, como ya lo había anunciado muchas veces, era la necesidad de erigir nuevas diócesis en Filipinas. El obispo estaba convencido de que para administrar con eficiencia el territorio y para el bien pastoral

[17] Phelan, *The Hispanization,* pp. 49-51.
[18] «Carta de Salazar a Felipe II, Manila, 27 de junio de 1588», *AGI,* Filipinas 74.

y temporal de los filipinos se hacía necesario dividir eclesiásticamente el país. En opinión de Salazar esto era más necesario aún en su obispado porque Méjico, sede metropolitana de Manila, estaba a más de tres mil millas de distancia. Éste no era el único problema, a pesar de ser tan serio. Había que cruzar el océano más grande y peligroso de la tierra. El obispo de Filipinas, sufragáneo de Méjico, no podía fácilmente asistir a los concilios de la iglesia metropolitana debido al peligro de la navegación y el abandono de su grey. Esto ya le había ocurrido a Salazar en 1585, durante el III Concilio de Méjico. Por otra parte el territorio de la diócesis de Filipinas era tan vasto y extenso, y la navegación por los mares internos tan peligrosa, que un obispo no podía atender tantas necesidades. Salazar sabía de qué hablaba pues había hecho la visita diocesana algunas veces. En varias ocasiones naufragó y estuvo a punto de perecer ahogado.

El 17 de junio de 1595 Felipe II, por carta dirigida a su embajador en Roma, le pidió solicitara del papa la división eclesiástica de Filipinas [19]. En el consistorio del 14 de agosto de 1595 y en el del 30 de agosto del mismo año el papa Clemente VIII erigió solemnemente Manila en sede metropolitana. Creó tres nuevas diócesis en Filipinas, dos en la gran isla de Luzón y otra en las islas de los Pintados, con sede en la ciudad de Cebú, cuna del cristianismo en el país. El papa aceptó en la bula de erección las razones fundamentales que Salazar había presentado al rey y que éste, a la vez, había escrito a su embajador en Roma.

La archidiócesis de Manila (1595)

Se ha escrito con frecuencia en algunas historias de Filipinas que el papa, a propuesta del rey Felipe II, nombró como primer arzobispo de Filipinas a su primer obispo, es decir, fray Domingo de Salazar. No sabemos lo que hubiera ocurrido si Salazar hubiera vivido en el tiempo de la constitución de Manila como sede metropolitana. Él fue, sin

[19] «Reales despachos sobre las Indias, 1591-1595», *Archivo de España ante la Santa Sede*, leg. 12, fol. 49. En inglés en *BRPI*, IX, pp. 150-153. Cfr. D. Abella, *Bikol Annals*, Manila, 1954, pp. 305-308. Abella presenta los documentos originales sobre la erección de las diócesis en las pp. 305-315.

duda, el promotor de la fragmentación de la sede, pero la documentación enviada a Roma no menciona, ni podía mencionar, a Salazar como candidato a la sede. La carta del rey está fechada el 17 de junio de 1595 y Salazar había muerto seis meses antes. Para ser exactos, murió el 4 de diciembre de 1594. No existe, pues, la posibilidad de que el rey propusiera a Salazar como arzobispo de Manila. Además sabemos que Salazar, de vuelta a España, a su paso por Méjico, estuvo gravemente enfermo. Según los historiadores parecía un esqueleto ambulante. En Madrid dos años antes de morir, padeció la pobreza y la enfermedad. No hay posibilidad de que el rey fuera a elegirle como arzobispo. Pensara o no pensara en él, lo cierto es que Salazar fue el promotor de la constitución de Manila como archidiócesis. Llevaría la invocación oficial de Iglesia Metropolitana de la *Asunción de la Virgen María* de la ciudad de Manila.

En la carta del rey a su embajador se mencionan los candidatos a las diferentes sedes. Para Manila, la sede metropolitana, el rey propuso al franciscano fray Ignacio de Santibáñez, de 50 años. Nunca había estado en Filipinas. Llegó a Manila en mayo de 1598. Tres meses más tarde ya había muerto de tristeza, al decir de su sucesor en la silla, fray Miguel de Benavides. De tristeza al topar con la miseria y pobreza de la iglesia, añadimos nosotros. Santibáñez era un hombre de corte, gran predicador.

La extensión territorial de Manila cubría las provincias actuales de Rizal, Bataán, Pampanga, Bulacán, Zambales, Nueva Ecija, Laguna, Batangas, Cavite y las islas de Marinduque y Mindoro. Era el centro de la vida política, religiosa y cultural. La lengua preponderante era el tagalo.

Diócesis de Nueva Segovia (1595)

En la bula de erección papal la segunda diócesis que se menciona después de Manila es la de Nueva Segovia, en el norte de la isla de Luzón. Fue erigida el 14 de agosto, como todas las demás y confirmada en el segundo consistorio del 30 de agosto de 1595. Su sede fue establecida en Nueva Segovia, o Lal-loc, en la actual provincia de Cagayán. El título oficial era el de *Concepción de la Virgen María.* Para primer obispo el rey presentó y confirmó el papa, al dominico fray Miguel de Benavides, misionero en Filipinas y experto en la lengua

china. Desde su llegada a las islas en 1587, había ejercido su ministerio entre los chinos *sangleyes* de Filipinas con los primeros dominicos que entraron en el país. En 1590 visitó China. Acompañó a Salazar a España en 1591. La sede episcopal siguió en Lal-loc durante casi doscientos años. En 1758 el rey Fernando VI (1746-1759), por una cédula expedida en Villaviciosa, decretó que Vigan, en la región de Ilocos, fuera en adelante la sede de la diócesis. El traspaso definitivo se llevó a cabo en 1762, gracias a los esfuerzos del obispo electo Bernardo Ustáriz [20].

La extensión de la diócesis no quedó establecida al principio, pero los obispos lo hicieron como Dios les dio a entender. Nueva Segovia incluía las provincias actuales de Nueva Vizcaya, Quirino, Isabela, Cagayán, Kalinga-Apayao, Bontoc, Benguet e Ifugao, zona de acción misionera de los dominicos. La parte oeste del norte de Luzón incluía la región de Ilocos, es decir, las provincias actuales de Ilocos Norte, Ilocos Sur, La Unión y Abra, zona de acción misionera de los agustinos. Y hacia la gran llanura del centro de Luzón incluía la provincia de Pangasinán, con el norte de la actual provincia de Tarlac, región encomendada a los misioneros dominicos. Esto explica, en gran medida, que la mayoría de los obispos de Nueva Segovia fueran dominicos, seguidos de lejos por los agustinos [21].

Diócesis del Santísimo Nombre de Jesús de Cebú (1595)

Fue erigida en la ciudad que los españoles llamaron *El Santísimo Nombre de Jesús*, más conocida a través de la historia por Cebú, bajo la invocación del *Angel Custodio*, tal y como el rey Felipe II había pedido a su embajador en Roma. El papa Clemente VIII, igual que hizo con la sede metropolitana de Manila, expidió la bula *Super Specula Militantis Ecclesiae* el 14 de agosto de 1595, nombrando como primer obispo al agustino fray Pedro de Agurto, teólogo y misionero durante muchos años en Méjico.

No hay que olvidar la extensión de esta diócesis, sin duda alguna la más grande de todas. Incluía todas las islas que hoy llamamos de

[20] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 35-36.

[21] Cfr. M. G. Pola, «Episcopologio Dominicano de la Diócesis de Nueva Segovia», *Philippiniana Sacra*, 72 (1989), 219-261.

Las Visayas y que los españoles llamaron de los Pintados, las Islas Marianas, las Islas Palaos y, sobre todo, la gran isla de Mindanao. A través de su historia esta diócesis ha estado expuesta a las depredaciones de los moros. Miles y miles de fieles fueron violentamente sacados de sus pueblos, trasladados a tierra de moros y vendidos como esclavos en los mercados de Joló, archipiélago de Sulú, Macasar y Borneo. Pero la historia de este expolio pertenece a otro capítulo. No es extraño, pues, que los obispos no pudieran visitar, su vasta diócesis ni que los fieles fueran privados durante muchos años del sacramento de la confirmación. Los peligros de la navegación, siempre presentes en Filipinas, no eran quizá los principales si los comparamos con el aislamiento de las islas y el peligro de caer en manos de los piratas moros.

La historia nos cuenta que más de un obispo, consciente de la imposibilidad de gobernar eficazmente su diócesis, pediría con insistencia la división de tan vasta y extendida diócesis. Pasaron siglos hasta que los reyes de España, patronos de la Iglesia de las Indias, escucharon los ruegos de los obispos. Nadie presionó tanto como don Romualdo Jimeno, O.P., obispo de Cebú, de 1847 a 1872. Fue el primer obispo que realizó la visita pastoral a las islas Marianas. Visitó también las demás islas de las Visayas y Mindanao. En 1865, exactamente trescientos años después de la llegada de los españoles a Filipinas, la diócesis de Cebú quedó dividida, desmembrándose una nueva diócesis llamada de *Jaro* en la isla de Panay.

Cebú ha sido y continúa siendo la segunda sede más importante de Filipinas. Hoy día tiene su propio cardenal. Brilla aun en el firmamento cristiano de Filipinas. La mayoría de los obispos de esta sede han sido agustinos, hecho explicable porque han sido los más numerosos en Las Visayas, aunque nunca faltaron obispos de otras órdenes religiosas, como dominicos y franciscanos.

Diócesis de «Nueva» Cáceres en Naga (1595)

La última diócesis mencionada en la bula papal *Super Specula* del 14 de agosto de 1595, es la diócesis de Cáceres en las Indias.

El investigador filipino, Domingo Abella, en su mencionado libro *Bikol Annals*, dice que tanto en la carta del rey Felipe II a su embajador en Roma, como en la bula de erección, no se menciona para nada

la palabra «nueva», refiriéndose a la ciudad de Cáceres. Simplemente se nombra en la carta de petición del rey en la ciudad de Cáceres, como *tierra de Camarines.* El patrono de la iglesia catedral sería *San Juan Evangelista,* como lo había pedido el rey. El primer obispo fue el franciscano fray Luis de Maldonado, lector de Salamanca, comisario de los franciscanos en Filipinas y misionero en el país por algunos años. En el momento de su elección residía en España. Murió antes de recibir la bula de nombramiento.

Abella niega rotundamente que San Pedro Bautista, protomártir de Japón en 1597, fuera preconizado como obispo de Nueva Cáceres. Fray Francisco de Ortega, agustino, y misionero durante años en Méjico y Filipinas, fue el segundo nombrado para la diócesis de Cáceres en 1599. Se ordenó obispo en Méjico. Murió aquí en 1601 camino de Filipinas, sin poder tomar posesión de su diócesis [22].

Ya se expuso que la bula de erección no delimitaba la extensión de las diócesis. Nueva Cáceres incluía la región de Bicol, que reúne hoy día las provincias de Camarines Norte, Camarines Sur, Albay, Sorsogon y las dos provincias-islas de Catanduanes y Masbate, con sus islas adyacentes. Siguiendo la costa del Pacífico subía hasta Palanan, en la provincia de Isabela, pasando por los distritos que los españoles llamaron de Infanta y el Príncipe, siendo en la actualidad las provincias de Quezon y la de Aurora, nombre por el que respondía la esposa de Quezon. A pesar de su extensión era la más pequeña de las cuatro. Presentaba una mayor homogeneidad lingüística y cultural [23].

Diócesis de Jaro en Iloilo (1865)

Hemos mencionado el hecho de que algunos obispos de Cebú, a través de la historia, protestaron repetidamente ante los reyes españoles por la negativa de dividir la vasta y extensa diócesis de Cebú. Sobre todo a comienzos del siglo XIX, después de los cambios ocasionados tras las guerras napoleónicas y las presiones liberales en España, cuando se hizo evidente la necesidad de erigir por lo menos una provincia

[22] Cfr. Abella, *op. cit.,* pp. 36-38.
[23] Cfr. Abella, *op. cit.,* pp. 13-14.

eclesiástica más en el centro de las islas Visayas. El obispo de Cebú, Santos Gómez Marañón, había solicitado de la Santa Sede la división de la diócesis del Santísimo Nombre de Jesús. Su petición cayó en oídos sordos, quizá porque en España no se veía la necesidad. Finalmente el obispo dominico Romualdo Jimeno, que gobernó la diócesis de Cebú durante más de 20 años, y que fue el primero en visitar pastoralmente toda su diócesis, consiguió lo que sus antecesores no habían obtenido. El 17 de enero de 1565 se creó la nueva diócesis de Jaro, en Iloilo, bajo el patronato de *Santa Isabel.* El 27 de mayo del mismo año la Santa Sede, por el breve *Qui ab Initio,* del papa Pío IX, reconoció la acción del gobierno español [24].

El primer obispo de Jaro fue el dominico Mariano Cuartero, nombrado el 30 de noviembre de 1867. Tomó posesión de la diócesis en 1868. Tan pronto ocupó su sede puso manos a la obra. Construyó el palacio episcopal, la catedral, comenzada en 1869 y bendita el 1 de febrero de 1874. No olvidó Cuartero el seminario conciliar, dedicado a su hermano dominico San Vicente Ferrer y terminado en 1874. Desde el principio lo regentaron los padres de San Vicente de Paul, vulgarmente conocidos como los *Paules.* La nueva diócesis incluía la isla de Panay, con las provincias de Iloilo, Capiz, Antique y Aklan; las islas de Negros, Palawan, la península de Zamboanga en Mindanao y Nueva Guipúzcoa o las provincias de Davao actualmente.

La conclusión es clara. Filipinas, durante el período español, se compuso de cuatro diócesis: la metropolitana de Manila, Cebú, Vigan-Nueva Segovia y Naga-Nueva Cáceres. Jaro se constituyó cuando España ya había cumplido su labor histórica.

Un punto digno de notar es la orfandad de las diócesis de Filipinas a través de la historia. Algunos obispos nunca llegaron a gobernar sus diócesis. Otros, residentes en Filipinas en el momento de su nombramiento, formaron parte del gobierno de sus diócesis, pero nunca recibieron las bulas y la consagración episcopal al morir antes de su ordenación. No puede negarse que, pastoralmente, una ausencia tan larga de los obispos de sus sedes tuvo que acarrear retrasos en el progreso cristiano de las diócesis y en la profundización de la fe dentro del pueblo filipino. Pero esto ya es pastoral y no historia.

[24] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 36. Cfr. F. Villarroel, O.P., «The Making of a Diocese in the Philippines, Jaro, 1865», *Boletín Eclesiástico de Filipinas*, 435 (1965), 538-555.

Capítulo V

EL SÍNODO DE MANILA: 1581-1586

No puede entenderse el Sínodo de Manila, el primero celebrado en el país, sin estudiar la personalidad de su primer obispo, fray Domingo de Salazar y el papel que jugó en su organización y desarrollo. No vamos a entretenernos aquí en definir la palabra «sínodo» o «concilio». La historia ya ha consagrado el término *Sínodo*, refiriéndose a esa reunión de 1581-1586. No es nuestra intención ahora cambiar el nombre.

Carácter pastoral del Sínodo

El 17 de septiembre de 1581 llegaba a Manila Domingo de Salazar, figura de una sólida formación intelectual, maestro en sagrada teología, graduado en derecho civil y canónico por la universidad de Salamanca. Además, contaba con una larga experiencia misional desarrollada en México que pocos misioneros podrán presentar. Se escondía en él un espíritu batallador y dinámico que alentaba todas las decisiones de su vida. Poseía un espirítu lascasiano, pues como él mismo confiesa en carta al rey de España «me crié con la doctrina del obispo de Chiapas» [1]. Llegaba ahora a Filipinas un hombre docto, batallador, experimentado, capaz de enfrentarse, sin miedo alguno, a gobernadores y encomenderos.

[1] Carta del obispo Salazar a Felipe II, Manila, 18 de junio de 1583. *AGI*, Patronato 25, ramo 8.

Una vez ambientado y después de finalizar su primera visita pastoral a las provincias del centro de Luzón, decide reunir a todos los eclesiásticos más importantes de Filipinas, asesorado por seglares expertos en asuntos del país, para buscar solución a los problemas que aquejaban a los españoles.

El Sínodo comenzó en 1581, y con varias interrupciones duró, más o menos, hasta el año 1586, año en que uno de los protagonistas del Sínodo, el jesuita Alonso Sánchez, se embarcó definitivamente en Cavite para España como embajador extraordinario de todos los estados de Filipinas.

Desde un principio se intentaron abordar problemas eminentemente pastorales. Los hombres y las conciencias estaban inquietas. Sólo una reunión extraordinaria, presidida por el obispo, con asistencia de lo más representantivo del sector religioso y seglar, podría dar una solución adecuada a problemas vitales y existenciales. Presentarían problemas, concretos, prácticos, cotidianos. Lo que se pretendía, según cita textual, era «dar aviso al confesor cómo se ha de haber con las personas de esta república» [2].

Uno de los problemas que causaba más dificultades prácticas era el de los tributos, pues los confesores no querían absolver a los españoles que habían cobrado injustamente, a menos que los restituyeran inmediatamente. ¿Qué más podía plantear el Sínodo? Pronto comprobaron que ese problema encontraba su raíz y explicación en la legitimidad de la conquista, por lo que no pudieron escapar de examinar esa cuestión fundamental.

Los asistentes al Sínodo no aspiraban a dar leyes generales, como podrían hacer los reyes y gobernantes en sus reinos, ya que no les correspondía. Únicamente pretendían:

> hacer un sumario de lo que es necesario saber en esta tierra para que los ministros que por falta de ciencia o de libros en qué estudiar, o por andar muy ocupados en el ministerio de las almas no tienen tiempo para estudiar ni pueden buscar las cosas en los originales, las hallen en este memorial reunidas con toda brevedad y claridad [3].

[2] Cfr. V. Marín y Morales, O.P., *Ensayo de una síntesis de los trabajos realizados por las corporaciones religiosas de Filipinas*, 2 vols., Manila, I, 1901, p. 195. En nuestra obra *Marín*.
[3] *Ibidem*.

Religiosos y seglares se encontraban frente a frente, sin poder llegar a un acuerdo, causando escándalo incluso a los nuevos cristianos filipinos. Y lo que era peor, en aquel ambiente religioso del siglo XVI, las conciencias de muchos colonizadores, encomenderos y oficiales reales, y las de los mismos misioneros, se encontraban intimidadas por las dificultades que estos problemas traían consigo. El religioso tomaba con escrúpulo el poco arroz que recibía para su alimento, considerándolo producto del robo perpetrado por los españoles [4].

El conquistador se quejaba de que, tras haber dejado patria y familia y llegado a tan lejano país, después de haber pasado serios y graves peligros en las exploraciones y en la conquista, y habiendo luchado por someter y civilizar a los nativos de Filipinas, contribuyendo de esta manera a la evangelización, le quitasen ahora de la boca lo que justamente había ganado con el valor de su brazo [5].

Ante esto ¿qué hacer? Salazar había hallado un buen comienzo: el Sínodo de Manila.

Doctrina del Sínodo de Manila sobre la legitimidad de la conquista española de Filipinas

Uno de los problemas candentes al que tuvieron que enfrentarse los asistentes al Sínodo de Manila fue el de la legitimidad del dominio español en Filipinas. ¿Qué título podían alegar los españoles para llamarse señores de las Islas? Si, como algunos religiosos habían afirmado, los españoles se apoderaron injustamente de todo, ¿por qué continuaban allí? [6] ¿Habían perdido los naturales su derecho a gobernar?

Negada la legitimidad de la conquista se perdía toda justificación para cobrar y se podía obligar, bajo pena de pecado mortal, a restituir

[4] Cfr. «Carta de Martín de Rada, O.S.A. al Virrey de Méjico, 10 de junio, 1573,» en Rodríguez, *Historia*, XIV, Manila, 1978, pp. 132-133. Cfr. P. Torres Lanzas – P. Pastells, S.J., *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas existentes en el Archivo General de Indias*, 7 vols., 1925-1932, II, p. 13. En nuestra obra *Catálogo*.

[5] Cfr. Colin - Pastells, «Carta de los soldados de Manila a Felipe II, Manila, 18 de julio, 1581», *Labor*, I, p. 263.

[6] Cfr. «Opinión de Fr. Martín de Rada sobre los tributos de los indios, San Pablo de Manila, 21 de junio, 1574», en *BRPI*, III, p. 254. Cfr. J. Gayo, O.P., *Ideas jurídico-teológicas de los religiosos de Filipinas en el siglo XVI sobre la conquista de las Islas,* Manila, 1950, p. 17.

enteramente lo recaudado y a reparar los daños ocasionados durante la conquista. La conquista era un expolio. Los españoles no pasaban de ladrones y opresores.

En su mismo preámbulo, las Actas del Sínodo hacen notar el hecho consumado de la posesión de Méjico, Perú y otros reinos. En Filipinas todo estaba en poder de los españoles. ¿Podían, de derecho, seguir también allí? Todos ansiaban una respuesta satisfactoria. Una solución rápida del problema por parte del Sínodo liberaría a los españoles, tanto religiosos como seglares, de un cierto miedo e inhibición en la tarea de la evangelización y colonización de Filipinas y evitaría a su vez un despilfarro de fuerzas y energías en cuestiones que deberían estar ya resueltas.

Continúan las Actas diciendo que los reyes de España no recibieron las Islas Filipinas ni por herencia, ni por donación, ni por guerra justa. La primera afirmación es evidente. La segunda –ni por donación–, no es más que la confirmación de las ideas defendidas por Vitoria, Soto y demás teólogos españoles que negaban el valor de la donación papal a los reyes de España de las Indias. Y esto por una sencilla razón: el papa no tenía ningún poder temporal. Luego no podía donar lo que no le pertenecía.

Los asistentes al Sínodo se manifiestan discípulos fieles de Vitoria y de Soto con respecto a este punto [7].

La tercera afirmación –ni por guerra justa– si se tomara en toda su extensión, significaría que los españoles estaban injustamente en Filipinas y no les quedaba más opción que abandonar el país o buscar algún otro medio justo de permanencia, como por ejemplo la sumisión voluntaria de los naturales. Los teólogos del Sínodo tenían en su pensamiento la exclusión de toda guerra justa por vía natural, pero no por vía espiritual, como veremos más adelante. De otro modo no tendría sentido el planteamiento de la cuestión y no merecería la pena discutir el problema en el Sínodo.

El fundamento buscado por ellos sería espiritual y, como veremos, se basaría en la predicación del Evangelio.

[7] F. de Vitoria, *Relectivo de Indis o Libertad de los Indios*, Ed. L. Perena y J.M. Pérez Prendes, Madrid, 1967, p. 43. Se citará como *De Indis*. Cfr. V. Carro, O.P., *Domingo de Soto y el Derecho de Gentes*, Madrid, 1930, pp. 109-110.

Según las Actas, que se basan fielmente en las enseñanzas de los teólogos-juristas españoles anteriores, el cristiano tiene el derecho, siendo una grave obligación a la vez, de extender el Evangelio de Cristo por todo el mundo. En el caso de los territorios descubiertos por los españoles, tal derecho y obligación fueron encomendados al rey de España por el papa. Y este mismo derecho es el que el rey de España delega a sus subalternos, quienes serán enviados a predicar el Evangelio. La predicación del Evangelio llevaba consigo la enseñanza de la verdad, esencialmente la verdad salvadora de Cristo.

En la mentalidad de los teólogos y juristas del Sínodo la predicación del Evangelio conllevaba el derecho a ser protegidos los predicadores, e incluso a declarar la guerra contra aquellos que impidieran este derecho, pero no a tomar nada de nadie, ya que el Evangelio no desposee, sino al contrario defiende los derechos de todos los hombres. El papa traspasó al rey el derecho de

> enviar gentes que aseguren los ministros del Evangelio, amparen los recién convertidos y hagan en sus tierras cuanto fuere necesario al gobierno temporal en orden a este fin espiritual de la conversión libre y conversión de la fe recibida. Mas de esto no se sigue que se puedan alzar con todo, como lo han hecho, pues el Evangelio no desposee a nadie de lo que es suyo [8].

En este texto vemos tres títulos que Vitoria considera justos para declarar la guerra y desposeer a los que impiden la predicación del Evangelio:

1. Protección de los ministros de la fe.
2. Amparo a los recién convertidos.
3. Derecho a deponer a los príncipes infieles por impedir que la conversión se lleve a cabo. Los príncipes cristianos pueden dar nuevas leyes para la conservación de la nueva cristiandad [9].

Si los emperadores o reyes de cualquier país se oponen abiertamente a la predicación del Evangelio, o tratan de inducir a los recién convertidos a la apostasía, pueden ser destituidos y sus reinos entregados a príncipes cristianos que aseguren la predicación del Evangelio y

[8] *Marín*, I, 197.
[9] *De Indis*, I, 3, 13, p. 92.

la fe de los recién convertidos. Los padres del Sínodo están en pleno acuerdo con los principios del maestro Vitoria.

¿Fue ésta la razón por la cual los españoles desposeyeron a los reyezuelos filipinos? Los agustinos podían testificar que los filipinos no se habían opuesto a la predicadión si no a la cobranza de tributos [10]. Por tanto, los filipinos no habían ofrecido resistencia a la predicación del Evangelio, esto implica que la conquista había sido injusta.

De este modo pensaban algunos de los asistentes al Sínodo. Pero aunque los filipinos no se habían opuesto «directamente» a la predicación del Evangelio, sin embargo, justificaban, haberles arrebatado gobierno temporal porque faltaban en Filipinas una serie de condiciones indispensables para que la fe pudiera ser predicada y asegurado su triunfo en el país. Éstas eran las condiciones:

a) La existencia de un gobierno y unas leyes de acuerdo con la recta razón, que no vayan ni directa ni indirectamente contra el Evangelio.

b) Un nivel cultural que permita el crecimiento progresivo del cristianismo y de todas sus instituciones.

c) Un gobierno bien comportado, que respete los derechos de los demás, garantizador de la predicación del Evangelio y del que no pueda sospecharse que intetará destruir la religión cristiana y expulsar a los predicadores [11].

Las Actas aclaran que todas estas condiciones, que invalidarían la conquista, no se cumplen en el caso concreto de Filipinas. Aquí no se había hallado un gobierno que facilitaba el triunfo del cristianismo y protegía a los recién convertidos. Más aún, se podía temer una reacción totalmente desfavorable al cristianismo que pudiera poner en peligro los avances realizados en Filipinas.

Los naturales de Filipinas no tenían leyes dignas de tal nombre. Estaban, por otro lado, envueltos en continuas guerras piratas y tiránicas. Todo esto suponía un clarísimo peligro para los misioneros y el cristianismo. Por ello se hacía necesario imponer un gobierno nuevo, protector y defensor de los predicadores [12].

[10] Cfr. «Carta de fray Martín de Rada, O.S.A., 1 de junio, 1573», Torres - Pastells, *Catálogo*, II, p. 13.

[11] *Marín*, I, p. 198.

[12] *Marín*, I, pp. 198-199.

Así, los asistentes al Sínodo concluyeron que el rey de España, al no observarse en el contexto filipino las tres condiciones expresadas, poseía sobre Filipinas no sólo ese dominio universal de orden espiritual, sino también el poder político temporal *in ordine ad finem spiritualem.*

Algunos de los asistentes al Sínodo se opusieron seriamente a esta solución. Si a los naturales de Filipinas se les quitaba el poder temporal por sus leyes tiránicas, por sus injusticias y abusos contra sus mismos compañeros y vecinos ¿qué ocurría con los españoles? Todos eran testigos de las injusticias cometidas por algunos de éstos durante la conquista del país. ¿Por qué esa diferencia? También los españoles habrían perdido su poder temporal.

El caso de filipinos y de españoles era muy distinto. En primer lugar, la falta de leyes llevaba a los filipinos a tener principios contra la razón y la ley natural. Su gobierno era injusto *a radice*, en principio. En el caso de los españoles sus leyes y ordenanzas eran hasta cierto sentido inigualables. El fallo estaba en la práctica, no en los principios. La solución tendría que buscarse en el cumplimiento firme de todas las leyes y en un mejor comportamiento de todos. Los jefes debían comportarse cristianamente. Devolver el gobierno a los jefes filipinos en aquellas circunstancias sería un retroceso, un terrible paso atrás, que pondría en peligro los enormes avances del cristianismo y de la justicia en Filipinas.

Resulta paradógico, que después de tantos rodeos los teólogos del Sínodo justifiquen la legitimidad de la conquista con el título mixto de la oposición al Evangelio y el bajo grado de cultura de los naturales de Filipinas. El maestro Vitoria había hablado de la incultura de los indígenas de América como posible título para quitarles el gobierno político, mas nunca se había atrevido a proponerlo con certeza, por considerarlo dudoso [13].

Dadas las circunstancias por las que atravesaba el país y el estado psicológico y moral de los españoles se comprende fácilmente la solución emitida por los teólogos. Una gran parte de los religiosos asistentes al Sínodo no estaba dispuesta en modo alguno a abrazar la opinión de los que defendían que todas las conquistas habían sido injustas. No sólo Sánchez se oponía vigorosamente a esta opinión, sino también

[13] *De Indis*, I, 3, 17, pp. 97-98.

muchos otros que creían con toda sinceridad que las conquistas llevadas a cabo por los españoles en Filipinas, a pesar de las injusticias cometidas por conquistadores y encomenderos, eran legales y conformes a los principios del derecho natural y de gentes.

Se toparon los teólogos, por una parte, con los escrúpulos de muchos confesores en Filipinas y, por otra, con el *fait accompli* o realidad de la conquista. El progreso realizado en el país desde el punto de vista religioso, político y social era innegable. Abandonar las islas dañaría gravemente a la joven cristiandad filipina. De aquí que los padres recurriesen a un título amplísimo que pudiera justificar la conquista, serenar los ánimos, apaciguar las conciencias y que diera libertad a religiosos y seglares para dedicarse a la noble tarea de la evangelización y colonización. Era como decir, «dejémonos de disputa con las autoridades civiles y cumplamos nuestro deber de misioneros» [14].

Modo de predicar el Evangelio a los infieles

Todo cristiano y misionero tiene el grave compromiso de predicar el Evangelio, obligación y derecho que ha recibido de Cristo. El signo distintivo del cristiano debe ser precisamente este dinamismo que le lleva a proclamar la Buena Nueva a todas las gentes. ¿Qué ocurriría si los predicadores sufrieran persecución? ¿Tendrían obligación de seguir en su empeño? ¿Estaría permitido que los predicadores se acompañaran de soldados en la labor evangelizadora para que les protegieran contra los posibles peligros? En definitiva, se debatía el modo de predicar el Evangelio.

Desde el comienzo de la conquista de América se había discutido con vigor este tema candente. Seguía apasionando a los españoles en Filipinas, en el tiempo de la celebración del Sínodo de Manila. Si los soldados acompañaban a los predicadores, ¿no se corría el riesgo de adulterar la pureza del mensaje evangélico? Si se defendía la necesidad de llevar soldados en la predicación evangélica a nuevos pueblos, ¿no era eso imitar los métodos violentos de Mahoma? Y si esto era así, ¿qué tenía que ver Cristo con Mahoma? ¿Cuál había sido la actitud de la

[14] *Marín*, I, p. 199.

Iglesia primitiva, Iglesia auténticamente cristiana? ¿Debía de ser ése el modo de continuar en los nuevos tiempos en que ellos vivían? Si los padres del Sínodo afirmaban la licitud del uso de soldados, ¿no sentaban un peligroso precedente en la historia del cristianismo en Filipinas?

Como veremos, no se les escapaba a los padres que esta doctrina no era habitual. Al contrario, se oponía a la doctrina comúnmente aceptada en España por casi todas las universidades. Ésta había sido, en esencia, la teoría y la práctica del gran defensor de los indios, Bartolomé de Las Casas.

En la práctica misional de Filipinas no se veían las cosas como podían verse desde el aula de una universidad. De esto era testigo el obispo Salazar que había cambiado de opinión en su actuar misionero y había escrito al rey exponiéndole que las cosas de las Indias eran difíciles, tan difíciles que se necesitaban muchos años de estudio para comprenderlas y, sobre todo, haber vivido en el campo existencial de las misiones para darse cuenta de lo que ocurría allí y cómo debía procederse en cada caso [15].

Los asistentes al Sínodo no defendieron como tesis universal y eternamente válida la entrada con acompañamiento de soldados, sino que, dadas las nuevas circunstancias históricas, y sobre todo teniendo en cuenta la realidad filipina, el modo evangélico y apostólico de predicación, siempre el más perfecto y querido por Cristo y practicado por la Iglesia primitiva, no podía llevarse a cabo en Filipinas.

Lo que los teólogos defienden es que, en Filipinas, debido a la falta de gobierno organizado y a la oposición al esfuerzo misionero, así como a la falta de seguridad personal en la tarea de evangelización, se imponía la grave necesidad de que el soldado acompañase al misionero. Sólo cuando fuera necesario, y nunca más. Como ellos solían decir, el soldado podía guardar las espaldas al misionero.

En relación con el problema que analizamos, nos dicen las Actas:

> Hacer entradas de suyo no es malo (aunque lo abominen muchos), sino antes justo, y cometido al Rey por el Papa, que tiene poder para ello, según aquello del Evangelio *Praedicate Evangelium... et pasce oves*

[15] Cfr. «Carta del obispo Salazar a Felipe II, Manila, 18 de junio, 1583», *AGI*, Patronato 25.

> *meas, et alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovili,* etc... [Predicad el evangelio... apacienta mis ovejas, y tengo otras ovejas que no son de este rebaño, etc.". Y porque los predicadores que tienen comisión del Papa para esto no lo pueden hacer sin grandes y evidentes peligros, puede el Rey, a quien está encomendado esto por el Papa, enviar el recaudo de gente que para esto fuera necesario, según prudencia, para defensa y guardia de los ministros y amparo de los recién convertidos, no sea que por miedo retrocedan de la fe o no la reciban: pues si este medio es justo, lo es y muy necesario para los tiempos y tierras y gentes de ahora por ser en todo diferentes de los de la primitiva Iglesia [16].

Conviene no perder la cabeza en este punto, no sea que llegue a pensarse que allí se decidió bendecir la llama del arcabuz y la espada del conquistador para que, a sangre y fuego, entrase en Filipinas la pacífica doctrina del Evangelio de Jesús. Los asistentes al Sínodo eran hombres de una exquisita sensibilidad espiritual. Salazar presidía el Sínodo y, detrás de él, y de casi todos los asistentes, se escondía una tradición teológica pacifista y humanitaria, como lo era la de Las Casas, Vitoria y Soto. Cierto que Las Casas quedaba bastante arrinconado de momento. Bien sabían todos que la fe, ese misterioso don de Dios, es algo sobrenatural que las armas no pueden alcanzar. Lo que deseaban ardientemente los presentes en el Sínodo era la conversión real de la población filipina. No querían, en modo alguno, forzar a los infieles a abrazar el cristianismo. Por eso páginas y páginas de las Actas enfatizan la gravísima obligación que todos tienen de cumplir las leyes y cédulas reales que regulaban las entradas en nuevas tierras. Debían evitarse abusos, agravios y muertes.

La doctrina del Sínodo de Manila, como algunos admitían, parecía abominable a muchos. Sin embargo, no hubo gran oposición a lo que finalmente se decidió comunitariamente acerca de la manera de predicar el Evangelio.

Lo que movió a los padres a resolver en favor del acompañamiento de soldados en la tarea de evangelización fue quizá la situación por la que atravesaba Filipinas en aquel entonces y la gran oposición de China a la predicación pacífica del Evangelio.

Vistas estas causas se comprende el espíritu de cruzada ajeno a muchos religiosos y el dinamismo con que quieren emprender la con-

[16] *Marín*, I, p. 209.

quista de China. Creían que sólo así se aseguraría el futuro religioso y político de la frágil y naciente cristiandad de Filipinas. Esto explica que, en aquella atmósfera de inseguridad y de miedo, el soldado haya dejado de ser un salteador de los naturales para convertirse en un colaborador y «coadjutor» del Evangelio. El cambio, sin duda, fue notable.

El problema de la encomienda en Filipinas

El Sínodo de Manila discutió otros muchos problemas que afectaban directamente al buen gobierno de las islas. Uno de los que más preocupó a los padres fue el papel desempeñado por los *alcaldes mayores* o gobernadores de provincias y su comportamiento con relación a los filipinos.

También prestaron los padres gran atención al comportamiento de los encomenderos. La encomienda era base fundamental del sistema colonial español. No era una donación de tierras, como muchos historiadores siguen repitiendo incluso hoy, sino la concesión del derecho a cobrar impuestos o tributos de un número determinado de habitantes en un lugar. Implicaba serias obligaciones para quien recibía la encomienda.

Los teólogos del Sínodo recuerdan a los encomenderos sus compromisos, base fundamental del derecho a cobrar tributos. La razón fundamental para conceder la encomienda no es la de ser premio por los servicios prestados a la corona en la conquista de las islas, sino más bien sirve como descarga de la conciencia real [17].

En el lenguaje del tiempo la conciencia del rey estaba «cargada» con serias obligaciones hacia sus súbditos, sobre todo en las Indias. Ante la imposibilidad de gobernarlos directamente, el rey «descargaba» su conciencia encomendando a sus gobernadores los habitantes de un cierto territorio y les concedía el derecho de recibir tributos y otros emolumentos que se seguían de la encomienda. A la vez, el gobernador no tenía más remedio que dividir el país en encomiendas y descargar tanto la conciencia del rey como la suya, «cargando» la conciencia de los encomenderos. La principal responsabilidad del encomendero

[17] *Marín*, I, p. 274.

era la paz pública y la seguridad de sus encomendados así como la enseñanza de la doctrina cristiana. En una palabra, se resumía en la doble obligación de *administración de justicia y predicación de la doctrina*. Única y sólo si estos servicios se ofrecían a los habitantes se justificaba la cobranza de tributos.

Ya en América los misioneros habían denunciado los abusos de los encomenderos. Lo mismo habían hecho los agustinos y franciscanos en Filipinas. Bartolomé de Las Casas siempre había tronado contra esta institución que él consideraba diabólica y opresiva, pero la corona española y la gran mayoría de los oficiales españoles en Indias, incluidos obispos y misioneros, optaron por ella, a pesar de los abusos que podían surgir por su existencia. Ahora en el Sínodo los padres van paso a paso, revisando las obligaciones de los encomenderos y los abusos que cometían en sus encomiendas y con sus encomendados. El tributo era mínimo, en opinión de los oficiales de la corona, pero algunos religiosos lo consideraban excesivo. No era, sin embargo, el derecho a cobrar lo que se cuestionaba, ni siquiera la cantidad, aunque en esto muchos padres no se sentían satisfechos, sino más bien el modo de cobrar los impuestos o tributos. No ofrecían los servicios que la encomienda requería. Una vez al año iban con gente armada, a su encomienda, intentaban conseguir sus tritubos bajo amenazas y, no raramente, aplicando castigos y muertes. Con frecuencia ni siquiera se dignaba el encomendero en pisar su encomienda sino que enviaba soldados a su servicio que cometían toda clase de atropellos en la cobranza de tributos.

Los padres conocían bien estos hechos. Sabían y eran conscientes de los grandes excesos cometidos en el país. El mismo obispo Salazar, en su *Memorial* de 1582 [18], denunciaba con valentía algunos de los abusos más serios de los encomenderos.

Si no cumplían con sus obligaciones, es decir, administración de justicia y predicación de la doctrina, no podían en conciencia cobrar absolutamente nada. Todo lo que habían cobrado antes de ofrecer esos servicios era un robo. Estaban obligados a restituirlo bajo pena de pecado mortal. Los territorios que aún no estaban pacificados podían concederse en encomienda, pero el encomendero estaba obligado a ir

[18] Cfr. L. Gutiérrez, «The Struggle for Justice and Humanization in the Conquest of the Philippines», *Philippiniana Sacra*, 62 (1986), pp. 444-483.

personalmente a establecer el orden y luchar por la paz. Mientras se preocupase por conseguir esto podía exigir apoyo de los encomendados, pero no tributo en sentido estricto. Cualquier cosa que tomara debería ser con el consentimiento de sus encomendados y no por la fuerza. Sólo y únicamente cuando el orden y la paz hubieran sido restablecidos, y los habitantes en su gran mayoría hubieran aceptado el dominio español, podía el encomendero con tranquila conciencia exigir el tributo completo. El tributo debería cobrarse completo tanto a los cristianos como a los no cristianos, puesto que, citando a San Gregorio Magno,

> al infiel no le ha de favorecer su infidelidad para que sea más libre que el fiel, que si siendo infiel se excusa de pagar tributos no querrá convertirse, antes bien los infieles han de ser más cargados que los fieles *ut convertantur* [19].

Lo que exigían los padres al encomendero era que pusiera en su encomienda un misionero para enseñar la doctrina cristiana a los infieles e instruir más a los ya convertidos, edificando una vivienda para el misionero. El encomendero tenía que construir las iglesias y capillas a su costa, ayudado con la contribución de la corona y la de los mismos nativos. Es lo que se conoce en la historia como construcción por tercias partes.

Es difícil imaginar hoy lo que aquellos hombres del Sínodo pensaban acerca de las obligaciones fundamentales de los encomenderos y el papel que debían desempeñar en la evangelización de Filipinas, pero las Actas, después de haber denunciado los abusos y presentado los compromisos de los encomenderos, pasan a afirmar que el encomendero es algo más que un defensor de los filipinos. Es un coadjuntor del Evangelio. Más que un encomendero es un padre. Debe defender a sus encomendados ante los tribunales, proveerles en sus emergencias, socorrerles durante las calamidades públicas, cuidar de los pobres y abandonados, los ancianos, enfermos y todos los que necesitan su ayuda. Debe conducirles a lo que los españoles llamaban *policía*, reducirles

[19] Cfr. J.L.C. Porras, *El Sínodo de Manila de 1582. Estudio Introductorio, Glosa y Transcripción de los Textos Sinodales*, Madrid, 1988, p. 346.

a pueblos y ofrecerles las ventajas de una vida sedentaria en las ciudades, ayudándoles así a adquirir las costumbres y usos de la civilización. Esto lo conseguiría únicamente viviendo, observando las condiciones locales de su encomienda y conociendo a sus encomendados.

Evangelización y lenguas nativas

Los historiadores antiguos, y algunos modernos también, al estudiar el Sínodo de Manila hablan de que una de las grandes resoluciones del Sínodo fue la adopción de la lengua nativa, en este caso el *Tagalo*, como medio de instrucción y evangelización de Filipinas. Transcendental para algunos, porque supuso que los nativos podían ser instruidos a través de su propia lengua en la fe cristiana. De esta manera captarían mejor el mensaje evangélico. Con ese fin pidieron al franciscano fray Juan de Plasencia, experto en la lengua y costumbres de los tagalos, que escribiera una Gramática, un Vocabulario y, finalmente, pusiera en tagalo el Catecismo, o lo que más tarde se conoció como la *Doctrina Cristiana*.

En las Actas del Sínodo ni siquiera se menciona el hecho. ¿Por qué, pues, los historiadores siguen repitiendo que fue uno de los puntos más notables tratados en él?

Es posible que se discutiera durante las diferentes sesiones o, al menos, en algunas de las sesiones. Las Actas, según han llegado hasta nosotros, no son más que una «suma» de la junta. Es decir, un resumen de lo mucho que quizá se discutió y decidió durante el Sínodo. Por otra parte, las Actas intentan ser una especie de *Vademecum* para los confesores. Se pondrían principalmente en las Actas los puntos que pudieran servir de pauta segura a los confesores en problemas relacionados con la justicia y el difícil y complicado problema de las restituciones. Al ser estos problemas morales y pastorales candentes en aquel entonces, las Actas del Sínodo, tal como están hoy, se hacen eco de estos problemas. Por eso no mencionan nada de la adopción de las lenguas nativas como vehículo de evangelización.

Sin duda la aceptación de las lenguas nativas fue importante para el progreso del cristianismo y, desde el punto de vista antropológico-cultural, fue algo fundamental para la conservación de esas mismas lenguas. Pero desde luego el hecho no tenía nada de revolucionario en

Filipinas, durante los años 1581-1586. Desde el comienzo de la evangelización de América los misioneros optaron por las lenguas locales. Los diferentes concilios celebrados en América legislaron sobre el particular. Los primeros libros impuestos en América, así como los primeros impresos en Filipinas, fueron catecismos, diccionarios y gramáticas. Lo que los misioneros llamaron *Doctrinas, Vocabularios* y *Artes de la Lengua*.

Muchos de los misioneros residentes en Filipinas cuando la celebración del Sínodo de Manila habían sido misioneros en Méjico, conocían lenguas locales mejicanas y, algunos, habían escrito incluso tratados, como el franciscano fray Juan de Ayora *Arte de la lengua mejicana* y su *Vocabulario español-mejicano*. No es extraño, por ello, que los asistentes al Sínodo decidieran que la predicación evangélica se llevara a cabo en las lenguas nativas.

Resulta, pues, normal que el Sínodo discutiera el problema y se decidiera, vista la diversidad de versiones de catecismos, junto con el peligro de corrupción de doctrina, por una versión única, aceptable para todos los misioneros.

Los historiadores más cercanos al tiempo de la celebración del Sínodo, tales como Aduarte y Chirino-Colín, que pudieron tratar con algunos de los que tomaron parte en el Sínodo, al hablar de la junta no mencionan nada acerca del problema que nos atañe ahora. El primer historiador que lo menciona es el franciscano Francisco de Santa Inés, que nos dice:

> El padre fray Juan de Plasencia fue encargado por el capítulo de su Orden de reducir a arte la lengua tagala, hizo un *Catecismo* y un muy copioso *Vocabulario* y diferentes traducciones, todo en breve tiempo. Y con tan feliz acierto que el año siguiente de 1581, en que el señor obispo don Domingo de Salazar, de la orden de predicadores, poco después de haber llegado a esta tierra, celebró un modo de Sínodo, fueron aprobados *Arte, Vocabulario, Catecismo* y su traducción, y la de toda la *Doctrina Cristiana*... pues visto su catecismo y la traducción, que había hecho en lengua tagala, del *Arte* y *Vocabulario,* no tuvieron que hacer los que se hallaron en el Sínodo y entendían algo de la lengua, sino admirar la propiedad de los vocablos, su fuerza, su rigor: y decían que, si no es con particular asistencia del Cielo, parecía imposible que en tan poco tiempo, y con tan pocos años de tierra, pudiese haber hecho tan excelente obra. Y después de haberla aproba-

> do, mandaron que se hiciesen diferentes traslados, particularmente de la traducción de la Doctrina, para que por ella y por otra, enseñasen los ministros a los indios, así por estar aprobada, como porque hubiese uniformidad en todos los partidos del tagalo [20].

Después de Santa Inés han continuado otros historiadores, llegando a los tiempos modernos con el famoso historiador jesuita Horacio de la Costa, en su clásica obra *The Jesuits in the Philippines*.

Conclusión: opción por la justicia

Ciertos padres dudaban de la prudencia de celebrar un Sínodo en aquel entonces. La tierra era nueva, los ánimos estaban exaltados, los colonos entregados a sus negocios. No parecía existir un espíritu de apertura para tratar cuestiones relacionadas con la justicia. Cada uno buscaba su propio bien. Discutir y, lo que es más peligroso, decidir sobre la necesidad de restitución era, en opinión de esos padres, invitar a muchos a la rebelión abierta.

En tierras nuevas, pensaban otros, las cosas no podían ser medidas con el rasero de la pura justicia. Se necesitaba más tiempo para exigir eso. Sólo en comunidades más estables y duraderas era posible el cumplimiento de la estricta justicia. Tenían que adaptarse a los tiempos y lugares.

A pesar de estas objeciones, la mayoría decidió seguir adelante con la celebración del Sínodo. Había más razones a favor de su celebración que en contra. Era conveniente que la gente se enterase de una vez para siempre de lo que la recta razón y la sana teología tenían que decir en cuestiones relacionadas con la justicia, aunque se sabía que muchos no llegarían a cumplir esas exigencias.

Los españoles, y los datus filipinos, necesitaban comprender que si los confesores eran estrictos con ellos era porque lo exigía la justicia y la ley de Dios. Y con la Ley de Dios no podía jugarse. Si nada se hacía, se corría el peligro de que los espíritus se embotaran y no llegaran a distinguir nunca más entre el bien y el mal, entre lo justo y lo

[20] *Crónica*, I, 211 y ss. Cfr. Porras, *op. cit.*, pp. 145-146.

injusto. Si no se desafiaba a la injusticia y a sus autores, éstos campearían a sus anchas. Aunque pareciere que no había gran esperanza de resultados positivos, no tenían que desanimarse por ello.

Los efectos del Sínodo se vieron en años posteriores. Influyó positivamente en el desarrollo del país. Las cosas no siguieron como antes. Era imposible, dada la entrega de los padres asistentes al Sínodo en pro de la justicia. Lo más fácil hubiera sido callar y dejar a los conquistadores seguir su camino. Pero los padres optaron por la justicia y ayudaron a que ésta triunfara en gran medida en la vida colonial de Filipinas. Buen ejemplo para la Iglesia de Filipinas actualmente y para los pastores que rigen su destino.

injusto. Si no se desafiaba a la injusticia y a sus autores, éstos campearían a sus anchas. Aunque pareciera que no había grandes esperanzas de resultados positivos, no tenían que desanimarse por ello.

Los efectos del Sínodo se vieron en años posteriores. Influyó positivamente en el desarrollo del país. Las cosas no siguieron como antes. Era imposible, dada la entrega de los padres asistentes al Sínodo en pro de la justicia. Lo más fácil hubiera sido callar y dejar a los conquistadores seguir su camino. Pero los padres optaron por la justicia y ayudaron a que ésta triunfara en gran medida en la vida colonial de Filipinas. Buen ejemplo para la Iglesia de Filipinas actualmente y para los pastores que rigen su destino.

CONCLUSIÓN: OPCIÓN POR LA JUSTICIA

Ciertos padres dudaban de la prudencia de celebrar un Sínodo en aquel entonces. La tierra era nueva, los ánimos estaban exaltados, los colonos entregados a sus negocios. No parecía existir un espíritu de apertura para tratar cuestiones relacionadas con la justicia. Cada uno buscaba su propio bien. Discutir y, lo que es más peligroso, decidir sobre la necesidad de restitución era, en opinión de esos padres, invitar a muchos a la rebelión abierta.

En tierras nuevas, pensaban otros, las cosas no podían ser medidas con el rasero de la pura justicia. Se necesitaba más tiempo para exigir eso. Sólo en comunidades más estables y duraderas era posible el cumplimiento de la estricta justicia. Tenían que adaptarse a los tiempos y lugares.

A pesar de estas objeciones, la mayoría decidió seguir adelante con la celebración del Sínodo. Había más razones a favor de su celebración que en contra. Era conveniente que la gente se enterase de una vez para siempre de lo que la recta razón y la sana teología tenían que decir en cuestiones relacionadas con la justicia, aunque se sabía que muchos no llegarían a cumplir esas exigencias.

Los españoles, y los demás filipinos, necesitaban comprender que si los confesores eran estrictos con ellos era porque lo exigía la justicia y la ley de Dios. Y con la Ley de Dios no podía jugarse. Si nada se hacía, se corría el peligro de que los espíritus se embotaran y no llegaran a distinguir nunca más entre el bien y el mal, entre lo justo y lo

[7] Colín, I, 251 y ss. Cfr. Ponce, op. cit., pp. 145-146.

Capítulo VI

LA LUCHA POR LA JUSTICIA Y LA HUMANIZACIÓN EN LA CONQUISTA DE FILIPINAS (1565-1700)

Un problema de derechos humanos

El título de este capítulo es similar al de un libro que hoy es un clásico de los estudios hispánicos. Nos referimos al libro del hispanista americano Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América.* Título sugestivo, bonito y, sobre todo, exacto. Se esconde tras él una gran realidad ideológica.

El problema que queremos discutir en este capítulo se encuadra dentro de la cuestión de los derechos humanos en el tiempo del descubrimiento y a lo largo de los primeros siglos de la conquista y evangelización de América y Filipinas. Por aquel entonces se encontraron los hombres de diferentes continentes frente a frente. Se daba la posibilidad de crear una sociedad más universal, más abierta, más fraternal. Latía entonces y sigue latiendo hoy un deseo de construir un mundo mejor, basado en la igualdad y en la justicia. Los hombres quieren aprender a respetar a los demás en su religión, en su cultura y en su manera de hacer las cosas. Por eso creemos que tratar estos tópicos es tratar temas interesantes y válidos para el mundo de hoy.

Vitoria y Las Casas: su proyección en Filipinas

Se ha escrito que en las Filipinas no hubo lucha por la justicia y liberación de los nativos del país; que un sacerdocio bien organizado y fuerte no hizo apenas nada para que los españoles respetaran las le-

yes promulgadas en favor de los filipinos como habían hecho otros misioneros en los campos de América [1].

Con benevolencia diríamos que esto no es exacto, pero como debemos ser justos con la historia afirmamos que es totalmente falso. Precisamente intentamos en estas páginas mostrar cómo, desde el comienzo del descubrimiento de Filipinas, la lucha por la justicia se entabló también en el país. No podía dejar de ocurrir, puesto que muchos de los misioneros que llegaron a Filipinas con los primeros conquistadores lo habían sido también en Méjico. Los agustinos, los franciscanos y, sobre todo, los dominicos, siguieron fieles a la escuela a la que pertenecían. Las voces de los que protestaron en América, como la de aquellos que protestaron en Filipinas contra los excesos de la conquista y las injusticias cometidas por los españoles, no eran voces aisladas. Pertenecían a una escuela de larga tradición que se remontaba hasta el mismo fundador de la orden dominicana y continuaba con la gran figura de Tomás de Aquino. La escuela era, según V. Carro, una escuela granítica, bien entretejida y que respondía a unos principios teológicos y jurídicos inspirados en el Evangelio de Jesucristo. Desde el comienzo de la conquista los dominicos protestaron contra los abusos de los españoles. Montesinos, Minaya, Córdoba, Las Casas y Vitoria en América, y Salazar, Benavides y Diego de Soria en Filipinas son los mejores representantes de la escuela, pero no los únicos. Y lo mismo podemos decir de los agustinos Andrés de Urdaneta, Martín de Rada y Diego de Herrera, sobre todo estos dos últimos, que tuvieron la influencia de Vitoria y del «oráculo» de América, el agustino Alonso de la Veracruz, discípulo del primero en Salamanca.

Lo que intentamos decir aquí es que en Filipinas, como en América, los misioneros, tanto los de la primera hora como los de la segunda, fueron valientes también en la defensa de los nativos. Al asumir la defensa de los filipinos lo hacían por su pertenencia a una escuela que siempre se había distinguido en la defensa de los débiles y de los oprimidos. Cabe repetirlo aquí otra vez: Salazar, primer obispo de Filipinas, fue condiscípulo de Bartolomé de Medina y Domingo Báñez, es-

[1] Cfr. A. G. Keller, *Colonization*, Nueva York, 1908, p. 350. Citado por L. Hanke, *Cuerpo de documentos del siglo* XVI *sobre los derechos de España en las Indias y las Filipinas*, Méjico, 1943, p. XXXVIII.

tudiante de Soto y de Cano y discípulo de Vitoria y Las Casas. Como cuenta el propio Salazar «se había criado con la doctrina del obispo de Chiapas» y en sus tratados cita repetidamente a Vitoria. Las Actas del Sínodo de Manila, del que hablamos anteriormente, están impregnadas de ideas del maestro Vitoria. Por medio de los primeros agustinos y de los primeros dominicos, Vitoria y Las Casas llegaron también a Filipinas, donde ejercieron enorme influencia.

El dominico Miguel de Benavides escribía desde España en 1595 a sus hermanos de Filipinas, cuando se hallaba en Madrid ante Felipe II y el Consejo de Indias:

> Para los indios hemos alcanzado mucho favor, Dios sea vendicto, y que se entienda que el amor ha de ser el que ha de hacer la obra y no el azote... Bien saben VV.RR. que la Orden de Santo Domingo siempre ha sido amparo de los Indios y que imitando a nuestros Padres es bien que acabemos la vida [2].

Los agustinos en Filipinas y la lucha por la justicia

Los primeros religiosos que acompañaron a Legazpi fueron los agustinos Andrés de Urdaneta, Martín de Rada, Diego de Herrera, Andrés de Aguirre y Pedro Camboa. Los tres primeros, incluso antes de salir de Méjico para el Oriente, exigieron que todo estuviera en concordancia con las leyes reales. Martín de Rada y Diego de Herrera son los que, año tras año, envían sus cartas al rey de España, al virrey de Méjico y a sus hermanos en este país, entre ellos Alonso de la Veracruz, informando detalladamente de cómo se desarrollaba la conquista y pacificación de Filipinas.

A medida que los españoles extendían sus conquistas y se establecían definitivamente en Manila, los problemas se hacen cada vez más agudos. No escapan éstos a la viva observación y crítica de los dos agustinos arriba mencionados. Incluso el bondadoso Legazpi no sale tan bien parado, sobre todo en opinión de Rada. Tan mal iban las cosas que en 1569 sale Herrera camino de Méjico y España para informar al virrey y al rey sobre los abusos a los que son sometidos los filipinos.

[2] *Unitas:* 21 (1948), 155-156. Cfr. J. Gayo, *op. cit.*, p. 254.

> De unos años a esta parte dice, por falta de autoridad en Legazpi, los españoles se han dado a cometer toda clase de abusos. El virrey no le deja pasar a España y le manda de vuelta a Filipinas diciéndole, según el mismo Herrera certifica, que «cumplía al servicio de Dios y de vuestra majestad que luego me volviera a estas partes en los primeros navíos» [3].

Rada y Herrera tienen una larga lista de quejas contra los primeros pobladores españoles. Se tomaron la defensa de los filipinos muy en serio. Al oír sus quejas nos viene a la mente los *gravamina* que frecuentemente los súbditos elevaban a sus reyes durante la Edad Media. No sólo es larga la lista de quejas, también presenta quejas graves, sin duda. Muertes, robos, destrucciones, violaciones y esclavitud. Según los religiosos, los españoles no distinguían entre amigos y enemigos. A todos los medían por el mismo rasero. Era enemigo todo el que se sometía a los españoles. Lo peor era que iban armados hasta los dientes. No especificaban el motivo de su presencia. Exigían tributo y sumisión sin más, sin hablarles ni de Dios ni del rey. Es decir, sin ofrecerles ningún servicio, ni temporal ni espiritual. Los filipinos que, por miedo a perder sus casas, se quedaban en el pueblo confiando en recibir mejor trato, no salían mejor parados. Como les era difícil satisfacer los deseos de los españoles, éstos los castigaban y abusaban de ellos en muchos sentidos.

Los misioneros agustinos se sentían totalmente desconsolados y llenos de escrúpulos. Sus denuncias no llegaban a nada. Legazpi parecía sordo a todas sus quejas y se encogía de hombros. Es precisamente Rada quien cuenta que

> de puro escrúpulo de conciencia están aquí algunos religiosos desabridos y desconsolados por entender que aún lo que se les ha dado para comer no lo pueden recibir con segura conciencia, por ser todo mal recibido y mal tomado [4].

Por encima de las pretensiones de los encomenderos y sus secuaces había que satisfacer ahora, con el nuevo gobierno de Filipinas, los

[3] Carta de Diego de Herrera a Felipe II, Panay, 25 de julio de 1570, *BRPI*, XXXIV, p. 229.

[4] Carta de fray Martín de Rada al Virrey de Méjico, Manila, 1 de junio, 1573, I. Rodríguez, *Historia*, XIV, pp. 132-133.

requerimientos del gobierno central. Se necesitaba mano de obra. Había que construir galeones para la línea de Manila-Acapulco, galeras para patrullar los mares internos de Filipinas y defender las costas contra los piratas moros, japoneses y chinos. Las selvas de Filipinas ofrecían maderas fuertes y duras para construirlos. Cortar los árboles, arrastrarlos hasta los astilleros, construirlos en Cavite o en otros puntos del país, exigía mucha mano de obra. Remeros para moverlos, soldados auxiliares en las nuevas pacificaciones... Todo esto implicaba unas demandas nunca vistas en Filipinas. Se hacía necesaria la distribución del trabajo. Cada pueblo, sobre todo las provincias más cercanas a Manila, tenía que proporcionar un número de jóvenes fuertes y robustos que cumplieran estas funciones. Paradójicamente, los mismos pueblos tenían que pagar los salarios y, por si fuera poco, los colectores solían embolsárselos.

Una lectura rápida del *Parecer de Martín de Rada* al gobernador de Filipinas del *Memorial de Fray Diego de Herrera* nos demuestra que las quejas eran reales, los abusos serios y que los filipinos, en varias ocasiones, se vieron forzados a levantarse contra los españoles. Los agustinos hacían responsables absolutos a los oficiales españoles [5].

El gobernador Guido de Lavezaris y el resto de los oficiales de Filipinas contestaron a las acusaciones de Rada. Su *Respuesta* está llena de equilibrio, sinceridad y va al fondo del asunto. Reconocen en Rada y en los agustinos celo de dios y amor a los filipinos, pero si hicieran lo que ellos sugieren supondría la ruina para el país, tanto para los españoles como para los filipinos. Responderán, punto por punto, a las acusaciones del *Parecer* de Rada.

No es cierto que en Filipinas no se cumplieran las instrucciones del rey sobre nuevos descubrimientos. Siempre se ofreció paz. Si los filipinos la aceptaban, como en Samar, Bohol y otras islas, todo iba bien. En Cebú estalló la guerra por la infidelidad y apostasía de los cebuanos. En Manila los filipinos rompieron sus promesas. Si perdieron sus ciudades tuvieron ellos la culpa. Únicamente se declaró la guerra a los pueblos que faltaron a las promesas de los españoles. Es totalmente falso

[5] Cfr. «*Parecer*» en *BRPI*, III, pp. 253-259. *Original en español* en I. Rodríguez, *Historia*, XIV, pp. 186-193. «*Agustiniana Memoranda*», en *BRPI*, XXXIV, pp. 273-285. Original en español en I. Rodríguez, *Historia*, XIV, pp. 162-172.

que no se hiciera distinción entre amigos y enemigos. Los españoles fueron a la guerra para defender a los filipinos que pidieron su ayuda. Si los españoles iban armados hasta los dientes era en defensa propia. Ir solos era como ir al matadero. Las armas eran su protección.

No hay duda de que cobraban tributo en las tierras ya pacificadas. No quedaba más remedio, si no ¿cómo iban a mantenerse y sobrevivir en el país? Habían sido enviados a pacificar y a predicar el Evangelio. Sin apoyo de los nativos no podrían conseguirlo. Por eso el tributo era algo necesario así como una obligación para los nuevos súbditos.

Por otra parte, no podía decirse que cobraban el tributo sin motivo. Ofrecían unos servicios de los cuales los filipinos jamás habían disfrutado. Los beneficios recibidos de los españoles eran inmensos.

Todos estos servicios, en su opinión, justificaban el pequeño tributo recaudado a los filipinos, que no era uniforme en todas las islas, pues unas eran más ricas que otras. En ello radicaba la diferencia, así los habitantes de Luzón pagaban algunos reales más. De todos modos, los siete reales que pagaban al año como tributo era una cantidad realmente insignificante. Un hombre diligente, con el trabajo de cuatro días, podía pagar el tributo.

No niegan los conquistadores que a lo largo de la pacificación de Filipinas se haya abusado de los filipinos. Aceptan su responsabilidad y confiesan su pecado. Se vieron obligados a robar para poder sobrevivir, pues era la única manera de continuar en Filipinas, supliendo con ello lo poco que recibían por otros medios.

> ... cargando nuestra conciencia de esta manera simplemente para subsistir. Tenemos un gran peso sobre nuestras conciencias que no podemos quitar debido a nuestra gran pobreza. Por esto nos encontramos en una gran confusión de espíritu [6].

Los agustinos escucharon el descargo de los oficiales del gobierno, pero no quedaron convencidos. Aunque aceptaban que los soldados eran pobres y que muchas veces morían de hambre, no podían justificar los robos, los abusos, las muertes y la esclavitud. Si los españoles no cambiaban de conducta, no podían ser absueltos en las confesiones.

[6] «Carta de Diego de Aguilar y otros a Felipe II, Manila, 18 de julio, 1581», Colin-Pastells, *Labor,* I, 263, n. 3, citado por H. de la Costa, *Asia and the Philippines. Collected Historical Papers,* Manila, 1967, p. 26.

Los agustinos fueron acusados de no tener piedad alguna con los españoles. Su proceder era calificado de inhumano, pero no había otra opción. Como las cosas no mejoraban, los religiosos enviaron a España en 1573 a Diego de Herrera con el *Memorial* ya mencionado, cuyo contenido parecía cargado de dinamita y explosivos. Martín de Rada, superior en Filipinas, siguió luchando por la justicia, pero se observa en el curso del tiempo, una evolución ideológica en él. Las circunstancias históricas del país, el avance del cristianismo y los peligros de fuera, tales como la invasión del pirata chino Limahong en 1574, contribuyeron a suavizar la opinión de Rada, sobre todo en materia de tributos y restituciones. Esto no quiere decir que desde entonces Rada bendigera todo lo hecho, ni mucho menos, pues seguirá condenando hasta su muerte el modo en que se realizó la conquista, pero abandonar el país, como algunos proponían, sería una locura. Caería en manos de pueblos que nunca habían hecho nada por los filipinos. Así en carta a fray Alonso de la Veracruz, su hermano de hábito en Méjico, escribe:

> Las grandes necesidades que se han pasado y pasan muchos y la miseria de la tierra y el no haber otro modo para sustentarse y el no poder salir de la tierra y el estar imposibilitados a la restitución con el conocimiento de su miseria y deseo de redimirla los ha hecho hábiles para ser absueltos; que entienda V.P. que creo ha sido delante del Señor harta disculpa de lo que se ha hecho en la tierra, a lo menos por la gente común, la mucha necesidad que se ha pasado, y es muy diferente hallarse metido en la masa y no saber darles remedio o hablar desde fuera [7].

Metido de lleno en los problemas trágicos ocasionados por la suma pobreza de los primeros conquistadores, Rada afloja las cuerdas. Está dispuesto a absolver a aquellos soldados acongojados espiritualmente.

Domingo de Salazar y la lucha por la justicia y la humanización en la conquista de Filipinas (1581-1594)

Los agustinos, pioneros en la labor de evangelización de Filipinas, lo fueron también en la lucha por la justicia. Con la llegada de Do-

[7] «Carta de Fray Martín de Rada a Fray Alonso de la Veracruz, Calumpit, 16 de julio, 1577», en I. Rodríguez, *Historia*, XIV, pp.. 474-475.

mingo de Salazar, primer obispo de Filipinas, en 1581, la lucha se intensificaba.

En Ibalon, hoy Sorsogón, tan pronto se enteraron de su llegada «como gobernador eclesiástico», los datus y representantes de los filipinos en la región, le salieron al encuentro pidiendo ayuda. Las quejas emitidas por los agustinos las oía ahora Salazar.

Tan pronto se estableció Salazar en Manila trató de informarse sobre la situación. Reconocía la pobreza y miseria de los encomenderos y soldados, pero no estaba dispuesto a tolerar ningún abuso. Siguiendo la línea y el espíritu de los agustinos, espíritu connatural también en él, juzgó Salazar los abusos contra los filipinos. Tenía que actuar contra tales desmanes. La doctrina de Vitoria y el espíritu de Las Casas le incitaban a ello.

Escasamente un mes después de su llegada a Filipinas, habiendo tomado el pulso al país, Salazar convocó el Sínodo de Manila. En su primera carta pastoral, erigiendo la iglesia de Manila en catedral, hacía un recuento del papel desempeñado por los españoles en la gran epopeya de la evangelización del Nuevo Mundo. Era consciente de lo que se jugaba en Filipinas. Nos dice en su carta:

> Ya sé que muchos de los nuestros me dirán que los infieles de nuestro tiempo han llegado a creer en Cristo y a aceptar su fe no llevados por la fuerza del amor sino por la fuerza de las armas y con las manos atadas. Lo que precisamente aumenta el admirable poder de Dios y hace brillar más los tremendos recursos de nuestra santa fe es que hombres derrotados en la guerra, reducidos a terrible esclavitud por la ferocidad de sus conquistadores, robadas sus esposas, sus hijos y todas sus posesiones, a pesar de todo esto, hayan aceptado la fe y deseen profesar la ley de Dios de cuyos adoradores han recibido tantos males, y cuyas obras niegan la misma fe que predican. Lo que es aun más maravilloso es que hayan sido inducidos a aceptar esa religión por misioneros que no curaban, como hizo San Pedro, a los enfermos simplemente con su sombra, ni resucitaba a los muertos como los apóstoles, ni tenían el don de lenguas sino que su único argumento era la misma palabra de Dios [8].

[8] «Carta Pastoral de Domingo de Salazar, Manila, 21 de diciembre, 1581», *AGI*, Filipinas, 74.

El mismo Salazar cuenta al rey que no acabaría nunca si le mencionara todos los abusos cometidos contra los filipinos. La lista de Salazar es tan larga como la de los agustinos, aunque reconoce que con la llegada de más misioneros los abusos van cesando, sobre todo en Manila y sus provincias limítrofes.

Conviene no obstante, mencionar algunos de los abusos a que nos hemos referido anteriormente. En su *Memorial* de 1582, reportaje oficial sobre el estado del país después de medio año de estancia en él, Salazar se lamenta de que los españoles habían sacado de la provincia de Pampanga, la más rica y granero de Manila, mucha gente joven y fuerte para trabajar en las minas de Ilocos. Allí pasaron meses en condiciones infrahumanas. Muchos murieron, otros volvieron a casa tan agotados que quedaban imposibilitados para trabajar y plantar. A otros les obligaban a remar en las galeras y fragatas que enviaban a las nuevas áreas pacificadas. Lejos de sus casas, mal alimentados y peor tratados, algunos morían y otros escapaban a los montes huyendo de los trabajos forzados.

El gran castigo lo reserva Salazar para los *alcaldes mayores*, o gobernadores de provincia. Antes de la llegada del gobernador don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa no eran más que tres o cuatro en todas las islas. Con don Gonzalo el número subió a 16. Habían llegado pobres a Filipinas, endeudados y deseando resarcirse. Según Salazar, compraban/requisaban el arroz a los filipinos en el momento de la cosecha, lo guardaban hasta meses más tarde y luego lo revendían a precios altísimos. Lo mismo hacían con otros productos.

Salazar que era testigo de todo esto, cuenta:

> A la sazón que esto se cobraba, andaba yo visitando La Pampaga, y vi tantos lloros y gemidos de los tristes indios a quien se tomaba el arroz, que a mí me daba harta lástima, y tanto mayor cuanto veía llevar menos remedio, porque yo lo escribí al maese de campo que a la sazón era teniente de gobernador, pero poco me aprovechó [9].

En la recaudación de tributos se cometían terribles excesos. Sin hablarles de Dios y preocupación por enseñarles la doctrina cristiana

[9] Cfr. «*Memorial de Salazar [1582]*», *AGI*, Filipinas 74. Cf. L. Gutiérrez, O.P., «Domingo de Salazar's Memorial of 1582 on the Status of the Philippine Islands: a Manifesto for Freedom and Humanization»: *Philippiniana Sacra*, 62 (1986), 274.

armados con arcabuces y espadas, entraban en el pueblo y sin más preámbulos exigían de los datus el tributo estipulado. Y así hasta la vez siguiente. Ahora comprendemos el grito desgarrador de Salazar, cuando escribe:

> Aquí se me acaba el juicio, y me falta espíritu, y no hallo palabras con qué significar a vuestra majestad las desventuras, agravios y vejaciones, tormentos y miserias que sobre la cobranza de los tributos les hacen pasar [10].

Quizá donde mejor podemos apreciar el espíritu batallador de Salazar es en su lucha decidida contra la esclavitud. En el barco que le llevó a Filipinas viajaban unos agustinos que llevaban consigo una cédula de Felipe II prohibiéndola.

Tan pronto llegaron los agustinos a Manila con Salazar en 1581 iniciaron las gestiones. El documento fue presentado al gobernador, don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, para que lo promulgara y pusiera en ejecución, según el espíritu de la cédula y el deseo expreso del Rey. Salazar, de acuerdo con los líderes de la Iglesia, declaró la emancipación de todos los esclavos filipinos en manos de los españoles. Su liberación no podía retrasarse más. Estaba de acuerdo con la cédula del rey, con las exigencias de la justicia, la ley natural, la recta razón y la ley de Dios. Los esclavos debían obtener su libertad [11].

La decisión de Salazar causó una indignación enorme, no sólo por parte de los propietarios de esclavos, sino también por parte de los oficiales de la colonia. El gobernador Ronquillo temía por la seguridad del gobierno y afirmaba que la decisión del obispo y los eclesiásticos le había causado gran ansiedad [12]. Salazar, a falta de poder ejecutivo, pidió a los confesores que no absolvieran a los recalcitrantes. El arma, usada ya por los agustinos, era la negociación de absolución en las confesiones.

Salazar recibió amenazas serias contra su vida. En cierta ocasión un español le dijo que con su arcabuz podía volarle la mitra a cin-

[10] *Ibidem*, 278.

[11] Cfr. «Parecer de Domingo de Salazar y los prelados sobre el problema de los esclavos en Filipinas, Manila, 16 de octubre de 1581», *AGI*, Filipinas, 84.

[12] «Carta de don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa a Felipe II, Manila, 16 de junio, 1582», *AGI*, Filipinas, 6.

cuenta metros. En otra ocasión, Ronquillo recordó a Salazar que era descendiente de caballeros españoles que no tenían escrúpulos en ahorcar obispos. Salazar siguió firme. La lucha por la justicia y la abolición de la esclavitud continuaría en Filipinas.

En 1586, en una reunión general de todos los estados del país, se propuso al rey la abolición total de la esclavitud, tanto en manos de los españoles como en manos de los datus filipinos. La lucha se haría global y sin cuartel.

En las *Instrucciones* de Felipe II dadas al nuevo gobernador, don Gómez Pérez Dasmariñas en 1589, se estableció que nadie podía hacer esclavos en los dominios españoles de Filipinas. Los hijos de esclavos nacerían libres. Los esclavos menores de veinte años serían liberados al cumplir los veinte, y los mayores de veinte años servirían por otros cinco años. Los que pudieran comprar su libertad lo podían hacer inmediatamente. El gobernador y el obispo fijarían el precio de la manumisión. Por si fuera poco, el papa Gregorio XIV, en apoyo del rey Felipe II, prohibió a los españoles de Filipinas, bajo pena de excomunión, el seguir manteniendo esclavos [13].

Estos mandatos reales entraron en vigor en Filipinas. Dasmariñas era un hombre justiciero y valiente. Con su aplicación se asentó un golpe mortal a la esclavitud de filipinos en manos de españoles y, con menos éxito, a la esclavitud de filipinos en manos de filipinos. Los esclavos gritaron de gozo. Salazar había contribuido eficazmente al triunfo de la justicia.

La proscripción de la esclavitud es uno de los grandes triunfos de los primeros misioneros y españoles en Filipinas. En la Europa cristiana de entonces no se encuentra nada semejante. Era lógico y normal esclavizar a los no cristianos hechos prisioneros en «guerras justas». Creemos que Felipe II estaba seriamente preocupado por la libertad de sus súbditos y al apoyar los esfuerzos de emancipación de los esclavos en Filipinas, bajo el liderato de los misioneros, rubricaba un deseo universal en sus dominios. Afirmamos que fue un gran paso en pro de la justicia y la liberación. Chirino, historiador jesuita, misionero en Filipinas a finales del siglo XVI, escribía en 1605 que aunque todavía exis-

[13] Cf. «Libertad en favor de los Indios por Gregorio XIV, Roma, 18 de abril, 1591», en *BRPI*, VII, pp. 70-72.

tían esclavos en manos de los datus filipinos, eran muchos los liberados por sus propietarios. Personas buenas oían el clamor de los esclavos, pagando por su libertad. La Iglesia negaba el bautismo, la absolución y el matrimonio a los datus paganos que querían hacerse cristianos o a los datus cristianos que querían confesarse o contraer matrimonio cristiano [14].

Podemos hablar de la desaparición total de la esclavitud en las zonas bajo el dominio español en Filipinas a principios del siglo XVIII. El historiador franciscano fray Francisco de San Antonio escribe en su *Historia*:

> Ahora ya no existe el menor vestigio de esclavitud entre los indios, conforme a Breves Apostólicos, corroborados por varias cédulas reales de nuestros monarcas católicos. De modo que todos somos soldados de un mismo Señor Divino, militares bajo la Santa Cruz, que es nuestro estandarte católico y ciudadanos y participantes de la celestial Jerusalén, que es nuestro Reino: y así vivimos en estas islas españoles e indios, vasallos todos de un solo monarca católico en lo humano [15].

En las regiones no evangelizadas por España, como parte de Mindanao y la provincia de la Montañosa, la esclavitud se mantuvo hasta fines del siglo XIX.

Miguel de Benavides, continuador de la lucha. Sumisión voluntaria de los filipinos

A comienzos del año 1591 Domingo de Salazar publicó una serie de conclusiones relacionadas con las encomiendas y, sobre todo, con los tributos exigidos a los filipinos, que pusieron, una vez más, al rojo vivo, los ánimos de los españoles en Filipinas. Salazar opinaba que no podía exigirse tributo a los infieles de Filipinas, es decir, a aquellos que

[14] Cfr. Chirino, *Relación de las Islas Filipinas. The Philippines in 1600*, Manila, 1969 (edición moderna), p. 121.

[15] *Crónicas de la Apostólica Provincia de San Gregorio de religiosos descalzos de n.p. San Francisco en las Islas Filipinas, China, Japón*, 3 vol., Manila, 1738-1744, vol. I, p. 163. Cfr. *BRPI*, XL, p. 355.

no eran cristianos y que, consiguientemente, no habían recibido beneficio alguno por parte de los misioneros.

Salazar se había radicalizado. Mejor dicho, había vuelto a su antigua opinión. El rey de España no tenía dominio sobre los filipinos. Era un usurpador. A menos que se probara que las islas habían llegado a su dominio con justo título, todo lo cobrado de los filipinos era un robo y una expoliación. España había ido a Filipinas a predicar, a evangelizar, no a conquistar, ni a ejercer dominio político. Los paganos de Filipinas, los renitentes a la fe, no eran súbditos del rey de España. Su dominio era sólo sobre los cristianos filipinos, pero no como súbditos políticos sino como creyentes.

Las cosas habían retrocedido al punto anterior a la celebración del Sínodo de Manila. Los agustinos, después de la celebración del Sínodo, no dudaron nunca más de la legitimidad de la conquista. Los jesuitas nunca habían dudado. El gobierno tenía derecho a pedir tributo y los súbditos filipinos tenían la obligación de pagar. Nadie estaba excluido. Fieles e infieles, cristianos o paganos, todos como súbditos tenían el deber de pagar tributo. Los franciscanos pensaban que si los infieles eran renitentes, no se les podía pedir tributo, pero en Filipinas no los había y todos pagaban el tributo libremente. Sólo los dominicos, capitaneados ahora por el viejo Salazar, vuelven a sus raíces. El rey Felipe II no es rey de Filipinas. Ni más ni menos. El resto de los religiosos estarán en desacuerdo con ellos.

El gobernador Dasmariñas, apoyándose sobre todo en los agustinos y jesuitas, publicó unos principios donde se decía que todos los filipinos que tuvieran administración de justicia y servicio de doctrina tenían que pagar los impuestos por entero. Los que tuvieran sólo la primera atribución, tenían que pagar únicamente tres cuartas partes. La cuarta parte había que reservarla para el misionero y para la construcción de iglesias. Donde no hubiera ni administración de justicia ni servicio de doctrina no debería cobrarse absolutamente nada. Lo que se hubiera cobrado, o se cobrara en el fututo, debían restituirlo. No hacerlo significaría un robo. Todos los ciudadanos estaban obligados a pagar, fueran cristianos o infieles.

Salazar no pudo aceptar tales conclusiones. Las suyas eran más tajantes. En vista de que no había posibilidad de acuerdo y que, en su opinión, la evangelización peligraba, optó por embarcarse hacia España en 1591, a la avanzada edad de 79 años, si es exacta, verdaderamente,

la fecha de su nacimiento en 1512. Allí esperaba hablar al rey cara a cara. Como diríamos hoy esperaba cantar las cuarenta al mismo rey y a los miembros del Consejo de Indias. Llevó como compañero a fray Miguel de Benavides. Salazar esperaba dilucidar todo en Madrid. Cuando llegó, en 1593, solo, pobre, sin gente poderosa que le apoyara, se dedicó a escribir contra la injusticia de los tributos impuestos a los infieles. Lo que había defendido contra Dasmariñas lo volvió a defender ahora.

Se conserva un gran tratado de Salazar sobre *Tributos a los Infieles*, que es la base de toda la disputa [16]. Salazar era viejo, pero tenía la mente fresca y la pluma desenvainada. Su teoría es original y requiere un estudio especial que no corresponde ahora aquí. Baste decir que, a pesar de todo, Felipe II y su Consejo de Indias, no aprobaron la opinión general de Salazar. Una cédula real de 1594 ordenó que se cobrara tributo a todos los filipinos, aunque no fueran cristianos, con tal que estuvieran pacificados y tuvieran doctrina. Se vuelve a enfatizar lo mismo en las *Instrucciones* al nuevo gobernador, don Francisco Tello, en 1596. Por aquel entonces Salazar, como decían los antiguos, había pasado ya a mejor vida. El rey pide que no se predique en los púlpitos, para evitar los escándalos ante el pueblo. Mi voluntad, dice el rey, «en esto como en todas las materias, es que todas las cosas se lleven con la más completa justificación».

Muerto Salazar, la antorcha pasa a Miguel de Benavides, que hasta la muerte del obispo se ocupaba de organizar una gran misión de dominicos para Filipinas. Pero en 1595 se erigen tres nuevas diócesis en Filipinas. Benavides es nombrado obispo de Nueva Segovia, en Lalloc, al norte de la isla de Luzón. A partir de este momento mueve Roma con Santiago en busca de la solución que Salazar había propugnado anteriormente. Revestido de la dignidad episcopal, afirma que no saldrá hacia Filipinas hasta comprobar que todo se compone bien, y que no se cobra absolutamente nada a los infieles. El rey, según su opinión, no es rey legítimo de Filipinas.

Benavides se presentó al rey Felipe II y le entregó un tratado sobre la *Instrucción para el gobierno de Filipinas*. Esencialmente contenía

[16] *Tratado acerca de llevar Tributos a los Infieles*, Biblioteca del Palacio Real, Colección Ayala, 2246, ff. 169-229.

sus ideas sobre la recaudación de tributos y sobre el modo de predicar el Evangelio a los infieles. En este momento Felipe II, viejo ya, aunque fuerte de mente y de espíritu, mandó reunir todos los memoriales enviados desde Filipinas y pidió al Consejo de Indias que, con la asistencia de expertos en estos temas, emitiera pronto su opinión. En nota personal manuscrita, el rey pidió al presidente del consejo que no se alzara la mano hasta que se concretara el asunto. En una cédula del 8 de febrero de 1597, dirigida al gobernador general de Filipinas, Felipe II cambia de opinión. Pide que se restituyan los daños hechos a los filipinos y que se restituyan «los tributos llevados a los infieles» injustamente. A la vez pide que los misioneros «se encarguen de reducir por amor todo lo que se hallare haber hecho por fuerza y miedo» [17].

El rey estaba de acuerdo con que se pidiera a los filipinos sumisión voluntaria a la corona de España. Benavides había triunfado plenamente. Regresó en 1598 a Filipinas como obispo de Nueva Segovia, portando en sus manos la cédula del rey del año anterior. El gobernador de Filipinas, reunida una junta en Manila el 4 de agosto de 1598, envió órdenes a las autoridades de las diferentes provincias del archipiélago para que hicieran proclamar el deseo del rey, que no era otro que pedirles la sumisión voluntaria después de haber sido vasallos durante más de treinta años.

Quizá sea éste el único caso en la historia de la colonización del mundo en que un rey poderoso como Felipe II, soberano de un imperio donde no se ponía el sol, pidiera a sus súbditos que le aceptaran voluntariamente como rey. El gobernador de Filipinas, don Francisco Tello, escribió que en muchas provincias se habían sometido rápidamente y habían jurado obediencia, pero en otras habían pedido más tiempo para pensarlo [18].

El gobernador, en su carta al rey, decía un poco cínicamente que muchos habían cumplido con la «ceremonia». Nosotros también estamos tentados a pensar que aquello no pasaba de mera apariencia, pero una lectura de los documentos nos lleva a concluir que los filipinos se sometían al rey de España con total libertad. Algunas provincias tardaron en someterse y exigieron a los encomenderos y oficiales espa-

[17] Cf. *Unitas*, 21 (1948), 158.

[18] La cuestión está discutida en profundidad en Gayo, *op. cit.*, pp. 231-240.

ñoles que les compensaran por los daños cometidos contra ellos, pues eso no se lo perdonaban –declaraban los filipinos–.

La respuesta que dio años más tarde un filipino de la diócesis de Nueva Segovia durante el episcopado de otro dominico, fray Diego de Soria (1601-1613), explica la sinceridad del hecho histórico. El obispo, siguiendo la orden del rey, reunió a los líderes de Cagayán y les expuso las ventajas de someterse libremente y aceptar al rey don Felipe. El rey les protegería en la guerra y en la paz. Les administraría justicia. Los jefes no emitieron ningún juicio. Cuando otra vez el obispo les inquirió sobre si se daban cuenta de la situación, precisamente en ese momento solemne un filipino rústico contestó:

> Contestamos que queremos que el rey de España sea también nuestro rey y señor porque nos ha enviado españoles a liberarnos de la tiranía y del dominio de nuestros principales, y también padres para ayudarnos contra los mismos españoles y defendernos de ellos [19].

Si los filipinos se sometieron libremente al dominio español treinta años después de la conquista se debió al influjo de los misioneros. Salazar y Miguel de Benavides fueron los grandes motores de esa idea. Al final, sus métodos pacifistas se imponían absolutamente.

Defensa de los filipinos durante la guerra contra Holanda en el siglo XVIII

El triunfo de los primeros misioneros en pro de la liberación del pueblo filipino contra los abusos de los conquistadores y encomenderos fue completo. A finales del siglo XVI y comienzos del XVII Filipinas había alcanzado un gran equilibrio social, político y económico. La nueva sociedad se sentía básicamente feliz. De pronto, todo sufrió un colapso por la guerra hispano-filipina contra Holanda.

En la vieja Europa, Holanda luchaba por su independencia de España. Felipe II, rey de Portugal desde el año 1581, cerró Lisboa a los

[19] Cfr. J. de Medina, O.S.A., *Historia de los sucesos de la orden de N. gran P. S. Agustín de estas Islas Filipinas desde que se descubrieron y se poblaron por los Españoles, con las noticias memorables*, Manila, 1893, p. 134. La *Historia*, fue escrita en 1630.

comerciantes de Amsterdam. España, responsable ahora de las posesiones portuguesas de las Molucas, hizo un gran esfuerzo por mantenerlas. Holanda intentó estrangular a España en Manila y en el resto de Filipinas.

Las exacciones sobre el pueblo filipino aumentaron terriblemente. España sobrevivió al embate de Holanda, pero el pueblo filipino pagó largamente las consecuencias. Otra vez se necesitaban barcos de guerra, soldados, remeros, requisiciones de hombres y géneros. El peso caía, desgraciadamente, sobre los hombros de los filipinos. Los más grandes barcos que había conocido el mundo hasta aquel entonces se construyeron en Filipinas. Eran los acorazados del siglo XVII. Las selvas filipinas producían las maderas más duras del universo. La *narra* y sobre todo el *molave*, madera tan dura como el hierro, hacían de los galeones construidos en Filipinas, barcos indestructibles ante las balas del enemigo.

Es precisamente en este contexto donde se encuadra también la defensa de los filipinos contra los abusos de los españoles. El Rey ordenó expresamente que no había que forzar a los filipinos a trabajar en los servicios del estado si no lo deseaban, y que se contrataran japoneses y chinos para esas labores. En caso de que se hiciera necesario para la supervivencia del país que los filipinos fueran forzados a trabajar por el Estado, deberían recibir salarios justos de la Hacienda Real [20].

La presión holandesa duró casi cuarenta años y todas las leyes promulgadas en favor de la protección de los filipinos, que fueron muchas, dado un estado de emergencia tan largo, no alcanzaban los efectos deseados. Hernando de los Ríos Coronel, sacerdote secular y protector oficial de los filipinos, enarboló también la bandera de la liberación de los habitantes de Filipinas en 1621 [21].

Casi por entonces, el arzobispo de Manila, Miguel García Serrano, se quejaba al rey de los abusos cometidos contra los filipinos. Pero surge ahora la indignación y la «santa ira» que vimos antes en Domingo de Salazar. Los tonos proféticos y las denuncias apocalípticas de Salazar no se encuentran ya en el nuevo arzobispo. La razón radica en que el peligro holandés era común a españoles y filipinos. El triunfo de

[20] Cfr. *Recopilación*, libro VI, título 12, ley 40. Cfr. J.N. Schumacher, *Readings in Philippine Church History*, Manila, 1979, pp. 95-97.

[21] Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 95-98.

Holanda en Filipinas supondría la ruina absoluta de la fe católica. El arzobispo Serrano creía que las vejaciones eran en gran medida evitables. El mismo mal destruía a todos: las grandes flotas del enemigo calvinista holandés.

Sería en estos momentos tan duros y trágicos cuando los filipinos probaron su acendrado catolicismo. Como muy bien decía cierto escritor, narrando los hechos que nos ocupan ahora,

> la apreciación que los indios filipinos tienen por su religión es tan grande que para mantenerla están dispuestos a sufrir yugos pesados y sacrificar todos sus intereses materiales, incluso dar su vida con alegría, entrega y felicidad [22].

Terminada ya la guerra contra los holandeses y firmada la paz de Utrecht en 1648, continuaron aún las requisiciones de géneros. Un dominico, Domingo de Navarrete, fiel al espíritu de sus hermanos del siglo anterior, denunció también los abusos contra el pueblo. ¿Por qué había dinero para pagar a los gobernadores, a los oficiales reales y a los mismos misioneros y no había nunca para pagar a los filipinos las mercancías que se les requisaban?

> La mayor dificultad (decía) que nosotros los religiosos experimentamos en los pueblos de los indios es ser testigos de lo que sufren, y tratar de buscar medios y caminos de llevar con ellos sus sufrimientos... [23].

En Filipinas, como en América, la lucha por la justicia es un bello capítulo escrito por los misioneros españoles.

[22] M. Velarde, S.J. *Historia de la provincia de Philipinas de la Compañía de Jesús*, Manila, 1749, folio 127. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 98-99.

[23] D. Navarrete, O.P., *Tratados históricos, políticos, éthicos y religiosos de la monarchía de China*, Madrid, 1676, 1:304-305, citado por Schumacher, *op. cit.*, 99-100.

Capítulo VII

METODOLOGÍA MISIONAL Y VIDA SACRAMENTAL EN FILIPINAS (1565-1800)

Instrucción catequética y bautismo

Las crónicas de los primeros historiadores de Filipinas, pertenecientes a todas las órdenes religiosas que trabajaron en la evangelización del país, manifiestan que la formación prebautismal demandada por los misioneros era larga y profunda. Estamos dispuestos a afirmar, basados precisamente en estas historias, que en ninguna otra parte del mundo se exigió tanto a los candidatos al bautismo como en Filipinas.

Una de las mayores dificultades que encontraron los misioneros durante los primeros años de la cristianización fue la dispersión de los habitantes. Los filipinos vivían perdidos por los montes y los campos. No existían ciudades ni pueblos de importancia. El primer obispo de Filipinas, fray Domingo de Salazar, escribía al rey Felipe II a este respecto:

> En estas islas no es como en la Nueva España, que hay un pueblo principal y sujetos a él otros muchos. Aquí todos son pueblos pequeños, y cada uno hace cabeza de sí [1].

Esta manera de vivir de los habitantes de Filipinas chocaba terriblemente con la manera de pensar de los españoles. Herederos éstos de la tradición greco-romana, su visión del mundo y de la vida civili-

[1] «Memorial de las cosas que en estas Islas Filipinas de Poniente pasan», *AGI*, Filipinas 6. Cfr. L. Gutiérrez, O.P., «Domingo de Salazar's Memorial of 1582 on the Status of the Philippine Islands», *Philippiniana Sacra*, 62, 1986, 294.

zada era vivir en comunidad en ciudades y pueblos compactos. El hombre no sólo era un animal racional, sino un animal social. Tenía que vivir en comunidad, en unión continua con sus semejantes. Era sujeto capaz de adquirir la perfección humana únicamente en comunión y en unión con el resto de los hombres. El hombre estaba llamado a adquirir una civilización superior y conseguir lo que los españoles llamaron *policía*. Era, a la vez, sujeto capaz de gracia divina.

Los misioneros eran precedidos, generalmente, en sus misiones por los encomenderos. La labor de éstos era doble: defender a sus encomendados de los enemigos externos, administrándolos justicia y, a la vez, preparar el camino para la llegada del misionero. Eran heraldos del misionero.

Leyendo las crónicas de los historiadores, sobre todo durante el período pionero de finales del siglo XVI y primeras décadas del XVII, comprobamos que muchos encomenderos fueron auténticos predicadores del Evangelio. Los jesuitas, al llegar a sus misiones de Leyte, Samar y Bohol, encontraron algunos que habían construido iglesias en diferentes lugares de sus encomiendas. Las iglesias eran pequeñas. Muchas veces míseras chozas, pero eran iglesias cristianas. Además, los encomenderos habían enseñado ya los rudimentos de la doctrina cristiana. Su labor fue una especie de preámbulo a la fe, una pre-catequética básica que capacitaba a los habitantes a recibir, en mayor profundidad, la fe cristiana cuando llegara el misionero.

En Filipinas, le religión lo ocupaba todo. Religión y cultura, cultura y religión eran términos que no se distinguían fácilmente. La cultura era básicamente religiosa y la religión era la gran riqueza cultural del país. No existía vacío religioso. La religión llegaba a todos los segmentos de la sociedad. La religión era vida, arte, literatura, poesía y música. Nada, absolutamente nada, escapaba del poder religioso. La vida y la muerte, la noche y el día, la siembra y la cosecha, la paz y la guerra, la salud y la enfermedad, todo era tocado por la religión. En sociedades primitivas no hay nada puramente secular. Todo es religioso y divino. Todo lo invade el espíritu. La religión es reina suprema.

Los misioneros llegaron a Filipinas dispuestos a conquistar un nuevo reino para Cristo. La conquista temporal, por las armas, no tenía ninguna justificación sin la conquista espiritual, por el poder de la palabra de Dios. El reinado de Satanás tenía que ser aniquilado. Se debía instaurar el reinado de Cristo. Al presentar a los habitantes de

Filipinas el cristianismo, los misioneros estaban convencidos de mostrarles la verdad absoluta y total. La religión de Jesucristo era divina. El paganismo era una máscara diabólica. Había que desenmascarar al diablo y arrojarle a donde pertenecía: a las tinieblas exteriores.

Los misioneros que llegaron a Filipinas eran buenos psicólogos y no exigían una ruptura total con el pasado. Sólo lo puramente pagano y lo relacionado con su culto tenía que desaparecer. Lo demás podía ser cristianizado y así lo fue. Eran hombres renacentistas, ilustrados, aunque sentían hondo el espíritu de Trento. La palabra culturización les era extraña, pero no la idea. Querían que el cristianismo, la religión que predicaban, se insertara en la cultura del país. Y hoy día vemos que, en el cristianismo de Filipinas, hay reminiscencias del tiempo precristiano.

Los primeros misioneros tenían que hacer de todo. Comenzaron por enseñar a los mayores, sobre todo a los datus o jefes naturales del pueblo. Pero pronto se dieron cuenta que era muy difícil atraerles hacia el cristianismo. Nunca dejaron de intentar convertir a los jefes, pues la conversión de un líder arrastraba, normalmente, a los subordinados. Los datus inicialmente no respondieron a la llamada del Evangelio, pero tampoco se opusieron a que sus hijos fueran catequizados por los misioneros. Dejaron a los misioneros libertad para atraer a los niños. A través de ellos, más tarde, llegaron a los mayores, a los jefes naturales del pueblo.

Una vez más, los frailes manifestaron su sentido psicológico. En sociedades primitivas, los niños son su base esencial, son los únicos capaces de sentirse libres para el cambio. Los niños no pertenecen a la sociedad de la misma manera que pertenecen sus padres.

Los niños pertenecen a la sociedad en que viven, porque les ha dado el ser y la vida, pero a la vez no pertenecen a ella porque no se han sumergido todavía en sus virtudes o en sus vicios. Todas las sociedades, sin embargo, prestan una importancia enorme a los niños. Son la flor y nata de esa sociedad, esto se da, volvemos a repetir, mucho más, en sociedades primitivas. Los niños, en el contexto de Filipinas, se mostraron entusiastas de la nueva religión, grandes auxiliares del misionero y denunciantes de sus propios conciudadanos si éstos practicaban, secretamente, ritos paganos.

Otra de las causas que aceleró el proceso de aceptación del bautismo en Filipinas fue la idea de que tal sacramento tenía virtudes cura-



Ilustración n.º 7. Pedro Murillo Velarde, S.J., *Mapa de las Islas Filipinas*, Manila, 1744. López Museum-Ayala Museum.

tivas. Pigafetta nos cuenta cómo Magallanes animaba a los cebuanos a aceptarlo porque, incluso, les curaría todas las enfermedades. Los misioneros que llegaron más tarde narran curaciones milagrosas de gente que, al recibir el agua bautismal, se sintió totalmente libre de enfermedades físicas. Nuevamente los misioneros trataban de insertarse en su cultura.

Los sacerdotes paganos presumían de poseer poderes especiales sobre los enfermos. La cura de enfermedades era obligación primordial en el paganismo y sus sacerdotes más que ministros de su religión eran curanderos y herbolarios. Los dominicos en Cagayan se vieron forzados a desengañar a los nativos que, en alguna ocasión, se curaron al recibir el bautismo y pensaron que el efecto del bautismo era la curación de las enfermedades corporales pudiendo ocurrir, lo mismo al rozar objetos religiosos sobre sus cuerpos o invocar sobre ellos el nombre de Dios. Existía el peligro de que el bautismo se conviertiera en un rito mágico, y no en un signo de regeneración espiritual [2].

Instrucción prebautismal

La preparación catequética en Filipinas antes de recibir el bautismo era larga y profunda. Al candidato al bautismo se le pedía renunciar al paganismo y a todos sus ritos, creer en el sacramento que iba a recibir y, a los casados, renuncia a la poligamia.

Tenemos una referencia concreta de Domingo de Salazar sobre las exigencias primordiales del candidato al bautismo. En primer lugar deben tener un conocimiento profundo de toda la religión cristiana y no sólo «que la sepa de coro». Tiene que saber lo que significan las palabras y entender los misterios que en ellas se encierran. En definitiva conocer y asimilar lo que deben saber y hacer para ser buenos cristianos, de forma que al bautizarse sean conscientes y sobre todo «entiendan lo que reciben, que es morir a la vida pasada y comenzar nueva vida y ser otros de allí adelante» [3].

[2] Aduarte, *op. cit.*, I, p. 132. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, p. 78, Cfr. Chirino, *Relación*, p. 230.

[3] Cfr. «Resolución breve del obispo de estas islas Filipinas y demás teólogos de este obispado, Manila, 1591», *AGI*, Filipinas, 74.

Renunciar a la vida pagana y abrazar una nueva vida. Renuncia del pecado y aceptación de la gracia. Sublime programa.

Al principio de la cristianización de Filipinas el número de conversiones fue pequeño. El proceso se aceleró pronto con la llegada de más misioneros y la distribución del campo misional. En menos de cincuenta años de intenso trabajo misional el país, sobre todo en las islas mayores, y en lo que se conoce como la llanura, se había hecho cristiano. Esta conversión se llevó a cabo sin violencia, sin opresión. En total y completa libertad. Los misioneros no obligaron a los candidatos a bautizarse. Según la teología católica el candidato debe permanecer siempre libre. La eficacia del sacramento depende de una entrega libre del catecúmeno a la nueva religión.

El Catecismo

El Catecismo usado en Filipinas fue el publicado por los dominicos en 1593 en español-tagalo y en español-chino y conocido ordinariamente como *Doctrina Christiana.* La religión enseñada a los filipinos fue un catolicismo dogmático. Pero, como hemos visto, estaba relacionado con la vida misma de los filipinos. Incluía el *Padrenuestro,* el *Avemaría,* la *Salve,* el *Credo,* los 14 artículos de la fe, los siete sacramentos, los siete pecados capitales, las siete obras corporales de misericordia y las siete espirituales, los Diez Mandamientos de la ley de Dios y los cinco de la Santa Madre Iglesia, el *Señor Mío Jesucristo* y 33 cuestiones puramente catequéticas.

Phelan opina que la *Doctrina Christiana* era para uso exclusivo de los misioneros. Los filipinos no podían permitirse el lujo de usar ese catecismo, a pesar de la tradición literaria que tenían. A nuestro entender, aunque, habitualmente, eran los misioneros quienes lo utilizaban, existen casos de filipinos que leían muy bien el catecismo y que acudieron a él en varias ocasiones.

Básicamente estamos de acuerdo con Phelan cuando dice que la enseñanza era *oral,* como en los primeros tiempos del cristianismo, pues los filipinos no podían normalmente comprar una copia del catecismo. Se hacía necesario traducir a otras lenguas, de forma precisa y exacta, conceptos y palabras que costaron a los teólogos siglos aquilatar y precisar. Los misioneros necesitaban una especie de *vademecum*

donde tuvieran disponible lo esencial del cristianismo en su lengua y en las lenguas nativas. Constituía otro paso realizado por los misioneros hacia la culturización. Solamente cuando no existían palabras nativas para expresar los conceptos cristianos más profundos los misioneros se valieron de palabras españolas y, muy raramente, de palabras en latín, quizá también para evitar que se confundieran conceptos paganos con conceptos cristianos. Existía el peligro de que, si se usaban nombres nativos para expresar realidades cristianas, los nuevos conversos siguieran impregnando esos nombres de contenido pagano y no pudieran captar el sentido cristiano [4].

FORMACIÓN POSTBAUTISMAL: EL CATECUMENADO

El misionero fue el primer maestro y catequista en los comienzos de la evengelización. Dada la dispersión de los habitantes por las islas y los montes, y la gran falta de personal, los misioneros, sobre todo al principio, se movían de sitio en sitio. Eran una especie de predicadores ambulantes. Después de varios meses volvían sobre sus pasos y así aceleraban el proceso de formación prebautismal.

Una vez que los religiosos habían aprendido las lenguas respectivas, por medio de los niños y jóvenes más inteligentes, intentaron penetrar en el alma del pueblo. La manera normal de proceder era la siguiente: los domingos y días festivos —y esto ocurría en todo el país— todo el mundo iba a misa. En procesión solemne, los niños y mayores, detrás de la cruz y con ciriales, recorrían las calles y se dirigían hacia la iglesia. A lo largo del camino recitaban y cantaban ya las oraciones y parte del catecismo. En la iglesia, antes o después de la misa y del sermón, se explicaba la doctrina en la lengua nativa. Se exigía el aprendizaje de la doctrina de memoria, pero a la vez se hacían preguntas. Luego se examinaba a todos.

Las crónicas de los misioneros nos dicen que incluso los jefes del pueblo asistían a las clases de catequesis con gozo y alegría y se enfadaban si los misioneros, durante éstas, no les preguntaban a ellos [5]. La

[4] Cfr. Phelan, *The Hispanization*, p. 58.
[5] Cfr. Schumacher, *op. cit.*, p. 42.

formación catequética era larga y sólida. Se exigía a los candidatos al bautismo comprensión de la doctrina. Casi todas las órdenes procedían de la misma manera, sobre todo en los tiempos pioneros de la cristianización de Filipinas.

Hemos dicho ya que, dada la gran escasez de misioneros, se vieron forzados a echar mano de niños y jóvenes en la tarea de la evangelización. Fueron los mejores instrumentos para atraer a sus conciudadanos. Muchos de los niños de los datus vivían en lo que se llamaba y se sigue llamando hoy el *convento*, es decir, la residencia parroquial. Allí recibían clases especiales de doctrina, aritmética, música y pintura. Era un régimen casi semimonástico. Se levantaban pronto y participaban en los rezos con los religiosos. Los más inteligentes, según iban creciendo en edad, eran los que, a su vez, enseñaban a los más jóvenes. Así, poco a poco, se organizó una especie de catecumenado escalonado. El misionero dirigía, organizaba y supervisaba.

En Filipinas los misioneros se adelantaron más de doscientos años al método Lancasteriano que se usaría en las escuelas de Inglaterra, con gran éxito, en el siglo XIX [6]. Lo que intentaban los misioneros con esas *escuelas-seminarios* era formar una clase bien preparada, que sirviera de enlace entre los nuevos gobernantes y el pueblo filipino. Los niños eran los hijos de los datus. Podrían ser, en el futuro, los jefes del pueblo y los directores de la sociedad local filipina. Serían pilares de la nueva religión y sus transmisores al pueblo filipino.

Una materia que se enfatizó enormemente en Filipinas fue la enseñanza de la música. Los misioneros descubrieron pronto las cualidades musicales de los filipinos. En las misiones organizaron coros, enseñaron a los jóvenes a tocar instrumentos europeos y a usar la música en las funciones sagradas y en la celebración de la liturgia. Una vez más, los misioneros intentaban insertarse en la cultura local filipina. Las hazañas de sus héroes, las creencias en sus dioses míticos, etc., todo ello lo narraban al son de la música y de la danza, mientras golpeaban con el remo, plantaban arroz, o en muchas otras ocasiones. Con la llegada del cristianismo, la respuesta fue magnánima. Sin ruptura penosa, casi con perfecta adecuación a su propia cultura, recibían una nueva doctrina, la Buena Nueva de Jesucristo, en su propia lengua, en

[6] Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 58.

verso nativo y en la música que ellos tanto amaban. A veces recitaban la doctrina y el catecismo en sus casas como cantaban los monjes salmos en sus monasterios, antifonalmente: un niño cantaba un verso del catecismo y el resto de la casa o del pueblo respondía con el verso siguiente. Así hasta que terminaba todo el catecismo.

Los jóvenes mejor formados en los llamados *seminarios de niños* eran enviados a veces, sobre todo en las misiones jesuitas, de dos en dos, como los primeros apóstoles y discípulos de Jesús, por los pueblos vecinos ya visitados por los misioneros, a enseñar la doctrina cristiana y preparar a los paganos y catecúmenos para recibir el bautismo. La gran ventaja radicaba en que enseñaban las cosas de Dios [7] a su propia gente, en su propia lengua y en su ambiente.

Los jóvenes enviados a los pueblos habían pasado ya varios años en el convento bajo la supervisión directa del misionero. Eran mozos de hasta 19 ó 20 años, piadosos, inteligentes, comprometidos y dedicados. Enseñaban el catecismo y las oraciones en la escuela que ellos mismos dirigían. Reunían al pueblo en la capilla a recitar el catecismo durante las fiestas. El viernes era el día de la disciplina. Siendo gente local, conocían los secretos del pueblo, frenaban las borracheras rituales, prohibían uniones matrimoniales ilícitas y, en caso de duda, consultaban al misionero. Le notificaban también cuando había enfermos graves, bautizaban en peligro, asistían a bien morir y ayudaban a hacer el acto de perfecta contrición.

En las misiones de Filipinas los religiosos introdujeron el teatro y la danza como medios de instrucción catequética y doctrinal. En general eran obras sagradas, de carácter religioso, con mezcla de diálogo y de danza, bajo la dirección de los maestros de los niños. Atraían grandes multitudes y con el tiempo se convirtió en algo esencial para las fiestas de Navidad y Pascua, la fiesta patronal y la fiesta del pueblo. La Iglesia intentaba de nuevo insertarse en la cultura popular y adaptarse a las necesidades de un pueblo amante de la música y del teatro [8].

El peso de la formación catequética de Filipinas durante el siglo XVII cayó sobre los hombros de los *fiscales*. Eran los organizadores y supervisores de la instrucción doctrinal en las islas y, quizá, los perso-

[7] Cfr. De la Costa, *The Jesuits*, p. 144.
[8] *Ibidem*, p. 290.

najes más importantes de la comunidad cristiana después del misionero. El fiscal era mucho más que un puro sacristán. Era un intermediario entre el misionero y sus parroquianos [9]. Sus obligaciones eran amplias y variadas.

En este caso, los misioneros también se guiaron por la experiencia de Méjico. Los fiscales procedían de allí, donde se les había llamado *mandones* [10]. La labor que realizaron en la cristianización de Filipinas no puede pasarse por alto. Hay casos de fiscales que desempeñaron papeles tan importantes como los propios misioneros.

Las ventajas del fiscal con respecto a las del misionero eran muchas: conocimiento perfecto de la lengua, inmersión en la cultura nativa, prestigio social y político. Los fiscales generalmente eran los datus, líderes naturales de su mismo pueblo. Si a esto añadimos el buen conocimiento que tenían de la doctrina cristiana y el profundo compromiso adquirido con sus exigencias, podemos afirmar que muchos de sus representantes fueron eficaces instrumentos de evangelización y guías indispensables para el pueblo filipino.

De la Costa, que tan bien ha escrito acerca de la obra evangelizadora en Filipinas, hace una especie de retrato moral y misional del fiscal:

> (El fiscal) enseña el catecismo al ignorante, fortalece al débil, visita al enfermo y si hay personas seriamente enfermas, llama al sacerdote. Mueve a los pecadores a confesarse, pide limosna para los pobres, ayuda a enterrar a los muertos, corrige a los culpables, aconseja, apoya las obras de caridad, inflama el celo, corrige lo que puede, y lo que no puede corregir lo deplora [11].

Existen diversas opiniones sobre la profundidad de la formación catequética de los filipinos antes de recibir el bautismo y el subsiguiente adoctrinamiento para entender mejor los misterios de la fe cristiana. Los historiadores de los primeros tiempos de la evangelización afirman que los filipinos tenían un gran conocimiento de la religión cristiana. Recibían la fe con alegría y llegaron a comprenderla muy bien.

[9] Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 59.
[10] *Ibidem.*
[11] De la Costa, *op. cit.*, p. 159.

Es difícil emitir una opinión justa y objetiva. La lectura de esas historias nos convence de que los misioneros hicieron un gran esfuerzo por implantar la fe cristiana sobre bases sólidas. Cada orden religiosa tenía su carisma y modo de hacer las cosas, pero en Filipinas todas trabajaron seriamente para formar adecuadamente a los nuevos cristianos. Una conclusión es clara: donde había población concentrada, los misioneros podían atender mejor a sus feligreses. El nivel de formación y conocimiento de la religión aumentaba o disminuía según la cercanía a mayores o menores núcleos urbanos. Así, la isla de Luzón estuvo siempre mejor atendida que las demás islas de Filipinas. Dentro de Luzón, en las provincias cercanas a Manila y en las del centro de la isla, donde la población era compacta, la formación cristiana era mucho más intensa y profunda.

Los dominicos y jesuitas estaban a cargo de misiones muy dispersas, los primeros en Pangasinán y Cagayan, los últimos en Leyte, Samar y Bohol. Los agustinos y franciscanos tenían a su cargo zonas muy pobladas y la formación podía ser continuada, sobre todo en las misiones franciscanas donde alcanzaba un buen grado. Los dominicos, en sus misiones, trabajaron con celo y entrega y, a pesar de la dispersión de la población, consiguieron frutos sólidos y duraderos. Los agustinos lograron buenos resultados, a pesar de la grave crisis que les afectó a finales del siglo XVI y comienzos del XVII (crisis interna de relaciones entre españoles y criollos de Méjico), gracias a la concentración de población. Los misioneros vivían donde se localizaba la gente [12].

La formación cristiana era también más profunda en la *cabecera* del pueblo que en las *visitas*, que estaban ya a cierta distancia del centro urbano y donde iba el misionero cuando no tenía otras ocupaciones de mayor importancia. Normalmente pasaba como predicador ambulante y solía hacerlo pocas veces al año.

Chirino, el historiador jesuita de los tiempos pioneros de la evangelización, nos dice que la formación de los filipinos era incluso mejor que la de muchos países en la vieja Europa [13].

[12] Cfr. Phelan, *op. cit.*, pp. 60-61.

[13] Chirino, «The Philippine Islands», *BRPI*, XII, p. 256. Cfr. P. Fernández, *History*, p. 138.

El sacramento del matrimonio: hacia una visión cristiana de la vida matrimonial

El bautismo inicia a la vida cristiana. Si los filipinos querían participar previamente de ella, necesitaban también recibir los otros sacramentos.

El problema que se planteó en Filipinas ante el matrimonio fue la existencia de la poligamia y el divorcio. La poligamia no estaba muy universalizada en el país y se había implantado hacía poco tiempo por influencia de los musulmanes. Era, por otra parte, un privilegio de las élites directoras del país, es decir, de los datus. Era más frecuente en las islas Visayas que en la isla de Luzón. Hay casos de datus que retrasaron tremendamente su conversión al cristianismo por el problema de la poligamia. Este hábito, no obstante, fue pronto superado y liquidado en Filipinas.

Mayores dificultades causó a los misioneros la práctica del divorcio entre los primeros filipinos. Se separaban fácilmente y tomaban nuevas esposas. Los misioneros, como era habitual llegaban con la experiencia de Méjico, pero en Filipinas las circunstancias eran distintas. En América, el papa Paulo III, con su bula *Altitudo divini consilii* (1537) reconoció como válido el matrimonio natural de los indios. Había que cristianizar esos matrimonios si los paganos querían aceptar la religión cristiana. La primera esposa en su paganismo sería también su esposa en el cristianismo. En casos de dificultad en saber quién era la primera esposa, había libertad de elegir la que deseara, entre las presentes o las pasadas, y luego subsanarlo todo casándose *in facie ecclesiae*[14]. La Iglesia, al reconocer el matrimonio natural pagano, pretendía que los candidatos al cristianismo no se dejaran llevar, al hacerse cristianos, por el deseo de poder cambiar una esposa más vieja por otra más joven o hermosa.

La solución papal no era factible en Filipinas. Los misioneros se vieron obligados a abandonar algunas de las cláusulas de la bula papal y a interpretarla más libremente que en América. Los convertidos en

[14] El texto en latín en G. de Mendieta, O.F.M., *Historia eclesiástica indiana*, Méjico, 1870, pp. 269-271. Cfr. «Carta de Fray Pablo de Jesús al Papa Gregorio XIII», 14 de julio de 1580, *BRPI*, XXXIV, pp. 323-324. Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 62.

Filipinas podían elegir como esposa a la que quisieran y luego, *in facie ecclesiae*, casarse con ella. En la práctica, solía ser la esposa actual. Evitaban así problemas económicos y psicológicos. Los hijos de la esposa actual seguirían asegurados en todos los sentidos con el nuevo matrimonio cristiano. El esposo continuaría con su última esposa, que solía ser la más joven. Muy pocos tuvieron que abandonar a la esposa que tenían en su paganismo para volver a esposas anteriores [15].

Costó mucho a los misioneros imponer la moralidad cristiana de la indisolubilidad matrimonial. Haberlo conseguido con el tiempo fue uno de los grandes triunfos del cristianismo en Filipinas.

La ceremonia propia del sacramento del matrimonio podía celebrarse fuera de la iglesia. En Filipinas no era raro realizarla en la sacristía, en la casa parroquial e incluso en la casa de la novia. La misa y la bendición nupcial solamente podían darse en la iglesia. Pero esto solía ocurrir, como regla general, días más tarde, o al menos no inmediatamente. A menudo no se realizaban nunca en la iglesia.

Una de las razones para no celebrar el matrimonio en la iglesia era los altos derechos impuestos por los religiosos en la administración del sacramento. Los derechos de estola por la administración de los sacramentos eran algo normal en Europa, pero en América y en Filipinas los reyes de España intentaron retrasar su introducción para evitar que los nativos confundieran la verdadera naturaleza espiritual del sacramento. Felipe II ordenó en 1596 que no se impusieran derechos por la administración de sacramentos en Filipinas [16]. Los religiosos no prestaron atención a esta legislación, ni al arancel que Salazar publicó en 1588, ni al del obispo Diego Camacho, un siglo más tarde. Los agustinos y franciscanos cobraban derechos altos, no así los jesuitas y dominicos, cuyos derechos eran mucho más moderados [17]. En Filipinas sólo los más ricos, los que podían pagar los derechos de estola, se casaban dentro de la iglesia, con misa y bendición nupcial. Los más pobres se casaban por la iglesia, pero no en la iglesia, al no poder pagar las cuotas altas impuestas por los religiosos. También hay que decir que muchos de los filipinos tenían miedo a comprometerse para siempre

[15] Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 62.

[16] «Instrucciones del rey al gobernador Francisco Tello», Toledo, 25 de mayo, 1956, *BRPI*, IX, pp. 225-226.

[17] Phelan, *op. cit.*, p. 63.

en matrimonio en presencia de la comunidad cristiana. Llevó muchos años romper esta resistencia [18].

En Filipinas existían ciertas costumbres prehispánicas muy reñidas con el espíritu cristiano del matrimonio. Una de ellas era la costumbre de que el novio pagara a los padres de la novia una dote altísima, y en caso de incapacidad para pagarla inmediatamente, debía ponerse al servicio de sus futuros padres políticos hasta poder obtener el permiso para casarse con la novia. A los españoles esta doble costumbre les parecía una especie de esclavitud parcial. Que el novio pagara la dote, aunque fuese contrario a la costumbre de Europa donde era la novia quien la pagaba, no era lo más chocante. Lo que realmente repugnaba a los misioneros y a todos los españoles era la elevadísima dote exigida. Daba la impresión de que tenían que comprar a la novia. Los padres no la entregaban en matrimonio sino al mejor postor. Más que consentir los padres el matrimonio de su hija, parecían venderla a quien más alto pudiera pagar por ella. En Europa los padres decidían también con quién se podía casar su hija pero, dentro del espíritu cristiano, los prometidos eran totalmente libres de casarse con quien quisieran. El matrimonio era una cosa libre, una decisión personal de los contrayentes [19].

El otro aspecto era el servicio que el novio tenía que prestar a sus futuros padres políticos. Muchas veces el novio vivía en casa de la novia, con consentimiento y acuerdo de los padres de ésta. Ambos solían tener relaciones sexuales mutuas y, no era raro que el novio las tuviera con las hermanas de su novia, primas, sobrinas y otras personas. Con frecuencia, después de varios años de servicio, los padres de la novia podían mandar al pretendiente de vuelta a casa, sin consentir el matrimonio. Perdía así el prometido a su novia y el fruto de su trabajo. Las trabas canónicas para el matrimonio cristiano se multiplicaban debido al impedimento de afinidad [20]. En 1628 el rey Felipe IV ordenó por cédula real que en todos sus dominios ningún nativo pagara nada por su novia ni ofreciera servicios libres a sus futuros suegros [21]. Era ésta

[18] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 154.

[19] Cfr. Alonso de Mentrida, O.S.A., *Ritual para administrar los santos sacramentos*, Manila, 1669, p. 86

[20] Cfr. P.M. de Arizola, *Carta Pastoral*, Manila, 1751, pp. 19-21.

[21] *Recopilación de leyes de los reynos de las Indias*, 4 vols., Madrid, 1681, libro VI, tit. 1, ley 6. Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 65.

una costumbre enraizadísima en el pueblo. Fue desapareciendo poco a poco, aunque a mediados del siglo XIX todavía mencionan algunos historiadores casos aislados [22].

La difusión y la aceptación del ideal cristiano del matrimonio entre los filipinos fue uno de los grandes triunfos de los misioneros. Es verdad que muchas veces no llegaban al nivel que el cristianismo exigía, pero existía el ideal y se luchó siempre por verlo realizado.

La penitencia

El sacramento de la penitencia era un arma potente en manos de los misioneros para mantener la moralidad cristiana. Los nuevos cristianos tenían que confesarse al menos una vez al año. Los misioneros necesitaban aprender las lenguas nativas. En Filipinas había pocos casos de intérpretes para el sacramento de la penitencia como existieron en Méjico. Los así llamados *confesionarios* eran libros bilingües editados por los mismos misioneros en los cuales había preguntas muy breves y claras y respuestas sencillas. El primer libro publicado sobre este particular fue obra del tagalista dominico fray Francisco Blancas de San José, en 1610. Un siglo más tarde había confesionarios en casi todas las lenguas mayores de Filipinas [23].

En principio toparon con serias dificultades para persuadir a los filipinos sobre la necesidad de este sacramento. No había nada semejante en su paganismo. Les daba vergüenza abrirse a los misioneros, aunque fuese en confesión. Tenían miedo a que el misionero se enfadara con ellos. La solución, según nos cuenta Aduarte [24], fue invitar a confesarse a los más avanzados en la religión y luego convencer al resto de que los confesores no se iban a enfadar por lo que ellos les contaran. La penitencia solía ser ligera para así no asustar a nadie. Penitencias habituales eran oír misa varias veces, rezar el santo rosario y visitar a los enfermos.

[22] Cfr. J. Fuixa, O.P., *Consultas y Respuestas*, MS. Archivo de la Universidad de Santo Tomás (AUST) de Manila, Sección de libros, tomo 203, pp. 690-692; Cfr. J. Bowring, *Una visita a las Islas Filipinas*, Manila, 1887, p. 132. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 153.

[23] Cfr. J. Toribio Medina, *La imprenta en Manila desde sus orígenes hasta 1810*, 2 vols., Santiago de Chile, 1896 y 1904. Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 65.

[24] Cfr. Aduarte, *op. cit.*, I, pp. 263-264.

Si hemos de creer a los historiadores de la primera fase de la evangelización, los filipinos, una vez que perdieron el miedo, se lanzaron a la confesión con celo y admirable entrega.

Según Ribadeneira, los penitentes llegaban con la conciencia bien examinada y confesaban sus pecados con claridad y sinceridad. A veces les parecía pequeña la penitencia y pedían una mayor. Otros historiadores de siglos posteriores no son tan optimistas. Murillo Velarde, hacia el año 1750, se queja de que muchos penitentes confunden las cosas, se enredan demasiado y parece todo un laberinto sin salida, induciendo a error incluso a los confesores más experimentados [25].

Para obtener una confesión íntegra, y no perder el tiempo en digresiones, los misioneros desarrollaron técnicas muy simples. Grandes conocedores de gente sencilla y preocupados de que sus penitentes por miedo o vergüenza no se abrieran con sinceridad, hacían la misma pregunta de diferentes maneras, lo único que querían obtener eran respuestas sencillas y verdaderas [26].

En el sexto mandamiento fue donde los misioneros encontraron mayores dificultades. A veces por vergüenza y otras porque los penitentes no veían nada pecaminoso en prácticas anticristianas, los confesores se veían obligados a preguntar para obtener una confesión íntegra, válida y espiritualmente provechosa. Teológicamente hablando, una confesión donde algunos pecados se callan deliberadamente no tiene sentido y no surte el debido efecto sacramental. Lo que los misioneros intentaron fue desterrar la idea popular de que la absolución anual en el confesionario daba permiso para seguir practicando los mismos pecados y satisfacer los mismos apetitos desordenados [27].

La eucaristía

El bautismo, como sacramento de iniciación y la penitencia, como sacramento de reconciliación, abrían la puerta al sacramento de la eu-

[25] Cfr. M. de Ribadeneira, O.F.M., *Historia del Archipiélago y otros Reynos. History of the Philippines and Other Kingdoms*, 2 vols., Manila, 1970, vol. I, pp. 65-66. Cfr. Murillo Velarde, *op. cit.*, p.5. Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 66; Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 162-163.

[26] Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 67.

[27] Cfr. F. Rey, *Confesionarios*, Manila, 1792, pp. 221-224.

caristía. La experiencia de Méjico fue en este punto también fundamental. Algunos españoles en Méjico, sobre todo seglares, se oponían a que los indios recibieran la eucaristía. Les consideraban incapaces de percibir la grandeza del sacramento. Los misioneros en Filipinas pusieron también muchas objeciones, dado lo sublime del sacramento, pero siempre fueron más comprensivos que los seglares. Si los nativos cumplían ciertas condiciones, no había por qué negarles un sacramento tan necesario para el crecimiento en la vida cristiana. Los que eran aceptados para recibir la sagrada comunión tenían que conocer la doctrina cristiana muy bien, vivir una vida religiosa inmaculada y comprender enteramente el significado del sacramento.

No debemos olvidar que durante el siglo XVI, y más aún en los siglos siguientes, con la influencia del jansenismo en la Iglesia, pocos eran los que se acercaban a la comunión. En Filipinas los dominicos, en sus misiones del norte de Luzón, fueron, en parte, los pioneros en este campo. En el Capítulo Provincial de abril de 1592, apenas recién llegados a Filipinas, decidieron que recibirían la comunión, a su debido tiempo, todos aquellos que estuvieran bien preparados y tuvieran las disposiciones espirituales debidas, además de una sólida formación doctrinal cristiana. [28].

Los dominicos en Cagayan solían reunir a los mejores cristianos ocho días antes de la comunión. Vivían en el convento, o en sus cercanías, se levantaban a medianoche con los frailes a rezar el oficio divino, y asistían a conferencias espirituales y sufrían disciplinas corporales cada día. Llegado el momento de la comunión, se levantaban muy temprano, iban a la iglesia a confesarse y luego regresaban a casa para darse un baño y vestirse con sus mejores ropas. No es extraño que muchos fieles maduraran en la vida cristiana y fueran ejemplares en la práctica de su nueva religión [29].

Los religiosos intentaron grabar en los corazones de los filipinos el profundo sentido de la eucaristía para que todos consiguieran los frutos espirituales que se encierran en el sacramento. Los misioneros tuvieron un cuidado especial en evitar sacrilegios y profanaciones. Las historias de los cronistas están repletas de anécdotas donde se cuentan

[28] Cfr. Aduarte, *op. cit.*, I, pp. 267-268.
[29] Cfr. Aduarte, *op. cit.*, I, pp. 269-270. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 150-152.

los castigos terribles que Dios enviaba a todos aquellos que se acercaron a recibir la sagrada comunión sin la preparación debida o irreverentemente. Todas esas historias tienen un sabor didáctico: enseñar a los cristianos la grandeza y el misterio del sacramento de la eucaristía [30].

La confirmación

Para comprender las dificultades que la administración del sacramento de la confirmación llevaba consigo no debemos perder de vista la peculiaridad geográfica de Filipinas. Si añadimos a esto el hecho de que hubo largos períodos en que las diócesis de Filipinas estuvieron vacantes, encontramos que en algunas diócesis no hubo confirmaciones durante más de 25 años. Junto con esto, se observa que los regulares, temerosos de que los obispos realizaran la visita diocesana, no manifestaban gran interés en que los filipinos recibieran el sacramento de la confirmación [31].

En términos teológicos, la confirmación es un complemento del bautismo. La falta de su administración no llevaba consigo efectos tan negativos como podría suponer la falta de cualquier otro sacramento mencionado anteriormente. Los obispos del siglo XIX intentaron cumplir habitualmente la visita pastoral a sus diócesis. Hasta una provincia como la de Laguna, cercana a Manila, no tuvo confirmaciones durante casi treinta años. En otras islas más lejanas de las Visayas y de Mindanao ocurría lo mismo [32].

El sacramento de la unción de los enfermos y viático

Quizá ningún otro sacramento causó tanta discusión en Filipinas como la administración de la extremaunción, llamado hoy unción de los enfermos.

Para poder entender el fondo de la controversia generada alrededor de la administración de este sacramento hay que tener en cuenta, una

[30] Cfr. Colin-Pastells, *Labor*, III, p. 113. Murillo Velarde, *Historia*, p. 36. Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 68.

[31] Cfr. Colin-Pastells, *Labor*, III, pp. 687-688.

[32] *Ibidem*.

vez más, la peculiaridad geográfica de Filipinas. Los misioneros, incluso en sus primeros tiempos, no pasaron de cuatrocientos, y tenían que administrar los sacramentos a más de un millón de filipinos perdidos por las diferentes islas y montes. La falta de sacerdotes y la dispersión de la población eran los motivos principales aducidos por los misioneros para negarse a administrar los últimos sacramentos en las casas de sus feligreses. Exigían que el enfermo fuera trasladado a la iglesia. Allí sí administrarían los últimos sacramentos. Su argumento se basaba en lo siguiente: si el misionero tenía que administrar los últimos sacramentos en las casas de los enfermos, nunca podría atender pastoralmente al resto de sus parroquianos. Por otra parte, dadas las distancias en el país, los calores y lluvias tan frecuentes, pronto morirían los pocos misioneros residenes en él. ¿Cómo podría el misionero caminar durante cuatro o cinco días, y a veces más, para administrar los últimos sacramentos a un enfermo perdido en la espesura del bosque, o a gran distancia de la *cabecera*? Aun en el caso de que llegara a tiempo para administrar los últimos sacramentos, a su vuelta a la *cabecera* se habrían muerto ya otros sin haberlos recibido. Dada la dureza del trópico, la falta de comunicaciones y las condiciones climatológicas, un sacerdote sólo no podía, en manera alguna, atender a todos sus fieles.

Éste era el argumento utilizado por casi todos los religiosos que trabajaban en las misiones de Filipinas. Las autoridades, civiles y eclesiásticas protestaron enérgicamente contra esta objeción. El gobernador, Hurtado de Corcuera ya se quejaba de esta manera de actuar a mediados del siglo XVII [33]. A finales de este siglo se había hecho costumbre general. El arzobispo Pardo (1676-1689) sostuvo una ardiente disputa con los provinciales de las diferentes órdenes religiosas, ordenándoles que observaran las decisiones del Concilio de Méjico de 1585. Sus esfuerzos resultaron inútiles.

Los provinciales, en su correspondencia con el arzobispo Pardo, respondían que habían enseñado a los jefes y a los fiscales, en sus respectivas misiones, a traer a los enfermos a la cabecera antes de que la enfermedad avanzase gravemente. Eran muchos los enfermos que morían sin los últimos sacramentos [34]. El gran misionero jesuita, Francisco

[33] Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 68-69.
[34] Cfr. Colin-Pastells, *Labor*, III, p. 115.

de Alzina, admitía sinceramente a sus superiores en Roma, a mediados del siglo XVII, que en Filipinas de cada diez personas, siete morían sin recibirlos [35].

Los religiosos se sintieron, naturalmente, ofendidos ante la seria acusación de abandonar a sus fieles a la hora de la muerte. La falta de sacerdotes fue sustituida, sólo en parte, con la creación de algunas prácticas religiosas peculiares en Filipinas. Los miembros de cofradías, especialmente preparados, visitaban a los enfermos muy graves, ayudándoles así a bien morir. Esta costumbre, que no era común en el momento de la disputa de los religiosos con el arzobispo Pardo, se llamó *magpapahesus*, que en tagalo significa *quien otra vez llama a Jesús*. Con el tiempo ganó carta de ley y sustituyó, en gran medida, a la administración de los últimos sacramentos. Según Phelan la costumbre es de inspiración jesuítica, comenzada en sus misiones de Visayas, y con la intención principal de evitar que los nuevos cristianos recurrieran a los sacerdotes paganos en busca de consuelo a la hora de la muerte. Más tarde se convirtió en sustitutivos de los últimos sacramentos [36].

Desde una perspectiva teológica y psicológica las implicaciones de la falta de los últimos sacramentos fueron serias. Según la perspectiva teológica, el que muere en pecado mortal arriesga su salvación eterna. Es lógico pensar que los cristianos filipinos, que al igual que en Europa se confesaban solamente una vez al año, podían morir en pecado grave y no hallarse en estado de gracia a la hora de la muerte. El medio normal y corriente para reconciliarse con Dios es el sacramento de la penitencia. El camino ordinario para obtener la gracia estaba cerrado a la mayoría de los filipinos. Es cierto que sin el sacramento de la penitencia una persona puede obtener la gracia haciendo, lo que los teólogos llaman un acto de perfecta contrición. Sin embargo esto es mucho más complicado, normalmente, que un acto de imperfecta contrición. Considerando la formación doctrinal de los filipinos, resulta difícil creer que los fieles ordinarios pudieran distinguir la diferencia entre las dos. Lo cierto es que siempre es más laboriosa la salvación eterna sin los sacramentos que con su ayuda.

[35] Cfr. «Carta al Superior General de la Orden, 1660», Archivum Romanum Societatis Jesu *(ARSI)*, rollo 165. Citado por Phelan, *op. cit.*, p. 82.

[36] Cfr. Colin-Pastells, *Labor*, II, p. 117. Murillo Velarde, *Historia*, p. 28. Cfr. *BRPI*, XLIII, p. 55; L, pp. 175-176. Cfr. Phelan, *op. cit.*, p. 83.

Desde la perspectiva psicológica las consecuencias eran también muy graves. La Iglesia católica había creado para los vivos una liturgia hermosa, unas procesiones largas y llenas de colorido, y unos sacramentos que liberaban al hombre del pecado y de la esclavitud del diablo. A los enfermos, sin embargo, no les ofrecía tanto. El paganismo, por medio de sus sacerdotes, intentaba consolar a los moribundos y a sus familiares. El cristianismo parecía abandonarlos totalmente en un momento tan duro y trágico. Esto está muy bien reflejado en la afirmación de Phelan:

> El cristianismo español creó para los vivos una liturgia espléndida y un ritual lleno de colorido, que pronto cautivó la imaginación de los filipinos. Los moribundos y sus familiares, por otra parte, no tenían el consuelo ceremonial de su propia fe. Los muertos eran normalmente enterrados sin el beneficio de la bendición sacerdotal. [37].

Cristianismo y vida religiosa

Desde un principio la Iglesia procuró no sólo salvar almas sino crear una conciencia cristiana, traducir la fe en vida y en cultura. Los frutos del cristianismo se veían no sólo en el número de convertidos que engrosaban las filas de la Iglesia, sino en los frutos producidos en las vidas de esos creyentes. La religiosidad del pueblo se manifestaba en las grandes procesiones que, pocas décadas después de la llegada de los misioneros españoles, se habían convertido en parte vital del pueblo filipino. No había separación entre la vida ordinaria y la religión. El pueblo filipino respondía con fervor, con danzas, con música y originalidad a las diferentes exigencias del cristianismo.

El dominico Domingo de Navarrete, misionero en Filipinas del 1648 al 1658, detectaba ya en el pueblo filipino un acendrado cristianismo. En su opinión tenían un conocimiento tan profundo de la religión cristiana como los viejos cristianos de España y de Europa y, a veces, aún más elevado. Eran mejores, más sencillos y alegres, mucho más educados y dóciles que los cristianos de Méjico. Fácilmente apren-

[37] Phelan, *op. cit.*, pp. 83-84.

dían la religión y eran muy obedientes con los sacerdotes. Las mujeres eran devotas y modestas. Todos frecuentaban los sacramentos con profundo fervor. No había fiesta, fuera grande o pequeña, donde no se diera un gran número de confesiones y comuniones. El mismo dominico nos dice que el fervor de los españoles había pasado a los hombres y mujeres de Manila [38].

Un siglo después, a mediados del XVIII, el historiador jesuita Murillo Velarde, profesor en Manila, confirma que el fervor de los habitantes de Manila no había disminuido en manera alguna. La asistencia a las confesiones, desde Cuaresma hasta el Corpus, eran apretadísimas. Los confesores no podían satisfacer la demanda de los penitentes [39].

Los misioneros intentaron sobre todo formar comunidades, crear un pueblo cristiano que respondiera como comunidad y como pueblo a las exigencias del cristianismo. El establecimiento de cofradías, al estilo de las españolas durante el medioevo y el período de la conquista de América, ayudó grandemente a la consolidación del cristianismo y a la formación de una conciencia cristiana comunitaria. La creación de las cofradías en Filipinas, llevadas allí desde Méjico, donde las habían establecido ya los misioneros, no siguió igual proceso que en España. Las condiciones de Filipinas eran distintas y había que contextualizarlas de acuerdo con las necesidades del país. En las cofradías de España se enfatizaba la práctica religiosa y devocional de los cofrades, juntamente con los servicios sociales a los hermanos y miembros de la familia. El aspecto de ayuda social pasó a segundo plano en Filipinas, para evitar así motivaciones mixtas en los miembros.

A mediados del siglo XVII, un siglo escaso después de la llegada del cristianismo, los misioneros habían edificado ya una comunidad cristiana. La religión pagana, que había sido cultura y vida para el pueblo filipino antes de la llegada del cristianismo, había quedado suplantada por la religión cristiana, que se había transformado en cultura y vida. La religión alcanzaba, sobre todo en Luzón y otras islas centrales de Filipinas, todos los estratos sociales. Existía una vida cristiana «filipinizada». Se había creado una conciencia cristiana, traducida en cos-

[38] Cfr. *Tratados*, I, p. 306. Schumacher, *op. cit.*, p. 162.

[39] Cfr. Murillo Velarde, *Historia*, ff. 5 vto - 6 r. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, páginas 162-163.

tumbres y vida. Los filipinos, que a la llegada del cristianismo vivían aislados unos de otros, perdidos por los montes y las selvas, se fueron congregando en pueblos nuevos, cortados según un patrón cristiano, a la sombra de la iglesia católica, que sería siempre el edificio más fuerte y majestuoso de todo el contorno. Durante la Semana Santa, la fiesta del Corpus Christi, la fiesta patronal y otras fiestas, hasta los hombres de las zonas más aisladas llegaban al pueblo principal. Allí, como en su propia casa, participaban en las procesiones, asistían a representaciones teatrales religiosas, oían los sermones de campanillas de los famosos predicadores en su propia lengua, asistían a la santa misa y vivían con el resto del pueblo. La música, muy metida en el alma del filipino, la danza religiosa, todo se había incorporado a la nueva religión. Lo sagrado y lo profano se mezclaban con gran armonía. La religión penetraba en la vida cotidiana de los nuevos cristianos.

El pueblo filipino respondió al cristianismo con generosidad, pero en el proceso «filipinizó» el cristianismo. Como muy bien dice Phelan

> los filipinos enriquecieron ciertos aspectos de la nueva religión con un contenido ceremonial y emocional especial, un sabor filipino peculiar que hizo del catolicismo en el archipiélago, en muchos aspectos, una expresión única de esta religión universal [40].

[40] Phelan, *op. cit.*, p. 72.

[illegible]

se de acuerdo con las necesidades del país. En las cofradías de España se enfatizaba la práctica religiosa y devocional de los cofrades, juntamente con los servicios sociales a los hermanos y miembros de la familia. El aspecto de ayuda social pasó a segundo plano en Filipinas, para evitar así motivaciones torcidas en los miembros.

A mediados del siglo XVII, un siglo entero después de la llegada del cristianismo, los misioneros habían formado ya una comunidad cristiana. La religión pagana, que había sido cultura y vida para el pueblo filipino antes de la llegada del cristianismo, había quedado suplantada por la religión cristiana, que se había transformado en cultura y vida. La religión alcanzaba, sobre todo en Luzón, y en las islas centrales de Filipinas, todos los estratos sociales, y daba una vida cristiana «filipinizada». Se había creado una conciencia cristiana, traducida en cos-

[illegible] Cfr. Transc..., p. 288. Schumacher, *op. cit.*, p. 162.

[illegible] Cfr. Murillo Velarde, *Historia*, II, 3 vol. - 3 r. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, págs. 162-163.

Capítulo VIII

LA IGLESIA Y LA EDUCACIÓN EN FILIPINAS (1565-1900)

Primeras escuelas en Filipinas

La educación elemental es tan antigua en Filipinas como la predicación del Evangelio. Tan pronto llegaron los agustinos a Cebú en 1565 comenzaron a enseñar las primeras letras a los niños de los *datus*. Su preocupación principal era enseñar la doctrina. Pero para aprender la doctrina cristiana se necesitaba previamente saber leer y escribir. Los hijos de los datus fueron instruidos y educados por los misioneros en las primeras letras, conducta, urbanidad, buenos modales y artes plásticas [1].

Los franciscanos fundaron escuelas elementales en las que se enseñaba, juntamente con la doctrina cristiana, a leer y escribir, al igual que las artes y oficios que pudieran ayudar a los filipinos no sólo a ser buenos cristianos sino también a ser útiles ciudadanos [2].

Un ejemplo claro de la rapidez de los misioneros en establecer escuelas nos lo da el dominico Pedro Bolaños. Asignado a la misión de Bataán, en 1587:

> puso escuela de leer y de rezar, y enseñaba lo uno y lo otro a los menores, y a los que pasaban más adelante les enseñaba a cantar, para que haciendo oficio de ángeles, alabasen al Señor en la Iglesia [3].

[1] Cfr. J. de Grijalva, O.S.A., *Crónica de la orden de n.p.s. San Agustín en las provincias de la Nueva España*, Méjico, 1624, citado por E. Bazaco, O.P., *Disputed Questions on Philippine Historical Pedagogy*, Manila, 1941, p. 40. Cf. F. Villarroel, «Elementary Education in the Philippines (1564-1898)», *Boletín Eclesiástico de Filipinas*, 435 (1965), 273-274.

[2] Cfr. Archivo Ibero-Americano (AIA), enero-febrero, 1926, citado por E. Bazaco, *History of Education in the Philippines*, Manila, 1953, p. 50.

[3] Aduarte, *Historia*, I, p. 118.

La primera fundación educacional de los jesuitas, fue una escuela elemental en Tigbauan, Iloilo, establecida por Pedro Chirino en 1592. La escuela de Tigbauan era a la vez escuela-*residencia.* Los niños venían de lejos. Vivían en régimen de internado bajo la vigilancia y supervisión del misionero. Esto se hacía efectivo, sobre todo, con aquellos que estaban destinados a ser catequistas de sus mismos conciudadanos y que llegaron a ser esenciales en la labor de expansión y consolidación de la religión cristiana en Filipinas.

¿Cuál fue el grado de alfabetismo en Filipinas durante el período español? Como la permanencia de España en Filipinas duró 333 años, está claro que en su comienzo no podía ser el mismo que al final. El progreso de la educación en Filipinas fue notable. Los viajeros que pasaron por Filipinas durante los siglos XVIII y XIX recibieron una impresión positiva del grado de alfabetización. No tiene nada de extraño, en nuestra manera de ver las cosas.

Cuando llegaron los españoles existía ya en Filipinas cierto grado de alfabetización. Por tradición nacional filipina sus habitantes tomaban en serio el aprendizaje de las letras, aunque en un principio sólo las usaban como adorno y no tanto para escribir literatura o poesía. Esta tradición se fundió perfectamente con la tradición humanística y cristiana traída ahora por los misioneros españoles. Chirino, el historiador jesuita de la primera generación, nos dice que los filipinos, a comienzos del siglo XVII, habían adquirido un notable nivel cultural [4].

Hay recogidos muchos y fehacientes testimonios de viajeros que durante el siglo XIX se movieron con libertad por todo el país. Según ellos, lo conseguido en Filipinas no desdice en nada de lo conseguido en España y en Europa.

Sinibaldo de Más, enviado expresamente por el gobierno de la metrópoli a estudiar la situación general del país, declara en su *Informe:*

> La instrucción primaria no se puede considerar en estado de atraso y verdaderamente creo que en proporción hay más personas que saben leer y escribir en estas islas que en España y que en algunos países civilizados [5].

[4] Cfr. Colin-Pastells, *Labor,* I, p. 223. Cfr. De la Costa, *op. cit.,* p. 89.

[5] *Informe sobre el Estado de las Islas Filipinas en 1842,* Madrid, 1843, Sección *Instrucción Pública,* p. 1.

Un observador extranjero, MacMicking, escribió a finales del siglo pasado:

> Hay muy pocos filipinos que no saben leer, y yo he observado siempre que los hombres de Manila que sirven a bordo de barcos y componen su tripulación pueden escribir su nombre en los artículos del barco con más facilidad que los marinos británicos que sirven a bordo de los mismos barcos [6].

Educación media o secundaria

Hablando con propiedad no hubo educación media en Filipinas, tal como la entendemos hoy, hasta mediados del siglo XIX. Existieron, sin embargo, instituciones donde se preparaba a los estudiantes para pasar a estudios superiores y facilitar su entrada en la universidad. Las más conocidas son el Colegio San Juan de Letrán y el Ateneo de Manila.

El Colegio de San Juan de Letrán de Manila tiene su origen en un impulso de amor y de caridad cristiana. Hacia 1620 vivía en Manila un hermano llamado Juan Jerónimo Guerrero que comenzó a recoger niños huérfanos en su casa, dándoles cobijo y, mucho más importante, ofreciéndoles el calor y el amor de un padre. Juan Jerónimo Guerrero empezó a enseñarles a leer y escribir y, sobre todo, la doctrina cristiana. La fundación se llamó, en honor de San Juan Bautista y en honor de San Juan de Letrán de Roma, *Colegio de Niños Huérfanos de San Juan de Letrán.*

Letrán ha sido muy útil a la sociedad de Manila y de Filipinas no sólo porque recogía niños huérfanos y abandonados, sino también porque, después de una sólida educación cristiana y humanista, muchos de los graduados se han dedicado a la vida militar y naval, otros a la vida eclesiástica como sacerdotes seculares y otros han seguido la vida religiosa y monástica.

La vida y la historia del Ateneo de Manila pertenece al segundo período de la labor de los jesuitas en Filipinas. Cuando regresaron en 1859 había en Manila una escuela elemental para niños, la escuela municipal de Manila, dirigida por el seglar don Lorenzo Moreno Conde.

[6] A. Coleman, O.P., *The Friars in the Philippines,* Boston, 1899, p. 17.

El 10 de diciembre de 1859 don Lorenzo Moreno Conde, por órdenes del gobierno superior, entregó la escuela a los padres jesuitas.

Como la Escuela Municipal funcionaba bien en manos de los jesuitas, y las autoridades se sentían satisfechas con su administración y buen gobierno, pidieron al padre Cuevas, superior de los jesuitas, que hiciera un estudio para convertir la Escuela Municipal en Escuela Secundaria. El gobierno de Filipinas aceptó el plan de los jesuitas y éste se puso en práctica en 1865. Un cambio de estructuras educacionales exigía también un cambio en el nombre de la institución. La Escuela llamada hasta entonces Municipal, comenzó a llamarse desde 1865 *Ateneo Municipal de Manila* [7].

El Ateneo creció en número de estudiantes. Uno de los más famosos fue José Rizal, que se matriculó en 1872. Una vez terminados sus estudios pasó a la Universidad de Santo Tomás en Manila y más tarde a Europa.

Educación universitaria en Filipinas durante el período español

Durante el período español solamente dos órdenes religiosas establecieron estudios de grado superior universitario, los jesuitas y los dominicos. Los primeros desde su llegada a Filipinas hasta su expulsión en 1768, y los segundos durante todo el período español, llegando hasta nuestros días.

Colegio de la Compañía (1595-1768)

El primer obispo de Filipinas, fray Domingo de Salazar, en una carta al rey de España [8] pidió la institución de un colegio de estudios superiores dirigido por los padres jesuitas.

El colegio estaría abierto a todos, españoles y filipinos, a los hijos de españoles nacidos en Filipinas, a los hijos de las dos razas, los *mes-*

[7] Cfr. De la Costa, «The Jesuits in the Philippines, 1581-1900», *Boletín Eclesiástico de Filipinas*, 435 (1965), 135. Cf. Fox, *Ibidem*, 142.

[8] «Carta de Fr. Domingo de Salazar, O.P., primer obispo de Filipinas, al rey sobre la fundación de un colegio, Manila, 23 de junio de 1583», *AGI*, Filipinas 74.

tizos, y a los propios hijos de *datus* y jefes de Filipinas. En 1595 se inaguró el primer colegio de enseñanza universitaria que se llamó *Colegio de Manila* o *Colegio de la Compañía*.

En el Colegio de Manila, en 1603, había 60 estudiantes de gramática, 30 en artes o filosofía y 8 en teología. Muchos de los estudiantes residían en el Colegio de San José. En el Colegio de Manila había una escuela elemental, de duración varia, cuya finalidad era preparar a los estudiantes para los cursos de gramática [9].

En 1733 Felipe V estableció dos nuevas cátedras, una de *derecho civil*, dotada de 400 pesos y regentada por un seglar, y otra de *derecho canónico*, sin dote y regentada por un jesuita. Por aquel tiempo el Colegio de Manila se llamaba ya *Colegio Máximo de San Ignacio*, o simplemente *Universidad de San Ignacio*. Como San Ignacio fue canonizado en 1622, es posible que con el curso del tiempo el pueblo comenzara a llamar a la iglesia de los jesuitas «San Ignacio» y al Colegio la «Universidad de San Ignacio».

El Colegio Máximo de San Ignacio, desde sus comienzos, contó también con una imprenta. De allí salieron *Gramáticas* y *Léxicos* o *Vocabularios* de las lenguas nativas de Filipinas, escritos por profesores y misioneros de larga experiencia en Filipinas. En un ala del colegio, a finales del siglo XVII, un jesuita, C. Georg Kamel, cruzó correspondencia con Linneo, en Europa, enviando al famoso científico ejemplares de plantas de Filipinas. Linneo honró para siempre al hermano Kamel, denominando a una planta, desconocida hasta entonces y estudiada por Kamel, con el nombre de *Camelia*.

En este mismo colegio se escribieron obras muy importantes de historia, como la *Labor Evangélica* de Francisco Colín (1663). Cuatro años más tarde el padre Francisco Combés publicó su *Historia de Mindanao y Sulu*. Un siglo más tarde salió la obra clásica del padre Murillo Velarde, *Historia de la Compañía*. Pero la mayor contribución de Murillo Velarde y del colegio fue la publicación del *Mapa de Filipinas* de 1734, hermosamente grabado por un impresor filipino, el maestro Nicolás de la Cruz Bagay. Durante los años 1750-1755 Juan José Delgado compuso su *Historia Sacro-Profana*. No vio la luz en forma impresa hasta 1892. Quizá en esta institución, escribiría Francisco Alzina su

[9] Cfr. De la Costa, *op. cit.*, 121.

Historia de los Indios de Bisayas, hoy todavía inédita en su mayor parte [10].

Desgraciadamente todo se vino abajo en 1768, cuando Carlos III decretó la expulsión de los jesuitas de Filipinas. Todos los edificios y propiedades de la Compañía pasaron a la corona. La pérdida para el pueblo filipino fue irreparable.

La Universidad de Santo Tomás

Quizá ninguna otra institución educacional en Filipinas pueda compararse con la Universidad de Santo Tomás de Manila. El hombre más ligado a su fundación es fray Miguel de Benavides. De él recibió la universidad el motor y el espíritu que la ha movido a través de los siglos. Lo que Benavides pretendía al planear el establecimiento de la universidad era la conversión de los pueblos del Oriente al cristianismo, la expansión de la fe cristiana, el apostolado intelectual y la preparación de los clérigos y seglares para conseguir esa misión de evangelización del Oriente. Antes de embarcarse con el grupo de fundadores de la provincia del Rosario para Filipinas en 1586 era profesor de teología en el Colegio de San Gregorio de Valladolid. Llegado a Filipinas en julio de 1587, fue asignado inmediatamente al ministerio de los chinos.

En 1595 fue nombrado primer obispo de Nueva Segovia y, vacante la sede metropolitana de Manila, es nombrado su arzobispo, tomando posesión en 1603.

Cercano ya a la muerte, Benavides hizo testamento el 24 de julio de 1605, legando 1.500 pesos y su biblioteca personal para el establecimiento y fundación de la universidad. Con la donación de Benavides, más otras donaciones pías de varias personas de Manila, el padre Bernardo de Santa Catalina, junto con Baltasar Fort, provincial de la provincia del Rosario, y Francisco Minayo, prior del convento de Santo Domingo de Manila, levantaron el acta fundacional de la universidad el 28 de abril de 1611, en presencia de tres testigos, capitanes famosos de Filipinas, y del notario público, Juan Illán [11].

[10] Cfr. *ibidem*, 127.

[11] Cfr. J. Sánchez, O.P., *Sinopsis histórica documentada de la Universidad de Santo Tomás de Manila*, Manila, 1928, Apéndices, pp. 175-180. Cfr. F. Villarroel, O.P., «The

Nacía así la Universidad de Santo Tomás de Manila como entidad jurídica, apoyada por las más altas autoridades de la provincia del Rosario en Filipinas. Nacía como una institución dominicana y como consecuencia del impulso dado previamente por Miguel de Benavides. Pero solamente a partir del momento en que las autoridades civiles y eclesiásticas aprueban la obra, en nombre del rey de España en 1619, podemos decir que la Universidad de Santo Tomás comienza su vida académica.

El 27 de noviembre de 1623 el rey de España Felipe IV ratificó el permiso otorgado por sus representantes en Filipinas [12]. El papa Inocencio X (1644-1655), en su bula *In Supereminenti* del 20 de noviembre de 1645 concedió al colegio el título de *Universidad* [13].

En el año 1785 la universidad recibió oficialmente el título de *Real* por parte del rey Carlos III con la clara y precisa cláusula de que por tal concesión no podría pedir ayuda financiera a la Tesorería Real [14].

La universidad en sus primeros años comenzó impartiendo las cátedras de gramática, artes o filosofía, teología escolástica y teología moral. En 1733 el rey Felipe V estableció dos nuevas facultades: una de *derecho canónico*, en manos de un dominico, sin salario alguno, y otra de *derecho civil*, en manos de un seglar, con un salario de 400 pesos. Un siglo después, en 1835, se fundaba otra nueva cátedra: la de *derecho patrio* o *español*.

Una generación de mártires

El número de matriculados en la universidad en sus primeros siglos no fue numeroso. A mediados del siglo XVIII, cuando se establecieron las nuevas cátedras de *derecho canónico* y *derecho civil*, creció el número. Los estudiantes, en general, comenzaron a manifestar preferencias por las carreras civiles. Aun contando con limitaciones de tiem-

University of Santo Tomas. Lighthouse of Christian Culture», *Boletín Eclesiástico de Filipinas*, 435 (1965), 190.

[12] Cfr. *Recopilación de las Leyes de los Reinos de las Indias*, L I, tit. 22, ley 53. Cfr. Sánchez, *op. cit.*, p. 15.

[13] Manuscrito Original en *AUST*, Documentos Especiales. Cfr. Sánchez, *op. cit.*, pp. 28-31.

[14] Cfr. Bazaco, *Disputed Questions*, p. 101. Cfr. Villarroel, *op. cit.*, p. 192.

po y lugar, la Universidad de Santo Tomás trató de satisfacer una necesidad vital y de graduar a personas que sirvieran a la Iglesia y el Estado. Cuando fueron multiplicándose y diversificándose las facultades, sobre todo en el siglo XIX, la universidad fue capaz de preparar a sus graduados para responder, en general, a las exigencias de una sociedad más moderna y dinámica.

Quizá la gloria más pura de la Universidad de Santo Tomás le ha sido proporcionada por sus mártires. Muchos de los profesores dejaron sus cátedras y se embarcaron hacia las duras misiones de Japón, China y Vietnam. Cuando más arreciaban las persecuciones, algunos profesores pidieron con mucha insistencia a sus superiores salir al campo de batalla para fortalecer y consolar a los cristianos que estaban siendo puestos a prueba.

Nos complace mencionar a estos santos mártires, profesores y alumnos, de la Universidad de Santo Tomás: San Antonio González, rector de la universidad (1636), mártir en Japón en 1637; San Lucas del Espíritu Santo, profesor (1622-1623), mártir en Japón en 1633; Santo Domingo Ibáñez de Erquicia, profesor (1621-1623), mártir en Japón en 1633; San Guillermo Courtet, francés, profesor (1635-1636), mártir en Japón en 1637; Santo Tomás Hioji de San Jacinto, japonés, estudiante (1621-1626), mártir en Japón en 1634. Todos fueron canonizados el 27 de octubre de 1987 por el papa Juan Pablo II. Destacan también: Santo Domingo de Henares, estudiante y profesor (1786-1789), obispo y mártir en Vietnam en 1838; San José M. Díaz Sanjurjo, profesor (1844-1845), obispo y mártir en Vietnam en 1857; San Pedro Almató, estudiante (1852-1853), mártir en Vietnam en 1861; San Vicente Liem de la Paz, vietnamita, estudiante (1754-1759), mártir en su propia tierra de Vietnam en 1773. Canonizados el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

A mediados del siglo XIX el Dr. Arrieta podía decir con justicia que la Universidad de Santo Tomás

> durante más de dos siglos había atendido ampliamente a todas las necesidades de la religión y de la justicia, dando a la Iglesia clérigos filipinos, coadjutores, párrocos, canónigos y obispos; al Estado había entregado jueces y abogados [15].

[15] Cfr. Bazaco, *History of Education*, p. 179.

Mallat, un viajero y residente francés en Manila, escribió en el año 1846:

> La institución más importante en la educación de Filipinas es la Universidad de Santo Tomás... La enseñanza está confiada a doctores, licenciados y maestros. Al presente hay 21 doctores y otros tantos licenciados. No hay ningún maestro. Se enseñan latín, lógica, física, metafísica, ética, derecho canónico y teología. Además, desde hace algún tiempo se han establecido las cátedras de derecho romano y derecho español. El número de estudiantes es de 581, a saber, 61 colegiales y 15 capistas, pagados todos por la universidad y 505 estudiantes externos [16].

Consolidación y expansión (1865-1898)

No puede negarse que la reforma educacional de los años 1863 y 1865 tuvo grandes repercusiones en la vida de la Universidad de Santo Tomás. El gobierno declaró que esta universidad era la única pública en todo el país. Además se la consideró responsable de la educación secundaria en toda la nación. La universidad sería como un *bureau* gubernamental de segunda enseñanza.

En 1871 se establecieron las facultades de *medicina* y de *farmacia*. Se fueron sumando nuevas facultades como la *Escuela de Notarios* en 1875, bajo la facultad de leyes, la *Escuela de Comadronas* en 1879, siendo aceptadas las primeras mujeres en la universidad, las escuelas de *Practicantes de Medicina*, y *Practicantes de Farmacia*. A éstas hay que añadir otras como la *Academia de Bellas Artes* y el *Departamento de Estudios Vocacionales,* que comenzó a funcionar en 1865. En respuesta al clamor de muchos en Filipinas, en 1896 la universidad estableció la *Facultad de Ciencias* y la *Facultad de Filosofía y Letras* [17].

El establecimiento de nuevas facultades y escuelas pone de manifiesto el deseo de la universidad de adaptarse a los nuevos tiempos y

[16] J. Mallat, *The Philippines. History, Geography, Customs, Agriculture, Industry and Commerce of the Spanish Colonies in Oceania,* Paris, 1846, traducido por Pura Santillan-Castrence, Manila, 1983, p. 430.

[17] Cfr. Sánchez, *op. cit.*, pp. 112-116.

de seguir sirviendo al país. No hay que olvidar que Filipinas era una colonia y que la universidad era una entidad privada, que debía subsistir por sus propios medios, sin apoyo financiero alguno del gobierno.

Una generación de gigantes

La última mitad del siglo XIX, quizá debido a los grandes cambios realizados en el sistema educacional de Filipinas, la universidad produjo una pléyade de grandes hombres en todos los ramos del saber, dominicos y seglares, españoles y filipinos. Todos ellos, en mayor o menor grado, dejaron una marca indeleble en la sociedad filipina. Algunos de ellos adquirieron renombre internacional como teólogos y filósofos. Otros se distinguieron por sus servicios, al Estado y a la Iglesia.

Entre los profesores dominicos destacan: Ceferino González, arzobispo de Sevilla y cardenal primado de España; el padre Pedro Payo, rector de la universidad y arzobispo de Manila; Bernardino de Nozaleda, el último arzobispo español de Manila durante la época colonizadora de España; y Francisco Gainza, obispo de Nueva Cáceres (1862-1879), en la región de *Bicol.*

En el campo de la filosofía y de la teología, aparte de Ceferino González, tenemos al padre Norberto de Prado, bien conocido en círculos teológicos de Europa. A Juan Ferrando y Joaquín Fonseca, historiadores de la provincia del Rosario; a Domingo Treserra y Benito Corominas, escritores canonistas y defensores de la Iglesia; a Evaristo Arias, Manuel Arellano, Valentín Marín Morales, Castro de Elera y a muchos otros, quizá menos conocidos, pero que no por eso debemos olvidar.

Entre los seglares y clero secular tenemos a los profesores y escritores Cayetano Arellano, Antonio Trelles, padre Pedro Peláez, padre José Burgos, Manuel Araullo, Baldomero Hazañas, Tomás Torres, Antonio Casanova, José Vera, Mariano García y Gumersindo del Valle. Todos ellos fueron graduados de la universidad [18].

Es lógico pensar que con la creación de las nuevas cátedras, y el gran interés despertado por las ciencias, el número de estudiantes cre-

[18] Cfr. Villarroel, *op. cit.*, p. 198.

ciera paralelamente. Podemos hablar ya, por primera vez, de miles de estudiantes. La universidad siguió impartiendo una educación de alta calidad, pero al mismo tiempo, intentó facilitar la entrada a sus aulas al mayor número posible de estudiantes. No quería convertirse en una universidad elitista. Los estudiantes eran en su inmensa mayoría filipinos y no había ninguna discriminación racial contra ellos. Un repaso a los graduados y a las carreras elegidas confirman lo que queremos probar.

Una generación de héroes

La Universidad de Santo Tomás desempeñó un papel preponderante en el proceso de maduración nacionalista y de independencia de España. Una parte de sus alumnos fueron los revolucionarios contra España, otros formaron la base del llamado *Movimiento de la Propaganda.* Basta mencionar aquí algunos de los nombres que en la historia de Filipinas son los forjadores de la patria y creadores de un mundo nuevo. José Rizal, el héroe filipino, el padre José Burgos, el padre Pedro Peláez, el padre Jacinto Zamora, Emilio Jacinto, Marcelo H. del Pilar, fundador de la revista *La Solidaridad*, Mabini, cerebro de la revolución, León María Guerrero, Rafael Palma, Felipe Buencamino, Félix Hidalgo, Cayetano Arellano, Manuel Araullo, T. Pardo de Tavera, Epifanio de los Santos, Manuel Quezon, Sergio Osmeña, y muchos otros que son héroes inmortales de Filipinas.

En 1898, en el primer congreso celebrado en Malolos para redactar la Constitución que habría de regir los destinos de la naciente república de Filipinas, los asistentes, en su inmensa mayoría, eran graduados de la Universidad de Santo Tomás [19].

Con la caída del régimen español y la llegada de América la universidad pasó ciertas penalidades. Lo más difícil fue adaptarse a los nuevos métodos y adoptar una nueva lengua. Todo esto tuvo lugar a principios de siglo.

La universidad se modernizó durante las dos primeras décadas del régimen americano. Fue campo de concentración durante la II Guerra

[19] Cfr. Villarroel, *op. cit.*, p. 202.

Mundial. Terminada la contienda, abrió sus puertas, una vez más, a los alumnos que deseaban tener una educación católica y humanística. Hoy día cuenta con más de 40.000 estudiantes y un campo moderno, amplio, en pleno corazón de la ciudad. Los frailes siguen regentándola, pero son ya, en su inmensa mayoría, dominicos filipinos. Los frailes españoles, que han permanecido más de cuatrocientos años en el país, están llamados a desaparecer. No importa si la institución sigue cumpliendo el papel que Benavides y sus hermanos de hábito pretendieron al fundar la universidad en 1611.

La Iglesia universal ha reconocido la labor realizada por la Universidad de Santo Tomás a través de la historia. El papa León XIII le otorgó oficialmente el título de *Universidad Pontificia* en 1902.

EDUCACIÓN DE LAS MUJERES DURANTE LA ÉPOCA ESPAÑOLA

La educación de las mujeres no se olvidó tampocco en Filipinas durante la época española. Desde el mismo comienzo de la presencia española encontramos instituciones de enseñanza para mujeres [20].

Felipe II, en sus *Instrucciones* de 1589 pedía al gobernador de Filipinas Gómez Pérez Dasmariñas que tan pronto arribara al país estableciera un colegio para las hijas huérfanas de españoles. Por medio de las cédulas reales de 1593 y 1594 se estableció finalmente el *Colegio de Santa Potenciana.* Fue la primera institución de mujeres en Filipinas. El colegio tuvo sus altibajos a través de la historia, pero cumplió una función básica de enseñanza y recogimiento de niñas huérfanas que de otra manera no hubieran tenido ninguna opción. En 1862 el gobierno decidió fusionarle con el Colegio de Santa Isabel. Se ponía fin así a la institución más antigua de Filipinas [21].

Como el número de huérfanas de soldados españoles en Filipinas era numeroso, la *Hermandad de la Santa Mesa de la Misericordia* decidió fundar en 1632 el Colegio de Santa Isabel para recoger y educar a las niñas de los soldados muertos en Filipinas. La *Santa Mesa*, tan bene-

[20] Cfr. E. Alzona, *A History of Education in the Philippines: 1565-1930*, Manila, 1932, pp. 31-35. Cfr. Bazaco, *History of Education*, pp. 113-118.

[21] Cfr. P. Fernández, *History*, p. 62. Cfr. *Los Padres Paúles y las Hijas de la Caridad en Filipinas* por un sacerdote de la Congregación de la Misión, Manila, 1912, p. 121.

mérita en la historia de la caridad en Filipinas, tomó muy en serio el mantenimiento del colegio.

A primeros del siglo XIX la Santa Mesa gastaba más de mil pesos anuales —cantidad fabulosa por aquel entonces— en el mantenimiento de la casa, colegio e iglesia de Santa Isabel. La iglesia era amplia, limpia y estaba bien ornamentada, bajo la advocación de la Presentación de la Virgen María. El edificio del colegio era grande y moderno. Son descripciones de Martínez de Zúñiga, uno de los mejores historiadores de Filipinas [22]. Hasta entonces habían pasado por el colegio más de 13.000 estudiantes, cifra no muy baja para una colonia como Filipinas. En 1863 tomaron las riendas del colegio las Hijas de la Caridad, recién llegadas a Filipinas. Lo modernizaron y lo abrieron para estudiantes externas. A finales del siglo era la mejor institución de enseñanza para mujeres de origen europeo. Hoy día sigue en la brecha, regido por monjas de la misma congregación.

En el decurso del tiempo se fueron fundando nuevos colegios. Estos centros intentaron responder a las necesidades de los tiempos, con ciertas limitaciones, en nuestra opinión. La historia nos dice que daban una educación parecida a la recibida en instituciones semejantes de Europa [23].

También en provincias, el siglo XIX conoció el comienzo de colegios de mujeres. En Naga, capital de Bicol, el obispo dominico Francisco Gainza abrió una escuela amplia y moderna en 1868. Inmediatamente la encomendó al cuidado de las Hijas de la Caridad. Su intención principal era crear una *Escuela Normal* que formase maestras para toda la región y así elevar el nivel intelectual y cultural del país. Cuando llegó a su fin el régimen español se habían graduado alrededor de 350 maestras. Habían pasado por las aulas del Colegio de Santa Isabel cerca de 1.500 niñas [24].

Durante los primeros siglos la educación de las mujeres se centraba principalmente en enseñar a leer, escribir, religión, conducta, buenos modales, coser y demás. Es decir, preparar a las mujeres para la vida futura del matrimonio o quizá para la vida religiosa. Según iban pasan-

[22] Cfr. *Status of the Philippines in 1800*, Filipiniana Book Guild, Manila, 1973, p. 192.

[23] Cfr. Mallat, *op. cit.*, pp. 236-237.

[24] *Ibidem*, pp. 143-148.

do los años, cambiaron las cosas. En el siglo XIX se introdujeron nuevas materias. Piano, música y arte eran esenciales a toda mujer bien educada. A finales del siglo recibían la misma educación que en Europa.

La historia nos cuenta que una mujer como doña Teodora Alonzo, madre del héroe filipino José Rizal, había recibido, a mediados del siglo XIX, una educación esmeradísima. Y la había recibido precisamente en estas instituciones de mujeres de las cuales hemos estado hablando en las páginas anteriores.

Capítulo IX

LABOR SOCIAL DE LA IGLESIA EN FILIPINAS (1565-1898)

Los franciscanos en Filipinas: pioneros de los servicios sociales

Los franciscanos se erigieron como pioneros de los servicios sociales en Filipinas a finales del siglo XVI. El que fueran ellos quienes más brillaron en este campo se entronca naturalmente con el carisma de su orden y el testamento de su padre y patriarca, San Francisco de Asís. En la vida de Francisco uno de los momentos cumbres, poco antes de su conversión, fue el encuentro con el leproso. Cabalgaba Francisco, joven y rico, cuando le salió al encuentro el enfermo. Le pidió limosna. Francisco bajó de su caballo, se acercó a él y le alargó una generosa dádiva. Cuando ya se alejaba, regresó sobre sus pasos, volvió a dirigirse hacia el leproso, le tomó la mano y le besó con fervor. Después reanudó su camino. Francisco escribió en su testamento:

> Y como yo fuese entonces envuelto en pecados, érame muy amargo ver los leprosos y el mismo Señor me trajo entre ellos, y usé de misericordia con ellos. Y cuando me alejaba de ellos, aquello que me parecía amargo se me fue convertido en dulzura del cuerpo y del alma [1].

Hospital Real de Españoles

Cuando los franciscanos llegaron a Manila, en 1578, existía ya el *Hospital Militar*, llamado también *Hospital Real de Españoles*. Había sido

[1] Cfr. Marín, II, p. 291. Cfr. L. Cristiani, *St. Francis of Assisi*, St. Paul Editions, 1983, pp. 16-17.

establecido unos años antes por el gobierno para cuidar principalmente a los soldados y marinos de Filipinas. Los franciscanos comenzaron a visitar a los enfermos en el hospital. Los mismos pacientes pidieron al gobierno que el hospital pasara a la administración de los franciscanos. Así se hizo. Sin abandonar el cuidado espiritual, que era lo principal para los franciscanos, ampliaron el hospital de caña y nipa.

El último día de febrero de 1583, durante las exequias en honor del gobernador don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, el catafalco cogió fuego y en pocos minutos la iglesia de San Agustín se vio envuelta en llamas. En unas horas toda la ciudad quedó reducida a cenizas. El Hospital Real desapareció enteramente.

Había necesidad de edificar el hospital con material sólido, como por ejemplo la piedra. Los franciscanos enviaron a España al padre Pedro Matías, quien obtuvo todos los permisos del rey. En 1612, con la asistencia de las autoridades civiles y eclesiásticas, se bendijo solemnemente el *Hospital Real de Españoles*, por fin edificado en piedra y que subsistió hasta el año 1863.

En una carta del arzobispo de Manila, Miguel García Serrano [2], encontramos algunas noticias interesantes sobre el estado del Hospital Real en aquel entonces. Tenía un director, nombrado por el gobernador, un médico o doctor, un cirujano, un farmacéutico o un barbero y otros empleados, pagados todos por el gobierno. No debe extrañar la presencia de un barbero, porque en el siglo XVII los de este oficio no sólo cortaban el pelo, sino que realizaban operaciones quirúrgicas menores. La administración estaba en manos de los franciscanos, que solían tener uno o dos sacerdotes y dos hermanos que componían el servicio de enfermeros. La manutención corría a cargo del rey. Las medicinas, golosinas, vino y otras cosas necesarias venían de Méjico. El resto se obtenía en Manila, probablemente traídas de China por los sangleyes. Había en el hospital entre 70 y 100 pacientes, la mayoría soldados y marinos. El arzobispo se lamenta de que en los últimos años las necesidades del gobierno habían sido muy numerosas, y debido a esto, no se había podido atender demasiado bien a los pacientes. Muchos de ellos murieron por falta de ayuda y de atención.

[2] Cfr. «Carta-Relación del arzobispo don Miguel García Serrano al rey, Manila, 31 de julio, 1622», *AGI*, Filipinas, 74, citada en Schumacher, *Readings*, p. 153.

El arzobispo pidió que enviaran de España a los *Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios* para que cuidaran del hospital y de otros que existían en Filipinas, puesto que el cuidado hospitalario era precisamente su vocación.

En 1704 esta institución benéfica fue totalmente abandonada por los franciscanos, con la excusa de que no contaban con suficiente personal para administrarla. La verdadera razón fue que no podían tolerar más los abusos de los gobernantes. Nunca regresaron al hospital, a pesar de las constantes peticiones del rey y de otros gobernantes de Filipinas.

El hospital siguió en marcha hasta 1863, en que los terremotos lo destruyeron definitivamente. Nunca más volvió a reconstruirse [3].

Hospital de San Juan de Dios

El fundador del *Hospital de Naturales*, conocido en la historia de Filipinas como el *Hospital de San Juan de Dios*, o en sus primeros años como el *Hospital de la Misericordia de los Padres Franciscanos*, fue el lego franciscano fray Juan Clemente.

En 1578 establecieron los franciscanos su convento de San Francisco de Manila. Pronto los pobres y abandonados, los enfermos y necesitados comenzaron a acercarse a la portería del convento en busca de ayuda y consuelo. Las porterías de los conventos procuraron siempre refugio seguro y alimento a los marginados de la sociedad. El convento de San Francisco de Manila no era una excepción. Los pobres crecían en número y se hacía necesario organizar la ayuda. Manila daba facilidades para practicar las obras de misericordia, tanto las espirituales como las corporales. Quizá eran las necesidades del cuerpo las que más saltaban a la vista. Había que dar de comer al hambriento, de beber al sediento, posada al peregrino, vestir al desnudo y enterrar a los muertos. Todas estas necesidades estaban presentes ante los ojos de fray Juan Clemente, portero del convento de San Francisco de Manila. Fray Juan pidió al gobierno que le donara una parcela de tierra, frente al convento, abandonada y cenagosa, para establecer allí un hospital de emer-

[3] Cfr. Marín, *op. cit.*, II, pp. 293-296.

gencia. Con la ayuda de sus propios pacientes y de aquellos que habían experimentado su caridad y su amor, fray Juan rellenó el cenagal y edificó de madera y caña, con techumbre de nipa, dos pequeños pabellones para acomodar a los enfermos, sobre todo a los leprosos. Se edificó en el lugar donde permaneció hasta la II Guerra Mundial el Hospital de San Juan de Dios, y donde hoy está edificado el Liceo José Laurel, en *Intramuros* de Manila.

Una institución como el *Hospital de Naturales* no podía depender continuamente de la caridad cristiana. Había que buscar el modo de mantenerlo con fondos permanentes y seguros. Fray Marcos de Lisboa y fray Cristóbal Giral, ambos portugueses, y otros franciscanos sugirieron la idea de fundar una sociedad que se ocupara exclusivamente de mantener el hospital y las demás fundaciones caritativas que existían en la ciudad por aquel entonces. Así fue como nació *La Hermandad de la Misericordia*, conocida en la historia de Filipinas como la *Hermandad de la Santa Mesa de la Misericordia*, o más brevemente como la *Santa Mesa*.

El hospital quedó completamente destruido en el incendio que, en 1603, redujo a cenizas la ciudad de Manila. Por este motivo, y quizá por otros que no sabemos, los franciscanos decidieron dejar el hospital y edificar uno nuevo para leprosos en las afueras de la ciudad, en el distrito de Dilao (Paco). Donaron a la Hermandad de la Misericordia el uso del terreno donde estuvo instalado el Hospital de Naturales y allí la Santa Mesa edificó otro hermoso y sólido hospital. Los franciscanos siguieron a cargo de la administración y el cuidado espiritual de los enfermos.

En el mencionado Memorial del arzobispo García Serrano leemos que el hospital tenía entre 80 y 100 pacientes, con una sala especial de 15 a 20 camas para mujeres españolas pobres. Estaba bien provisto de medicinas, vino y demás cosas necesarias, que la Santa Mesa importaba de Méjico o compraba en Manila. Proporcionaba todos los cuidados médicos que podían darse en aquellos tiempos.

En 1656 se cumplió finalmente el deseo del arzobispo Serrano. Los *Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios* tomaron a su cargo el hospital, aunque la Hermandad de la Misericordia gestionó siempre su mantenimiento y dirección. Desde entonces hasta el año 1865 los Hermanos de San Juan de Dios continuaron en el hospital. De aquí le viene el nombre de *San Juan de Dios* como siempre se ha conocido.

A la caída del régimen español, el gobierno americano incautó, inicialmente, las propiedades e instituciones públicas y eclesiásticas. San Juan de Dios no fue una excepción. Tan pronto se dio cuenta el gobierno de que el hospital como muchas otras instituciones similares, no era estatal sino eclesiástico, lo devolvió a la Iglesia, procediendo igual en los otros casos. Lo hizo sin gran dificultad, aunque se dieron a veces largos litigios en los tribunales.

Hoy día está localizado en la gran metrópoli de Manila, lejos de su lugar original en Intramuros, pero sigue ejerciendo su labor benéfica y médica en la república de Filipinas, como institución puramente eclesiástica, todavía en manos de las Hijas de la Caridad.

Hospital de San Lázaro

Durante sus primeros años, la historia del *Hospital de San Lázaro* se fusiona con la historia de San Juan de Dios. El fundador fue el mismo fray Juan Clemente y hasta el incendio de 1603, en que el hospital quedó totalmente destruido, no comienza la historia independiente de San Lázaro.

En 1603 los franciscanos abandonaron el *Hospital de Naturales* y construyeron uno nuevo en el pueblo de Dilao, en el distrito moderno de Paco, exclusivamente para filipinos y especialmente enfermos de lepra.

En el Memorial del arzobispo Serrano leemos que el hospital estaba a las afueras de la ciudad. Ordinariamente tenía entre 100 y 150 pacientes, con un director nombrado por el gobierno. La administración temporal y espiritual corría a cargo de los franciscanos [4].

En 1632 llegaron a Manila 130 leprosos. Habían sido expulsados de Japón por el emperador por el crimen de ser cristianos. La ciudad de Manila, y sobre todo los franciscanos, respondieron generosamente. Les acomodaron en su hospital y lo ampliaron con otra ala. A partir de entonces comenzó a llamarse el *Hospital de San Lázaro*.

El hospital en Dilao funcionó durante más de un siglo. En 1783, el gobernador de Filipinas José Basco (1778-1787) recibió desde Ma-

[4] Cfr. Schumacher, *op. cit.*, p. 154.

drid la orden de fortalecer la plaza de Manila. Los ingleses, sin gran dificultad, se habían apoderado de Manila y sus alrededores, permaneciendo en la ciudad desde 1762 hasta 1764. Basco, hombre liberal pero cristiano, obedeció la orden del gobierno superior de Madrid. Antes de destruir el Hospital de San Lázaro buscó alojamiento para los enfermos y planeó indemnizar a los franciscanos por la enorme pérdida. En 1784 les cedió la *Casa de Mayhaligue*, y dos años más tarde, la *Hacienda de Mayhaligue*, las cuales habían pertenecido a los jesuitas pero que habían sido incautadas por el gobierno en 1768 al ser éstos expulsados de Filipinas. Así se trasladó el Hospital de San Lázaro al sitio donde continúa actualmente todavía en la Avenida Rizal, barrio de Santa Cruz, en pleno corazón de la moderna Manila.

La casa era demasiado pequeña y la hacienda no daba de sí para cubrir las necesidades de los enfermos. Los franciscanos edificaron nuevas alas para los leprosos y solicitaron ayuda económica al gobierno para mantener el hospital en pro del pueblo filipino.

El Hospital de San Lázaro alcanzó su apogeo a mediados del siglo XIX cuando se hizo cargo de su administración el padre Félix Huerta. En pocos años cambió la faz del hospital. En 1880, tras 21 años de gestión, San Lázaro estaba convertido en un hospital moderno y amplio. Desgraciadamente los terremotos del año 1882 pusieron a prueba la capacidad de trabajo del padre Huerta. Gran parte del hospital, de la iglesia y de la residencia de los padres se vino abajo. Sin desfallecer, Huerta comenzó de nuevo y a los pocos años le había devuelto su esplendor anterior.

Hospital de las Aguas Santas de Mainit

El *Hospital de las Aguas Santas* surgió por la iniciativa de San Pedro Bautista, protomártir del Japón. Realizando su visita como provincial de Filipinas hasta 1590, descubrió en la provincia de *La Laguna*, bastante cercana a Manila, aguas termales que los filipinos conocían desde tiempo inmemorial. San Pedro Bautista fundó un pueblo que llamó, y todavía se llama hoy, *Los Baños*.

Fray Diego de Santa María fue quien planeó la fundación del hospital. Establecido en un lugar llamado por los tagalos *Mainit* (caliente), lo llamó *Hospital de las Aguas Santas de Mainit*. En abril de 1608, en

escritura oficial, ciertos ricos filipinos donaron al hospital unas tierras. A finales de ese año, otros nativos del pueblo de Bae cedieron más terreno para sostenimiento de los enfermos. En acta de donación oficial, notariada ante Martín de Becerra, escribano público, testificaron lo siguiente:

> Primeramente que esta donación la hacen al dicho hospital, de la dicha tierra, por todo el tiempo que el dicho hospital durare, porque el día que se acabare y los dichos padres de San Francisco no lo administraren, desde el dicho día en adelante, esta donación es en sí ninguna, y de ningún valor y efecto porque solo ha de durar mientras los dichos padres lo administraren, y no más; aunque se quede hecho hospital, porque con esta condición se hace esta donación [5].

Con estas donaciones, cierta ayuda del gobierno insular y limosnas de almas caritativas, el hospital funcionó muchos años. Fue construido originalmente con madera fuerte, cortada en los montes y selvas próximas al hospital. En el año 1671 se construyó ya en piedra.

El Hospital de las Aguas Santas era también un balneario. Los pacientes, e incluso visitantes que no se sentían bien, tenían la oportunidad de experimentar los beneficios de las aguas termales. Las crónicas del siglo XVII nos cuentan que era un primor ver el hospital sólidamente edificado. Leemos en un historiador:

> Todo el conjunto de esta fábrica con circunstancias tan singulares causaban a cuantos le miraban admiración, por ver tan bien discurridas providencias para los deseados fines, en tanta fortaleza y primor del arte, que junto con la inteligencia de los religiosos, y la asistencia de su celo vigilante, ha estado convidando este hospital a todos los dolientes españoles, extranjeros y naturales; y no se han desdeñado de ir a él, a curarse, las personas de las mayores posiciones; y todos los demás han experimentado el antídoto de sus enfermedades [6].

En tal buen estado los franciscanos lo entregaron al gobierno, al Real Patronato, conservando únicamente la mera administración espi-

[5] Cfr. Marín, *op. cit.*, p. 321.
[6] Cfr. *ibidem*, p. 323.

ritual. Esto determinó la ruina del hospital. En 1676 su estado era lastimoso. Un incendio acabó definitivamente con él en 1727.

Pasaron casi doscientos años hasta que el hospital volvió a reconstruirse. El gobernador general de Filipinas, don Domingo Moriones (1877-1880), que había experimentado los beneficios de las aguas termales, pidió encarecidamente a los superiores franciscanos, en 1877, que se encargaran de la reconstrucción. El ingeniero del gobierno diseñó el hospital y la realización de las obras se dejó en manos del hermano Gabino Pérez. El mismo Moriones no podía creer la destreza del lego franciscano. En poco tiempo el hospital quedó concluido, con las facilidades de la época moderna. Terminadas las obras, los franciscanos lo entregaron al gobierno. Habían cumplido su misión.

Hospital de San Lázaro en Nueva Cáceres

Para dar una reseña completa de las diferentes instituciones sociales establecidas por la Iglesia en Filipinas, debemos acudir también a las provincias. Antes de que Nueva Cáceres se erigiera formalmente como ciudad y como diócesis, los franciscanos habían establecido ya un hospital allí. Lo llamaron *Hospital de San Diego.* El pueblo lo conocía comúnmente como *Hospital de San Lázaro.* Su fundación se remonta a la llegada de los franciscanos a Bicol en 1578.

En Naga, los franciscanos edificaron, en principio, el hospital con madera y nipa, materiales muy abundantes en Filipinas. Luego, por el peligro de los fuegos, lo edificaron con materiales sólidos. Como los nativos no conocían las técnicas de construcción occidentales los franciscanos les enseñaron el arte de cocer el ladrillo y la teja. Hacia 1623 el hospital estaba completamente edificado en piedra y ladrillo. Las medicinas las hacían ellos mismos, en boticas que tenían en sus casas. La medicina herbal estaba bastante avanzada en Filipinas. Para el alimento, dependían de la caridad cristiana, del apoyo del gobierno —cuando era posible— y de la fertilidad de la tierra.

En estas condiciones se encontraba el hospital en 1623 cuando, no se sabe por qué ni cómo, los franciscanos lo entregaron al Patronato Real. Esto trajo, como ocurrió con otros hospitales entregados al gobierno, su desgracia y su fin. Era de suponer que el gobierno, con mayores recursos, podría mantener mejor estas instituciones dedicadas

al servicio público. Pero la experiencia y la historia muestran que las cosas no han funcionado así.

En 1663 un tifón redujo a ruinas lo poco que quedaba del hospital original.

La hazaña de levantar el hospital nuevamente se debe al obispo dominico Francisco Gainza, quien en opinión del historiador filipino Domingo Abella, fue el mejor de los obispos de Nueva Cáceres (1862-1879)[7].

La restauración no fue fácil. Nadie trabajó tanto como los franciscanos, fundadores del hospital. Gainza puso toda su fuerza de voluntad, poder de convicción y recursos económicos al servicio del plan de restauración. Los franciscanos pidieron a sus frailes y amigos que contribuyeran para llevar a feliz término un proyecto tan loable. Finalmente el 12 de mayo de 1873 quedó inaugurado y bendito el hospital. El obispo Gainza, en un acto de gran generosidad, se lo entregó a los franciscanos, quienes, conociendo bien al obispo y sus motivaciones en cuanto a la restauración del hospital, aceptaron gustosos ser sus administradores temporales y espirituales, edificado en un lugar cercano a Naga, llamado Palestina[8].

Hospital de San Gabriel

La historia del *Hospital de San Gabriel* tiene su raíz en la llegada de los dominicos a Filipinas en 1587 y su apostolado entre los chinos.

El hospital en sus comienzos fue pequeño y humilde. No tenía más que seis camas. Vista la gran labor realizada por los frailes, el gobernador de Filipinas, don Luis Pérez Dasmariñas (1593-1595) les concedió permiso para construir un hospital mayor en el Parián.

Años más tarde los dominicos trasladaron el hospital al otro lado del río Pasig, en lo que comenzó a llamarse Binondo. En la relación de 1622 del arzobispo Serrano leemos que eran pocos los chinos que acudían al hospital en comparación con el número de residentes en Filipinas. No había más de 30 enfermos. La explicación dada por el arzobis-

[7] Cfr. *op. cit.*, p. 171.

[8] Cfr. Marín, *op. cit.*, II, pp. 317-318.

po es que los chinos no veían con buenos ojos semejantes instituciones y las evitaban todo lo posible. En su país era algo desconocido.

Desde un principio, el hospital estuvo abierto a cristianos y paganos. En realidad se había fundado como medio para evangelizar a los chinos. Los dominicos, como los demás misioneros de Filipinas, sentían una atracción enorme por esa nación tan culta y civilizada.

Sus dos salas, terminadas en 1625, no eran suficientes para contener el gran número de enfermos, sobre todo cuando llegaron los *champanes* a Manila. El padre Domingo González, provincial y primer rector de la Universidad de Santo Tomás de Manila, construyó una tercera sala en 1632.

A mediados del siglo XVIII comenzó una especie de persecución contra los chinos en Filipinas. Se produjeron varios levantamientos que ocasionaron grandes masacres de chinos. Durante la ocupación inglesa de Manila, de 1762 a 1764, los chinos se pusieron, decididamente, de parte de los ingleses. Una vez terminada ésta y firmada la paz entre España e Inglaterra, el rey Carlos III (1759-1788), disgustado por lo que él consideraba una traición de los chinos a su patria adoptiva, firmó un decreto de expulsión en 1766, que se puso en práctica en 1769 por decreto de la Audiencia de Manila.

El Hospital de San Gabriel, nacido para servir a los chinos, y que en gran parte se mantenía de sus limosnas, quedó cerrado también por decreto de la Audiencia de Manila el 20 de octubre de 1774. Sucumbía así una institución caritativa al servicio de chinos cristianos y paganos durante casi doscientos años.

Asilos y orfanatos

Si los franciscanos fueron pioneros en la labor hospitalaria de Filipinas, los agustinos se llevaron la palma en la creación de asilos.

El primero fue el de Pasig, fundado por el agustino Félix Trillo en el año 1740. Se creó para niñas huérfanas filipinas. Como era costumbre por aquel entonces en Europa, eran enseñadas a rezar, leer y escribir y a realizar las labores más fundamentales de la casa.

A finales del siglo pasado surgió la necesidad de edificar más y mejores asilos. En 1882 la peste bubónica, conocida como el cólera morbo, acabó con muchas vidas en Manila y todo Filipinas. Muchos

niños quedaron huérfanos de padre y madre. En esta circunstancia, los agustinos se movieron arduamente para buscar una solución al problema. Fundaron dos asilos, uno de niñas y otro de niños.

El asilo de niñas quedó establecido, en 1883, en su casa-hacienda de Mandaloyo, el pueblo de San Felipe Neri, hoy denominado municipio de Mandaluyong, en Metro Manila. Como era pequeña, la ampliaron y modernizaron. En 1895, el padre Benito Ubierna aceptó estudiantes externas. Se convertía así en un colegio-asilo de cierta importancia. Los barcos americanos, durante el sitio de Manila de 1898, destruyeron gran parte del asilo y del colegio.

Tuvo, quizá, mayor importancia el asilo de niños. Inicialmente los agustinos colocaron a los niños en una pequeña casa en San Marcelino, Paco. Más tarde los trasladaron a su hermoso convento de Guadalupe, asomado al río Pasig. Finalmente les llevaron a su hacienda en Malabón de Tambubong, hoy Metro Manila, por entonces una zona rural tranquila y placentera. Edificaron un hermoso asilo. Poco a poco lo convirtieron en Escuela de Artes y Oficios.

Valiéndose de los mejores hombres que tenían en Filipinas, los agustinos abrieron una imprenta de encuadernación y litografía en Malabón. Tenían unos buenos talleres donde trabajaban más de 150 niños, todos filipinos o mestizos. Al cumplir los 16 años comenzaban a ganar dinero, que se les depositaba en una cuenta a su nombre, recibiendo, cuando salían de allí, la cantidad acumulada [9].

El asilo de Malabón se llamó *Orfanato de Nuestra Señora de la Consolación*. En esta ciudad se publicaron muchos libros, por lo que la imprenta del asilo tiene una historia gloriosa [10]. Los revolucionarios filipinos impusieron el pillaje al asilo en 1898, durante el levantamiento contra España.

Hospicio de San José

No podemos concluir la historia de la labor social y caritativa de la Iglesia en Filipinas sin mencionar, aunque sea someramente, el *Hospicio de San José*.

[9] Cfr. *ibidem*, 163-167. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 72-73. Cfr. Galende, *op. cit.*, p. 74.

[10] Cfr. Galende, *ibidem*, pp. 74-75.

Su origen se remonta al año 1782, cuando el matrimonio formado por Francisco Gómez Enríquez y doña Bárbara Verzosa cedió al arzobispo de Manila un terreno donde edificar un hospicio para viejos, dementes y niños huérfanos. Unos años más tarde, concretamente en 1785, estaba ya construido.

Se estableció inicialmente en Pandacan, cercano a Manila. Después pasó a Binondo y más tarde se trasladó al barrio de San Miguel. En 1895, los administradores del Hospital de San Juan de Dios cedieron la isla situada en el centro del río Pasig, llamada *Isla de la Convalecencia* (porque en ella se reponían o convalecían los pacientes del Hospital de San Juan de Dios), como sede del Hospicio de San José [11].

Las Hijas de la Caridad, llegadas a Filipinas en 1862, se hicieron cargo de la gestión del asilo en 1865. Desde entonces continúan dirigiéndolo, y sigue enclavado todavía en medio del río Pasig.

Conclusión

Pudieran pensar nuestros lectores que hacemos apología de la labor social realizada por los religiosos en Filipinas. Por ello presentamos una serie de testimonios ajenos, por así decir, que avalan todo lo expuesto.

Bowring, escritor inglés del siglo pasado, que residió en Manila cierto tiempo y viajó mucho por el país, afirma escuetamente: «En Manila hay muchas instituciones de caridad» [12]. Y luego pasa a describir algunas de las instituciones mencionadas en este trabajo.

Marche, escritor francés, viajante en el Oriente y Filipinas, escribía en 1887: «La ciudad [Manila] está muy bien provista de hospitales. Tiene tres, grandes y bien mantenidos» [13].

No queremos terminar este capítulo sin recordar la existencia de boticas establecidas en Filipinas por los misioneros desde el inicio de su actividad. La más prestigiosa fue quizá la que tenían los franciscanos en su convento de San Francisco de Manila, no sólo por su varie-

[11] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 73.
[12] Bowring, *A Visit to the Philippine Islands*, Londres, 1859, p. 197.
[13] Marche, *Luzon and Palawan*, Filipiniana Book Guild, Manila, 1970, p. 32.

dad en medicinas, sino también por los elegantes tarros y frascos traídos de China y que todavía se conservaban en el convento a la caída del régimen español [14].

Mencionamos esto, aunque hoy no exista rastro de tales boticas, por su importancia como servicio social y médico en pro de los enfermos, y por el arte creado alrededor de esas instituciones. Nosotros hemos tenido oportunidad de conocer, ya desde niños, la hermosa y hoy valiosísima *Botica* del Monasterio de Santo Domingo de Silos. Viendo esa botica y la loza china y los jarrones que conserva el museo de la Universidad de Santo Tomás, opinamos que la desaparición de la botica de San Francisco de Manila es una gran pérdida cultural para Filipinas.

Cerramos este capítulo con la opinión de dos representantes del período americano. Mackinon, capellán militar de las tropas norteamericanas que conquistaron Manila en 1898, escribía en 1899:

> En ninguna parte del mundo está la caridad cristiana más floreciente y extendida que en Filipinas. Los hospitales, las casas de maternidad, las escuelas industriales y otras semejantes instituciones harían honor a cualquier nación. Enormes son las sumas que cada año se emplean en beneficencia [15].

Y E.G. Bourne, que escribió en 1902:

> En instituciones para enfermos y abandonados, a comienzos del siglo XVII, Manila estaba más avanzada que ninguna de las colonias inglesas un siglo y medio después [16].

[14] Cfr. Marín, *op. cit.*, p. 292.

[15] *El Santísimo Rosario*, 1899, p. 254, citado por P. Fernández, *op. cit.*, p. 73.

[16] *Introducción, BRPI*, I, p. 43.

dad en medicinas, sino también por los elegantes tarros y frascos traídos de China y que todavía se conservaban en el convento a la caída del régimen español[16].

Mencionamos esto, aunque hoy no exista rastro de tales boticas, por su importancia como servicio social y médico en pro de los enfermos y por el arte creado alrededor de esas instituciones. Nosotros hemos tenido oportunidad de conocer, ya desde niños, la hermosa y hoy valiosísima Botica del Monasterio de Santo Domingo de Silos. Viendo esa botica y la loza china y los tarros que conserva el museo de la Universidad de Santo Tomás, opinamos que la desaparición de la botica de San Francisco de Manila es una gran pérdida cultural para Filipinas.

Cerramos este capítulo con la opinión de dos representantes del período americano. Mckinnon, capellán militar de las tropas norteamericanas que conquistaron Manila en 1898, escribía en 1899:

> En ninguna parte del mundo está la caridad cristiana más floreciente y extendida que en Filipinas. Los hospitales, las casas de maternidad, las escuelas industriales y otras semejantes instituciones harían honor a cualquier nación. Enormes son las sumas que cada año se emplean en beneficencia[17].

Y E.G. Bourne, que escribió en 1903:

> En instituciones para enfermos y abandonados, a comienzos del siglo XVII, Manila estaba más avanzada que ninguna de las colonias inglesas un siglo y medio después[18].

[16] Cfr. Marín, op. cit., p. 292.
[17] El Santísimo Rosario, 1899, p. 258, citado por P. Fernández, op. cit., p. 73.
[18] Introducción, vol. I, p. 43.

Capítulo X

LA IGLESIA, PORTADORA Y EMBAJADORA DE LA PAZ (1565-1898)

Pax Hispanica

Una lectura detallada y objetiva de la historia de Filipinas nos conduce a definir el período español como una época de paz. La paz española, *Pax Hispanica,* creó las condiciones necesarias para el nacimiento de la nación filipina a finales del siglo XIX. No es violencia histórica comparar el período español en Filipinas con el período romano en España. A pesar de la gran resistencia de los habitantes de España frente a Roma, a pesar de ser la primera nación invadida y la última conquistada, el período de dominio romano en España fue largo y pacífico. La *Pax Romana* proporcionó enormes beneficios a *Hispania.* La *Pax Hispanica* aportó no menores beneficios a las que en tiempos de Magallenes eran *islas ignotas* y a finales del siglo pasado eran las islas Filipinas.

Interesa aquí, sobre todo, presentar a la Iglesia, a través de sus misioneros, como portadora y embajadora de la paz. Queremos resaltar el papel preponderante que los misioneros desempeñaron en la pacificación de los habitantes en los momentos de revuelta. Muchas veces, debido a su gran influencia sobre el pueblo, evitaron las rebeliones. Otras veces, siendo imposible impedirlas, presentaron ante los rebeldes rogándoles dejaran las armas y volvieran a sus tareas de trabajo y paz. Y cuando incluso aquí fracasaron, fueron instrumentos de justicia y misericordia intercediendo en su favor pidiendo castigos justos para los líderes y perdón absoluto para el pueblo. En estas empresas muchos misioneros perdieron la vida [1].

[1] Cfr. *BRPI,* vol. XXXVIII, p. 12.

El gobernador general de Filipinas, don Pedro Sarrió, escribió lo siguiente:

> la experiencia de doscientos años nos ha enseñado que en todas las guerras, levantamientos y revueltas, los religiosos párrocos han ejercido el papel preponderante en la pacificación de los sublevados [2].

Las causas de los levantamientos durante el período español fueron distintas en cada región y en cada momento histórico. Una, a nuestro entender fundamental, fue el deseo innato de todo hombre de vivir en libertad.

Otra causa evidente, principalmente en las primeras décadas de la presencia española, sería la dificultad para ajustarse a las exigencias de la nueva civilización. Los filipinos, sobre todo en el régimen tribal existente a la llegada de España, no podían aceptar la nueva creación política y religiosa del conquistador. Acostumbrados a vivir sin habitación permanente y a una agricultura de cortar, quemar y plantar, encontraban incómodo el asentarse en un pueblo y vivir bajo un régimen de autoridad y obediencia, con obligaciones sociales, políticas y religiosas. Tuvieron que pasar varias generaciones para que los habitantes de Filipinas descubrieran los beneficios de vivir en comunidad. La creación de pueblos supuso un enorme avance en el proceso civilizador de Filipinas [3].

Otro elemento sublevador especialmente al principio de la historia de España en Filipinas, fue la oposición de los sacerdotes paganos. Es ley natural que la religión establecida resista los empujes de una nueva que quiere reemplazarla. En Filipinas, como en otros países del mundo que experimentaron una evolución parecida a la suya, los sacerdotes locales, las autoridades religiosas del país, se resistían a desaparecer. Aunque es verdad que en Filipinas la mayoría de los sacerdotes, o mejor dicho sacerdotisas, abrazaron el cristianismo, no todas lo hicieron inmediatamente y no en todos los lugares. Temían perder un modo de vida que era el único que conocían, una influencia religiosa

[2] Cfr. «Informe a Su Majestad el Rey, diciembre 22, 1787», en Archivo de la Universidad de Santo Tomás, (*AUST*), Sección de Libros, tomo 70, fol. 85 vto. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 188.

[3] De la Costa, *The Jesuits*, pp. 314-315.

y social por encima de cualquier otro segmento de la sociedad. No estaban dispuestas a dejar esto sin resistencia.

En el caso concreto de Filipinas, una vez pasado el momento de novedad del cristianismo, sus exigencias morales resultaban intolerables. La nueva religión exigía vida de autogeneración, el abandono de privilegios que la religión antigua concedía. Los nuevos cristianos no asimilaban todavía la grandeza interior del cristianismo. Algunos volvieron al paganismo en su vejez y levantaron la bandera de la rebelión para restaurar su religión primitiva. En el momento cumbre de la muerte, al acercarse al más allá, parece que el cristianismo no ofrecía el consuelo y la seguridad que su religión pagana ofrecía.

Muchas de las rebeliones del pasado en Filipinas llevaban consigo una mezcla de paganismo primitivo y mesianismo cristiano. El *babaylanismo* —religión primitiva de Filipinas— ha ejercido influencia hasta el día de hoy en el pueblo filipino, sobre todo en ciertas regiones y segmentos del país [4].

Rebelión religiosa de Tamblot en Bohol (1621) y de Bankaw en Leyte (1622)

Un ejemplo claro de rebelión religiosa lo tenemos en la liderada por Tamblot en Bohol en 1621. Tamblot era un *babaylan* o sacerdote pagano. En diciembre de ese mismo año, aprovechando la ausencia de la mayoría de los jesuitas, que habían ido a Cebú a celebrar la fiesta de la beatificación de San Francisco Javier, Tamblot comenzó a propagar que su dios pagano, su *diwata*, se le había aparecido vestido con hábito de penitente cristiano. Su mensaje era claro: todos debían abandonar el cristianismo y huir a las montañas, donde tendrían que construirle un templo. No les faltaría de nada, vivirían en la abundancia, puesto que el bejuco destilaría vino, el bambú produciría arroz y las hojas de los árboles se convertirían en el pescado *saranga*. De las hojas del plátano harían hermosos tejidos.

[4] Cfr. R. Clemeña Ileto, *Pasyon and Revolution. Popular Movements in the Philipines, 1840-1910*, Quezon City, 1979. E. Tan Cullamar, *Babaylanism in Negros: 1896-1907*, Quezon City, 1986.

Creyendo unas promesas tan halagüeñas, cuatro pueblos de Bohol se lanzaron en rebelión abierta. Únicamente Loboc y Baclayon permanecieron fieles al cristianismo y a España. Los demás quemaron sus iglesias, destrozaron las imágenes y huyeron a los montes.

Don Juan de Alcarazo, *alcalde mayor* de Cebú, acompañado por un religioso jesuita, salió con 50 arcabuceros españoles y unos 1.000 soldados cebuanos. A primeros de enero de 1622 las tropas se encontraron con los rebeldes. Don Juan de Alcarazo les ofreció la paz pero la rechazaron. No quedaba otro remedio que comenzar la guerra. En pocos días llegaron al poblado edificado alrededor del templo, donde había más de mil casas. Los arcabuces resultaron tan mortales como siempre. Muchos murieron en la batalla.

La rebelión de Tamblot se extendió a Leyte. La bandera fue enarbolada por Bankaw, que había sido datu de Limasawa y residente con sus hijos en Carigara, Leyte.

La historia de Bankaw resulta realmente extraña. Era datu de Limasawa en 1565, a la llegada de Miguel López de Legazpi, el conquistador y pacificador de Filipinas. Lo recibió en son de paz así como al resto de los españoles. Abrazó inmediatamente el cristianismo y, joven como era, mostró gran celo durante muchos años. El rey Felipe II, debido a su fidelidad y servicio a Legazpi, envióle su agradecimiento.

Ya de viejo —con más de setenta años— exactamente en 1622, apostató y se rebeló contra España. Le apoyaron sus hijos y otros sacerdotes paganos, sobre todo uno llamado Pagali. La sublevación comenzó en Carigara y arrastró tras sí otros seis pueblos. Bankaw erigió un templo al *diwata*.

El jesuita Melchor de Vera partió a Cebú a solicitar la ayuda inmediata del alcalde mayor don Juan de Alcarazo. Con un grupo de españoles y algunos auxiliares, acompañados también por el rector de Cebú, llegaron al campo militar de Bankaw, donde centenares de mujeres y niños se habían refugiado con él. Bankaw murió en la lucha. Su cabeza cortada fue colocada en la picota para servir de escarmiento a futuros sublevados. Sus hijos también fueron decapitados. Los españoles condenaron a muerte a tres o cuatro, quemaron a un sacerdote pagano y concedieron perdón absoluto a todos los demás [5].

[5] Cfr. Murillo Valverde, *op. cit.*, p. 18. Cfr. De la Costa, *op. cit.*, pp. 314-315. Cfr. *BRPI*, XXXVIII, pp. 91-94.

La rebelión de Dagohoy (1744-1829)

Otra de las más extraordinarias rebeliones de la historia filipina ocurrió también en la isla de Bohol. El superior de los jesuitas, a quienes estaba encomendada la evangelización de toda la isla, envió al padre Morales, conocido por su fuerte personalidad y su carácter recio, al pueblo de Inabangan. Pronto tuvo problemas con un cristiano que, para evitar un justo castigo por sus crímenes, huyó a los montes. El jesuita ordenó al jefe de la policía, el constable del pueblo, buscar al criminal y entregarlo a la justicia. En duelo personal, el constable perdió la vida contra el remontado. Morales se negó a dar cristiana sepultura al muerto por haber aceptado duelo personal, condenado por los cánones de la Iglesia. Francisco Dagohoy, hermano del difunto, ofendido en lo más profundo de su alma, se declaró en rebelión abierta. Por inducción suya asesinaron al párroco de Jagna, el italiano Francisco Lamberti. Poco después el mismo padre Morales caía muerto por los amigos de Dagohoy. Comenzaba así, en 1744, lo que se conoce en la historia como la rebelión de Dagohoy.

Como la rebelión nunca supuso peligro para el gobierno central español, ni siquiera para la isla de Bohol, los españoles dejaron que siguiera su curso durante casi un siglo. En 1829, el gobernador general de Filipinas, Antonio de Ricafort, envió una fuerte expedición que, encabezada por el gobernador de Cebú, don José Lázaro Cairo, acabó fácilmente con la rebelión.

Acompañando al ejército español iba el famoso agustino Julián Bermejo, defensor de Cebú contra las depredaciones de los moros y el ex-provincial de los recoletos. Su presencia entre las tropas y la magnanimidad del gobernador general, lograron poner fin a la rebelión más larga de toda la historia de Filipinas [6].

Rebelión de Juan Ponce Sumoroy (1649-1650)

Rebelión mucho más peligrosa que las anteriores, siendo sus causas sociales, aunque se mezclaron otras conectadas con las exigencias

[6] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 190-191.

morales de la religión cristiana. En las islas Visayas, la presencia de los misioneros no fue nunca tan fuerte como en Luzón, por eso las rebeliones se desencadenaron más a menudo.

La Paz de Westfalia de 1648, que puso fin a las guerras entre España y Holanda en Europa, cerró también su rivalidad en el oriente. Pero la paz no significó el fin de las exacciones de España a los habitantes de Filipinas. Durante casi medio siglo Luzón, sobre todo las provincias de Bulacán y Pampanga, sufrieron el peso de los trabajos necesarios para sostener la guerra contra Holanda. Para mejorar la situación de los habitantes de esas provincias y repartir más equitativamente los servicios de mantenimiento del Estado, el gobernador pensó obtener en las Islas Visayas parte de la mano de obra destinada a la construcción de galeones en los astilleros de Cavite. En opinión de Murillo Velarde, no era una exigencia desorbitada, pues la cuota no pasaría de un trabajador por cada pueblo. El salario sería justo y el servicio repercutía en la seguridad de toda la nación.

Había que construir los galeones de la línea Manila-Acapulco, necesaria para la subsistencia de Filipinas. La flota de Zamboanga tenía que estar preparada para enfrentarse a los ataques de los moros de Mindanao, Joló y Borneo. El comercio de China con Manila necesitaba seguridad en los mares y las flotas de Luzón debían estar siempre a punto. Murillo opina que cualquier otra persona lo hubiera visto como exigencia razonable, pero los habitantes de Sámar no.

Gobernaba Filipinas en aquel entonces don Diego Fajardo. Los misioneros, que conocían el país mejor que él, le rogaron abandonara su propósito. El gobernador, despótico, repitió con mayor exigencia la orden y acusó a los misioneros de ir contra el bien de la monarquía española. Tan pronto se publicó la orden en Palagag saltó la chispa de la rebelión.

Juan Ponce Sumoroy se convirtió en jefe de la rebelión guiado por ciertas circunstancias. Había sido siervo fiel de los españoles y de los jesuitas, en Palapag, centro misional de la Compañía de Jesús. Los padres construyeron allí un fuerte para defenderse de los moros. Sumoroy, valiente y buen soldado, era el castellano del fuerte. Pero tenía una cuenta pendiente con el rector de Palapag, el padre Miguel Ponce. El joven filipino, cristiano y ayudante de los padres, había abandonado a su mujer uniéndose a otra, continuando esta unión ilícita durante cierto tiempo. El padre Miguel le recriminó su conducta varias veces y

en vista de que no hacía ningún caso, el rector trasladó a la mujer a otro pueblo, alejándola de él para siempre. Sumoroy se sintió herido en lo más hondo.

El primero de junio de 1649, poco después del toque de las *ánimas*, a las ocho de la noche, Sumoroy entró en la casa de los padres. Según subía el padre Miguel por las escaleras, le atravesó con su lanza, dejándole muerto en el acto. Había ajustado sus cuentas. Sumoroy, apoyado por su familia, seguidores y otros sacerdotes paganos, *babaylanes*, se lanzó a la rebelión, saqueando y prendiendo fuego a la iglesia. Lo mismo ocurrió en el pueblo vecino de Catubig.

El *alcalde mayor* de Sámar reunió una pequeña tropa incapaz de someter a los rebeldes. Tuvo que acudir el general de las armadas filipinas, Andrés López de Azáldigui. Le acompañaban algunos jesuitas con el propósito de hablar a sus parroquianos y amigos. El padre Vicenzo Damiani, que se hallaba en Palapag el día del asesinato del padre Miguel, pidió autorización para hablar con los rebeldes. Solo y sin escolta se adentró hasta el campo de Sumoroy. Quería evitar el derramamiento de sangre.

Pero Sumoroy no le dio tiempo. Le salió al paso con sus guerreros y dio la orden de acabar con su vida inmediatamente. Tenía miedo de que el padre Damiani, amado por sus parroquianos, les convenciera de la inutilidad de seguir la guerra. Desde aquel momento no había otra opción. Sumoroy se refugió en los montes, entre Catubig y Palapag, y allí resistió casi un año. El gobierno español requirió la ayuda de los *lutaos* cristianos de Mindanao, que pocos años antes habían recibido el cristianismo de manos de sus evangelizadores jesuitas. En julio de 1650 los españoles y 400 lutaos llegaron al campo de Sumoroy, quien huyó antes de la toma de su plaza. Sus propios seguidores, en espera de misericordia, le cortaron la cabeza para enviarla a los oficiales militares españoles.

Así terminó la rebelión de Sumoroy. Quizá tuvo el efecto que pretendía pues el gobernador suspendió para siempre la leva de trabajadores. El peso seguiría recayendo sobre las provincias cercanas a Manila [7].

[7] Cfr. De la Costa, *op. cit.*, pp. 411-413. F. Combes, S.J., *Historia de Mindanao and Jolo*, col. 489-498, citado en *BRPI*, XXXVIII, pp. 100-113.

Levantamientos en Pampanga, Pangasinán e Ilocos (1660-1661)

La provincia de Pampanga siempre fue muy fiel a España. Los españoles sentían gran admiración por el valor, la inteligencia y la fidelidad de los pampangos.

El peso de mantener las islas desde 1600 hasta 1648, durante la guerra hispano-holandesa, cayó en ella más que en ninguna otra provincia. Pampanga, en tiempos españoles, incluía el sur de Tarlac, Nueva Ecija, parte de Bataán y el norte de Bulacán. Era el granero de Manila y del país.

A mediados del siglo XVII, poco antes del comienzo de la revuelta de 1660, el gobierno central debía a la provincia de Pampanga más de doscientos mil pesos. Era una suma astronómica. Entre los servicios de *polo*, una especie de trabajos forzados, y los de *bandala*, el pueblo pampango gemía bajo un pesado yugo. La explosión era inevitable.

Encabezó la revuelta don Francisco Maniago, *maestre de campo* del ejército pampango al servicio de España, y jefe del pueblo de México en Pampanga.

Gobernaba Filipinas don Sabiniano Manrique de Lara, uno de los dirigentes más enérgicos y sabios que ha conocido el país. En cuanto recibió la noticia del levantamiento, de labios del padre dominico Pedro Camacho, capellán de los cortadores de madera para la construcción de los galeones, reaccionó inmediatamente. El dominico no pudo hacer nada por pacificar a los rebeldes. Con un pequeño ejército de españoles y la valiosa colaboración de don Juan Macapagal y de otros jefes pampangos que optaron por ser fieles al rey, llegó al frente rebelde en Macabebe y Bacolor. Con su energía, con su tacto militar y diplomático, Manrique de Lara serenó los ánimos de los rebeldes. Los misioneros agustinos de la provincia de Pampanga fueron los verdaderos artífices de la pacificación. Gracias a su influencia sobre el pueblo y a su amor por los oprimidos, lograron convencer a los jefes para deponer las armas.

El gobernador aceptó algunas condiciones de los rebeldes. Habría una amnistía general para todos, jefes y pueblo. El gobierno se comprometía a pagar 14.000 pesos inmediatamente y prometía sufragar el resto. El gobernador reconoció ante los jefes reunidos en Macabebe, que tenían razón en sus peticiones, pero criticó los medios empleados considerándolos intolerables y destructivos. Los agustinos que más

contribuyeron a preparar el camino de la paz fueron los padres José Duque, Isidro Rodríguez, José de Vega, Andrés de Salazar y Enrique de Castro [8].

Los cronistas contemporáneos no destacan el que no hubiera ni una muerte, aunque los momentos de tensión fueron muchos. No hubo venganza ni traición en ninguno de los lados.

La rebelión se extendió a las provincias cercanas a Pampanga. En Pangasinán, bajo el ministerio de los dominicos, don Andrés Malong levantó también el estandarte de la rebelión. Aquí la rebelión tomó un sesgo mucho más antiespañol y nativista. Don Andrés se proclamó «rey» de Pangasinán y exigió el sometimiento de las provincias cercanas, incluida Pampanga, amenazándolas con una guerra sin cuartel si no obedecían inmediatamente. Envió un ejército a Pampanga y otro subió por las costas de Ilocos. Ésa fue su perdición. Díaz cuenta en sus *Conquistas*:

> Los padres de santo Domingo trabajaron mucho en reducirlos y aquietarlos con el celo y vigor de doctrina que acostumbran obrar en sus misiones y ministerios; pero como el corazón estaba tan frío y tan obstinadas las voluntades de los pangasinanes en su rebelde perfidia no les hicieran operación ni los golpes de martillo de los más robustos cíclopes. Pero muchos se apartaron de seguir el bando de los amotinados por consejo y persuasión del padre fray Juan Camacho, como don Carlos Malong, hermano del rey intruso, Don Andrés, y otros muchos, que dóciles abrazaron con tiempo sus sanos consejos [9].

Los misioneros fracasaron con Andrés Malong. Presionado por los españoles, se retiró a una selva. Incluso hasta allí le alcanzó la justicia. Traicionado por sus propios seguidores, fue hecho prisionero, también su madre y otros familiares. Con ellos se encontraba una niña española de diez años, cuñada del gobernador que él había asesinado, a quien Malong había elegido como esposa. Los españoles le fusilaron en 1661 así como a varios cabecillas de la rebelión.

[8] Cfr. C. Díaz, *Conquistas de las Islas Filipinas,* Valladolid, 1890, pp. 568-590.
[9] *Ibidem*, p. 590.

REVUELTA DE JUAN DE LA CRUZ PÁLARIS (1762)

Pangasinán se convirtió otra vez más en centro revolucionario contra el poder español. Los dominicos actuaron inmediatamente. Nadie trabajó tanto como el padre Andrés Meléndez, vicario de los dominicos en Pangasinán, hombre de fuerte personalidad y gran conocedor de la psicología de los pangasinanes. Fue en Binalatongan, hoy San Carlos City, donde saltaron las primeras chispas del levantamiento con motivo de la resistencia a pagar el tributo que el gobierno exigía a todos los ciudadanos. El padre Meléndez intentó hablar con el líder, Juan de la Cruz Pálaris, pero no pudo convencerlo. Pronto la provincia entera se vio envuelta en llamas. Sólo los pueblos de Asingán y Binmaley, permanecieron fieles al gobierno.

El padre Meléndez rogó al gobernador de Filipinas, el enérgico Simón de Anda y Salazar, que vivía en la sede de Pampanga, enviara una pequeña fuerza para disuadir a los rebeldes, ofreciéndoles la paz absoluta si deponían las armas. Juan de la Cruz Pálaris no quiso oír a nadie. De nuevo, los dominicos de Pangasinán, sobre todo el nuevo vicario Manuel Gutiérrez y el padre Meléndez, párroco ahora de Binalatongan, intentaron hablar con los cabecillas. Tampoco lograron convencerlos. Entonces un poderoso ejército, bajo el mando del general español Pedro de Bonnardel, entró en Pangasinán desde Pampanga.

Los seguidores de Pálaris se dispersaron. Otros se rindieron al gobierno. Los cabecillas fueron condenados a muerte y Pálaris ahorcado. La mayoría regresó a sus pueblos, para comenzar la difícil tarea de reconstrucción. La revuelta de Pálaris, que duró casi un año, fue enormemente destructiva. Sus habitantes tardaron años en acercar la provincia al estado en que se hallaba antes de la rebelión.

El historiador dominico P. Fernández, especialista en historia de Pangasinán y buen conocedor de las fuentes manuscritas de la revuelta, ha escrito:

> Una ligera lectura de los documentos originales que la relatan en toda su extención y con toda riqueza de detalles, basta para dar una idea de los esfuerzos sobrehumanos que desplegaron los padres Meléndez y Gutiérrez y, en general, todos los ministros de la provincia, para que el pendón español no dejase de ondear en Pangasinán. Y, si su prestigio e influencia moral, que obligaron a veces a los sublevados a

aflojar las cuerdas de los arcos y envainar los bolos, no lograron impedir ni cortar el alzamiento, al menos contribuyeron a disminuir sus tristes efectos. Cuando cesó el estruendo del combate y los castigados pangasinanes pudieron reintegrarse, bajo la sombra de la paz, a las faenas agrícolas, los misioneros dominicos los alentaron con su ejemplo, exhortaciones y ayuda material a levantar sus templos y casas, a sembrar sus campos y a reedificar sus desiertas poblaciones [10].

La rebelión religiosa de Apolinario de la Cruz en Tayabas (1840-1841)

Es ésta una de las rebeliones más peculiares de la historia de Filipinas.

Apolinario de la Cruz fundó en Manila, en 1830, una asociación bajo el nombre de *Hermandad de la Archi-Cofradía del Glorioso Señor San José y de la Virgen del Rosario.* No tenía en sí nada de particular. Durante casi diez años permaneció en el anonimato. Alrededor de 1840 experimentó un crecimiento acelerado en su provincia de origen y en otros pueblos de las provincias de Laguna y Batangas. Las autoridades pronto descubrieron que era una hermandad cerrada, exclusivamente para filipinos. Ni siquiera los mestizos tenían cabida en ella. El párroco de Lucban, el franciscano fray Manuel Sancho, el 19 de octubre de 1840, denunció formalmente como herejes y miembros de una asociación peligrosa a los cofrades de la Hermandad de San José, lanzando un grito de alarma.

El gobernador general, don Mariano Oráa, pidió a las autoridades de San Juan de Dios, donde Apolinario vivía como donado, que le expulsaran. Pero éste, llamado ya por sus seguidores *Hermano Pule*, se escondió en Manila. Desde allí continuó animando a sus seguidores. A finales de 1840, los hermanos desafiaron a las autoridades. Se habían convertido en revolucionarios. Apolinario de la Cruz se unió a sus fieles y sentó sus reales en el pueblo de Majayjay, provincia de Laguna. Poco después eligieron un sitio más estratégico en las estribaciones del Monte San Cristóbal.

[10] *Dominicos*, p. 299.

A finales de octubre de 1841 los seguidores de Apolinario de la Cruz se contaban ya por millares. Tenían algunos rifles y se habían apoderado de un cañón pequeño arrebatado al gobernador Ortega. El gobierno central no quería más dilación en la solución del caso. El fuego se podía extender a las provincias limítrofes de Laguna, Batangas, Cavite y Camarines. Había que actuar inmediatamente. Las fuerzas del gobierno llegaron en pocos días a las proximidades de la empalizada donde acampaba el Hermano Pule, quien se había proclamado «rey de los tagalos». Se le ofreció amnistía general. El Hermano Pule la rechazó. Comenzaba la hecatombe. Los soldados del gobierno, apoyados por voluntarios de las localidades de Tayabas, entraron a sangre y fuego en el campo. Se luchó cuerpo a cuerpo y casa por casa. El Hermano Pule huyó a la selva. A los pocos días Apolinario de la Cruz fue apresado en Tayabas. En juicio sumarísimo se le condenó a muerte siendo descuartizado. Otros doscientos rebeldes fueron también ejecutados.

Es difícil encuadrar la naturaleza de la rebelión del Hermano Pule. Si fue un levantamiento social contra la opresión de los españoles, como se ha dicho con frecuencia, no concuerda entonces con las ideas religiosas y teológicas que movían a los cofrades. Si fue un movimiento milenario, como habían aparecido tantos en Filipinas y en Hispano América antes, tampoco responde a la realidad histórica tal y como se desarrolló durante todo el año 1841. Si respondía a unos deseos de liberación religiosa y de búsqueda de luz eterna *–liwanag–* sólo parece una definición parcial.

Apolinario se proclamó «rey de los tagalos» y rechazó toda tentativa de paz por parte del gobierno. Sus cofrades, que buscaban la luz eterna *–liwanag–* empuñaron con valentía las armas, resistiéndose a las fuerzas el gobierno. Desde el punto de vista teológico, la Hermandad era peligrosa puesto que no aceptaba autoridad alguna y se presentaba como superior a toda autoridad constituida. La Iglesia no existía para ellos. La Hermandad tenía mucho de apocalíptica y tremendista [11].

El padre Sancho, responsable de la denuncia de la Cofradía en Lucban, cuenta que Apolinario de la Cruz murió con gran serenidad y mostrando fortaleza de espíritu [12].

[11] Cfr. Ileto, *op. cit.*, pp. 37-91.

[12] Cfr. *ibidem*, p. 79.

R.C. Ileto, en quien nos hemos basado para hacer la descripción de la rebelión de Apolinario de la Cruz, le presenta como un Cristo Tagalo, peregrino en la tierra, deshaciendo el mal y en camino hacia la Jerusalén celestial, donde todo será luz –*liwanag*– y paz [13].

EMBAJADA DE JUAN COBO AL *SHOGUN* TOYOTOMI HIDEYOSHI (1592)

Es necesario contar la historia de esta embajada que tanta resonancia tuvo en aquel entonces y cuyos hechos, si hubieran ocurrido hoy ocuparían el primer plano de la información internacional. Por entonces el shogun japonés ideyoshi había logrado unificar un Japón anclado en el medievo encaminándolo hacia la era moderna.

Movido por cierta megalomanía y aconsejado por cortesanos que buscaban su favor, decidió enviar una embajada al gobernador de Filipinas exigiéndole vasallaje y sometimiento al señor de la Tierra del Sol Naciente. En una carta, portada por su embajador, advertía que si el gobernador español aceptaba sus condiciones de paz y amistad, bajaría la bandera y en Luzón se mantendría la paz. Si no cumplían sus exigencias, amenazaba con no bajar más la bandera y en pocos días presentarse con su ejército y armada para aniquilarlos [14].

Tales afanes de conquista tenían ya un antecedente. Hideyoshi, sin provocación alguna, se había embarcado unos años antes en la conquista de Corea. Estaba dispuesto a alcanzar Peking, capital del Celeste Imperio, y asentar allí sus reales.

En 1591 llegó a Manila Harada Mangoshichiro –el Faranda de los españoles– emisario de Hideyoshi, exigiendo sumisión al *Taiko*. Las autoridades de Manila se alarmaron. El gobernador, Gómez Pérez Dasmariñas, celebró consejo de guerra y reunió a los superiores de las órdenes religiosas. Enseguida actuó para preparar la defensa de la ciudad. Las dificultades eran grandes. Si enviaban una negativa clara y rotunda se arriesgaban a la invasión del shogun. Por otro lado, no podía aceptarse, de ninguna manera, cualquier tipo de vasallaje.

[13] *Ibidem*, pp. 66 y ss.

[14] J. Cobo, F. Villarroel, *Pien Cheng-Chiao Chen-Ch'uan. Shih-Lu. Apología de la verdadera religión. ¿Primer libro impreso en Filipinas? Testimony of the True Religión. First Book Printed in the Philippines?*, Manila, 1986, p. 22.

Las autoridades españolas de Filipinas no aceptaron la autoridad del «embajador» japonés, puesto que sus credenciales no correspondían a las de un hombre de su categoría. Para ganar más tiempo, decidieron enviar su propio embajador, no tanto para aceptar las condiciones del shogun Hideyoshi, sino más bien para exigir aclaraciones y obtener cartas credenciales apropiadas para un señor tan ilustre.

El hombre nombrado como embajador fue el dominico fray Juan Cobo. De todos los europeos de Filipinas era el mejor sinólogo. Conocía más de tres mil caracteres, a pesar de haber llegado de Méjico a Filipinas en 1588. Es el autor, en opinión de muchos, de la *Doctrina Christiana* y de otros escritos y traducciones del español al chino y del chino al español. Le acompañaban el capitán Lope de Llano, el embajador Harada Mangoshichiro y otros personajes expertos en chino y japonés.

Llegó Cobo a Satsuma en julio de 1592. Era prácticamente el primero en romper el monopolio jesuita en las misiones del Japón. Por tierra se dirigió al encuentro de Hideyoshi, que tenía sentados sus reales en Nagoya, Hizen. Después de cierto tiempo recibió cordialmente a Cobo. El dominico con tacto, pero con firmeza, hizo ver al shogun que el rey de España era el más poderoso señor del universo y que no rendía vasallaje a ningún otro.

Juan Cobo regresó a Filipinas unas semanas más tarde, coincidiendo con una época climática peligrosa, la estación del monzón norteño. El barco, pobre y mal pilotado, chocó contra la costa de Formosa. Cobo pereció en manos de los cortacabezas de la isla.

Una segunda embajada del Japón llegó con la triste noticia de la muerte de Cobo. Estaba encabezada por Harada Kiemon, tío y señor de Harada Mangoshichiro. El gobernador Dasmariñas tampoco le aceptó como embajador oficial. En respuesta a Harada Kiemon, las autoridades españolas enviaron otra nueva embajada encabezada por el franciscano Pedro Bautista junto con tres compañeros. Partieron para la corte de Hideyoshi donde fueron cordialmente recibidos. Hideyoshi tenía sumo interés en atraer a los comerciantes españoles hacia sus puertos.

A pesar de las leyes de persecución existentes en el país contra el cristianismo, promulgadas por el mismo Hideyoshi en 1587, se permitió a Pedro Bautista y a sus compañeros permanecer en el país para establecer su misión en Kyoto. La alegría experimentada por los fran-

ciscanos fue enorme. Celebraron una misa en público como si estuvieran en Roma. Mostraban con ello buen celo pero poca prudencia. Cobo primero, y luego Pedro Bautista lograron frenar los deseos imperialistas del shogun Hideyoshi. Con su muerte, en 1598, desapareció el peligro.

Embajada de Vittorio Ricci a Coxinga (1662)

Otra embajada de gran resonancia en el siglo XVII fue la del dominico fray Vittorio Ricci. Su esfuerzo aparece en conexión con la geopolítica del Extremo Oriente y con los peligros a que se veía expuesta Filipinas por parte de otras potencias de Asia.

Los Manchus pusieron fin a la dinastía Ming en el norte de China en 1645. Poco a poco fueron extendiendo su poder hacia las provincias del sur. Coxinga, uno de los últimos descendientes de los Ming, ayudado por guerreros fieles a la antigua dinastía, resistió largamente en el sur de China y conquistó Amoy. Intentó tomar Nanking en 1653, pero fracasó rotundamente, volviendo su mirada hacia la isla de Formosa. En 1662 conquistó el Fuerte Zelandia y expulsó a los holandeses de la isla. Había entrado en Formosa con un inmenso ejército y miles de barcos de guerra.

Coxinga conocía la situación de Filipinas y sabía lo que había ocurrido a sus conciudadanos en Manila. Envalentonado con su triunfo contra los holandeses en Formosa, envió una embajada a Manila, presidida por el dominico fray Vittorio Ricci, misionerio en Fukien y experto en lengua y cultura chinas. Su llegada a Manila en 1662 no dejó de causar gran consternación. El contenido del mensaje que portaba era el siguiente:

> Vuestro pequeño reino ha maltratado y oprimido a los comerciantes de champanes al igual que lo hicieran los holandeses. Habéis actuado con duplicidad y engaño. Por otra parte, los negocios de la isla de Formosa ya se han solucionado favorablemente. Las tropas entrenadas bajo mi mando se cuentan en centenares de miles, mis barcos en miles y miles. Además, sólo hay un estrecho brazo de mar entre la isla de Formosa y vuestro pequeño reino, de tal manera que izando velas por la mañana podemos llegar ahí por la tarde. Mi primer pensamiento fue ir en persona con mi flota y castigar vuestras malas

obras. Pero después recordé que aunque me habéis dado suficiente causa para estar enfadado con vosotros, en los últimos años habéis manifestado algún signo de arrepentimiento... Así pues he decidido detener la flota en Formosa y enviar en su lugar al padre embajador [15].

Mensaje pavoroso sin duda. El gobernador, don Sabiniano Manrique de Lara, comenzó a trabajar frenéticamente para poner la plaza en estado de defensa. Pero allí tenía frente a él al dominico Ricci, vestido de mandarín y a otros mandarines, ayudantes suyos, que le acompañaban y exigían una respuesta.

Envió de vuelta al mismo padre Ricci con la contundente respuesta de que los españoles no prestarían vasallaje a ningún otro príncipe excepto a su señor el rey de España. Manrique tomó una serie de decisiones trágicas que cambiaron el destino de muchas regiones de Asia.

En primer lugar abandonó las Molucas y llevó a Manila, para reforzar la ciudad, las tropas que habían mantenido en alto el pendón de España contra los holandeses y los musulmanes. Tan pronto abandonaron los españoles las Molucas, los jefecillos nativos se mostraron impotentes para resistir el poder de los holandeses establecidos ya en lo que es hoy Indonesia. Además, el golpe contra el cristianismo fue serio. Muchos de los nativos habían abrazado el cristianismo debido a los esfuerzos llevados a cabo por los misioneros españoles llegados desde Filipinas. Ahora se veían abandonados. El peligro musulmán, unido al peligro calvinista, se cernía sobre ellos. Solamente los habitantes de Ternate, amedrentados con quedar solos en su isla, decidieron en su mayoría retirarse con los españoles a Filipinas.

Otra medida tomada por Manrique de Lara fue abandonar el fuerte de Zamboanga y otros presidios militares en Mindanao. Los moros se envalentonaron y las misiones florecientes de los jesuitas desaparecieron inmediatamente. Los cristianos lutaos, que tanto habían ayudado a España, volvieron progresivamente a su islamismo. Mindanao y el archipiélago de Sulú siguieron el proceso de islamización sin ningún obstáculo. Cuando España regresó, durante la segunda década del siglo XVIII, Sulú y parte de Mindanao tenían, en cierto modo, una «conciencia» islámica. Se había perdido una oportunidad de oro. Cuando los

[15] De la Costa, *op. cit.*, p. 450. La traducción es mía.

jesuitas volvieron a restaurar misiones encontraron que su labor evangelizadora se les hacía más difícil que antes.

Coxinga murió ese mismo año de 1662, antes del regreso de la embajada del padre Vittorio Ricci. Su sucesor, un niño de pocos años, quedó bajo la regencia de Chuye, que aceptó un tratado de paz con los españoles. El 19 de abril de 1663 Ricci volvía a Manila portando las condiciones de paz y amistad entre Formosa y Filipinas. El peligro había desaparecido.

Otra consecuencia trágica para el cristianismo en Filipinas fue la destrucción de las iglesias de los alrededores de Manila, juntamente con los monumentos de piedra. Así cayeron iglesias que habían tardado años en ser construidas, como Malate, Ermita, Parañaque, Bagumbayan (Luneta), Dilao, Binondo, Santa Cruz, Tondo, San Miguel y algunas más. Sus piedras sirvieron para reforzar las murallas de la ciudad. Un misionero jesuita se lamentaba años más tarde: «¿Qué más daños habría hecho el pirata si hubiera llegado a Manila? [16].

[16] Cfr. De la Costa, *op. cit.*, p. 485.

jesuitas volvieron a restaurar misiones encontraron que su labor evangelizadora se les hacía más difícil que antes.

Coxinga murió ese mismo año de 1662, antes del regreso de la embajada del padre Vittorio Ricci. Su sucesor, un niño de pocos años, quedó bajo la regencia de Chuye, que aceptó un tratado de paz con los españoles. El 17 de abril de 1663 Ricci volvía a Manila portando las condiciones de paz y amistad entre Formosa y Filipinas. El peligro había desaparecido.

Otra consecuencia trágica para el cristianismo en Filipinas fue la destrucción de las iglesias de los alrededores de Manila, juntamente con los monumentos de piedra. Así cayeron iglesias que habían tardado años en ser construidas, como Malate, Ermita, Parañaque, Bagumbayan (Luneta), Dilao, Binondo, Santa Cruz, Tondo, San Miguel y algunas más. Sus piedras sirvieron para reforzar las murallas de Intramuros. Un cronista jesuita se lamentaba años más tarde: «Ojalá mis santos habrían hecho lo que la habría llegado a Manila»⁶⁶.

Cfr. De la Costa, op. cit., p. 468.

Capítulo XI

OBSTÁCULOS Y REVESES A LA EXPANSIÓN MISIONERA. LAS GUERRAS HISPANO-HOLANDESAS Y LA PIRATERÍA MORA: 1600-1850

La llegada de Holanda al Oriente

A comienzos del siglo xvii la cristianización de Filipinas estaba bastante avanzada. En 1594 el campo misional se dividió entre las cuatro grandes órdenes que actuaban entonces en Filipinas: agustinos, franciscanos, jesuitas y dominicos. En 1606 llegaron los recoletos. Los filipinos no encontraban grandes dificultades en abrazar la religión cristiana. Significaba para ellos la liberación espiritual y la inserción en la tradición cristiana universal.

Pero a comienzos del siglo xvii aparecen en el horizonte dos fuerzas que ponen en peligro la misma existencia de Filipinas como colonia de España y como pueblo en vías de cristianización. Estas dos fuerzas son Holanda, con su llegada al Oriente, y los moros, que intensificaron sus tropelías contra los nuevos pueblos cristianos.

Los holandeses se presentaron en 1600 en la bahía de Manila. Aunque salieron malparados, se dieron cuenta de que con mejores flotas enviadas de Holanda, patrocinadas por la poderosa Compañía Unida de las Indias, no sólo no sería difícil expulsar a Portugal de las Molucas, sino que podrían asestar un golpe mortal a España y forzarla a abandonar Filipinas para siempre [1].

Comenzaban así lo que en la historia se conoce como guerras hispano-holandesas, que tantos sufrimientos acarrearon a los españoles y

[1] Cfr. A. de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas*, ed. José Rizal, París, 1890, páginas 161-176.

filipinos, pero que pusieron de manifiesto la vitalidad de la naciente colonia y la valentía con que respondieron al peligro holandés.

En 1610, una flota hispano-filipina obtuvo una resonante victoria en la punta de Mariveles. Fue la primera batalla de Playa Honda. Los galeones, tripulados por españoles y filipinos, se batieron con gallardía y destreza contra una flota holandesa más numerosa y mejor armada.

En 1617 lograron otra victoria en la segunda batalla de Playa Honda [2].

Quizá los momentos más críticos para la propia existencia de Filipinas fueron de 1645 a 1646. Holanda, consciente de sus enormes recursos en Europa y de las riquezas que sacaba de Indonesia, preparó cuatro grandes flotas para acabar para siempre con la presencia de España en el Oriente.

Por entonces Filipinas estaba totalmente exhausta. Los soldados españoles eran pocos. Los únicos barcos disponibles eran dos galeones que habían cubierto la línea de Manila-Acapulco durante varios años.

En 1646 los barcos llamados *Encarnación* y *Rosario*, tripulados por marinos españoles y filipinos —estos últimos normalmente pampangos y tagalos— se lanzaron a la mar. Había que romper el bloqueo holandés y dejar paso libre a los champanes chinos hasta Manila. En abril de 1646 obtuvieron otra resonante victoria contra la flota holandesa en la tercera batalla de Playa Honda.

Los holandeses, tozudos y repuestos de su derrota, se acercaron de nuevo a la bahía de Manila. Una vez más los galeones *Rosario* y *Encarnación*, apenas calefateados, con nuevos cañones a bordo, salieron a su encuentro. Entre la flota holandesa y Manila sólo se interponían ellos. Había que jugárselo todo. Los marinos y soldados, con sus oficiales a la cabeza, se encomendaron devotamente a la Virgen del Rosario, que se veneraba en Santo Domingo, recibieron la comunión y se lanzaron a la caza del enemigo. No tardaron mucho en avistarlo. Se iniciaba la batalla final. Durante horas y días no cesó el cañoneo entre los dos castillos marinos, gigantescos y pesados, y los veloces barcos de los holandeses. Los dos galeones resistían magníficamente el impacto de los cañonazos. Las balas enemigas rebotaban en aquellas fortalezas flotantes de *molave*, la reina de las maderas de las ricas selvas de Fili-

[2] Cfr. De la Costa, *The Jesuits*, pp. 337-339.

pinas. Eran los acorazados de entonces. Los españoles atacaban con certeza a los barcos holandeses. La victoria española-filipina fue completa y total. Los barcos holandeses, maltrechos y castigados, no pararon hasta Batavia, en Indonesia. Manila y Filipinas se habían salvado.

Los vencedores volvieron a Manila. Tan pronto tocaron tierra se dirigieron devotamente en procesión a la iglesia de Santo Domingo. Dada la enorme diferencia de medios entre los españoles y los holandeses y dada su resonante y completa victoria contra un enemigo *calvinista* y *hereje*, no pudieron por menos de adjudicar a la Virgen, bajo cuya invocación del Rosario habían siempre rezado, su victoria. Habían luchado en defensa del *catolicismo* —la ortodoxia—. La victoria significaba el triunfo de la fe frente a la herejía. Precisamente por este motivo, desde entonces surge la procesión conocida como *La Naval de Manila*, reina todavía hoy de todas las procesiones [3].

Ésas fueron las últimas batallas que España y Holanda libraron en Asia. En 1648 se firmó en Europa el *Tratado de Utrecht*. Holanda era reconocida por España como nación independiente. En Oriente, España seguiría con la pacífica posesión de Filipinas.

Efectos de la guerra hispano-holandesa

Los filipinos sufrieron más que nadie las consecuencias de una guerra tan larga y cruel. Los barcos españoles que participaron en la guerra se construyeron en Filipinas. De Filipinas salieron los mayores barcos que la humanidad había conocido hasta entonces, barcos gigantes, de tamaños inauditos, verdaderas fortalezas flotantes. Miles y miles de filipinos trabajaban continuamente, en un esfuerzo sobrehumano, para mantener la seguridad de la propia isla. No puede negarse que el peso caía más pesadamente sobre ellos.

Eran tiempos duros para todos. El obispo de Manila, Miguel García Serrano (1619-1635), en una carta al rey, reconoce los abusos cometidos contra los filipinos y se queja amargamente. Pero también manifiesta, sin embargo, que es algo inevitable mientras se mantenga la amenaza holandesa.

[3] Cfr. De la Costa, *op. cit.*, pp. 405-407.

Uno de los efectos más negativos de la guerra hispano-holandesa fue el abandono de Mindanao y la continua preocupación con las Molucas. Así leemos en un autor:

> El esfuerzo llevado a cabo para conquistar y controlar las Molucas nos ha separado del trabajo de someter y pacificar la isla de Mindanao, a pesar de su cercanía a las islas Visayas y a pesar del hecho de que sus habitantes anualmente salen en expediciones predatorias a esclavizar a los indios visayas. Es este un gran obstáculo a la conversión y al progreso de nuestras misiones, porque estos rumores tan extendidos y la destrucción que causan por las guerras y correrías, imposibilitan el traer más gente a vivir en pueblos, o asegurar aquellos que ya se han establecido. Nuestros pueblos, distribuidos por todas las islas, son muy numerosos. Las fuerzas navales pocas. Así pues el enemigo con gran facilidad sale en sus correrías y coge prisioneros donde le da la gana, mientras que nuestras patrullas llegan demasiado tarde, o no son capaces de alcanzar al enemigo que huye lleno de botín. Debido a esto los nativos amigos nuestros están afligidos y son abusados tanto por los enemigos como por los españoles. Así pues nuestros misioneros deben ejercitar su paciencia; su trabajo es muy efectivo, consolando y animando a esta pobre gente, intentando conservar su lealtad a España con promesas de mayor protección, y con hacerles progresar en la vida cristiana [4].

Es digna de admirar, durante el período de la guerra hispano-holandesa, la fidelidad del pueblo filipino a la causa de España y a la causa de la religión católica. Varias veces intentaron los holandeses incitarlos al levantamiento contra España. Nunca lo consiguieron. Lucharon por su religión y lucharon, bajo el liderazgo de los misioneros, por mantenerse fieles a España [5]. Signo claro de la madurez que el pueblo filipino estaba adquiriendo.

[4] Cfr. Archivum Romanum Societatis Iesu, *ARSI, Phil.*, 11, 32v, *Carta de Gregorio López, S.J., al General Claudio Aquaviva*, junio 14, 1612, citada en Schumacher, *op. cit.*, p. 95.

[5] Cfr. Murillo Velarde, S.J., *Historia*, f. 127.

Las guerras moras en Filipinas (1600-1850)

En época de la llegada de España con Legazpi, el islamismo había establecido pequeñas áreas de influencia en el archipiélago filipino. Las islas adyacentes a Borneo, que hoy componen el archipiélago de Sulú, y algunas zonas de la gran isla de Mindanao, habían abrazado el islamismo hacía ya cierto tiempo.

El islamismo había alcanzado el archipiélago de Sulú, con su isla principal de Joló, quizá a mediados del siglo XIV. Las *Tarsilas*, o tradiciones escritas, hablan de visitantes de Arabia y de Asia que llevaron el islamismo a esas islas. No puede negarse que en el tiempo de Legazpi, Sulú estaba ya bastante islamizado. Existía el Sultanato de Joló y los habitantes de las islas tenían una cierta conciencia de pertenecer a la religión universal del Islam [6].

En la isla de Mindanao el islamismo era más reciente, pues se inició a principios del XVI. La zona donde la presencia islámica era más fuerte era Magindanao, en la actual provincia de Maguindanao, a lo largo de las márgenes del río Pulangi, llamado por los españoles *Río Grande* de Mindanao. Había dos sultanatos, el de Magindanao, con su capital en lo que es hoy más o menos Cotabato City, y el Sultanato de Buayan, río arriba, cerca del municipio de Dulawan.

Quitando, pues, esas pequeñas regiones, el resto de Mindanao era totalmente pagano. Es decir, el 90 por ciento de los habitantes de la isla nunca había oído hablar del Islam ni de Mahoma. No se distinguían en nada del resto de los habitantes de Filipinas, Mindanao, cuando llegaron los españoles, no era musulmán.

Primeros intentos de conquista de Mindanao

Miguel López de Legazpi, el conquistador y pacificador de Filipinas, incorporó oficialmente Mindanao al resto de las islas en 1571. Pero fue una incorporación téorica.

[6] Cfr. C. Majul, *Muslims in the Philippines*, Quezon City, 1973, pp. 13-24. Cfr. Najeeb M. Saleeby, *Studies in Moro History, Law and Religion*, Manila, Filipiniana Book Guild, 1976, pp. 12-66.

El primer intento formal y serio de conquistar Mindanao y anexionarlo al resto de las islas Filipinas, conquistadas ya y pacificadas por los españoles, ocurrió a finales del siglo XVI por medio de Esteban Rodríguez de Figueroa, un veterano de Legazpi. En 1596 partió de Iloilo para Mindanao. Desgraciadamente, a los pocos días de su llegada, y casi antes de comenzar las hostilidades abiertamente, un valiente moro, que se había juramentado con un compañero, hirió mortalmente a Rodríguez de Figueroa, causándole la muerte dos días después.

Muerto el jefe, los expedicionarios españoles se retiraron hacia las Visayas, en busca de lo que creían que eran barcos ingleses merodeando por las islas centrales de Filipinas. Los barcos extranjeros resultaron ser holandeses. En Filipinas empezaban ya las guerras hispano-holandesas.

La retirada de los españoles fue interpretada por los moros de Magindanao y Sulú como una falta de poder militar para someterlos y llegando aún más lejos, como una falta de voluntad, una huida ante la resistencia que ellos les habían ofrecido en la región del Río Grande y de Joló. El abandono de Mindanao tuvo repercusiones inmediatas.

En 1599, una confederación de Magindanao, bajo Sirongan, sultán de Buayan, y Salikula, sultán de Magindanao mismo, con apoyo del sultán de Joló, salió hacia las costas de Cebú, Negros y Panay. Los daños que causaron fueron enormes. Volvieron a sus tierras cargados con el botín y casi mil personas, a lo que había que añadir muchos muertos que dejaron detrás [7].

No vamos a describir aquí la historia de todas las expediciones piráticas de los moros durante el largo período que duraron (1600-1850). Se necesitarían páginas y páginas para narrarlas. El fondo de la cuestión puede verse en el sabio musulmán filipino César Majul, que es quien mejor ha escrito sobre el tema, aunque su enfoque vaya en defensa de los moros del sur de Filipinas [8].

Si España se hubiera establecido en Cebú al principio de la conquista, como algunos deseaban, con miras a la posesión de las Molucas, no es difícil pensar que Mindanao hubiera sido conquistado ya en

[7] Cfr. A. de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas*, ed. W.E. Retana, Madrid, 1909, pp. 97-98. Schumacher, *op. cit.*, pp. 93-94.

[8] Cfr. Majul, *op. cit.*, pp. 107-316.

el siglo XVI. Pueblos tan valientes como los moros, y mejor organizados, habían sido conquistados por pequeñas fuerzas militares españolas. La decisión de establecerse en Manila, al olor de las mercancías de China y movidos los misioneros por lo que se puede llamar el «cebo» de China, hizo que el sur de Filipinas no gravitara, en principio, hacia Manila como el resto del país.

Las consecuencias de esta falta de visión inicial las pagarán con creces los pueblos de Visayas, del norte de Mindanao e incluso, con cierta frecuencia, muchos del sur de Luzón. Lo pagaron con muchos sufrimientos los misioneros recoletos y jesuitas, colocados en el corazón de la zona de acción pirática.

Medidas contra la piratería mora

El gobierno español, con frecuencia, tenía que atender tantas cuestiones que no podía mandar auxilio a los pueblos del sur. Entre 1637 y 1638, con el gobernador don Sebastián Hurtado de Corcuera, obtuvo España la sumisión final de Mindanao y de Joló [9]. Pero sus conquistas militares no se consolidaron con adquisiciones territoriales y creación de puestos de defensa.

No puede negarse que fueron los misioneros los mejores defensores de los pueblos filipinos expuestos a los ataques de los musulmanes. Eran hombres de frontera, intuían el peligro y, sobre todo, amaban al pueblo. En las zonas de mayor riesgo los misioneros establecieron torres vigías desde donde con señales especiales durante el día y durante la noche anunciaban la proximidad del enemigo, es decir, si había *moros en la costa*. Usamos la expresión *moros en la costa*, porque no puede ser aquí más verdadera. Bien recordaban esos misioneros las depredaciones de los moros del norte de África, de Berbería, y los miles de cristianos que durante el Medioevo y Renacimiento habían sido hechos cautivos y gemido en las mazmorras esperando su rescate. Aquí en Filipinas se oía el mismo grito, *moros en la costa*, y empezaba el terror. Nadie se ha distinguido tanto en la historia de Filipinas como el agustino Julián Bermejo, quien en el siglo XIX estableció en la isla de

[9] Cfr. De la Costa, *op. cit.*, pp. 384-389.

Cebú una serie de torres que demostraron ser medio efectivo de defensa contra los piratas [10].

En las zonas de riesgo, los misioneros construyeron fuertes que siguen causando admiración por su solidez y su capacidad. Con ellos llegaba la experiencia y el conocimiento de las construcciones romanas de su patria, de los castillos que también contra los moros había construido Castilla para liberarse del peligro musulmán. En Filipinas los recoletos destacan por encima de todos puesto que, junto con los jesuitas, eran los más expuestos a los ataques moros. Cuando los jesuitas fueron expulsados de Filipinas en 1768, los recoletos quedaron como únicos misioneros en todo Mindanao y en muchas islas de las Visayas. En la actualidad se conservan fuertes en la isla de Siargao y en Tandag, Surigao, Bislig y Butúan, todos en la isla de Mindanao.

El padre Agustín de San Pedro construyó un fuerte hasta en el lago Lanao contra los musulmanes de esa región. En la isla de Palawan, larga y abierta a los cuatro mares, los recoletos construyeron fuertes en Taytay, Agutaya, Cuyo y Calamianes. Son obra de los agustinos los de la isla de Cebú, tales como Talisay, Argao y Boljoon, y los de Cagayancillo, en Antique.

Muchos misioneros no se contentaron con la fortificación y la defensa sino que pasaron al ataque. Algunos de ellos, que la historia nos ha dejado como ejemplos de buenos soldados, organizaron a sus cristianos en pequeños ejércitos y salieron al campo de batalla a luchar contra los moros.

El primero cronológicamente, y el más famoso, es el ya mencionado Agustín de San Pedro, conocido en Filipinas como *El Padre Capitán.*

Desde niño se inclinó por el estudio de las artes militares. Y bien le vinieron, puesto que llegado a Filipinas hacia el año 1622, fue asignado a la región de Caraga, en el noreste de Mindanao, hoy provincia de Surigao, totalmente indefensa ante los moros. Trabajó con celo allí y después en Butuan, Agusan del Norte. Cansado de tanto expolio y del impedimento que eso suponía para la propagación y consolidación del cristianismo, comenzó a organizar militarmente a sus fieles. Tras-

[10] Cfr. L. Ruiz, *Sinopsis histórica de la provincia de San Nicolás de Tolentino de la orden de agustinos recoletos*, Manila, 1925, p. 328. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 205.

ladado al pequeño pueblo de Cagayán de Oro pronto se enfrentó militarmente con los seguidores de Kudarat, sultán de Magindanao y líder de una confederación de moros. Conocido por los españoles como Cachil Corralat, llegó a ser el más famoso sultán de Filipinas de todos los tiempos. En varias ocasiones el Padre Capitán cruzó sus armas con los soldados de Kudarat y salió victorioso. Sus conocimientos militares no cayeron en saco roto.

Otro misionero guerrero fue el jesuita Francisco Ducós [11]. Su actividad está relacionada con la triste historia del sultán de Joló Alimuddin [12]. Valiente por naturaleza e hijo de un coronel, el padre Ducós organizó la defensa de Iligan contra más de dos mil guerreros moros que asediaron la ciudad durante dos meses. Obtuvo una victoria completa. Limpió de piratas el golfo de Panguil.

Otro fraile soldado fue el agustino Julián Bermejo, mencionado en páginas anteriores. Fue misionero en el sur de Cebú, concretamente en Boljoon y Argao. Construyó pequeños barcos de guerra, llamados *barangays*, montando en ellos algunas *lantakas* y salió a mar abierta en busca del enemigo. Inspiraba este fraile agustino tanta confianza en sus soldados cristianos que, según parece, iban a la guerra como si fueran a una fiesta. Mientras vivió el padre Bermejo, los moros no se atrevieron a volver a las costas de Cebú [13].

Hay más misioneros que se distinguieron como valientes guerreros y defensores del pueblo. No los mencionaremos puesto que los arriba citados sirven ya como botón de muestra. Extraño camino que la necesidad hizo seguir a estos hombres que se hicieron religiosos para seguir la llamada de Jesucristo, el príncipe de la paz.

[11] Cfr. M. Bernard, S.J., «Father Ducos and the Muslim Wars, 1752-1759», *Philippine Studies*, 16, 1968, 690-728.

[12] Cfr. De la Costa, S.J., «Muhamad Alimuddin I Sultan of Sulu, 1735-1773»: Asia and the Philippines, Manila, 1967, pp. 81-114.

[13] Cfr. E. Pérez, O.S.A., *Catálogo bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de las Islas Filipinas*, Manila, 1901, p. 377. Cfr. Fernández, *op. cit.*, p. 208.

Diplomáticos jesuitas: embajadores de paz en tierra de moros

El primero que debemos mencionar es el padre Melchor Hurtado [14]. En 1603, durante uno de los grandes ataques piráticos de los moros en Magindanao, el padre Hurtado fue hecho prisionero en Dulag, Leyte, por Buisan, sultán de Buayan. Trasladado a Magindanao, tardaron un año en rescatarle, y volviendo en 1604 a Cebú. No permaneció mucho tiempo allí, pues el gobernador don Pedro Bravo de Acuña, que había preparado una gran expedición para conquistar las Molucas, le envió en 1605 a parlamentar con los sultanes de Magindanao y Buayan, para establecer un tratado de paz. Después de muchas discusiones, y una vez que los moros del Gran Río reconocieron el triunfo de las armas españolas en Ternate y en el resto de las Molucas, aceptaron las condiciones de paz que el padre Hurtado les presentó. Volvió a Cebú en 1606 y se encontró con la triste noticia de que el gobernador Acuña, que había vuelto victorioso de Molucas, había muerto en Manila. Don Pedro de Acuña había comentado que prefería al padre Hurtado más que a cien soldados [15].

Otro jesuita que se adentró con frecuencia en tierras de moros fue el padre Pedro Gutiérrez, bien en busca de trabajo directamente misional, o como embajador de paz por parte del gobierno español. Fue el fundador de la misión de Dapitan, habitada por filipinos boholanos. Al establecerse la misión de Zamboanga en 1635, se convirtió en su primer rector. Fecha memorable en los anales de las misiones jesuíticas en Mindanao. Fue enviado por el gobernador de Filipinas a la corte del sultán Kudarat, en Magindanao, y acordó con él un tratado de paz en 1640 que duró bastantes años. También fue enviado por el gobierno al sultanato de Joló, con el mismo objetivo. Aunque se ganó la amistad del sultán y pudo liberar ciertos prisioneros, no consiguió la firma del tratado de paz con los joloanos. En más ocasiones fue enviado a tratar con los moros con la esperanza de lograr una paz duradera con ellos [16].

[14] Cfr. De la Costa, «A Spanish Jesuit among the Magindanaos», *Proceedings of the International Conference of Scholars*, November 25-30, 1960, Manila, The Philippine Historical Association.

[15] Cfr. Saderra Maso, S.J., *Misiones jesuíticas en Filipinas*, Manila 1924, p. 33.

[16] Cfr. De la Costa, *op. cit.*, pp. 385-388. Saderra Masó, *op. cit.*, pp. 33-34. P. Fernández, *op. cit.*, p. 309.

Pero el jesuita más famoso y de mayor influencia entre los moros de Mindanao y Joló, fue el padre Alejandro López. Misionero veterano en Filipinas, el gobierno español de Manila le pidió repetidas veces que fuera su embajador tanto en Magindanao como en Joló.

Las grandes conquistas militares de don Sebastián Hurtado de Corcuera en 1637 y 1638, que determinaron la incorporación de Magindanao y Sulú a la corona de España, no sirvieron, a la larga, para nada. En 1645 las cosas habían casi vuelto a su punto de partida. Magindanao estaba en manos de Kudarat y Joló en manos de Bongsu, quizá los dos más famosos sultanes en la historia de Filipinas. El gobernador don Alonso Fajardo, a su llegada a Filipinas, manifestó su deseo de mantener la paz con los príncipes musulmanes del sur. En 1645 envió al padre López a la corte de Kudarat para establecer un tratado de amistad.

Consiguió todo lo que se propuso. En abril de 1645 se firma el pacto por el cual Kudarat, sultán de Magindanao, y Atienza, el representante del gobierno de España, prometían amistad eterna entre los dos pueblos y la libertad de mutuo comercio entre sus gentes. Con respecto a la predicación del cristianismo, los misioneros podrían moverse con libertad completa. El tratado incluía la construcción de una iglesia en la capital Simuay [17]. Parecía el final de la guerra entre musulmanes y españoles".

El gobierno español incluyó al padre López en otra misión diplomática, pero esta vez dirigida a Joló, donde Bongsu parecía dispuesto a dar un golpe contra la guarnición española. En 1646 el padre López, con gran tacto diplomático y con un esfuerzo enorme, incluso arriesgando su vida, convenció a Bongsu de la necesidad de establecer la paz definitiva entre España y Joló, en un momento en que Holanda ofrecía a los moros condiciones positivas de mutua colaboración.

Hacia 1650, una vez más, se vio obligado a acudir a la corte de Kudarat, para tranquilizarle por ciertos excesos cometidos por las tropas españolas que, desde Caraga, habían perseguido a quienes se habían solidarizado con la rebelión de Sumoroy contra España en 1649

[17] Para la historia de este tratado de paz y de todas las relaciones entre España y los sultanes del sur ver E. Combes, S.J., *Historia de Mindanao y Joló*, edición de W.E. Retana, Madrid, 1897, pp. 443-447. Murillo Velarde, *Historia*, pp. 234a-235b. Cfr. Majul, *op. cit.*, pp. 155-161. De la Costa, *op. cit.*, pp. 442-450.

y 1650. Una vez más el padre López convenció totalmente a Kudarat. Concluida su embajada, volvió a ser el misionero celoso de siempre.

Pero aún no habían terminado sus servicios diplomáticos. En 1655 Kudarat, y los musulmanes de Joló, parecían recelosos con las condiciones impuestas por los tratados firmados hacía ya diez años. La vida de paz y tranquilidad no les satisfacía. El nuevo gobernador de Filipinas, don Sabiniano Manrique de Lara, pidió al padre López que fuera a la corte de Kudarat en Simuay para aclarar los problemas en contención. Ya en Zamboanga los cristianos lutaos, recién convertidos de su islamismo superficial por los jesuitas, le rogaron no lo hiciera. Llevando con él un padre joven, Juan Montiel, y otros acompañantes, llegó a la corte de Kudarat en 1655.

Las cosas habían cambiado de rumbo. Kudarat se negó a recibirle. Sólo por la insistencia de López cedió de mala gana el sultán. Kudarat encontró la carta del gobernador español demasiado pretenciosa. En el curso de la entrevista fue amenazado de muerte por Kudarat, que blandió su kris repetidas veces. Parece que el padre López, siguiendo instrucciones del gobernador español, había echado en cara a Kudarat el incumplimiento del tratado. No había permitido la construcción de una iglesia en su capital. Kudarat, lleno de cólera, preguntó al padre López si venía como embajador o como misionero. Como embajador, respondió, pero no podía negar que era sacerdote y misionero. Todo se arreglaría, continuó el padre López, si Kudarat y todos sus súbditos abrazaban el cristianismo. Todo se reducía a esa simple proposición. Kudarat montó en cólera incontrolable. Amenazado de muerte por Kudarat, el padre López confesó que sería un gran privilegio morir mártir por la fe.

En esta ocasión no hubo tratados de paz. El padre López y sus compañeros fueron también a Buansa, la corte del sultán Balatamay. En medio de la conversación entre López y Balatamay, unos guerreros traspasaron al jesuita con una lanza. Postrado en el suelo, le remataron con dos golpes de *kampilán*. Lo mismo hicieron con el padre Juan Montiel y con muchos de los acompañantes españoles y lutaos.

El López sacerdote había prevalecido sobre el López diplomático. Su celo, justificado desde su punto de vista, pero considerado como una provocación por Kudarat y Balatamay, pasó a ser ahora un obstáculo para la paz. Kudarat, en carta oficial al gobierno español, acusó a Balatamay de ser responsable del crimen. Los españoles siempre estuvieron convencidos de que Kudarat había sido el instigador.

El fracaso del padre López supuso la vuelta de las depredaciones de los moros. En 1662, para complicar aún más las cosas, Coxinga amenazó con invadir Filipinas. El gobernador, don Sabiniano Manrique de Lara, en un momento de ofuscación, mandó abandonar Ternate, en las Molucas y entregar el fuerte de Zamboanga a los cristianos lutaos. Todas las fuerzas se concentraron en Manila. Fue un golpe terrible para la futura misión y conquista del sur de Filipinas, pero las necesidades geopolíticas así parecían requerirlo. Cuando España volvió a Mindanao, a Zamboanga, en 1717, los moros tenían plena conciencia islámica. Su gobierno había evolucionado hacia una centralización mayor y la conquista se hacía cada vez más difícil. Sólo cuando España se vio libre de las colonias de América, a mediados del siglo XIX, pudo poner los recursos necesarios para conquistar el resto de Filipinas.

Efectos de las depredaciones moras

Una guerra tan larga no podía por menos que causar efectos negativos a ambas partes. Por eso dijimos que este capítulo era el más triste de la historia filipina.

Una secuela clara fue la destrucción de pueblos y comunidades costeras en Filipinas, sobre todo en el norte de Mindanao, en todas las islas Visayas y en algunas zonas costeras del sur de Luzón. Año tras año, durante casi doscientos cincuenta, los musulmanes de Magindanao y Joló, y los aún más terribles piratas llamados *Camucones*, causaron bajas enormes en la población. No hay estadísticas de los filipinos que fueron violentamente arrancados de sus pueblos, sin contar los muchos muertos, pero puede calcularse en unos mil cada año. Es ésta una cifra sobrecogedora, pues alcanzaría el número de doscientos cincuenta mil. Esto sin contar los miles de caídos durante los ataques sorpresa. Fue una sangría enorme, sobre todo para un país escasamente poblado por entonces.

La despoblación fue otra secuela. Para evitar ser esclavizados por los moros, muchos de los nativos filipinos se escaparon al monte. Allí, lejos de la influencia cristiana y del apoyo de la justicia gubernamental se convirtieron en seres intratables y feroces. Son conocidos en la historia como los *remontados*, o usando una palabra filipina, los *cimarrones*. Algunos llegaron a ser peores que los mismos salvajes. Pasados los

años, no quedaba más remedio que comenzar de nuevo el trabajo con ellos [18]. En ciertos casos se les juntaron los escapados de la justicia, los criminales comunes y otros que preferían la libertad de la selva a la vida organizada y civilizada del pueblo. Muchas veces, todo lo que se había logrado con tanto trabajo y a través de largos años, se venía abajo de la noche a la mañana.

Las pérdidas de iglesias, casi siempre por el fuego, los cálices y objetos sagrados robados, las imágenes destruidas y profanadas no tienen número. Una lectura de las cartas de los jesuitas misioneros en Visayas y Mindanao permite valorar la terrible pérdida. Esto ocurría en un país pobre, donde muchas veces las imágenes religiosas venían de Méjico y, con frecuencia, de la misma Europa. Las expoliaciones fueron un rudo golpe a la civilización en Filipinas y al progreso del cristianismo en Mindanao y Visayas.

Los misioneros forzados a ir a tierras de moros no fueron tan numerosos, si se miden en relación al total de los que actuaban en zonas de peligro. Pasadas las primeras décadas, adquirieron más cautela y además los fieles les ayudaban a huir. Pero tenemos testimonio histórico de muchos que murieron violentamente asesinados por los piratas. Otros murieron valientemente, defendiendo con las armas en la mano a sus fieles y en defensa de su propia vida. Otros, debido a los sufrimientos padecidos y al continuo sobresalto en que vivían, perdieron el uso de la razón y murieron rematadamente locos [19].

Con una pérdida tan considerable de gente, que solía coincidir con los más fuertes del pueblo, las familias quedaban rotas para siempre. En Filipinas se planteó el serio problema moral de permitir otro casamiento a aquellas personas cuyos esposos o esposas habían sido esclavizados por los moros. La Iglesia decidió que no podía permitirse sin cerciorarse de la muerte del cónyuge [20]. Así lo estableció el Concilio Provincial de Manila de 1771, pero lo que parecía simple en el papel era extremadamente difícil en la realidad. Era imposible llegar a tener seguridad moral de la muerte del cónyuge. Entonces ¿qué hacer? Los problemas pastorales fueron terribles.

[18] Cfr. J. de la Concepción, O.R.S.A., *Historia general de Filipinas*, 14 vols., Manila, 1788-1792, 8, pp. 137-144.

[19] Cfr. *ibidem*, 13, pp. 6-9. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 111-112.

[20] Cfr. P. Bantigue, *The Provincial Council of Manila*, 1771, Washington, The Catholic University of America, 1957, p. 123.

Los misioneros secuestrados por los moros fueron bien tratados en general. Como esperaban obtener un fuerte rescate por ellos, les solían dar buena comida y buen trato. Además, el musulmán siempre fue muy respetuoso con el hombre de Dios. El misionero, aunque no fuera musulmán, no dejaba de ser un hombre consagrado al servicio de Dios. En el islamismo se considera una gran virtud, digna de todo encomio.

Quizá convenga mencionar aquí como ejemplo el caso del padre Melchor Hurtado, de quien ya hemos hablado, y quien tuvo ocasión de relatar su prisión en Magindanao. Nos cuenta:

> ...y entre otras muchas cosas me preguntaron si quería ser bautizado y recibir su ley, porque muchos de ellos tenían un gran celo de su religión. La respuesta que les di, y lo mismo a Buisan, en varias ocasiones, fue que yo ya era cristiano, y que por mi parte me sentiría más feliz bautizándolos a ellos, si así lo deseaban. Me contestaron que si no quería ser bautizado libremente, me forzarían. Les contesté que no podían hacer violencia a mi voluntad, aunque eran libres de degollarme y bautizarme en mi propia sangre. Dijeron que yo era muy valiente, sin embargo, conocían algunos españoles que habían apostatado. Esa era la realidad, porque había dos de ellos en el área del Río Grande. Les contesté que personalmente y por herencia yo era tímido, cobarde y de poco valor, como ningún otro, pero con la gracia y el favor de Dios, sentía la suficiente fuerza para tolerar lo que había dicho en testimonio de la fe verdadera que profesaba. Añadí que si por casualidad había españoles que habían apostatado, no eran más que sombras de españoles, indignos cristianos y cobardes soldados de Cristo. Me replicaron que yo tenía toda la razón del mundo, porque también entre ellos, los musulmanes dignos de su nombre, prefieren morir antes que negar su religión [21].

Lo más trágico para ambas partes, es decir, para los cristianos filipino-españoles y para los filipino-musulmanes, era no saber nunca cuándo el enemigo iba a atacar. Podían un día recogerse tranquilamente y despertar al día siguiente prisioneros del enemigo. El miedo a perder la libertad era su constante espada de Damocles.

[21] Hurtado, *ARSI*, Phil. 10, 167. La traducción española es mía, tomada del texto inglés de De la Costa, *The Jesuits*, p. 296.

Los misioneros, secuestrados por los moros, fueron bien tratados en general. Como esperaban obtener un fuerte rescate por ellos, les solían dar buena comida y buen trato. Además, el musulmán siempre fue muy respetuoso con el hombre de Dios. El misionero, aunque no fuera musulmán, no dejaba de ser un hombre consagrado al servicio de Dios. En el islamismo se considera una gran virtud, digna de todo encomio.

Quizá convenga mencionar aquí, como ejemplo, el caso del padre Melchor Hurtado, de quien ya hemos hablado, y quien tuvo ocasión de relatar su prisión en Mindanao. Nos escribe:

[illegible] religión. La respuesta que les di, y lo mismo a Kudarat en varias ocasiones, fue que yo ya era cristiano, y que por mi parte me sentiría más feliz bautizándolos a ellos, si así lo deseaban. Me contestaron que si no quería ser bautizado libremente, me forzarían. Les respondí que no podían hacer violencia a mi voluntad, aunque eran libres de degollarme y bautizarme en mi propia sangre. Dijeron que yo era muy valiente; sin embargo, conocían algunos españoles que habían apostatado. Era cierto, porque había dos de ellos en el área del Río Grande. Les contesté que personalmente y por herencia yo era tímido, cobarde y de poco valor, como muchos otros, pero que la gracia y el favor de Dios, serían la suficiente fuerza para tolerar lo que fuese necesario en testimonio de la fe verdadera que profesaba. Añadí que si por casualidad [illegible] españoles, [illegible] soldados de Cristo [illegible] mundo, [illegible] nombre [illegible][8].

Lo más trágico para ambas partes, [illegible] filipinos españoles, y para los filipinos [illegible] cuando el enemigo iba a atacar [illegible] te y despertar al día siguiente prisioneros del enemigo. El miedo a perder la libertad era su constante espada de Damocles.

[8] Hurtado, [illegible] Ibid. [illegible] inglés de De la Costa, The Jesuits, p. 296.

Capítulo XII

EL CLERO NATIVO EN FILIPINAS. EL PROBLEMA DE LA VISITA DIOCESANA Y DE LA SECULARIZACIÓN

El clero secular en Filipinas durante los siglos xvi y xvii

El primer sacerdote secular que pisó suelo filipino fue don Pedro de Valderrama. Lo único que sabemos de él lo cuenta el cronista de la expedición de Magallanes, Antonio de Pigafetta. Pedro de Valderrama aparece bautizando al rajah de Cebú, Humabon, y a su esposa. Humabon recibe el nombre de Carlos, en honor del Emperador Carlos V, y su esposa el de Juana, en honor de la madre del rey de España, Doña Juana.

El segundo sacerdote secular de que nos habla la historia, y ya con más detalle, es don Juan de Vivero, que llegó a Filipinas en 1566, en el galeón *San Jerónimo*, primer barco de socorro llegado a Filipinas. Don Juan fue un sacerdote ejemplar, según lo presenta Salazar, primer obispo de Filipinas. En una carta fechada en 1582 da un retrato moral de los sacerdotes seculares que había en Filipinas a su llegada. Encontró seis y a él le habían acompañado cinco más. Quien había servido más y mejor a la comunidad española era don Juan de Vivero [1].

Salazar, con los once clérigos con que contaba en 1581, trató de cubrir todas las necesidades de la catedral de Manila y de las parroquias de españoles, especialmente en Iloilo-Arévalo, Nueva Cáceres-Naga, Villa Fernandina-Vigan, Nueva Segovia-Lal-lo y la ciudad del Santo Niño de Cebú. Uno de esos clérigos, el primer deán de la cate-

[1] Cfr. «Carta de Domingo de Salazar al rey Felipe II sobre la situación de la Iglesia en Filipinas, 20 de junio, 1582», en *AGI*, Filipinas 74.

dral de Manila, don Diego Vázquez de Mercado, llegó a ser el tercer arzobispo de Manila (1610-1616). Fue un digno sucesor de Salazar y de Miguel de Benavides.

Proyecto de un colegio de nativos en Filipinas

Desde un principio Salazar deseaba realizar un proyecto muy cercano a su corazón. Se trataba de erigir un colegio donde estudiaran los hijos de españoles nacidos en Filipinas, conocidos en la historia como los *criollos*, los mestizos españoles-filipinos, los mestizos chinos-filipinos y los indios puros, es decir, los malayos, hijos de la aristocracia filipina, llamados por algunos historiadores filipinos los *lakans* [2].

Por varias razones, en especial porque en 1585 la labor evangelizadora y civilizadora estaba todavía comenzando, nada pudo hacerse entonces.

Los jesuitas vuelven sobre ello otra vez en 1595. El gobernador, don Luis Pérez Dasmariñas, calculó una cantidad para el establecimiento del colegio de nativos, pero al final el dinero no se obtuvo y nada se hizo en concreto. Es el último esfuerzo que registra la historia en favor de la fundación del colegio de nativos filipinos.

Si examináramos las causas por las que no se cumplió el proyecto, y por qué se encontró todas las puertas cerradas, nos conduciría demasiado lejos.

La experiencia de Méjico

En nuestra opinión, nada incidió tanto sobre los primeros misioneros frailes en Filipinas como lo que se conoce en historia *como la experiencia de Méjico.* Muchos de los pioneros del cristianismo en Filipinas pasaron muchos años en Méjico. Se habían sumergido en la problemática que surgió en el país y, al llegar a Filipinas, como hombres de frontera, estaban ya marcados por esa experiencia.

[2] Cfr. L.P.R. Santiago, *The Hidden Light: The First Filipino Priests,* New Day Publishers, Quezon City, 1987, p. 8.

En 1536, apenas pasados 15 años de la conquista de Méjico, se abrió el colegio de Santiago de Tlatelolco, donde los hijos de la nobleza mejicana iniciaron su educación. El colegio quedó en manos de los franciscanos. De él se esperaba salieran los líderes de la nación y los de la nueva Iglesia en América. En seguida los sueños de los españoles se vinieron abajo. Algunos misioneros de Méjico, defensores de los derechos de los indios contra los abusos de los españoles, se dieron cuenta de que los nativos mejicanos no respondían a las esperanzas en ellos puestas. Algunos años después de la apertura del colegio, el arzobispo de Méjico, don Juan de Zumárraga, franciscano noble y santo, escribía al rey comunicándole que los mejores estudiantes sentían más inclinación por la vida matrimonial que por el sacerdocio. La expresión en latín, tantas veces impresa es muy significativa: *magis tendunt ad nuptias quam ad continentiam* [3].

La frase en labios del arzobispo no indicaba desprecio alguno, sino la aceptación de un hecho real. La vocación hacia el sacerdocio, implicaba una serie de exigencias que los nativos de Méjico no podían, al menos de momento, sobrellevar. No debemos olvidar que, tanto Zumárraga, como sus compañeros misioneros en América, eran hijos de una iglesia reformada en España. El movimiento reformista tomó cuerpo en todo el mundo cristiano con el Concilio de Trento. El celibato era algo esencial a la vocación sacerdotal. Los misioneros, por otra parte, eran frailes, herederos de una idea sacerdotal que cuadraba más con la vida monacal que con el sacerdocio en general. El concepto que tenían del sacerdote era elevadísimo.

Los nativos no manifestaban tampoco gran amor por las letras, en claro contraste con los frailes residentes entonces en Méjico. Éstos ponderaban el amor a las letras y al saber divino y humano, como fieles portadores de la ciencia del medievo pues habían estudiado, la mayoría, en las más famosas universidades de España.

La experiencia de Méjico «marcó», y ésta es la palabra, a los misioneros para siempre. Aquí radica el problema.

A la luz de esa experiencia tan negativa, los concilios celebrados en América comenzaron a legislar en contra de la ordenación de nati-

[3] «Carta al Emperador Carlos V», en M. Cuevas, S.J., *Documentos inéditos del siglo XVI para la historia de México,* citado en C. Bayle, S.J., «España y el clero indígena de América», *Razón y Fe*, 94 (1931) 223. Cfr. J. Schumacher, *op. cit.*, p. 194.

vos en los territorios del Nuevo Mundo. El primer Concilio de Méjico (1555), bajo control del arzobispo dominico Alonso de Montúfar, insistió en la prohibición enfáticamente. El III Concilio de Méjico (1585), presidido por don Pedro Moya de Contreras, cura secular, la atenuó en parte, dejando la puerta abierta a los nativos puros, a los mulatos y a cualquier otra raza, pero ejerciendo sumo cuidado en la selección de candidatos.

El II Concilio de Lima (1591) fue radical. Prohibió tajantemente la ordenación de cualquier nativo indio de América. La legislación de Méjico se extendió a Filipinas. Salazar, como obispo de las islas, envió un largo informe al III Concilio de Méjico [4] incidiendo con ello en sus decisiones finales.

Sin embargo, de España, salían continuamente grandes barcadas de misioneros, que alcanzaban las zonas más recónditas del mundo. Si ellos se ofrecían a ir a Filipinas, Japón, China y otros países del Oriente, ¿qué necesidad había de ordenar sacerdotes nativos para realizar la labor de evangelización en el Nuevo Mundo y Asia?

La Iglesia de América y Filipinas era una Iglesia engendrada por los frailes. Ellos seguirían alimentándola y dándola vida. El 27 de abril de 1594 Felipe II promulgó una cédula real por la que dividía el terreno misional entre las diferentes órdenes religiosas existentes entonces en Filipinas. No quedaba lugar para los sacerdotes seculares. Los pocos existentes en el país servirían en la catedral de Manila y en algunas ciudades de asentamiento español. Pero como sacerdotes evangelizadores no tenían nada que hacer en Filipinas.

Todas estas causas, unas más determinantes que otras, y según fuera su importancia a lo largo de los años, crearon un modo de actuar y de pensar que ya no dejaba espacio para los sacerdotes seculares. El proyecto de Salazar –la fundación del colegio de nativos– quedó abandonado para siempre.

En 1604, el gobernador general de Filipinas, don Pedro Bravo de Acuña (1602-1606), en carta al rey expone que la fundación del colegio de nativos sería una obra bella y digna de alabanza, pero que en las circunstancias de entonces no podía llevarse a cabo. Interesaría más

[4] Cfr. E. Burrus, S.J., «Salazar's Report to the Third Mexican Council», *The Americas*, XVIII, (1960), pp. 65-84.

abrir un colegio para españoles, o hijos de españoles nacidos en Filipinas, los *criollos* donde podrían aprender las primeras letras y ser instruidos en ciencia y virtud.

Los primeros sacerdotes nativos filipinos

Durante casi un siglo no se volvió a hablar de un colegio para nativos.

Luciano Santiago prueba que en el siglo XVII hubo al menos dos filipinos malayos ordenados sacerdotes: El primero en 1621, se llamaba Agustín Tabuyo, natural de Cagayán, al norte de Luzón. En 1653 el arzobispo Millán Poblete ordenó al pampango Miguel Jerónimo [5]. También en el siglo XVII hubo varias ordenaciones de mestizos españoles y de mestizos chinos [6].

De acuerdo con Santiago, Agustín Tabuyo había estudiado en el colegio de San Juan de Letrán en el primer cuarto del siglo XVII. Esto prueba que la falta de ordenaciones de nativos no radicaba en la raza, sino que era debido a la falta de formación intelectual. Hasta finales del siglo XVII los nativos filipinos no comenzaron a ser aceptados normalmente en los colegios de Manila.

A finales del siglo XVII se dan una serie de hechos que aceleran la creación de un clero nativo en Filipinas. Estos acontecimientos están provocados por extranjeros a los cuales la divina providencia, según creemos nosotros, los llevó a Filipinas para sacar a las autoridades españolas, tanto eclesiásticas como civiles, del sopor en que parecían estar sumidas.

En 1672 llegó a Manila, en arribada forzosa, el obispo François Pallu, vicario apostólico de Siam, Cochinchina y Tonkín, enviado por la Congregación de *Propaganda Fide* como su embajador especial al Oriente. Y en la capital, el consejo de gobernación le prohibió continuar el viaje alegando que las provincias orientales de China caían bajo el *Real Patronato*.

[5] Cfr. L. Santiago, *op. cit.*, pp. 23-27.

[6] *APSR*, MSS. sección *Sangleyes*, tomo I, documento 26, cuestión «¿Quiénes son los Sangleyes? Exposición de 1659 por el padre Jacinto Gali, O.P y el padre Alberto Collares». Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 46.

A los pocos meses se embarcó rumbo a Acapulco, y desde aquí hacia España donde fue cordialmente recibido por el presidente del Consejo de Indias, conde de Medellín, que le escuchó con sumo gozo. Como resultado de este encuentro surgió una amistad sincera entre los dos y una serie de resoluciones por parte del Consejo de Indias y del rey que ponen en marcha la creación del clero nativo en Filipinas.

La creación del clero nativo

En una cédula real de 1677, dirigida a las autoridades de Manila y a los superiores de las órdenes religiosas, Carlos II (1665-1700) ordena que se den estudios a los nativos de Filipinas y que, llegado el momento, se les promueva al sacerdocio, si reúnen las cualidades requeridas. Mientras erigía el seminario, establecido ya por el Concilio de Trento (1545-1564), los jesuitas y dominicos tuvieron que abrir las puertas de sus colegios a los candidatos al sacerdocio [7].

Como resultado de la información del obispo Pallu, Roma tomó también cartas en el asunto. En 1680, el secretario de *Propaganda Fide*, Urbano Cerri, en un largo memorial dirigido al papa Inocencio XI (1676-1689) se quejaba de ciertas carencias papales en la Iglesia de Filipinas. Una era la falta de estudios para los nativos y su no promoción al sacerdocio, incluso cuando reunían las cualidades necesarias para ello, porque ya había muchos religiosos misioneros en el país y los convertidos se contaban por miles.

El arzobispo de Manila, el dominico Felipe Pardo (1677-1689), contestó en 1680 a la cédula del rey. En su opinión los nativos no se inclinaban por los estudios de teología y de moral. Lo mejor era mandar de España ardientes misioneros celosos por la salvación de las almas y olvidarse del problema del clero nativo [8].

No fue Pardo el único en oponerse a la ordenación de nativos al sacerdocio. Todas las órdenes religiosas, y las autoridades civiles, estaban

[7] Para el estudio de la cuestión nos basamos en H. De la Costa – J.N. Schumacher, *op. cit.*, pp. 32-40.

[8] En *BRPI*, XLV, pp. 182-183. Cfr. J.S. Cummins, «Archbishop Felipe Pardo's 'Last Will'», in *Studies in Philippine Church History*, ed. by G.H. Anderson, Corneli Univ. Press, 1969, pp. 105-112.

de común acuerdo y nada se hizo por entonces. Ni siquiera se inició la construcción del seminario que el rey ordenaba en su cédula real.

Sin embargo un seglar, don Diego de Viga, fiscal de la Audiencia de Manila, protestó enérgicamente contra el arzobispo Pardo y las órdenes religiosas por oponerse a la petición del rey. Quizá de Viga como seglar, veía las cosas con mayor objetividad que los frailes sin caer en los prejuicios religiosos y culturales que condicionaban a los eclesiásticos [9].

El arzobispo Diego Camacho y Ávila (1697-1706) y el clero nativo en Filipinas

En 1697, veinte años después de la cédula anterior, Carlos II volvió a inquirir, esta vez directamente a su gobernador, sobre el estado del seminario en Filipinas y si no existía aún, calcular presupuesto para erigir uno en Manila. En 1700, don Domingo de Zabálburu (1700-1709) contestó que no había seminario en Manila, que nunca había funcionado y que, en su opinión, no era necesario.

En 1702 vuelve el rey de España, Felipe V (1700-1746), ya de la dinastía borbónica, a insistir sobre el mismo tema. Aunque desde España se exigían medidas para la creación del clero en Filipinas, en Manila no tienen en cuenta las peticiones. Pero ahora comienzan a cambiar las cosas. Felipe V no es el débil Carlos II y exige se pongan manos a la obra sin dilación. En la cédula de 1702 pide se abra un seminario para por lo menos ocho seminaristas nativos filipinos. Sin ser mucho, es ya un paso adelante. Cuenta con el apoyo del mismo arzobispo de Manila, don Diego Camacho y Avila [10]. Santiago presenta sus esfuerzos sobrehumanos por establecer un seminario y por comenzar a ordenar candidatos filipinos que pedían ser aceptados como sacerdotes, considerándole precursor del clero filipino [11].

Todo este afán por establecer un seminario y ordenar candidatos filipinos, tenía lugar antes de la llegada a Manila de dos personajes cla-

[9] Cfr. Schumacher, *Readings*, pp. 196-197. Cfr. De la Costa - Schumacher, *op. cit.*, pp. 35-37.

[10] P. Rubio Merino, *Don Diego Camacho y Avila, Arzobispo de Manila y de Guadalajara de Méjico: 1695-1712*, Sevilla, 1958.

[11] Cfr. L. Santiago, *op. cit.*, pp. 31-49.

ves en la historia de las misiones del Oriente y en la creación final y definitiva del clero nativo en Filipinas.

Seminarios de San Clemente (1705) y San Felipe (1712)

En septiembre de 1704 llegó a Manila el nuevo cardenal Charles Thomas Maillard de Tournon. Fue enviado como legado a *latere* del papa Clemente XI (1700-1721) para resolver, de una vez para siempre, el problema de los ritos chinos, que tanto había separado a los religiosos mendicantes y a los jesuitas en China. Le acompañaba un celoso sacerdote italiano, Juan Bautista Sidoti, conocido simplemente en la historia de Filipinas como el *abate* Sidoti. Su sueño era Japón y su posible apertura a la predicación del evangelio. En espera de la oportunidad, guiado por su gran voluntad, durante su estancia en Manila movió Roma con Santiago, como diríamos vulgarmente, para instituir el seminario que desde hacía años había urgentemente exigido el rey de España, y que ahora el arzobispo Diego Camacho estaba tratando de establecer por todos los medios. Ambos aunaron sus fuerzas e incluso el gobernador, don Domingo Zabálburu, apoyará el plan de Sidoti. Con limosnas públicas, y con ayuda del erario real, en 1705 se abre el seminario. Le pusieron el nombre de San Clemente en honor al papa Clemente XI.

Era un plan ambicioso. Preveía un seminario de 80 estudiantes, entre ellos los ocho filipinos puros, según lo ordenado por el rey, y los otros 72 serían el símbolo de los 72 discípulos enviados por el Señor a predicar de dos en dos, como narran los santos evangelios. Tendría función de seminario internacional, abierto a todos los pueblos del Oriente. Desde allí podrían retornar misioneros a sus naciones de origen.

Tournon y Sidoti comunicaron la buena noticia al papa en Roma. El nuncio de Su Santidad en Madrid recibió órdenes de pedir apoyo oficial al rey Felipe V, ensalzando grandemente la obra y las posibilidades enormes que tenía el seminario de convertirse en foco de irradiación evangélica en Oriente. Las gentes que vivían en tinieblas y sombras de muerte podrían ahora recibir la luz del Evangelio.

Pero Felipe V era un rey borbónico. A la «celotipia» propia del Patronato Real, heredada de sus antecesores, se unía el absolutismo re-

gio de los borbones. Felipe V reaccionó violentamente. Con consentimiento de todo el Consejo de Indias, de un plumazo, no sólo ordenó cesar la obra, sino destruirla enteramente, que no quedara piedra sobre piedra. Por el contrario, su proyecto, el seminario que él había mandado erigir antes, tenía que llevarse a cabo por todos los medios. Se aceptaría mayor número de candidatos nativos, hasta 25, pero no más, pues no convenía que hubiera demasiados frente a pocos españoles [12].

Se ha escrito que el rey, ofuscado por la ira, envió una fuerte reprimenda al gobernador, don Domingo Zabálburu y, sobre todo, al arzobispo de Manila, don Diego Camacho. Que el rey les criticó con severidad es algo evidente, pero que el traslado de Camacho a la sede de Guadalajara de Méjico no estuvo condicionado por el problema de Tournon y Sidoti está claro también. La cédula real, nombrando a Camacho como obispo de Guadalajara, se firmó el 7 de noviembre de 1703. Tournon y Sidoti llegaron a Manila en septiembre de 1704. La notificación del nombramiento de Camacho como obispo de Guadalajara llegó a Manila en junio de 1705. No hay, pues, ninguna conexión entre el traslado de Camacho a Méjico y el establecimiento del Seminario de San Clemente en Manila [13]. A Camacho se le puede considerar con pleno derecho padre del clero filipino.

Con la llegada del sucesor de Camacho, don Francisco de la Cuesta (1707-1728), el proyecto de Sidoti sufre cambios radicales. En 1712 se abre el *Seminario de San Felipe*, en honor al rey Felipe V. No puede negarse que Camacho había sido el gran propulsor de la creación del clero filipino. Francisco de la Cuesta, de la Orden de San Jerónimo, criticó en un principio esta labor, pero luego él mismo contribuyó eficazmente en la creación del clero nativo, ordenando nuevos sacerdotes, como prueba Santiago en el libro ya citado. Esto cuadra perfectamente con la famosa carta de Gaspar de San Agustín en 1720 en contra del clero nativo filipino.

Desde este momento se puede hablar ya de la existencia de un clero filipino, que poco a poco se va haciendo más numeroso. Aunque Gaspar de San Agustín temía lo peor, parece que los ordenados por Camacho y, sobre todo por Cuesta, fueron buenos sacerdotes.

[12] Cfr. J.F. de San Antonio, en *BRPI*, vol. III, pp. 117-122. Cfr. Rubio Merino, *op cit.*, pp. 401-433.
[13] Cfr. L. Santiago, *op. cit.*, pp. 168-169.

El jesuita Juan Delgado, en su *Historia de las Filipinas*, dice que los sacerdotes seculares filipinos superaban en buena conducta y conocimiento teológico a muchos de los sacerdotes religiosos españoles [14].

Conviene comentar aquí que el Seminario de San Felipe funcionó bien desde un principio con su rector y profesores. Se enseñaba gramática, artes y teología, pero pronto se suspendieron las artes y la teología, quedando exclusivamente como una escuela de gramática. Para los estudios superiores sus alumnos asistían a la Universidad de Santo Tomás [15].

Si se analiza la procedencia de los sacerdotes que Santiago menciona en su libro comprobamos que casi todos vienen de los colegios privados de Manila, es decir, son alumnos de San José, San Juan de Letrán y la Universidad de Santo Tomás. Para los estudios superiores, como antes mencionamos se trasladaban a Santo Tomás. La alabanza de Delgado tiene base histórica puesto que los profesores de tales alumnos habían sido los jesuitas y dominicos de Manila [16]. Les dieron una sólida formación intelectual y moral. Los primeros estudiantes filipinos de los colegios y de la Universidad de Santo Tomás de Manila fueron, pues, sacerdotes y pertenecían, en general, a la nobleza antigua, a los descendientes de los datus.

El arzobispo Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina (1767-1789)

La visita diocesana y el clero filipino

En la historia de la Iglesia en Filipinas la cuestión de la visita diocesana comenzó con su primer obispo, Domingo de Salazar (1579-1594), quien manifestó su deseo de visitar la diócesis, pero los religiosos, los agustinos y franciscanos, se opusieron a ello.

El problema se fue acrecentando poco a poco. Cualquier intento de los arzobispos por imponer la visita diocesana fracasaba rotundamente. A mediados del siglo XVII, con el arzobispo Millán Poblete

[14] Cfr. De La Costa - Schumacher, *op. cit.*, pp. 42-44. Schumacher, *Readings*, pp. 199-200.

[15] Cfr. *BRPI*, XXXVIII, p. 122.

[16] Cfr. L. Santiago, *op. cit.*, pp. 73 y ss.

(1653-1672), las dificultades se agudizaron. Legal y canónicamente los religiosos en Filipinas iban perdiendo terreno. Los obispos no podían presionar mucho por falta de clero secular. Los religiosos amenazaron siempre con retirarse a sus conventos si los obispos persistían en la visita diocesana. Se defendían diciendo que ejercían ese ministerio por pura caridad, por falta de clero, no por que les correspondiese. Si los obispos querían que se sometieran a ellos, dejarían las parroquias y se volverían tranquilamente a sus conventos.

Era una arma contra la que los obispos no tenían defensa. El obispo Camacho fracasó también en sus intentos de imponer la visita canónica. Como respuesta a los frailes que ejercían la *cura animarum* decidió ordenar sacerdotes que pudieran hacerse cargo de parroquias. ¿Qué excusa alegarían si un día insistían los obispos en la visita diocesana y había ya suficiente clero secular?

En época de la llegada del arzobispo Basilio Sancho a Manila había corrido mucha agua bajo el punte, es decir, la legislación de la Iglesia y del Estado se decantaba de forma aplastante en pro de la visita diocesana y de la necesidad de sometimiento al obispo como pastores de almas. No había ya posible defensa canónica. El papa Benedicto-XIV (1740-1758) en la bula *Firmandis* del 6 de noviembre de 1744, en la *Quamvis*, del 24 de febrero de 1745, y en una tercera llamada *Cum Nuper*, del 8 de noviembre de 1751, que ratificaba las dos anteriores, proclamó con firmeza los derechos de los obispos. Contaban además con apoyo completo del rey. El Patronato Real quería imponer sus derechos sobre los religiosos.

Basilio Sancho llegó a Manila en 1767. Tan pronto tomó posesión de su diócesis manifestó a los religiosos su intención de realizar la visita diocesana. El 4 de agosto de ese mismo año comunicó ese deseo a los dominicos. En vista de la decisión clara del obispo, y estando los cánones de su parte, los dominicos tuvieron que someterse a la visita diocesana. Basilio Sancho comenzó por San Gabriel, parroquia y hospital de los chinos, y continuó con la parroquia del Parián, también para éstos. Las otras órdenes religiosas, sobre todo los agustinos y franciscanos, se resistieron, continuando con la amenaza de abandonar sus parroquias si el obispo insitía en la visita. Basilio Sancho no se arredró y como buen aragonés siguió adelante, a pesar de la oposición de los religiosos. Con los jesuitas no tuvo ya problema puesto que en 1768 llegó a Manila el decreto de su expulsión de los dominios espa-

ñoles. Se refugiarían en su colegio de Manila y de allí serían deportados, primero a España y luego a los dominios de la Santa Sede.

La secularización de las parroquias en Filipinas

Si los religiosos misioneros se resistían a la visita diocesana, si se negaban a aceptar el Patronato Real en el nombramiento de párrocos, entonces Sancho entregaría las parroquias a los curas seculares. Es decir, pasarían de manos de *frailes españoles* a manos de *curas nativos filipinos*. La situación muestra ahora aliados al arzobispo, al gobernador de Filipinas y al gobierno central de Madrid. Parencía haberse logrado el triunfo final de la visita diocesana y de la imposición del Patronato Real.

En 1768, Basilio Sancho secularizó todas las parroquias que regentaban los dominicos en su diócesis. En total unas ocho. Ese mismo año los jesuitas abandonaban sus ministerios de todo el país. En la diócesis de Manila dejaban alrededor de 15 parroquias, que fueron entregadas al clero secular. Pero ¿había suficientes curas nativos filipinos para hacerse cargo de tantos ministerios? Basilio Sancho se embarcó en un plan acelerado de preparación de curas seculares. Si no había sacerdotes bastantes había que formarlos. Lo que le favoreció en gran medida fue el hecho de que los bienes y edificios de los jesuitas, secuestrados por el gobierno, habían quedado libres. Sancho obtuvo del rey el colegio de San Ignacio de Manila, juntamente con su iglesia. Allí estableció el seminario en 1773, denominado desde entonces *Seminario de San Carlos*, en honor del rey de España Carlos III (1759-1788). Como antes mencionamos, estaba funcionando un programa de ordenaciones de nativos filipinos. Había que cubrir muchas parroquias vacantes, abandonadas también por los franciscanos y los agustinos, sobre todo las más ricas de Bulacán y Pampanga. Los agustinos fueron expulsados con violencia de Pampanga por resistirse a la visita diocesana, dejando más de treinta parroquias libres. Inmediatamente pasaron a manos de curas nativos filipinos. ¿De dónde salían tantos sacerdotes seculares?

En carta al rey, el obispo Sancho informa de que en el plazo de un año, con enorme esfuerzo y fatiga había establecido el seminario, había ordenado un número de sacerdotes suficiente para todos los mi-

nisterios y los había rescatado la ignominia y desprecio en que habían estado sumidos hasta entonces.

Al obispo todo le parecía perfecto. Pero esta precipitación determinó la gran hecatombe del clero nativo filipino. Mal preparados, con insuficientes conocimientos de filosofía y aun menos de teología, y con una falta absoluta de formación moral, pronto comenzaron a escandalizar al pueblo por su mala conducta. El arzobispo daba con esto la razón a los frailes, que desde el tiempo de Gaspar de San Agustín auguraban lo peor. Empezó a correr por la ciudad el dicho de que ya no quedaban remeros en el río Pasig porque a todos los había ordenado el obispo [17].

El arzobispo contó con el apoyo de los gobernadores José Raon (1765-1770) y aun más con el de su sucesor, don Simón de Anda y Salazar (1770-1776). Este último obligó violentamente a los agustinos a abandonar Pampanga y a colocar en su lugar sacerdotes seculares filipinos [18]. Ante las protestas de los agustinos, el rey, en una cédula de 1774, rogó al gobernador les devolviera los derechos conculcados, pero no obstante insistía en la norma de la secularización de las parroquias. El plan tenía que seguir su camino.

Pronto se lamentaron incluso aquellos que en principio apoyaban a ultranza la secularización de las parroquias. El obispo Basilio Sancho, en una carta dirigida a sus propios curas, se queja amargamente de la mala conducta de ciertos sacerdotes de su diócesis. Continuamente recibe protestas porque sus sacerdotes visitan lugares sospechosos durante la noche, azotan severamente incluso a mujeres jóvenes, alojan en el convento a sus familiares, despilfarran en vivir y en comer, cambian los objetos sagrados de oro y plata por dinero, no abren ya ni un libro y son más asiduos a la bebida y los juegos que a su labor pastoral. Es una lista de lamentaciones al estilo de Jeremías [19].

[17] Cfr. M. Buzeta & F. Bravo, *Diccionarios geográfico, estadístico, histórico de las Islas Filipinas*, Madrid, 1851, II, p. 279.

[18] «Carta de un franciscano a un jesuita. Manila, 13 de diciembre de 1771», en *BRPI*, vol. 50, pp. 319-322. Cfr. J. Schumacher, *Readings*, pp. 203-204.

[19] Cfr. «Carta pastoral de don Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina, Manila 14 de junio de 1772», en J. Ferrando J. Fonseca, *Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas y en sus misiones del Japón, China, Tungkin y Formosa*, 5 vols. Madrid, 1870-1872, vol. V., pp. 54-59.

A las quejas del arzobispo se suman poco después las del mismo Simón de Anda y Salazar. Sintiéndose cercana su muerte, y vistos los resultados catastróficos de la secularización acelerada y violenta, escribe en 1776 una carta al rey donde se queja amargamente contra los sacerdotes seculares filipinos.

Con la información recibida, el rey Carlos III, que tanto había favorecido la secularización, por una cédula del 11 de diciembre de 1776 decide se reintegren los ministerios arrebatados violentamente a los agustinos, así como los pertenecientes a los demás religiosos.

El gobernador Sarrió, en un carta de 1787 al rey [20], abogaba, definitivamente por la supresión de la secularización. El fraile español era el único representante de España en zonas aisladas y remotas de Filipinas. Con su influencia sobre el pueblo, con su dedicación total en pro de su rebaño, los curas religiosos españoles eran los mejores defensores del poder español en Filipinas. Así opinaba entonces Sarrió y en el futuro los demás gobernadores.

En la práctica, sin embargo, la secularización de las parroquias continuó en Filipinas. Fueron muchas las razones para ello. Debido a la imposición de la visita diocesana y del Patronato Real, algunos de los religiosos que habían vivido largo tiempo de misioneros en Filipinas, siguiendo el consejo de sus superiores, se embarcaron de vuelta a España. Aunque fueran pocos, era necesario reemplazarles por clérigos filipinos.

Por la misma razón de la imposición de la visita diocesana y del Patronato Real disminuyó el número de los que respondieron a la llamada de los procuradores de las órdenes religiosas para embarcarse hacia Filipinas. Hubo un descenso de voluntarios para las misiones de Filipinas. También se hacía necesario sustituirles por sacerdotes seculares filipinos.

Junto con estas causas, a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, se dieron otras todavía que condicionaron a los religiosos de España para no embarcarse como misioneros a Filipinas. La Revolución Francesa, las Guerras Napoleónicas y la invasión de España por Francia acabaron con la vida religiosa en muchos monasterios de Es-

[20] «Carta del gobernador Pedro Sarrió al Rey, Manila, 22 de diciembre, 1787», en S. de Mas, *Informe sobre el estado de las Islas Filipinas en 1842*, Madrid, 1843, III, 33.

paña. Muchos frailes fueron asesinados, algunos murieron en las guerras, otros simplemente fueron exclaustrados. De la madre España no salía ya ese número de religiosos que en siglos anteriores parecía inagotable. Dada esta falta real de sacerdotes regulares españoles, la Iglesia en Filipinas siguió ordenando sacerdotes seculares filipinos que tomaron a su cargo los ministerios abandonados por los religiosos, o aquellos que no podían ser cubiertos por falta de refuerzos de la península. El proceso de secularización iniciado por Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina, en vez de disminuir, se incrementó aún más.

El clero nativo de Filipinas durante el siglo XIX

Los sacerdotes filipinos, que habían recibido una formación pobre y acelerada en época de Basilio Sancho, se convirtieron, a su vez, en educadores de los nuevos sacerdotes filipinos. La situación en vez de mejorar empeoró y los escándalos y fracasos aumentaron. En los seminarios regionales establecidos por las diócesis de Nueva Cáceres y Cebú, la situación era todavía peor que la de Manila. Se dio un incremento enorme del número de sacerdotes filipinos, pero se alcanzó en detrimento de la calidad de su formación. Según un reportaje del ayuntamiento de Manila en 1804, los seminarios regionales sólo contaban con el edificio y en malas condiciones. Uno o dos clérigos filipinos, con pobrísimo conocimiento del español y del latín enseñaban algo de latín y de moral. Los resultados fueron también pobrísimos [21]. Aquí radica el problema precisamente, en la limitada formación intelectual y moral recibida en esos seminarios, sin profesores preparados, sin directores espirituales y sin bibliotecas decentes.

Tomás de Comyn, en su reportaje de 1810, nos presenta la triste situación del clero nativo en Filipinas. El número de religiosos españoles apenas llegaba a 300. Se necesitaban más de 700 para cubrir satisfactoriamente las necesidades del país. Los clérigos nativos filipinos junto con los mestizos y seminaristas alcanzaban la cifra de 1.000. En

[21] Cfr. «Exposición dirigida a s.m. por el ayuntamiento de Manila», en W. Retana, *Archivo del bibliófilo filipino*, 5 vols., Madrid, 1895, vol. I, pp. 24-25. De la Costa - Schumacher, op. cit., p. 55.

su opinión lo más adecuado era ordenarlos de coadjutores de los religiosos regulares españoles. Bajo su tutela aprenderían a vivir como sacerdotes. Abandonarlos a su arbitrio supondría su propia destrucción y la del país [22].

La recomendación del obispo de Cebú, Santos Gómez Marañón en 1830 era que, urgentemente retornaran los religiosos de España a sus antiguas misiones. Los clérigos nativos debían trabajar bajo el control de los religiosos, porque así, como había probado la experiencia, respondían adecuadamente a sus obligaciones sacerdotales. Es decir, en su opinión, sus puestos serían los de simples coadjutores, hasta que maduraran más. Luego podrían adquirir mayor responsabilidad [23].

Se condenaba así a los clérigos filipinos a ser siempre ayudantes de los frailes españoles. Era una solución de la que se resentían terriblemente. Uno de los factores causante de que los clérigos filipinos no destacaran más era, simplemente, el de no tener acceso a altos cargos, condenándoseles de por vida a ser segundones. Por ello, la formación académica y moral que recibían tendía también a ser de segunda categoría. Era un círculo vicioso. Los clérigos filipinos no estaban dispuestos a tolerarlo. Se les enseñaba, en sus clases, la igualdad ante la ley y ante Dios, pero se les negaba esa igualdad en la realidad de la vida.

Desde principios del siglo XIX la enemistad entre los frailes españoles y clérigos filipinos comienza a traducirse en un rechazo hacia el poder español en Filipinas. Interviene ahora una razón que durante el siglo último de la presencia de España en Filipinas, se convierte en las más importante: el nacimiento de un clero nacionalista filipino.

La secularización durante el siglo XIX

De 1810 a 1820 se dieron una serie de acontecimientos políticos de gran trascendencia. Nos referimos a las guerras de independencia en América y a la separación final de todas las colonias de la madre España. Los primeros en levantar el grito contra España fueron los sacerdotes en Méjico. Los más famosos son el padre Morelos y el padre Hidal-

[22] Tomás de Comyn, *Estado de Filipinas en 1810*, Manila, 1877, pp. 159-160.
[23] Cfr. Schumacher, *op. cit.*, p. 210.

go. Este último, párroco del pueblecito de Dolores, lanzó con fuerza el dicho «¡Viva la Virgen de Guadalupe y abajo los gachupines!», conociendo en la historia como el *Grito de Dolores*. Ese grito resonó por todas las Américas. Como resultado de él las colonias se sacudieron del poder español para siempre. Este hecho cambió radicalmente la política del gobierno español con relación a la secularización de las parroquias en Filipinas. El gobierno de Madrid ya no podía mirar con buenos ojos el crecimiento del clero filipino y la secularización de las parroquias. Si en América habían sido los curas los primeros en pedir la independencia de América, era probable que ocurriera lo mismo en Filipinas.

Pronto se pudo notar la reacción del gobierno. Libre ya Fernando VII del dominio de los liberales, publicó una cédula real, fechada el 8 de junio de 1826, donde cortaba de un plumazo todo intento de secularización de parroquias en Filipinas. Ni el gobernador ni el arzobispo podían sin permiso expreso del rey, entregar parroquia alguna al clero secular. Al contrario, debían devolver a los agustinos, y a los demás religiosos, todas las parroquias que se les habían arrebatado a través de los años.

Desde este momento el clero filipino sufre una serie de golpes que le hacen perder no sólo las parroquias de las que había gozado durante más de medio siglo, sino también la confianza en los frailes españoles, a quienes consideraban extremadamente ambiciosos, y en el gobierno español, que parecía totalmente decidido a asestarles un golpe mortal y entregar lo mejor de Filipinas a los frailes españoles.

En 1849 reciben otro todavía más contundente. Los recoletos de Filipinas piden al gobernador y al rey se les conceda algunas parroquias en Cavite, donde poseían ricas haciendas, para que sus representantes pudieran ejercer el trabajo pastoral de cura de almas. El gobierno de Madrid, por cédula del 9 de marzo de 1849, con el apoyo del gobernador de Filipinas, don Narciso Clavería (1844-1849), no sólo aceptó la petición de los recoletos, sino que fue aún más lejos: concedió a los recoletos las tres parroquias que se habían pedido y cuatro a los dominicos, que ni siquiera las habían solicitado [24].

El clero filipino reaccionó inmediatamente. Capitaneados por el padre Pedro Peláez, criollo de Filipinas, y por el padre Mariano Gómez,

[24] S. Pons y Torres, *En, defensa del Clero Filipino*, Manila 1900, pp. 154-155. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 122. Cfr. Schumacher *op. cit.* pp. 215-216.

de Cavite, mueven todos los resortes posibles para detener el decreto real. Peláez, un sacerdote bien formado y piadoso, doctor en teología y profesor de la Universidad de Santo Tomás, no puede tolerar lo que considera una terrible injusticia contra el clero filipino. Él, hijo de españoles, había entregado su suerte al país que le vio nacer, Filipinas.

Un clero nacionalista filipino

No cabe duda que la cédula real de 1849 fue una terrible injusticia contra el clero filipino. No era cuestión sólo de devolverles las parroquias que ellos habían administrado por falta de frailes españoles. El problema estribaba en que se les arrebataban parroquias que ellos habían fundando o que habían recibido hacía más de medio siglo tras la expulsión de los jesuitas de Filipinas. El problema ya no es simplemente el de secularización de las parroquias; ahora el problema adquiere un carácter nacionalista. Están en juego los derechos del clero filipino. Se da una confrontación entre los frailes españoles, favorecidos por el gobierno español, y los filipinos, que tienen que luchar por sus derechos, negados por el gobierno central de Madrid.

En 1861 les asestan un golpe más duro todavía. Los jesuitas habían sido restaurados en los dominios españoles hacía unos años. Llegaron a Filipinas en 1859, con idea de volver a sus antiguas misiones de Mindanao. Los recoletos tuvieron que abandonar esos ministerios bajo su cargo desde 1768, y entregárselos ahora a los jesuitas. Para premiar los esfuerzos que los recoletos habían realizado durante casi un siglo, la reina, en la citada cédula de 1861, les concedía la mayoría de las parroquias de la provincia de Cavite, algunas eran de las más ricas de Filipinas, y habían estado en manos de los curas seculares durante casi un siglo. Los curas filipinos no podían tolerar más. Bajo el liderato del padre Peláez, vicario capitular de Manila tras la muerte del arzobispo, hicieron todo lo posible por convencer a las autoridades de Madrid de la injusticia cometida contra ellos. Lo más duro para Peláez, y para muchos de sus discípulos sacerdotes, era que ahora se les rechazara por considerarles nacionalistas. Antes no les aceptaban por ser ignorantes e indolentes. Ahora, que la mayoría alcanzaba su graduación en la Universidad de Santo Tomás, se les rechazaba como enemigos de España.

Al morir el padre Peláez, en 1863, el liderato recayó en otro sacerdote, el padre José Burgos, discípulo y admirador del difunto. Estudiante de la Universidad de Santo Tomás, era doctor en teología, doctor en derecho canónico y licenciado en filosofía. El mismo arzobispo de Manila, don Melitón Martínez (1862-1876), tomó partido por los sacerdotes seculares filipinos. Así escribiría en una carta:

> Es muy peligroso mantener el clero nativo en un estado continuo de exasperación como en el que se encuentra en este momento... Quienquiera que se ponga en su lugar y reflexione sobre la serie de medidas que he mencionado, no puede menos de reconocer que las enormes pérdidas que han sufrido y las que todavía les amenazan les dan fuertes y suficientes motivos para que, a pesar de su timidez, su antigua fidelidad y respecto hacia los españoles se convierta en aversión... [25].

El obispo denunciaba en su carta el hecho de que el gobierno español se ponía siempre al lado de los religiosos españoles y en contra de los curas filipinos. Lo único que el gobierno español buscaba, continuaba diciendo el arzobispo, era reducir a la nada al clero filipino. Lo que antes era un simple recelo de los curas filipinos contra los frailes españoles, ahora se convierte en rechazo contra España. El arzobispo concluía afirmando que el gobierno central por evitar un mal ideal —un clero nacionalista— les estaba provocando con su mala política, a convertirse materialmente en nacionalistas y antiespañoles. Si no se extinguía el fuego, pronto se extendería por todo el país. Palabras que en vista de los acontecimientos posteriores resultaron ser proféticas.

En 1872 estalló lo que se conoce como *El Motín de Cavite*, rebelión armada del ejército de tierra contra España. El gobierno acusó a los sacerdotes filipinos de ser los primeros agentes del levantamiento.

No hay duda de que casi todos en mayor o menor grado apoyaron el levantamiento de Cavite. De inmediato, el gobierno español acusó a los padres Mariano Gómez, Zamora y José Burgos. Una semana después fueron juzgados militarmente y condenados a morir por garrote vil. El arzobispo de Manila se negó a exclaustrar a los tres sacerdotes. La his-

[25] Carta del arzobispo de Manila al regente del reino, 31 de diciembre de 1870, Archivo Histórico Nacional (*AHN*), *Ultramar*, legajo 2255, citada en Schumacher, *op. cit.*, p. 219.

toria filipina les denominó *Gomburza* (Gómez, Burgos y Zamora), considerándoles protomártires del nacionalismo filipino.

La antorcha que estos clérigos filipinos encendieron en pro del nacionalismo filipino y en defensa de sus derechos, fue recogida por seglares, más antiespañoles y anticlericales. Inducidos por la masonería y por los enemigos de la Iglesia, los nacionalistas, la mayoría de los cuales había perdido la fe, identificaron la Iglesia con el corrompido régimen español. El odio hacia España se convirtió en enemistad contra la Iglesia, al menos en las clases más ilustradas.

Capítulo XIII

FILIPINAS: CENTRO DE EXPANSIÓN MISIONERA EN EL ORIENTE

Filipinas ha sido y sigue siendo un centro fundamental de irradiación misionera. Durante el período español, centenares de misioneros salieron de las islas camino de China, Formosa, Japón, Cochinchina, Siam, Campuchea, Islas Molucas, Marianas, Carolinas, Palaus y otras islas menores situadas en el océano Pacífico. Las misiones no hubieran subsistido de no ser por el continuo sostén y apoyo de Filipinas.

En este capítulo presentamos, en líneas generales, la expansión misionera hacia países de Oriente, siempre desde Filipinas como punto de arranque y apoyo fundamental.

Expansión misionera en Japón

Iniciamos el tema con Japón por ser la primera nación que alcanzaron los misioneros desde Filipinas. La historia del cristianismo en Japón se inicia en 1549 con la llegada de San Francisco Javier a Kagoshima, capital del pequeño reino de Satsuma, en la isla de Kiushu. Se encontró con un Japón todavía medieval, dividido en innumerables reinos feudales y en continua guerra civil. La autoridad imperial pesaba poco en términos políticos. El emperador era una figura simbólica. El cargo de *shogun*, que equivalía realmente al ejercicio de la autoridad, recaía en la familia Ashikaga, pero tampoco reunía demasiado poder. Japón estaba expuesto a la codicia de cualquier *daimyo* que tuviera tierras, poder y fuerza para imponer su autoridad. La unidad del país fue obra de grandes guerreros, contemporáneos a los primeros misioneros jesuitas y a los misioneros procedentes de Filipinas. Oda Nobunaga

(murió en 1573), Toyotomi Hideyoshi (1573-1598), Tokugawa Ieyasu (1598-1616), Tokugawa Hidetada (1616-1623) y Tokugawa Iemitsu (1623-1651) fueron los que dotaron de unidad política y militar a Japón y lo encaminaron hacia una consolidación interna quizá nunca conocida en su evolución histórica. Los misioneros extranjeros fueron testigos de estos cambios transcendentales en la historia de Japón [1].

Cuando arribaron los primeros misioneros a Filipinas, Japón no sólo había sufrido un cambio político, sino también religioso. Los cristianos se contaban ya por miles. Los jesuitas, única orden presente en el país, habían realizado una eficaz labor. Muchos *daimyos* o señores feudales de grandes provincias habían abrazado el cristianismo y mostraban afán por el progreso de la nueva religión. La historia ensalza a algunos de estos señores, pero ninguno adquirió tanta fama como don Justo Ukon Takayama, llamado simplemente señor Takayama. Los jesuitas dirigían sus esfuerzos de evangelización hacia la clase directora, los *daimyos* y sus caballeros, los *samurais*, clase aristocrática y militar. El cristianismo se concentraba en la zona de Kyoto, capital imperial, y en la isla de Kiushu, al sur del Japón, con su gran centro en Nagasaki.

Los franciscanos en Japón

La primera gran oportunidad de llegar a Japón desde Filipinas se dio con la embajada del dominico fray Juan Cobo al *shogun* Toyotomi Hideyoshi en 1592. Cobo fue recibido benévolamente por Hideyoshi en su palacio de Kyoto. No se conoce el resultado final de la embajada pues Cobo murió en Formosa a manos de los aborígenes cortacabezas cuando regresaba a Filipinas [2].

Para cerciorarse de lo que realmente había ocurrido en Japón, el gobernador de Filipinas organizó una nueva embajada encabezada por el franciscano fray Pedro Bautista, conocido misionero de Filipinas. La diferencia con fray Juan Cobo es que Pedro Bautista, aparte de ser embajador, quería permanecer en Japón como misionero. Pero para esto

[1] Cfr. C.R. Boxer, *The Christian Century in Japan: 1549-1650*, University of California Press, 1974, pp. 41-45. D.F. Lach, *Asia in the Making of Europe*, vol. I, Book Two. The University of Chicago Press, 1971, pp. 651-688.

[2] Cfr. J. Cobo-F. Villarroel, *op. cit.*, pp. 18-37.



Los nombres de las provincias o Reynos que ay en las yslas de Japon ...
son las siguientes puestas en letras y lengua del mismo
Japon y despues en lengua castellana
Donde esta esta ✠ ... provincias que tienen christianos ...

Provincia de yamaxiro. aqui esta meaco — 山城
Prov. de yamato — 大和
Prov. de cauachi — 河内
Prov. de izumi — 和泉
Prov. de chunocuni — 摂津
Prov. de inga. — 伊賀
Prov. de ije. — 伊勢
Prov. de xima. — 志摩
Prov. de oari. — 尾張
Prov. de micaua — 参河

Ilustración n.º 8. Página de una información dirigida a fray Domingo de Salazar, O.P. primer obispo de Filipinas por algunos japoneses sobre el estado del cristianismo en Japón en 1587. Archivo Histórico Nacional (AHN), Sección de Diversos. Documento 267 bis. Madrid (inédito en España).

necesitaba «violar» el privilegio de la *Exclusiva* que únicamente admitía a los jesuitas en Japón.

El general de los jesuitas en Roma consiguió del papa Gregorio XIII el breve *Ex Pastoralis Officio* del 28 de enero de 1585, que prohibía al resto de las órdenes religiosas hacer misiones en Japón, bajo pena de excomunión. Los mendicantes protestaron enérgicamente.

En una reunión de teólogos, celebrada en Manila el 18 de mayo de 1593, se determinó que el breve *Ex Pastoralis Officio* no afectaba a los franciscanos. Pedro Bautista y sus compañeros podrían embarcarse hacia Japón sin culpa.

El 26 de mayo de 1593 partía la embajada-misión encabezada por Pedro Bautista. Viajaban con él otros tres franciscanos, el padre Bartolomé Ruiz y los hermanos fray Gonzalo García, experto en la lengua japonesa y fray Francisco de la Parrilla. Una vez en Japón fueron recibidos cordialmente por el shogun Toyotomi Hideyoshi en Kyoto.

Con toda seguridad lo que movía a Hideyoshi era la esperanza de lograr un enlace comercial con Manila. Para los misioneros franciscanos lo que contaba era obtener de Hideyoshi la concesión de un lote de tierra en Kyoto para allí construir casa e iglesia. En septiembre de 1594 llegaron tres franciscanos más, fray Agustín Rodríguez, fray Marcelo de Ribadeneira y fray Jerónimo de Jesús [3].

Los franciscanos procedieron de igual modo que en los dominios españoles de Méjico, Perú y Filipinas, abriendo iglesias y construyendo hospitales y hospicios.

Pedro Bautista y sus hermanos predicaban en público y vestidos con hábito. Afirmaban tener tanta libertad para predicar como si vivieran en Roma. Hideyoshi era su protector y los trataba como hijos. No había necesidad de ocultarse, ni de adoptar la indumentaria de los monjes budistas. Eso, en su opinión, demostraba cobardía y renuncia a sus principios.

Los jesuitas y los *daimyos* y *samurais* cristianos se sentían consternados. No olvidaban que en 1587, Hideyoshi había promulgado un edicto de persecución contra los cristianos. El más famoso *daimyo* cristiano, don Justo Ukon Takayama, había preferido renunciar a su poder y cargo que hacerlo a su fe. Las leyes anticristianas seguían vigentes. Predicar al modo de los franciscanos era un riesgo innecesario a todas luces.

[3] Cfr. C.R. Boxer, *op. cit.*, pp. 161-163.

Los franciscanos aplicaron en Japón el método que con tanto éxito habían practicado en Méjico y Perú.

Pero las costumbres de Méjico y Perú, al igual que las de Filipinas, no eran iguales que las de Japón, la India o China. Estos países poseían una cultura tan avanzada como la de occidente, y por añadidura mucho más antigua.

Los jesuitas se percibieron de la necesidad de evangelizar con gran respeto hacia los sentimientos religiosos y culturales de los japoneses, y por eso en seguida dirigieron su apostolado hacia los ricos y poderosos, los *daimyos* y *samurais*.

Los franciscanos siguieron fieles, en el modo de actuar, a su fundador San Francisco. Dirigían sus esfuerzos a los pobres y abandonados, siguiendo el ejemplo de Jesús, que durante toda su vida pública se vio rodeado de ciegos, cojos, tullidos y enfermos. Sus fieles eran los pobres y miserables para el sentir del mundo. Sus doce apóstoles no procedían de las altas esferas sociales.

Las diferencias entre las dos órdenes no obstaculizaron el avance del cristianismo. Los misioneros se dedicaron con entrega a la expansión y consolidación del cristianismo en Japón. Los franciscanos extendieron progresivamente su radio de acción. Establecieron misiones en Osaka y en Nagasaki. Sin duda, la mayor parte de la labor misionera en Japón aún estaba en manos de los jesuitas, que por aquel entonces llegaban vía la India y eran habitualmente portugueses. Los recibían bien porque seguían atrayendo el galeón de Macao y las mercancías que tanto necesitaba Japón.

En este estado de cosas, de pleno auge misionero, se dio un hecho que cambió radicalmente las cosas. Nos referimos al *affair* del galeón *San Felipe*. El *San Felipe* había salido de Manila el 12 de julio de 1596 rumbo a Acapulco. Trasladaba una carga muy valiosa, valorada en millón y medio de pesos, una fortuna por aquel entonces. Un tifón le obligó a fondear en Urado, localidad de la provincia de Cosa, situada en el litoral de la isla de Shikoku, en octubre de ese mismo año. El *daimyo* del lugar y sus *samurais* se apoderaron del mando del galeón, en nombre de Hideyoshi, sin atender las protestas de los oficiales españoles [4].

[4] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, 276.

Según las fuentes jesuitas, el piloto mayor español, don Francisco de Olandia, en presencia de los consejeros del *shogun*, consintió la acusación de que los frailes eran una avanzadilla de España que sutilmente conspiraban entre la gente facilitando así la intervención de los soldados españoles. Lanzaron una bomba de gran magnitud. Ya en tiempos de Oda Nobunaga los monjes budistas achacaban a los jesuitas el ser una «quinta columna» que preparaba el camino a los conquistadores y continuaban propagándolo continuamente. Ahora incluso lo escuchaban en boca de los propios españoles. Hideyoshi se apoderó sin contemplaciones del galeón *San Felipe*.

La información proporcionada por las fuentes de los españoles es muy diferente. Culpan a los portugueses de acusar a los españoles ante las autoridades japonesas de la conquista y de enviar misioneros como avanzadilla de los soldados. Los jesuitas se negaron rotundamente a intervenir en favor de los oficiales del galeón español. El shogun Hideyoshi se apoderó de las mercancías antes de que los españoles tuvieran tiempo de reaccionar y exponer su defensa.

Edicto de persecución contra el cristianismo

La reacción de Hideyoshi fue tremendamente violenta. Inmediatamente promulgó un edicto de persecución. En un principio pretendía hacerlo extensivo a todos los religiosos presentes en Japón, pero luego afectó a un grupo vario aunque más a los franciscanos. Sus iglesias fueron destruidas y Pedro Bautista, con cinco compañeros más, encerrados en prisión. Arrestaron también a tres jesuitas japoneses, bajo el liderato de Pablo Miki, y, a otros 17 japoneses, nuevos conversos o ayudantes de los franciscanos en la tarea misional. En total eran 26. Fueron trasladados en procesión pública desde Kyoto hasta Nagasaki, para que fueran humillados por el pueblo. El 5 de febrero de 1597, sobre el monte de Tayetama, cerca de Nagasaki, fueron crucificados a usanza japonesa. Fueron los primeros cristianos sacrificados en Japón. Son los protomártires del país. La iglesia universal les honró canonizándoles solemnemente y extendiendo su culto a todo el pueblo de Dios. Su fiesta se celebra el 8 de febrero.

Las secuelas inmediatas de la persecución de Hideyoshi fueron terribles. Poco a poco, sin embargo, las aguas volvieron a su cauce. Hi-

deyoshi murió en 1598, sucediéndole Tokugawa Ieyasu, a pesar de que éste había dejado como heredero a su hijo, Toyotomi Hideyori. En 1600 tiene lugar la batalla de Shegibakara, que significó el triunfo definitivo de Ieyasu sobre sus enemigos. La casa de Tokugawa logró asentarse en el poder. Los franciscanos que no fueron crucificados fueron expulsados. De los 125 jesuitas residentes en Japón cuando el edicto de persecución, solamente 11 abandonaron el país. El gobierno de Ieyasu tenía buen pronóstico para el cristianismo.

Algo que consternó a los jesuitas y a los *daimyos* cristianos fue el regreso de Jerónimo de Jesús a Japón en 1598, a pesar de haber sido expulsado el año anterior. Llegaba acompañado de otro franciscano llamado Luis Gómez. La misión franciscana renacía de nuevo. Se establecerán en Yedo (Tokyo) ciudad constituida por Ieyasu como nueva capital. Con el fin de atraer el comercio español de Manila, Ieyasu concede libertad a los misioneros franciscanos, aunque no revoca el edicto de persecución de Hideyoshi.

Pasado el tiempo llegan nuevos franciscanos: en 1602, ocho desde Manila, ya muerto fray Jerónimo de Jesús. Al año siguiente otros cuatro, entre ellos el famoso fray Luis Sotelo. La misión franciscana en Japón comienza a prosperar.

Expansión misionera de los franciscanos en Japón

El incremento de misioneros aceleró el proceso de conversión y de expansión del cristianismo en Japón. Establecieron residencias e iglesias en Nagasaki, que se mantenía como centro del cristianismo en el país; en Kyoto, residencia del emperador, en Fushimi, Osaka, Sakai y Wakayama, todos relativamente cerca de esta ciudad imperial. El mayor responsable del auge misionero era fray Luis Sotelo quien, con su influencia, atraía comerciantes españoles a Japón. Ieyasu, en compensación, concedía libertad a los franciscanos y les permitió establecer iglesia en la bahía de Urega, en Tokyo. Todavía lograron subir hacia el norte y alcanzar Oshu, donde tuvieron gran repercusión con Date Masamune, el *daimyo* de Oshu, instituyendo una fundación en Sendai.

La década de 1602 a 1612 resultó ser la más positiva y progresiva en la historia del cristianismo en Japón.

Persecución de Ieyasu (1612-1614)

Cuando parecía haber retornado la calma, cuando el cristianismo continuaba su ritmo de crecimiento, volvió, casi sin esperarlo, la persecución contra los cristianos. Ieyasu era budista practicante, no como Hideyoshi, que nunca se había mostrado como un hombre muy religioso. A todos los gobernantes del Japón les interesaba el comercio con Macao y Manila, pero durante la primera década del siglo XVII surgen los ingleses y holandeses como competidores de españoles y portugueses. Aún peor, la guerra religiosa, el *odium theologicum*, se traslada ahora de Europa a tierras del Extremo Oriente. Es difícil saber la causa o causas que condujeron a Ieyasu a reavivar la persecución. Lo cierto es que se reanudaba con más furia, saña y odio. Los misioneros eran considerados no sólo enemigos de los dioses japoneses *(kami)*, sino además un peligro para la seguridad del estado. Los ingleses y holandeses atizaban todavía más el fuego de la sospecha contra los cristianos «papistas».

La persecución recomenzó en abril de 1612 con el cierre de las iglesias y la ocupación de las residencias y propiedades de los misioneros extranjeros.

En 1614 la persecución adoptó un cariz especialmente violento. Ieyasu estaba dispuesto a eliminar por todos los medios el cristianismo del Japón. El edicto de persecución no sólo determinaba la expulsión de todos los misioneros extranjeros, sino también la de los sacerdotes, seminaristas y nobles cristianos japoneses. Sólo había dos opciones, o confesar la fe y morir mártir, o renunciar a la fe para vivir. La Iglesia en Japón, tan floreciente hasta aquel entonces, volvía a sufrir un período de persecución todavía más encarnizada que la de la época romana. La gran mayoría de los misioneros, incluso europeos, prefirieron pasar a la clandestinidad por no abandonar a sus fieles.

La Iglesia retrocedía a sus primeros momentos, a la época de las «catacumbas». Sus edificios fueron destruidos o transformados en templos budistas y sintoistas. Sin residencias permanentes, los misioneros vivían como fugitivos. De día se escondían, de noche salían a confortar a sus cristianos. Algunos se refugiaban en pozos, en estercoleros, otros con los leprosos, donde las autoridades japoneses nunca sospecharían que podían ocultarse. Es una gran honra a la cristiandad del Japón el que ciertos misioneros vivieran errantes durante más de 20 años.

La misión dominicana en Japón (1602-1637) [5]

Dejando de momento el desarrollo de la persecución de Ieyasu nos ocuparemos de las otras órdenes que, junto con jesuitas y franciscanos, actuaron en el campo de la misión del Japón. Los dominicos llegaron en junio de 1602, invitados por Iehisa Simazu, daimyo de Satsuma, siendo los primeros fray Francisco de Morales, fray Tomás Hernández, fray Alonso de Mena, fray Tomás de Zumárraga y fray Juan de Abadía.

En un principio se establecieron en la pequeña isla de Koshiki, con una población pobre e inculta. En 1604 pasaron a la isla de Kiushu, estableciéndose en Kyodomari. Expulsados por el *daimyo* que les había acogido huyeron en 1608 a la provincia de Hizen. Fundaron una iglesia en Nagasaki, que con Goa, Macao y Manila presumía de ser la Roma del Oriente. El padre Alonso de Mena estableció tres fundaciones en Hizen y el padre José Salvanés abrió una misión en Kyoto, ocupado ya por jesuitas y franciscanos.

Con la persecución de 1612 los dominicos, al igual que las demás órdenes, perdieron sus iglesias y residencias. En 1614, cuando Ieyasu promulgó el edicto de exterminio contra los cristianos, 7 dominicos se mantuvieron de incógnito en el país, junto con 7 franciscanos, 1 agustino y 27 jesuitas. Un buen número de misioneros regresó a Manila. Desde allí, aun conscientes del peligro a que se exponían, los dominicos intentaron repetidas veces adentrarse en Japón, disfrazados de mercaderes españoles.

Torrentes de sangre de cristianos japoneses corrieron. Algunos, sin poder ser atendidos por sus pastores, sometidos a tormentos indecibles, negaban la fe y revertían al paganismo. Serán estas circunstancias las que provocaron uno de los más famosos martirios del Japón. El dominico fray Alfonso Navarrete y el agustino fray Hernando de Ayala se vistieron con sus hábitos y salieron a predicar en público. Fueron capturados inmediatamente. Ciertos historiadores les han considerado unos fanáticos. No era justo que sus cristianos estubieran dando la vida con generosidad y, sin embargo, ningún misionero había sido sacrifi-

[5] Para la historia de las misiones dominicanas en Japón, Cfr. P. Fernández, *Dominicos*, pp. 81-97.

cado desde el martirio de San Pedro Bautista y San Pablo Miki en 1597. Los dos fueron martirizados en 1617 [6].

A partir de ello los cristianos, sobre todo los más humildes, comienzan a confesar la fe con valentía. Las autoridades japonesas tenían costumbre de ejecutar en público a los misioneros y cristianos animando al pueblo pagano a tomar parte en el espectáculo. Esperaban que con la contemplación de los terribles tormentos a que eran sometidos los cristianos, aquellos que aún lo eran, aterrorizados por el posible sufrimiento, negarían de antemano su fe. El efecto fue contraproducente. La historia nos dice que miles y miles de cristianos permanecían al lado de los mártires hasta sufrir su suerte.

Tras el edicto de gran persecución, los dominicos intentaron entrar en Japón desde Manila. Algunos lograron disimular su condición de sacerdotes y pasar como mercaderes. Una estrategia fue trasladar candidatos japoneses a Manila, prepararlos para el sacerdocio y enviarlos de nuevo a su propia tierra para que, de incógnito, pero con mayores posibilidades que los misioneros extranjeros, asistieran espiritualmente a los cristianos perseguidos. Destaca Tomás Hioji de San Jacinto, que después de siete años como estudiante en la Universidad de Santo Tomás de Manila (1621-1626), regresó a su país y murió mártir en 1634.

Los mártires dominicos del Japón fueron numerosos: sacerdotes españoles, japoneses, italianos, franceses y un gran número de terciarios dominicos y cofrades del rosario.

Uno de los martirios más conocidos en la historia de las persecuciones del Japón, *el gran martirio*, tuvo lugar en Nagasaki en 1622. Murieron siete dominicos, dos de ellos japoneses, diecisiete religiosos de otras órdenes y docenas de seglares japoneses, encabezados todos por el jesuita Carlos Spinola.

En 1622 las autoridades japonesas prohibieron terminantemente el comercio entre Manila y Japón. Se cerraba la puerta entre las dos naciones. Hacia 1636, cuando en Filipinas se conoció que la cristiandad del Japón estaba a punto de desaparecer debido a tantos años de persecución, varios dominicos salieron de Manila, sin permiso de las autoridades españolas. Eran los padres Antonio González, rector de la

[6] Cfr. C.R. Boxer, *op. cit.*, p. 333.

Universidad de Santo Tomás, el francés fray Guillermo Courtet, profesor de la universidad, fray Miguel de Aozaraza, el sacerdote secular japonés Vicente Siwozuka, que se hizo dominico durante el viaje al que acompañaba un intérprete japonés, el leproso Lázaro y, por último, un seglar filipino casado, llamado Lorenzo Ruiz de Manila. Tan pronto pisaron tierra en Okinawa les encerraron en prisión. En 1637 sufrieron martirio en Nagasaki. Fueron los últimos dominicos mártires del Japón.

En 1981, el papa Juan Pablo II los beatificó en Manila, en el parque La Luneta. Fue la primera beatificación fuera de Roma. En octubre de 1987 el mismo papa los canonizó en Roma.

Los agustinos en Japón

Entre los primeros agustinos que salieron desde Manila hacia Japón destacan los padres Diego de Guevara y Estacio Ortiz, que llegaron a Hirado en la isla de Kiushu en junio de 1602. Su principal campo de apostolado fue la isla mencionada y, en concreto, la provincia de Bungo, una de las de mayor arraigo cristiano en el país. El misionero agustino más célebre quizá sea el padre Hernando de Ayala. Llegó a Japón en 1605 y rápidamente estableció misiones en Saeki (Bungo) y Agata, moderna Nobeoka, en la provincia de Hiuga. En 1612, siguiendo el ejemplo de los misioneros establecidos en Japón, erigió una iglesia en Nagasaki, dedicada a San Agustín. Poco antes del estallido de la persecución de 1612 su orden había establecido otra misión en Tsukumi (Bungo)[7].

Se producirán dos nuevos martirios, un agustino (Pedro Zúñiga) y un dominico (Luis Flores), murieron en Nagasaki en 1622. Este episodio será denominado por C.R. Boxer, que tan bien ha estudiado el tema de las persecuciones en Japón, como la *cause cèlébre*. Los dos frailes salieron de Manila, en compañía de un capitán japonés, disfrazados de mercaderes españoles. Poco antes de llegar a Japón cayeron prisioneros de los ingleses que los entregaron a las autoridades japoneses y los denunciaron como misioneros «papistas».

[7] Cfr. P. Fernández, *History*, p. 279.

Las escenas de fervor por parte de los cristianos presentes al martirio de Zúñiga y Flores no tienen parangón en la historia de las persecuciones cristianas. Boxer ha escrito a este respecto:

> Semejantes escenas [de fervor] ocurrieron con otros martirios durante la década siguiente. Las más famosas ocurrieron en el martirio en la hoguera de Flores y Zúñiga con sus compañeros japoneses en agosto de 1622. Esta prueba fue presenciada por 150.000 personas de acuerdo con algunos cronistas, o por 30.000 de acuerdo con otros escritores más fidedignos. Cuando encendieron los troncos, los mártires dijeron *sayonara* («adiós») a los presentes, que comenzaron a entonar el *Magnificat*, seguido por los salmos *Laudate pueri Dominum* y *Laudate Dominum omnes gentes*... A causa de la lluvia caída durante la noche anterior los troncos estaban húmedos y la madera ardía muy despacio. Mientras duró el martirio los espectadores continuaron cantando himnos y cánticos. Cuando la muerte puso fin a los sufrimientos de los mártires, la multitud entonó el *Te Deum Laudamus* [8].

Los recoletos en Japón

Todas las órdenes religiosas responsables de la cristianización filipina estuvieron presentes durante el «Siglo del cristianismo» en Japón. Los recoletos, últimos en llegar a Filipinas, fueron también los últimos en adentrarse en Japón.

Los primeros recoletos en Japón fueron los padres Francisco de Jesús y Vicente Carvalho. Llegaron a Nagasaki, centro todavía del cristianismo en Japón, el 14 de octubre de 1623. Su campo de apostolado, en aquellas circunstancias tan aciagas, no estaba definido.

Fray Francisco de Jesús se dirigió hacia Oshu, al norte. Como consecuencia de la gran persecución, ciertos cristianos del sur, en especial de la isla de Kiushu y de la región de Kyoto, emigraron al norte del país, donde apenas había penetrado el cristianismo durante su período de oro en Japón. Algunos de estos misioneros, viajando de incógnito, alcanzaron el norte de la isla de Honshu. Fray Vicente de Carvalho permaneció en Kiushu. Durante varios años, como el resto

[8] Cfr. Boxer, *op. cit.*, pp. 342-343.

de los misioneros, vivieron errantes por el país. Finalmente las autoridades los apresaron.

Ambos permanecieron presos durante dos años en la famosa cárcel de Omura, tristemente célebre para el cristianismo del Japón. El representante local del shogun Tokugawa Iemitsu inventó toda clase de tormentos imaginables para anular la resistencia de los cristianos japoneses y de los misioneros europeos. Destaca el de los baños de Unzen, en el que los cristianos eran rociados con agua hirviendo. Para acentuar sus sufrimientos, les abrían la piel por numerosos lugares y al final les metían de cuerpo entero en baños muy calientes. Algunos, incapaces de resistir los tormentos, vencidos físicamente, renegaron de su fe. La mayoría, dados los terribles sufrimientos a que eran sometidos, lo hacían para obtener así la libertad. Los jueces japoneses no querían mártires sino apóstatas. Los dos recoletos, después de sufrir con entereza los tormentos del baño, fueron martirizados el 3 de septiembre de 1632 en Nagasaki. Habían llegado entretanto otros dos misioneros recoletos a Japón: los padres Melchor de San Agustín y Martín Nicolás. Fueron también capturados, en 1632 y martirizados el 1 de noviembre de 1632 [9].

En 1639 Iemitsu prohibió el comercio entre Macao y Japón. El *Gran Barco de Macao* no volvería más al Japón. Concluía lo que el historiador Boxer ha considerado, con gran exactitud, *El Siglo Cristiano de Japón*, quedando este país convertido en *Sakoku* o País Cerrado [10].

Llegada de los jesuitas de Filipinas a Japón

Cerrado a toda posibilidad de comercio, los jesuitas de Manila intentaron establecer contacto con sus hermanos de Japón. Dos grupos, llamados *Rubinos*, salieron de Manila con la idea de confortar a los cristianos japoneses pretendiendo incluso contactar con el provincial jesuita Cristóbal Ferreira, pero no sabían que éste, sometido al tormento del *anatsurushi*, traducido al español como *el tormento de la horca y del hoyo*, y no pudiendo soportar más el sufrimiento había apostatado para así salvar la vida.

[9] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 279-280.
[10] Cfr. C.R. Boxer, *op. cit.*, p. 361.

El primer *grupo Rubino*, conocido así por el nombre del organizador, lo componían los padres Antonio Rubino, Diego de Morales, Antonio Capece, Alberto Meizinski y Francisco Márquez, además de tres catequistas nativos. Llegaron a la bahía de Satzuma el 11 de agosto de 1642. Fueron apresados inmediatamente y enviados a Nagasaki donde sufrieron terribles tormentos. Según fuentes europeas, todos confesaron valientemente su fe y murieron mártires. Documentos japoneses sugieren que dos de los europeos apostataron, pues uno de ellos murió en 1665 y el otro en 1690 [11].

El segundo *grupo Rubino* se componía de cuatro jesuitas europeos, un hermano jesuita japonés y cinco catequistas, tres japoneses y dos chinos. Fueron apresados cerca de la costa de Chikuzen en 1643. Fuentes europeas informan que todos murieron mártires. Según fuentes fidedignas japonesas y holandesas, todos apostataron debido a los largos y terribles suplicios a que fueron sometidos. Uno de ellos, Alonso de Arroyo, volvió valientemente a confesar su fe, muriendo poco después en la cárcel. Fuentes holandesas prueban que casi todos los apóstatas revocaron su apostasía y, cercanos ya a la muerte, volvieron a la fe. Su apostasía inicial se debía a la tortura y al miedo de los tormentos. No habían apostatado libremente, sino que los sufrimientos intolerables les habían forzado a ello.

El abate Sidoti en Japón (1708-1715)

La historia de las misiones del Japón no quedaría completa si no mencionáramos, al menos someramente, al misionero secular italiano Juan Bautista Sidoti, conocido en la historia como el abate Sidoti. Llegó a Manila en 1704, en compañía de Charles Thomas Maillard de Tournon que se dirigía a China para intentar poner fin a la controversia sobre los ritos chinos entre los jesuitas y los mendicantes. El abate tenía puestas sus miras en Japón. Imaginaba que si él llamaba a sus puertas a no mucho tardar volverían a abrirlas de par en par.

Salió de Manila en 1708. Una vez en Japón, no le dieron casi tiempo a pisar tierra. En Okinawa le encerraron inmediatamente en

[11] Cfr. *ibidem*, pp. 391-392.

prisión. Llegó a Yedo, hoy Tokyo, en diciembre de 1709. No hay mucha información sobre su vida allí, pero sí sabemos que estuvo encarcelado en la *Kirishitan Yashiki*, la prisión para cristianos en Yedo. A Sidoti le concedieron una casa especial para él, con dos criados, esposo y esposa, llamados Chosuke y Haru, a su servicio. En la prisión recibió la visita de Arai Hakuseki, el pensador confucionista más famoso del Japón en aquel entonces, que discutiría con Sidoti problemas de Geografía y Cartografía. Logró convertir a la fe cristiana a sus dos guardianes, quienes le servían amorosamente en la prisión [12]. Las autoridades japonesas, en represalia, le trataron aún con más dureza. Le metieron en un pozo estrecho, donde ni tan siquiera podía moverse o ver el sol, donde sólo había un agujero para introducir la comida. A los pocos meses murió de hambre, deshidratación y suciedad [13].

Intentos de evangelización en Formosa

La conquista de Formosa por España se inició en 1595, por orden del rey Felipe II. La expedición que se dirigía a la isla se encontró con una tormenta nada más salir de la bahía de Manila y tras pasar la punta de Mariveles. Los expedicionarios tuvieron que regresar a la ciudad.

En 1624 los holandeses ocuparon las islas de Los Pescadores. El virrey de Fukien les conminó a abandonarlas. Y así lo hicieron. Pasaron a la isla de Formosa y se establecieron en Ampieng (Tayquan), pretendiendo sabotear el comercio entre China y Manila, medio de vida de los españoles y ruta marítima entre Manila y Acapulco. Un enemigo tan potente y próximo, decidido a destruir el poder español en Filipinas no podía continuar en la zona.

Los dominicos en Formosa (1626)

El gobernador general de Filipinas, la Audiencia de Manila, el arzobispo y el provincial de los dominicos se reunieron de urgencia.

[12] Cfr. A. Tollini, «Giovanni Battista Sidotti in Japan», *Philippiniana Sacra*, 45, 1980, pp. 471-475.

[13] Cfr. Boxer, *op. cit.*, pp. 396-397.

Acordaron formar un cuerpo expedicionario, compuesto por seis dominicos bajo la dirección de Bartolomé Martínez, quien conocía relativamente bien Formosa. La expedición salió de Manila el 8 de febrero de 1626. En mayo, después de recorrer las costas de Formosa, entraron en la bahía de Kilung, a la que llamaron bahía de la *Santísima Trinidad*. En *San Salvador*, isla de la bahía, hoy denominada Sialui, desembarcaron los soldados y los frailes dominicos. Allí construyeron una iglesia dedicada a *Todos los Santos* [14].

En 1628, los españoles, continuando su intento de conquista temporal y de expansión misionera, fijaron su residencia en Tamsui (Santiago), al norte de la isla. Desde allí extenderían su radio de acción hasta Kimaurri, Taparri, Senaar y otros lugares.

Pérdida de la misión dominicana de Formosa (1642)

Aunque España se había establecido en la isla, aún no había expulsado a los holandeses. En agosto de 1642 cuatro buques holandeses de alto calado, apoyados por barcos auxiliares, aparecieron en las costas de Formosa, a cuyo frente se situaba el presidio español de Tamsui. Los españoles que quedaban, pues la mayoría había sido llevada a las Molucas por el gobernador Sebastián Hurtado de Corcuera, después de una valiente pero inútil defensa, se rindieron al enemigo holandés. Durante el asedio murió de un balazo el franciscano Gaspar de Alenda.

Terminaba así el episodio de la ocupación española de Formosa, transcurrido de 1626 hasta 1642. Con él caía el logro cristiano, pues la misión, que por fin comenzaba a estabilizarse y crecer, se vino abajo. Los misioneros dominicos fueron llevados presos a Batavia, hoy Djakarta. Liberados al año siguiente, volvieron a Manila [15].

Restauración de la misión dominicana en Formosa (1859)

Los holandeses permanecieron en Formosa durante 20 años. Kuesing, conocido en los anales españoles de Filipinas como Koxinga, de-

[14] Cfr. P. Fernández, *Dominicos*, pp. 99-104.
[15] Cfr. *ibidem*, p. 103.

rrotó a los holandeses en 1662, apoderándose finalmente de toda la isla. Acababa con ello la ocupación holandesa y la europea. Formosa, por primera vez, cae bajo la órbita china.

Los dominicos pretendieron volver a Formosa en 1673, pero no les fue posible. A petición de la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe volvieron a la isla en 1859, pero ya en esa época Formosa había cambiado radicalmente. La población que encontraron era china, venida de Cantón, de Amoy y de Fukien. Desde la conquista de la isla por Koxinga en 1662 hasta esa fecha, casi dos siglos, los aborígenes habían sido empujados hacia la montaña. Formosa se había convertido, cultural y lingüísticamente, en una provincia de China.

La tarea para los dominicos se hacía ahora mucho más dura. Las dificultades que encontraron fueron muchas: desconocimiento de la lengua, falta de personal preparado, oposición de las sectas protestantes, falta de catequistas y estrecheces económicas. La expansión del cristianismo en la isla fue mínima. A finales del siglo XIX los cristianos apenas llegan a 5.000. Aunque los misioneros habían comenzado en el sur, en lo que es hoy Kaoshiung, su fundador el padre Fernando Sanz, y sus sucesores lograron alcanzar Taipei a pocos años de terminar el siglo [16].

Los franciscanos en Formosa

No fueron los dominicos los únicos misioneros de Formosa durante el corto período de ocupación española. A los pocos años llegaron a la isla, desde Filipinas, los franciscanos Gaspar de Alenda y el hermano Juan de San Marcos. Conseguida la autorización abrieron una iglesia-residencia dedicada a su fundador San Francisco. Permanecieron allí hasta la conquista de la isla por los holandeses. Como dijimos el padre Alenda murió de un balazo durante el asedio de Tamsui.

También intentaron los recoletos ir a Formosa, pero no hubo posibilidad de llevarlo a cabo [17].

[16] Cfr. *ibidem*, pp. 457-483.
[17] Cfr. P. Fernández, *History*, pp. 281-282.

cristiana los holandeses en 1642, apoderándose finalmente de toda la isla. Acabada con ello la ocupación [illegible] Formosa, [illegible] bajo la [illegible] dinastía [illegible]. Los dominicos [illegible] volver a Formosa en 1673, pero no les fue posible. A petición de la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe volvieron a la isla en 1859, pero ya en esa época Formosa había cambiado radicalmente: la población que encontraron era china, venida de Cantón, de Amoy y de Fukien. Desde la conquista de la isla por Koxinga en 1662 hasta ese tiempo, dos siglos, los aborígenes habían sido empujados hacia las montañas. Formosa se había convertido cultural y lingüísticamente en una provincia de China.

La tarea para los dominicos no había sido mucho más fácil. Las dificultades que encontraron fueron muchas: desconocimiento de la lengua, falta de personal preparado, oposición de las sectas protestantes, falta de catequistas y estrecheces económicas. La expansión del cristianismo en la isla fue mínima. A finales del siglo XIX los cristianos apenas llegan a 5.000. Aunque los misioneros habían comenzado en el sur, en lo que es hoy Kaoshiung, su fundador el padre Fernando Sainz, y sus sucesores llegaron hasta Taipei, a pocos años de comenzar el siglo.

Los franciscanos en Formosa

No fueron los dominicos los únicos misioneros de Formosa durante el corto período de ocupación española. A los pocos años llegaron a la isla, desde Filipinas, los franciscanos Gaspar de Alenda y el hermano Juan de San Marcos. Conseguida la autorización abrieron una iglesia-residencia dedicada a su fundador San Francisco. Permanecieron allí hasta la conquista de la isla por los holandeses. Como dijimos el padre Alenda murió de un balazo durante el asedio de Tamsui.

También intentaron los recoletos ir a Formosa, pero no hubo posibilidad de llevarlo a cabo [illegible].

[illegible] Cfr. Ibídem, pp. 157-[illegible].

[illegible] Cfr. P. Fernández, Ibídem, pp. 271-282.

Capítulo XIV

LAS MISIONES EN EL CONTINENTE DE ASIA

En el capítulo anterior se ha intentado reseñar el desarrollo de las misiones en Japón y Formosa tomando como punto de referencia las islas Filipinas. Ahora, olvidando estos países, pasaremos a estudiar las misiones en el continente asiático, sobre todo las más cercanas a Filipinas, que fueron objeto preferencial de los misioneros: ninguna nación ejerció tanta atracción como China.

Las misiones en China

Los agustinos en China: 1575

Hablamos en primer lugar de los agustinos, por ser los primeros que llegaron a China desde Filipinas. Fray Martín de Rada, matemático y cosmógrafo, y su compañero fray Jerónimo Marín, serían los primeros agustinos que pudieron entrar en el país en el año 1575 [1].

El viaje de los agustinos hacia China y su eventual entrada en el Celeste Imperio está ligado directamente a la derrota del pirata chino Limahong frente a Manila en 1574.

Los dos agustinos salieron de Manila acompañados por Omoncón, representante del emperador de China, el 12 de junio de 1575. Una vez allí, Rada y Marín fueron bien recibidos en Cantón, aunque no se les

[1] Cfr. «Relación del viaje que se hizo a la tierra de la China de 1575» en I. Rodríguez, *Historia,* XIV, pp. 262-330. Cfr. G. De San Agustín, O.S.A., *Conquista de las Islas Filipinas*, ed. de Manuel Merino, O.S.A., Madrid, 1975, pp. 438-443.

concedió permiso para quedarse como misioneros. Sólo había buenas palabras, sonrisas, pero nada formal que admitiera una misión en China. A los pocos meses tuvieron que regresar con Omoncón a Filipinas.

En 1586 los agustinos españoles establecieron un convento en Macao, al igual que los franciscanos en 1580, con la esperanza de que sirviera de centro de apoyo y de acceso al misterioso imperio de la China. Los fundadores fueron fray Francisco Manrique, fray Diego de Espinal y fray Nicolás de Tolentino. Felipe II, rey también de Portugal, les obligó a entregarlo a los religiosos portugueses en 1589 [2].

Casi un siglo más tarde los agustinos intentaron de nuevo abrir una misión en China desde Filipinas. En 1680, fray Álvaro de Benavente y fray Juan Nicolás de Rivera, salieron de Macao rumbo a Cantón. Mientras aprendían la lengua se hospedaron con los franciscanos, que unos años antes habían abierto una misión allí. Con su ayuda, los agustinos establecieron varias misiones en China, sobre todo en la provincia de Kiangsi: también en Kao-Kin, Naghiung y Foki. El padre Benavente, debido a la disputa sobre los ritos chinos y a la escasez de misioneros, partió para Roma, vía la India en 1686, con idea de pedir mayores poderes a la Santa Sede y obtener personal para su misión en China. Deseaba regresar cuanto antes. No lo consiguió hasta 1699, una vez nombrado obispo titular de Ascalón y vicario apostólico de Kiangsi, cargos que ocupó hasta 1708, año en que fue expulsado de China. El 20 de marzo de 1709 moriría en Macao rodeado de sus hermanos agustinos y de otros misioneros [3].

Dos siglos tuvieron que pasar hasta que los agustinos lograron entrar en China desde Filipinas. Invitados por monseñor Felipe Aguirre, salieron de Manila en 1877 los padres Raimundo Lozano y Mariano Fábregas. Los agustinos contaban con el apoyo incondicional del papa León XIII, avalado por su breve *Ex debito pastoralis officio*. No volvieron a su antigua misión de Kiangsi, sino que se dirigieron al vicariato apostólico del norte de Hu-nan. Cuando terminó la soberanía española se reunían en ese vicariato 22 misioneros con 14 residencias en los distritos de Litchou, Changte y Iotchou [4].

[2] Cfr. *Boletín Eclesiástico de Macao, III-IV,* 1976, NN. 355-356, vol. LXXIV.

[3] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 286-287. Cfr. T.A. López, O.S.A., *Misioneros y colonizadores agustinos de Filipinas,* Valladolid, 1965, pp. 271-289.

[4] Cfr. E. Pérez, O.S.A., *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos,* Manila, 1901, p. 487. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 287.

Los franciscanos en China

Ya hemos mencionado repetidas veces que los frailes llegaron a Filipinas atraídos por el «cebo» de China, teniendo mayor interés los franciscanos. En su intento de penetrar en China tocaron extremos considerados graves por las autoridades civiles y eclesiásticas de Filipinas.

A primeros de mayo de 1579 salieron de Manila, de incógnito y en contra de las órdenes del gobernador don Francisco Sande, los franciscanos fray Pedro de Alfaro y fray Agustín de Tordesillas. La fragata la pilotaban los capitanes españoles Francisco Dueñas y Juan Díaz Pardo, junto con otros españoles y miembros de la tripulación. Se dirigieron hacia las costas de Ilocos, en el noroeste de la isla de Luzón. Después de hacer *rendevouz* con otros dos franciscanos, fray Juan Bautista Luccharelli de Pesaro y fray Sebastián de Baeza, se dirigieron todos hacia Cantón. Llegaron a primeros de junio del mismo año.

No corresponde aquí narrar las penalidades padecidas, pero basta apuntar que el intérprete chino falseaba totalmente su mensaje y el de los mandarines. Finalmente no lograron nada. Los padres Alfaro y Juan Bautista de Pesaro salieron para Macao. En septiembre de 1580 establecieron un convento allí, con esperanza de que sirviera de apoyo en sus intentos de establecer una misión en China. Fray Alfaro escribía ese mismo año al gobernador de Filipinas, don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, disculpándose de su huida. Enviaba de regreso a Manila a fray Agustín de Tordesillas y a los capitanes españoles Francisco Dueñas y Juan Díaz Pardo con una carta. Iban con miedo a las represalias del gobernador. Fray Alfaro confesaba ser el cabeza de la aventura. Los otros iban detrás de él. Y terminaba la carta: «No ha sido posible abrir la puerta de China esta vez. El cuándo, solo Dios lo sabe» [5].

Se les pedía esperar a la puerta, pero poco después, los portugueses expulsaban a Alfaro de Macao y le enviaban a Goa. El barco en que viajaba naufragó en las costas de Cochinchina y murió en el trágico suceso [6].

En Manila las autoridades civiles y eclesiásticas convocaron varias reuniones para poner coto al deseo de los franciscanos de tomar Chi-

[5] Cfr. Colin-Pastells, *Labor*, I, p. 305.

[6] Cfr. San Antonio, *Crónicas*, I, pp. 382-388. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 283.

na. El obispo fray Domingo de Salazar, que había llegado a Manila el 17 de septiembre de 1581 como su representante, pidió al comisario franciscano que se dejaran de aventuras y se entregaran en cuerpo y alma a la evangelización de Filipinas. A primeros de marzo de 1582, aun después de haber recibido el serio aviso del obispo, siete franciscanos, dirigidos por fray Pablo de Jesús, salieron clandestinamente de Manila. Su destino: China.

Don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, que había ultimado su embajada al gobernador de Cantón y a los portugueses de Macao, envió al padre Alonso Sánchez y acompañantes con el drástico aviso de que en el caso de que los franciscanos alcanzaran las costas de Pangasinán o Ilocos —como esperaban— les expatriaran sin contemplaciones a Manila. Sólo podrían llevar dos franciscanos con ellos a Macao [7]. El padre Alonso Sánchez alcanzó a los franciscanos ya en Pangasinán y el alcalde cumpliría las órdenes enviándolos a Manila.

Persistentes en sus quejas y lamentaciones, consiguieron que tanto el gobernador como el obispo Salazar les permitieran salir de Manila a primeros de junio en 1582 con destino a China. Su director fue el comisario fray Jerónimo de Burgos. Su deseo de alcanzar Macao no se cumplió. Al tocar costa en Fukien, los guardacostas chinos los apresaron, viéndose sometidos a toda clase de vejaciones y sufrimientos. Fueron trasladados más tarde a Cantón, donde se vieron obligados a vender los cálices para poder comer y sobrevivir. Finalmente un portugués piadoso, Arias González de Miranda, se compadeció de ellos y los rescató de la prisión. Algunos se quedaron en Macao, otros se volvieron a Manila. De nuevo el afán por establecer una misión había fracasado rotundamente [8].

Los dominicos y los franciscanos en China

Los primeros dominicos que entraron en China en 1590 fueron fray Miguel de Benavides, sinólogo y misionero durante algunos años con los sangleyes chinos de Manila, y el provincial fray Juan de Cas-

[7] «Carta de don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa a Felipe II, Manila, 16 de junio de 1582», en Colin-Pastells, *Labor,* I, pp. 305-306.

[8] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 284.

tro. Según el obispo Domingo de Salazar, salieron como los antiguos apóstoles, sin la protección de los soldados, solos, confiados en el poder de Dios, «con la Biblia en una mano y el breviario en la otra» [9]. A los pocos meses estaban de vuelta en Manila. No habían conseguido nada. Lo mismo ocurrió al padre Luis Gandullo en su viaje a China en 1593. El padre Bartolomé Martínez entró en China en 1612 y 1619. Sería el fundador de la misión de Formosa en 1626.

Intentaron entrar una vez más en 1630 y esta vez lo consiguieron. El 30 de diciembre los padres Antonio Cocchi y Tomás Serra, ambos italianos, salieron de Manila rumbo a Foochow. Partieron como embajadores, con ricos presentes para las autoridades chinas. Durante la travesía la tripulación asesinó al padre Serra, para apoderarse de los regalos. Providencialmente el padre Cocchi desembarcó en Foochow, y desde allí se dirigió hacia Fogán, en el distrito interior de Funing, en la provincia de Fookien, inagurando la presencia de la misión dominicana en China.

En 1633 se le unieron el dominico Juan Bautista de Morales y el franciscano Antonio Caballero, o de Santa María. En un principio trabajaron juntos, pero poco a poco, dirigidos por su propio carisma, se fueron separando, manteniendo siempre una estrecha colaboración y profunda amistad.

Los dominicos se establecieron en Fookien, pasando luego a Shantung, Chekiang y Kiangsi. Los franciscanos, que al igual que los dominicos recibían sus refuerzos desde Filipinas, se fueron extendiendo por Shantung, donde establecieron una casa central, en Sinanfu y otras en Canton (Kwangtung) en 1674, en Kiangsi en 1686 y en Nanking y Chekiang en 1700.

Como ya se ha escrito una historia detallada sobre el desarrollo de las misiones dominicas y franciscanas en China [10], aquí sólo añadiremos que los dominicos cedieron sus fundaciones en Shantung, Chekiang y Kiangsi a los franciscanos, concentrándose exclusivamente en la provincia de Fookien, de donde procedían casi todos los chinos establecidos en Filipinas. Los franciscanos abandonaron Fookien, dejando solos a los dominicos.

[9] «Carta de Domingo de Salazar a Felipe II, Manila, 24 de junio de 1590», *AGI*, Filipinas 74.

[10] J.M. González, O.P., *Historia de las Misiones Dominicanas en China*, 5 vols., Madrid, 1955-1964.

Uno de los capítulos más tristes de las misiones católicas en China es la amarga y larga disputa sobre los ritos chinos entre los jesuitas y los mendicantes, encabezados por los franciscanos y dominicos. Comenzaron en 1636 y no culminó hasta 1742 cuando el papa Benedicto XIV (1740-1758) publicó la bula *Ex Quo*. Después del Concilio Vaticano II, con el nuevo desarrollo de la teología de la misión, percibimos ahora las exageraciones enormes de ambos bandos.

Con relación a las misiones dominicanas debemos hacer notar las persecuciones sufridas en diferentes épocas de la historia de China. La Iglesia ha elevado a los altares a varios mártires dominicos de China. En 1648, durante la invasión de los Manchus, fue martirizado el 15 de enero en Fogán Francisco de Capillas, misionero que había trabajado en Filipinas de 1632 a 1642. Fue la primera sangre cristiana vertida en China. San Pío X le incluyó en el catálogo de los Beatos el 2 de mayo de 1909. Casi un siglo más tarde, durante la persecución de Kienlung, se dieron numerosos martirios en China: en 1747 el obispo Pedro Sanz. Al año siguiente murieron mártires sus hermanos de hábito el obispo Francisco Serrano y los padres Joaquín Royo, Juan Alcober y Francisco Díaz. Fueron beatificados por el papa León XIII el 14 de mayo de 1893.

Es digno de destacar el que los dominicos, en sus misiones de China, intentaran crear un clero nativo chino. A los que tenían vocación para la orden, y reunían las condiciones necesarias, les aceptaban sin más, les enviaban a Manila a terminar los estudios, y finalmente volvían a su país de misión. El más famoso de todos es fray Gregorio Lo (1616-1691), que fue misionero en Fukien durante muchos años. Fue consagrado obispo el año 1684 y nombrado vicario apostólico de Nanking. Fue el primer obispo chino de la Iglesia católica [11].

Desarrollo de las misiones dominicanas en China

Desde mediados del siglo XIX las misiones dominicanas en China experimentan un desarrollo positivo. Entre las causas destaca el cese de

[11] J.M. Gónzalez, O.P., *El primer obispo chino. Excmo. Sr. D. Fray Gregorio Lo o López, O.P.*, Villava-Navarra, sin año.

las persecuciones oficiales. La aparición de potencias occidentales en los puertos de China, veáse Francia e Inglaterra, pusieron freno a las autoridades chinas en contra de los misioneros europeos.

Probablemente la razón fundamental que motivó el gran empuje de las misiones en China fue la abolición del *padroado* portugués a medidados del siglo. Desde hacía años, el *padroado* portugués al igual que el *Patronato Real de las Indias*, ejercido por los reyes de España en todas sus colonias, eran una rémora para la Iglesia de ultramar. El patronato se había convertido en un simple instrumento del Estado para mantener esclavizada a la Iglesia en sus dominios ultramarinos. Si alguna vez había sido bueno y positivo para la expansión misionera de la Iglesia, y no puede negarse que lo fue durante los primeros siglos de su existencia, dejó de serlo con el advenimiento de las dinastías borbónicas en España y Portugal.

Libre la Iglesia de las trabas del *padroado*, con la llegada de nuevos misioneros, se crearon nuevas diócesis en China. A la vez entraron en acción las mujeres, precisamente en las misiones dominicanas en China, llegando las primeras desde Filipinas a la región de Fukien en 1859, a ayudar en el apostolado de sus hermanos de hábito en hospitales, orfanatos y otros lugares de caridad y beneficencia [12].

Todas estas causas dieron gran empuje a las misiones dominicanas de China. Sin restricciones, con absoluta libertad, edificaron iglesias y hospitales, que serían puntos de referencia y de captación de los paganos chinos.

Los dominicos, a pesar de las diferentes persecuciones en China, mantuvieron una perfecta continuidad temporal en su labor misionera hasta 1952. El triunfo del comunismo con Mao-Tse-Tung determinó el final de todas las misiones cristianas en China. La Iglesia local china comenzaba su calvario.

Desde entonces está viviendo como en sus primeros tiempos en las catacumbas. Los dominicos, igual que el resto de los misioneros, pueden repetir ahora, lo que el franciscano Pedro de Alfaro escribía hace más de 400 años al gobernador de Filipinas, don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, desde Macao: «Estamos a las puertas, esperando se abran. El cuándo, sólo Dios lo sabe».

[12] Para un estudio detallado de las misiones dominicanas en Chile. Cfr. P. Fernández, *Dominicos*, pp. 105-118; 151-168; 217-235; 309-317; 419-435.

Misiones en Cochinchina

El 1 de mayo de 1583 salieron de Manila ocho franciscanos bajo la dirección de Diego de Oropesa y Bartolomé Ruiz. Pasando por Macao, llegarón a la bahía de Turón, protagonista en la historia de la Indochina francesa, y aún más durante la guerra americana de Vietnam [13] cuando era conocida como Da-nang.

El rey de Cochinchina, con la esperanza de atraer el comercio de los españoles desde Filipinas hacia sus costas, abrió primero sus puertos a los misioneros. Los franciscanos fueron bien recibidos en Turón por el mandarín local, quien enterado de que planeaban llegar a la corte del rey, les facilitó el viaje. Apenas pasado un promontorio de la bahía de Da-nang les sorprendió una terrible tempestad que empujó el barco hacia las costas de la isla de Hainan, perteneciente al imperio de China. El barco quedó hecho pedazos contra la costa, sin embargo, los náufragos pudieron alcanzar la playa. El mandarín de la localidad, creyendo que eran piratas, les metió en la cárcel. Llevados ante otro mandarín más poderoso, éste tomo igual decisión.

Después de muchos arduos esfuerzos, gracias a las declaraciones de algunos de los náufragos convenciéndole de que no eran piratas sino hombres de bien y de Dios que lo que querían era predicar su santa ley, obtuvieron la libertad. Por fin embarcaron en un mercante, llegando poco después a Macao [14].

No perdieron la esperanza los dos jefes de la misión. Por un lado, fray Diego de Oropesa, desde Macao, intentó trasladar otros cinco franciscanos a Cochinchina. Su superior en Manila, enterado del plan, le prohibió terminantemente continuar con él. Por otro, el padre Bartolomé Ruiz, impresionado por el buen trato recibido en Da-nang, preparó una nueva misión desde Macao a Cochinchina. Junto con otro compañero salió en 1584 con tal destino, y una vez allí fueron bien recibidos por el rey y los magnates de la corte. A los seis meses su compañero, agotado, regresó a Manila, siguiéndole, al poco tiempo, el padre Ruiz.

[13] «Origen de las misiones franciscanas en el Extremo Oriente», *Archivo Ibero-Americano*, I, 1915, pp. 24-25. Cfr. P. Fernández, *History*, p. 289.

[14] Cfr. Concepción, *op. cit.*, 4, pp. 159-172. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 289.

Pasaron más de cien años hasta que los franciscanos de la provincia de San Gregorio Magno de Filipinas pudieron organizar una nueva misión. Esta vez la planearon mejor, agotando todos los recursos humanos, para asegurar su éxito final. Comenzaron por Tonkín y pasaron luego a Cochinchina. A partir de 1700 los franciscanos comienzan a establecer misiones permanentes y a edificar iglesias sólidas especialmente en Cochinchina. Se extendieron por las provincias de Hue, Quin-hon, Quang-Ngahia, Tamlack, Dong-nai y Song-sau.

Conviene mencionar las principales fundaciones de este período. En 1719 edificaron una gran iglesia en Hue, la capital imperial, dedicada a la Inmaculada Concepción de María. En 1722, otra en Saigón, en honor de su fundador San Francisco de Asís, en el barrio de Cholon, escenario bien conocido durante la guerra americana en Vietnam. En Saigón, en el distrito de Cho-quam, establecieron iglesia y convento, convirtiéndose en centro neurálgico de los misioneros franciscanos en Cochinchina. Llegaron a construir en la misma ciudad, en el barrio de Ben-Que, otra iglesia para la Orden Tercera, donde erigieron un beaterio de mujeres bajo la invocación de la Confraternidad de la Visitación de Nuestra Señora [15].

Los franciscanos abandonaron las misiones de Cochinchina en 1813, así como sus misiones en China y Camboya.

Misiones en Camboya

En la historia de Filipinas, Camboya, nombre por el que los españoles la conocían entonces, tuvo una gran importancia. En las luchas entre Camboya y Siam (Tailandia), los portugueses y españoles desempeñaron por cierto tiempo un importante papel. A finales del siglo XVI y comienzos del XVII, los españoles organizaron cuatro expediciones desde Manila a Camboya. Una de ellas la dirigía don Luis Pérez Dasmariñas, hijo del gobernador de Filipinas don Gómez Pérez Dasmariñas (1590-1593). Los pormenores de esas expediciones están bien narrados por un testigo que formó parte de ellas y que arriesgó su vida

[15] Cfr. F. Huerta, O.F.M., *Estado geográfico, topográfico, estadístico, histórico, religioso de la santa apostólica provincia de San Gregorio Magno*, Binondo, 1865, pp. 672-680.

repetidas veces. Nos referimos al dominico Aduarte, quien ha dejado una relación precisa y detallada con su *Historia* [16].

Los franciscanos de la provincia de San Gregorio de Filipinas fundaron una misión en Kankao y otras iglesias y oratorios en el reino de Camboya. Desapareció todo cuando abandonaron el país en 1813, además de sus misiones de China y Cochinchina [17].

MISIONES EN VIETNAM

Quizá es preciso en este lugar aclarar que lo que hoy es Vietnam estaba dividido por entonces en dos reinos principales: el norte, conocido por los españoles como Tonkín, y la parte sur, conocido como Cochinchina. A principios del siglo XIX se hablaba del imperio de *Annam*, que estaba en el centro del actual país con su capital en Hue. A lo largo del XIX Francia se apoderó de todo él, añadiendo más tarde Laos y Camboya [18] a su imperio.

El misionero de mayor prestigio en Tonkín fue el jesuita francés Alejandro Rhodes que entró en el país en 1627 permaneciendo allí por espacio de tres años. Las circunstancias no favorecieron su labor, viéndose obligado a abandonar y dirigirse hacia el sur, es decir, hacia Cochinchina. En este lugar permaneció hasta 1645, logrando buen arraigo cristiano. Salió aquel mismo año camino de Roma, para rogar a la Santa Sede mayores poderes y gente para la misión de Cochinchina. Este noble y celoso sacerdote murió hacia 1660 en Persia, cuando regresaba a su antigua misión.

A juzgar por los frutos posteriores, su tarea en Tonkín y Cochinchina no había sido en vano. El papa Alejandro VII (1655-1667) que le había recibido en Roma, y que estaba hondamente interesado en las misiones del oriente, y en el proyecto de Rhodes, nombró a monseñor François Pallu, vicario apostólico de Tonkín y a monseñor Pierre de la Motte-Lambert, vicario apostólico de Cochinchina. La presencia de

[16] D. Aduarte, O.P., *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China*, 2 vol., Madrid, 1962, vol. I, pp. 315-344.

[17] Cfr. Huerta, *op. cit.*, pp. 679-680. Cfr. Pérez, *op. cit.*, pp. 36-43. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 290.

[18] F. Gainza, O.P. - F. Villarroel, O.P., *Cruzada española en Vietnam. Campaña de Cochinchina*, Madrid, 1972, pp. 6-7.

monseñor Pallu en Manila tuvo gran resonancia, como constatamos en páginas anteriores.

Durante su estancia en Manila, en 1672, antes de partir para su misión, monseñor Pallu invitó a los dominicos a establecerse en Tonkín. Dos años más tarde volvió a rogar encarecidamente a los superiores dominicos que aceptaran su petición de misioneros. Por fin el 7 de junio de 1676 llegaron a Tonkín, por la vía de Batavia (Yakarta), los dominicos fray Juan de Arjona y fray Juan de Santa Cruz. La primera misión la crearon en Trunglinh, en la provincia de Nam-dinh, siendo luego fundadores de la misión dominicana de Tonkín, en la actualidad, Vietnam sin más. Poco a poco se fueron extendiendo a las provincias de Hung-yen, Hai-duong y Bac-ninh [19]. La provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, desde un principio, se encargó con gran afán de proteger la misión de Tonkín. Año tras año, incluso durante los de cruda persecución, los superiores enviaron refuerzos de misioneros desde Manila.

Las misiones dominicanas de Tonkín tienen una gloriosa historia. Los dominicos, para suplir la falta de personal, sobre todo durante los períodos de persecución contra los misioneros extranjeros, comenzaron a aceptar vocaciones nativas en la orden.

El dominico vietnamita más famoso es fray Vicente Liem de la Paz. Nació en Tra-Lu Xa, Thondon en 1731. De joven acudió a Manila, estudió en el Colegio de San Juan de Letrán, terminó sus estudios eclesiásticos en la Universidad de Santo Tomás de Manila y, ya ordenado sacerdote, regresó a su país natal en 1759. Después de trabajar con gran celo en la conversión de sus conciudadanos, murió mártir el 7 de noviembre de 1773. Fue beatificado por San Pío X el 20 de mayo de 1906 y canonizado por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988. Vicente Liem de la Paz es el primer dominico vietnamita. Su compañero de martirio fue el dominico español Jacinto Castañeda (1743-1773), canonizado también por Juan Pablo II.

La historia del cristianismo en Tonkín está llena de ejemplos heróicos, como vimos en el caso de Japón. Se dieron largos períodos de paz, sobre todo a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Con el

[19] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 292-293. En estudio más detallado en *ibidem, Dominicos*, pp. 237-252; 319-331; 437-469.

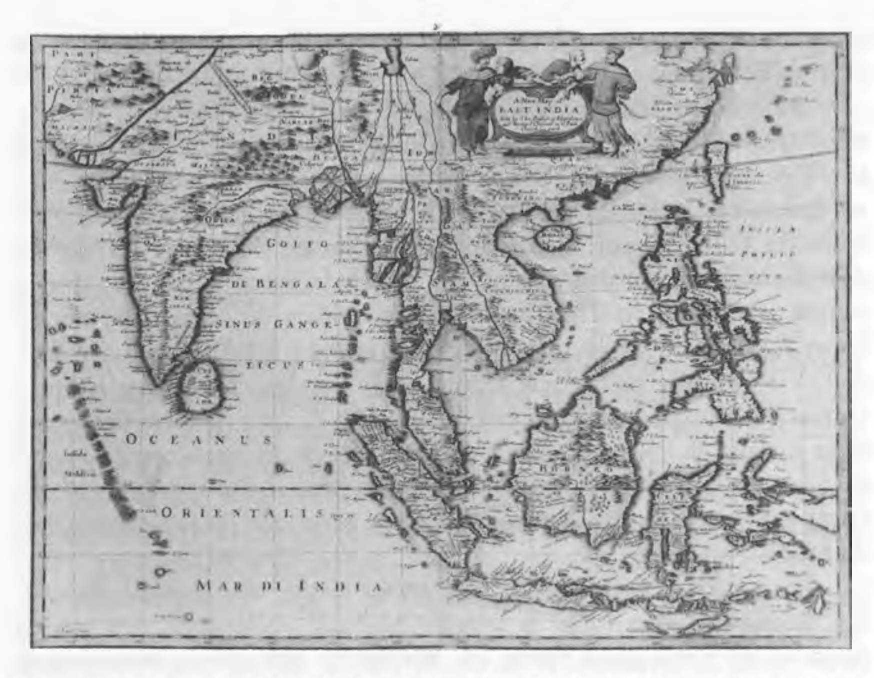


Ilustración n.° 9. Theo Basset, *A new map of East India*, Londres, siglo XVIII. López Museum - Ayala Museum, Manila.

emperador Gia-long (1777-1820) la Iglesia gozó de uno de ellos y casi del apoyo oficial. Pero su sucesor el emperador Ming-manh comenzó una persecución encarnizada. Entramos en la era de las persecuciones, donde la sangre cristiana corrió a raudales.

El martirologio de las misiones dominicanas del Vietnam lo forman 60 mártires divididos en tres grupos, según aparecen en los *Procesos de Beatificación:* hay un primer grupo compuesto de 27 mártires, beatificados todos por el papa León XIII el 27 de mayo de 1900, martirizados entre los años 1838-1851. Un segundo grupo de 8 beatificados por San Pío X el 20 de mayo de 1906 y un tercer grupo de 25 beatificados por Pío XII el 29 de abril de 1951. Los mártires de los dos últimos grupos murieron por la fe durante los años 1857-1862 [20].

[20] Cfr. C.P. Puebla, O.P., ed., *Testigos de la Fe en Oriente. Mártires Dominicos en Japón, China y Vietnam*, Hongkong, 1987, p. 210.

Los mártires más famosos son Domingo Henares (1765-1838), Clemente Ignacio Delgado (1761-1838), Jerónimo Hermosilla (1800-1861), Valentín Berriochoa (1827-1861), José María Díaz Sanjurjo (1818-1857) y Melchor García Sampedro (1821-1858). Todos españoles y todos obispos. No fueron solos al martirio. Les acompañaron 11 sacerdotes dominicos vietnamitas y cinco españoles. El número hasta 60 lo completan los terciarios dominicos, tanto sacerdotes seculares como seglares, normalmente catequistas, de las misiones dominicanas del Vietnam. Todos fueron canonizados por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

A finales del siglo XIX las misiones de Tonkín experimentaron un crecimiento extraordinario. El número de misioneros europeos aumentó, el clero nativo vietnamita era suficiente para ir ocupando las nuevas cristiandades que se iban creando continuamente. Los seminarios tenían bastantes vocaciones como para cubrir las necesidades de la Iglesia en Vietnam. Se construyeron grandes iglesias, edificaron hospitales, orfanatos y otras obras de beneficencia. En esta labor misional colaboraron sustancialmente los mismos vietnamitas cristianos. Una congregación llamada *Los Amantes de la Cruz*, fundada en el siglo XVII, los terciarios dominicos y los cofrades del rosario fueron instrumentos indispensables en el proceso de catequización de los nuevos conversos, de mantenimiento de los bienes de la Iglesia y de la celebración solemne del culto cristiano.

Otro elemento característico de la misión dominicana del Vietnam fueron los catequistas. Vivían en comunidad, en las llamadas *Casas de Dios*, entregados totalmente a la evangelización de sus conciudadanos bajo la supervisión y autoridad de los vicarios apostólicos. Importante también en el proceso de evangelización fueron las *Beatas*, mujeres consagradas al servicio social en la Santa Infancia y otras obras de beneficencia.

Al concluir la guerra del Pacífico la Iglesia en Vietnam había alcanzado un estado floreciente. La división del país en Vietnam del Norte, bajo el régimen comunista, y Vietnam del Sur, bajo la protección de Francia y Estados Unidos, supuso un golpe serio al cristianismo del Norte, zona donde se encontraba la gran mayoría de los cristianos del país, muchos de los cuales emigraron al sur. Con la caída del régimen de Saigón, el cristianismo vietnamita quedó a merced del régimen comunista.

En 1967 se estableció la nueva provincia dominicana del Vietnam bajo el significativo nombre de *Regina Martyrum*, Reina de los Mártires, desgajada de la provincia madre del Santísimo Rosario de Filipinas.

El 19 de junio de 1988 el papa Juan Pablo II canonizó en Roma a más de cien mártires de la Iglesia del Vietnam, muertos durante las persecuciones del siglo XVIII y XIX. Hoy, de nuevo, la Iglesia en Vietnam vive en las catacumbas. Si la historia es maestra de la vida, confiamos en que todo pasará, y se dé en un futuro un nuevo renacer cristiano. Los cristianos vietnamitas se cuentan por millones. Después de Filipinas es la cristiandad más numerosa de todo el continente asiático. Quizá Corea, que hoy experimenta un boom cristiano, ha sobrepasado ya el número de cristianos de Vietnam. El cristianismo, aunque está en retroceso en Europa, está creciendo, sin embargo, en Asia en nuestros días.

MISIONES EN SIAM (TAILANDIA)

Los franciscanos españoles de Filipinas, a finales del siglo XVI y primeras decadas del XVII, fueron auténticos peregrinos de Jesucristo.

Movidos por el amor del Señor, después de su fracaso en Cochinchina, se lanzaron a establecer una misión en Siam, hoy Tailandia. Salieron tres franciscanos, enviados por Diego de Oropesa, bajo la dirección de Jerónimo de Aguilar.

Fueron bien recibidos por el rey y sus magnates. Mientras aprendían la lengua se dedicaron a trabajar con la colonia portuguesa de la capital de Siam, Ayuthia. Al poco tiempo de llegar a Siam convirtieron a un predicador del islamismo procedente de Arabia. Fue prácticamente la única conversión junto con la de unos pocos siameses. Poco después de su llegada estalló la guerra entre Siam y el reino de Pegu. Los franciscanos tuvieron que abandonar el país y regresar a Macao, sin haber logrado apenas frutos espirituales [21].

Los franciscanos españoles de Filipinas volvieron a entrar en Siam en la segunda mitad del siglo XVIII. Los obispos François Pallu y Pierre

[21] Cfr. Concepción, *op. cit.*, 4, pp. 173-179. Cfr. Pérez, *op. cit.*, pp. 33-35. P. Fernández, *History*, pp. 292-293.

de la Mottet-Lambert, mencionados anteriormente, entraron en Siam hacia 1670, acompañados por varios sacerdotes seculares y religiosos, entre ellos algunos franciscanos. Éstos pidieron a sus hermanos de hábito de Filipinas que les ayudaran en la tarea evangelizadora de Siam. En 1686 dejaron Filipinas seis franciscanos españoles. Por razones que no se conocen bien, el superior, una vez en Siam, prefirió abandonar el país y dirigirse a las islas de Nicobar, al oeste de Malaca, en pleno corazón del golfo de Bengala. Los cinco restantes se quedaron en Siam. Pero debido quizá a la ausencia de un superior, a las dificultades de la misión o a las persecuciones que sufrieron, los franciscanos abandonaron finalmente el país regresando a Filipinas [22].

El franciscano fray Antonio de Santo Domingo, superior de esta misión, cambió Siam por Nicobar el 14 de febrero de 1687. Allí fue bien recibido edificando una iglesia dedicada a San Francisco en la ciudad de Albanan. Su sucesor, el padre Angelo de Albano, llegado a Nicobar el año 1689, organizó una buena cristiandad. Encerrado en prisión, murió como consecuencia del odio a la fe cristiana desatado en 1697. Era el fin de la misión de Nicobar [23].

[22] Cfr. Concepción, *op. cit.*, pp. 181-182. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 293.
[23] Cfr. Huerta, *op. cit.*, p. 685.

de la Motte Lambert, mencionados anteriormente, entraron en Siam hacia 1670, acompañados por varios sacerdotes seculares y religiosos, entre ellos algunos franciscanos. Éstos pidieron a sus hermanos de hábito de Filipinas que les ayudasen en la tarea evangelizadora de Siam. En 1685 dejaron Filipinas seis franciscanos españoles. Por razones que no se conocen bien, el superior, una vez en Siam, prefirió abandonar el país y dirigirse a las islas de Nicobar, al oeste de Malaca, en pleno corazón del golfo de Bengala. Los cinco restantes se quedaron en Siam. Pero debido quizá a la ausencia de un superior, a las dificultades de la misión o a las persecuciones que sufrieron, los franciscanos abandonaron finalmente el país regresando a Filipinas [76].

El franciscano fray Antonio de Santo Domingo, superior de esta misión, cambió Siam por Nicobar el 14 de febrero de 1687. Allí fue bien recibido edificando una iglesia dedicada a San Francisco en la ciudad de Albaman. Su sucesor, el padre Ángelo de Alheno, llegado a Nicobar el año 1689, organizó una buena cristiandad. Encerrado en prisión, murió como consecuencia del odio a [illegible] en 1697. Era el fin de la misión de Nicobar [77].

[76] Cfr. Concepción, op. cit., [illegible]. Cfr. P. Fernández, op. cit., p. 279.
[77] Cfr. Huerta, op. cit., p. 655.

Capítulo XV

LAS MISIONES EN LAS ISLAS DEL PACÍFICO

No pretendemos estudiar aquí la cristianización de todas las islas del Pacífico, sino algo más sencillo. Intentamos narrar a los lectores los esfuerzos misionales llevados a cabo por los misioneros españoles en algunas islas al borde del océano Pacífico, cercanas a Filipinas. Son pequeños grupos de islas que durante el período español fueron también objetivos del proyecto misional de Filipinas. El decir «cercanas a Filipinas» viene determinado por la dimensión relativa a la inmensidad del Pacífico. Algunas están a una distancia de millares de kilómetros. Sin embargo, cayeron durante cierto tiempo dentro de la órbita misional de los religiosos españoles de Filipinas.

LAS ISLAS MOLUCAS

Descripción histórica y geográfica

La mera mención de estas islas trae a escena la búsqueda de las especias. En historia universal las Islas Molucas son simil de las islas de la Especiería.

Hoy día las Islas Molucas están enclavadas en la República de Indonesia. Se llamaron islas de la Especiería por la riqueza y abundancia de tales productos. Las más famosas son: Ternate, Tidore, Motir, Amboina, Machian y Batjan (Batachina) [1].

[1] Cfr. M. Texeira, *Macau e a sua diocese*, Macao, 1957, p. 36.

Cuando los portugueses llegaron, estaban gobernadas por numerosos reyezuelos con un poder muy limitado. Hacía falta un gobierno fuerte y central, no sólo en las Molucas, sino en todas las islas que hoy forman Indonesia y Filipinas. Religiosamente hablando eran paganas en su mayoría, pero desde tiempo inmemorial, sobre todo desde la caída de Malaca en 1511, muchos príncipes musulmanes se habían refugiado en Borneo y en el sur de las Filipinas y desde allí habían extendido la religión islámica por las islas Molucas y otras islas del archipiélago indonesio y magallánico. En general, la clase gobernadora había abrazado el islamismo o estaba muy marcada por el islam.

Ninguna nación se movió tanto hacia el Oriente como Portugal. Alfonso de Albuquerque conquistó Malaca, centro comercial y político islámico, en 1511. Las islas de la Especiería todavía quedaban muy lejos. En 1512, convertido en virrey de la India, envió con tres barcos a Francisco Serrao, gran amigo de Magallanes, a las Molucas. Los portugueses tomaron tierra en la isla de Amboina, una de las Molucas, donde establecieron una factoría en 1521, precisamente el mismo año en que Magallanes, entonces al servicio de España, tocaba tierra en Filipinas y se asomaba, cual un Moisés en Oriente, a la fuente de las especias. Dios no le concedió la gracia, como tampoco hizo con Moisés respecto a la Tierra Prometida, de alcanzar aquello tan hondamente deseado por él.

Durante casi un siglo Portugal poseyó total control del comercio de las especias. Sus navegantes y pilotos, año tras año, llevaban a Lisboa especias por las que se pagaban precios altísimos. En 1581 las Cortes de Tomar juraron a Felipe II como rey de Portugal. Las dos coronas, de España y Portugal, se encontraban sobre una única cabeza, la del rey Felipe, quien había prometido observar los fueros de Portugal y jurado respetar los derechos de los antiguos reyes en relación a sus dominios de ultramar.

La carga de mantener las Molucas y de defenderlas contra todos los enemigos recaía ahora sobre España, en concreto sobre las islas Filipinas. Filipinas entra así en la esfera internacional y sus habitantes, mayormente los pampangos, acompañarían siempre a los soldados españoles en las diferentes expediciones a las Molucas. Durante el gobierno de don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa (1580-1583) fueron enviadas varias expediciones a las Molucas en apoyo de los portugueses.

En 1593 apareció en las Molucas el marino holandés Wybrand, con una poderosa escuadra. Ese mismo año, sin ninguna conexión con

la llegada de Wybrand al oriente, el gobernador de Filipinas, Gómez Pérez Dasmariñas (1590-1593) salía de Manila con una expedición para asentar el poder español en la zona. Fracasó totalmente porque, apenas traspasada la bocana de la bahía de Manila, de frente a las costas de lo que es hoy la provincia de Batangas, los remeros chinos asesinaron, la noche del 25 de octubre de 1593, al gobernador Dasmariñas y a la mayoría de los oficiales españoles a bordo de la galera almiranta.

En 1606 salió de Manila otra armada, dirigida por el gobernador Pedro Bravo de Acuña, rumbo a las Molucas. Desde el año 1593 hasta esa fecha los holandeses habían tenido ocasión de asentarse en varias islas. Pero los españoles obtuvieron una resonante victoria. Los holandeses fueron derrotados de pleno en Ternate. Acuña se apoderó de la isla y la convirtió en presidio militar, a la vez que en centro de defensa y expansión de España por el resto de las Molucas, en 1606. Desde entonces hasta 1662, año en que el gobernador Sabiniano Manrique de Lara retiró las guarniciones de las Molucas para defender Manila de la amenaza de invasión del pirata chino Coxinga, conquistador de los holandeses en Formosa, la bandera española hondeó en Ternate y en otras islas cercanas.

Las misiones franciscanas en Molucas y Célebes

La tarea misional y evangelizadora de las Molucas y de otras islas adyacentes, como por ejemplo la gran isla de Célebes, corrió a cargo de los jesuitas y de los franciscanos. No sólo se ocuparon de estas islas, sino también de otras del Pacífico. Desde Filipinas intentaron establecer misiones en algunas, bajo el amparo y protección de España. Su existencia estuvo siempre condicionada a la presencia de España en la zona [2].

En la expedición de don Pedro Bravo de Acuña a las Molucas el año 1606 se embarcaron cuatro franciscanos. Se establecieron en Ternate, donde edificaron un pequeño convento y hospital de madera. El gobernador de la ciudad, Cristóbal de Azcueta, considerando pequeño el convento les donó un lote de terreno fuera de la ciudad, camino de la

[2] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 297.

playa. Más tarde el gobernador Pedro de Heredia, dada su pobreza, les edificó uno a cuenta suya en 1626. Ese convento fue el centro de sus misiones en las Molucas y Célebes, y el punto de partida y retorno.

La isla de Célebes, llamada por los antiguos Macasar y hoy Sulawesi por los indonesios, por entonces estaba dividida en pequeños reinos. El historiador franciscano Félix Huerta menciona algunos en los cuales los franciscanos establecieron misiones: *Cauripa*, *Bool*, *Macasar*, y *Menados* o Manados. También misionaron en la isla de Gilolo y en la de Sanguir, relativamente cerca de la gran isla de Mindanao en Filipinas.

El primer misionero franciscano que tocó tierra en *Cauripa* fue el padre Sebastián de San José. Predicó el Evangelio allí y la reina del lugar mostró cierto interés en convertirse al cristianismo. No hubo logros positivos porque el padre Sebastián se pasó pronto al reino de *Bool*. Aquí, con el apoyo del reyezuelo del lugar, que le dio libertad para predicar y erigir iglesia, consiguió pequeños frutos. Pero algo más tarde fue asesinado por los paganos del reino de *Togolandia*, no muy lejos de Bool [3].

En 1612 llegaron a *Bool* para continuar la labor misional del padre Sebastián, los franciscanos Juan del Caño y Cristóbal Cruz. A pesar de gozar de toda clase de facilidades, al año siguiente murió el padre Caño, por lo que el padre Cruz, gravemente enfermo, no tuvo más remedio que volver a Ternate. Aunque le siguieron algunos otros franciscanos, sus esfuerzos no tuvieron ningún resultado positivo [4].

Tres misioneros franciscanos llegaron en 1619 a un pequeño reino al sur de la isla de Célebes. Su labor resultó eficaz, pero al poco tiempo, en 1662, partieron hacia otro lado, abandonando la misión [5].

Una de las misiones más importantes establecidas por los franciscanos en la isla de Célebes fue la del reino de *Manados*, al noroeste de la isla. Los padres Pascual Torrelas y Benito Díaz fueron los pioneros. En 1619 se les unieron otros franciscanos. Como resultado de esto se crearon dos importantes comunidades cristianas, la de Bantan y la de Cale. La primera fue fruto de los esfuerzos del padre Diego de Rojas.

[3] Cfr. D. Martínez, O.F.M., *Compendio histórico de la Apostólica Provincia de San Gregorio de Filipinas*, Madrid, 1756, pp. 107-110; 115.

[4] Cfr. F. Huerta, *op. cit.*, p. 682. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 297-298.

[5] Cfr. Huerta, *ibidem*, p. 683.

Todo se derrumbó con su muerte en 1624. La misión fue reabierta por el padre Juan Renzo, en 1640, pero una revuelta contra los españoles en 1644 puso fin a la obra.

La misión de Cale gozó de mayor continuidad. Fundada por el padre Pascual Torrellas en 1619 subsistió hasta el año 1642, año en que murió el padre Lorenzo Carralda, último misionero en Cale [6].

Ha sido mencionada varias veces la isla de *Gilolo*, del grupo de las Molucas. Los franciscanos Gabriel de San Jerónimo y Juan Montero establecieron una misión allí en 1613. Muerto en seguida el primero, el padre Montero se vio obligado a regresar a Ternate. Con ello concluyó la misión.

En 1637 llegaron a Manila unos emisarios de los reyezuelos de *Calonga* y de *Tabuca* en la isla de Sanguir. En 1639 partieron para la isla cuatro franciscanos desde Filipinas. Los padres Juan Iranzo y Francisco de Alcalá, fueron a Calonga y otros dos, al reino de Tabuca. Los dos primeros mencionados bautizaron pronto al rey y a la reina, junto con 92 personas de la nobleza del reino. El año 1654, cuando por falta de personal los franciscanos se vieron obligados a abandonar la misión, habían bautizado ya a unas 3.000 personas. En Tabuca, al abandonar la misión en 1656, sus compañeros habían bautizado cerca de 2.000 personas [7].

Si se examinan las causas del fracaso de las misiones franciscanas en las Molucas y en Célebes aparecen ciertos factores que pueden explicar la cuestión. El arraigo del islamismo en las islas sobre todo entre los príncipes y aristocracia, determinó en gran parte su fracaso. El islam era religión, vida y cultura de esos pueblos. La oposición al cristianismo fue fuerte y continuada. Algunos de los franciscanos perdieron la vida, asesinados por insinuación de los príncipes moros del lugar, que veían amenazada su religión con la llegada del cristianismo.

Otro factor que contribuyó al fracaso fue la falta de permanencia *in situ*. Los misioneros franciscanos, movidos por su celo de predicar el evangelio a toda criatura, se desplazaban constantemente de un lado a otro. Sus misiones tenían carácter provisional. Sin continuidad, sin

[6] Cfr. *ibidem*, pp. 683-684; Concepción, *op. cit.*, VI, pp. 176-179. P. Fernández, *op. cit.*, p. 298.

[7] Cfr. F. Huerta, *op. cit.*, p. 684-685. Concepción, *op. cit.*, VI, pp. 174 ss. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 298-299.

una metodología clara y distinta, no podían obtener demasiados logros, y no era posible la estabilidad en las misiones. Ellos seguían fieles a su vocación de peregrinar por Cristo, pero no eran conscientes de que en aquellos reinos tan divididos, donde no había nunca seguridad para los cristianos, era peligroso abandonar la recién establecida misión y partir a otro destino.

No hay que olvidar tampoco la falta de personal. Los misioneros franciscanos no daban a vasto en Filipinas. Por otra parte, en ese momento, también estaban evangelizando en Japón, hasta su ostracismo definitivo en 1640, y en los demás reinos del Asia cercanos a Filipinas, de los cuales se habló anteriormente. La mies era mucha, pero los obreros pocos. Se necesitaban más operarios en la viña del Señor.

Las misiones jesuitas

Los jesuitas establecieron sus misiones en la gran isla de Mindanao, en Filipinas, desde finales del siglo XVI. Desde allí, asomados a las Molucas y al resto de las islas que componen hoy Indonesia, pudieron conocer la existencia de pueblos que pedían angustiosamente la predicación de la Buena Nueva.

Una de las zonas donde permanecieron largo tiempo fue la isla de Siau, muy cercana a Mindanao, hoy frontera entre Indonesia y Filipinas. Don Francisco Javier, príncipe heredero del rey de la isla y educado en el colegio de San José de Manila, deseaba acudieran misioneros jesuitas para su pequeño reino, para lograr la conversión de los muchos paganos que existían allí, para prestar ayuda espiritual a los pocos cristianos de su reino y, sobre todo, para poner freno al crecimiento de los musulmanes, ya demasiado numerosos en su reino. Salieron de Filipinas cuatro jesuitas con un pequeño destacamento de 20 soldados españoles y algunos soldados pampangos. Pero esta intentona misional pronto llegó a su fin. Holanda, señora por entonces de las Molucas y casi todo lo que hoy es Indonesia, se apoderó de la isla de Siau en 1677, expulsando a los misioneros. Ya en el siglo XVIII, Murillo Velarde habla de la total desaparición del cristianismo en la isla [8].

[8] Cfr. Pedro Murillo Velarde, *Historia*, pp. 300-302. *BRPI*, XLII, pp. 121-122. *BRPI*, XLIV, pp. 98-99. Cfr. H. de la Costa, *The Jesuits*, pp. 454-455.

Las islas Marianas y su evangelización por los jesuitas

Fue Magallanes el primer europeo en visitar las islas Marianas, poniéndolas el despectivo nombre de *Islas de Los Ladrones*, poco antes de llegar a Filipinas a primeros de 1521.

Durante casi un siglo parece que nadie se interesó por hacer nada en favor de los habitantes de las islas. Los españoles tocaban sus puertos y, cargados de provisiones, continuaban su viaje. El 5 de abril de 1662 llegó a Las Marianas, en el galeón que hacía la ruta de Acapulco a Manila, el jesuita Luis de Sanvítores. Era un hombre celoso y noble, no sólo de espíritu sino también de sangre. Por parte de madre descendía del Cid Campeador. Movido por su afán viendo el abandono en que vivían aquellas gentes, tanto en lo temporal como en lo espiritual, y entristecido por el hecho de que tantas almas perecieran sin oír la Buena Nueva, tan pronto llegó a Manila se acercó al arzobispo Poblete, para que obtuviera del rey el permiso necesario para organizar una misión a Las Marianas. La reina María Ana de Austria envió una cédula real fechada el 4 de junio de 1665 apoyando el proyecto de Sanvítores y dando el visto bueno a su evangelización y colonización, cambiando el nombre de *Los Ladrones* por el de *Las Marianas*, en su honor.

El padre Luis Sanvítores salió de Manila para Méjico en el galeón *San Diego* con el padre Tomás Cardeñoso como compañero, ya que la reina regente había ordenado que los fondos para subvencionar la misión de Guam salieran del virreinato de Méjico.

También los padres Luis Medina, Pedro Casanova, Luis de Morales y el escolástico Lorenzo Bustillos, salieron de Acapulco el 23 de marzo de 1668, llegando a Las Marianas el 16 de junio del mismo año. Establecieron su base principial en Agaña, en la isla de Guam, la mayor de las Marianas. Poco a poco, con esfuerzos recibidos de sus hermanos los jesuitas, fueron extendiendo su radio de acción y pasaron a las islas de Saipan, Tinian y Rota.

Esta misión, como la gran mayoría de las misiones pioneras cristianas, no se edificó sin que corriera sangre cristiana. Los habitantes de las islas, llamados *Chamorros*, eran bastante montaraces. A pesar de su contacto con los españoles, contacto por otra parte muy tangencial y temporal, los nativos permanecían casi salvajes y sin civilizar.

Poco a poco fueron asesinando a varios jesuitas y algunos de los apóstoles seglares que les ayudaban en su misión. Cayó primero el pa-

dre Luis Medina, asesinado el 21 de enero de 1671 por los nativos de Saipan. Sobre las playas de Guam también caía asesinado, por un guerrero chamorro apóstata, el padre Luis de Sanvítores, alma de la misión, el 2 de abril de 1672. Murieron en años posteriores otros diez jesuitas, junto con algunos de sus catequistas y ayudantes. No contentos con esto, los chamorros asesinaron también a soldados españoles y filipinos pampangos, que normalmente mantenían viva la presencia española en las islas.

Las autoridades militares españolas, cansadas de tantos asesinatos, organizaron una fuerte expedición punitiva. Pronto se fueron pacificando las islas. Los jesuitas comenzaron una labor intensa de conversión y civilización. En pocos años fundaron escuelas para niños y niñas. Abrieron carreteras para comunicar las diferentes comunidades cristianas que iban naciendo en las islas. Las Marianas, abandonadas durante casi un siglo, en poco tiempo gravitaron hacia la órbita hispana y cristiana. La paz se había establecido en las islas sin muchas dificultades. La sangre de Luis de Sanvítores y de sus compañeros había sido, una vez más, semilla de cristianos. A mediados del siglo XVIII el paganismo había desaparecido enteramente [9].

Después de siglos de espera, el papa Juan Pablo II beatificaba a Luis Sanvítores, en 1988. Hoy es el apóstol de *Los Chamorros* y mártir de la Iglesia universal.

Las islas Carolinas y Palaus

Es posible que Magallanes, en su viaje de descubrimiento el año 1521, tocara ya este archipiélago bautizado por el navegante español Francisco Lazano como *Las Carolinas*, en 1686, en honor del rey de España Carlos II.

En 1696 llegaron al pueblo de Guiuan, en la isla de Sámar, un grupo de 29 nativos de Palaus. Los jesuitas, que desde comienzos del siglo XVII realizaban misiones en Sámar, Leyte, Bohol y Mindanao, tuvieron un gran interés en evangelizar Palaus. El gobernador de Filipinas les apoyó inmediatamente. Preparó un galeón, que iba a ser pilo-

[9] Cfr. de la Costa, *op. cit.*, pp. 455-458.

tado por el jesuita holandés Jaime Javier. Salió de Manila hacia Sámar donde debía hacer *rendevouz* con otro barco fletado por el también jesuita Francisco Peado. El galeón pilotado por Jaime Javier se hundió debido a un tifón. Peado, rescatado del naufragio, se negó a continuar el viaje.

La noticia de la llegada de los nativos de Palaus a Filipinas, una vez conocida en España, causó honda repercusión. El rey de España, Felipe V (1700-1746), el mismo rey de Francia, Luis XIV, el general de los jesuitas y el papa Clemente XI (1700-1721) mostraron sumo interés en organizar la misión a Palaus. En 1705 Felipe V envió una cédula al virrey de Méjico y al gobernador de Filipinas, al igual que a los arzobispos de Méjico y Manila para que pusieran manos a la obra.

El gobernador de Filipinas, Domingo Zabálburu, preparó un galeón en 1706. En él se embarcaron cuatro jesuitas, los padres Antonio Arias, José de Bobadilla, Francisco Cabia y un hermano. La expedición fue un fracaso porque rápidamente se agotaron las provisiones y el agua.

En 1709 se realizó otra intentona, pero esta vez se preparó un barco en perfectas condiciones para navegar por aquellos mares peligrosos, un piloto experto y gran abundancia de provisiones para evitar los peligros de una navegación inhóspita. Se embarcaron cuatro jesuitas, pero después de cierto tiempo regresaron a Filipinas castigados por los temibles tifones y la falta de provisiones [10].

Todos estos fracasos no enfriaron el celo de los jesuitas y el deseo de las autoridades españolas de Manila de incorporar ese archipiélago a la religión cristiana y a la corona de España. El conde de Lizárraga, gobernador de Filipinas, organizó una nueva misión de expedición que salió de Cavite en septiembre de 1710 con un complemento de 86 hombres. Iban con ellos tres jesuitas, los padres Jacobo Duberon, José Cortil y el hermano Esteban Baudin. En una chalupa más pequeña se les unieron más tarde, cerca de Papalag, Sámar del Norte, los padres Andrés Serrano y José Bobadilla, habiendo intentado este último ir allí en 1706. El 30 de noviembre avistaron la isla de Sonsorol, una de las Palaus que, en honor del santo del día, llamaron *Isla de San Andrés*. Desembarcaron los padres Duberon y Cortil, junto con otros compañeros, anclando el barco en la costa. Al igual que otros españoles an-

[10] Cfr. Concepción, *op. cit.*, IX, p. 167. Delgado, *op. cit.*, pp. 121-124.

taño, clavaron una cruz que sirviera de referencia a los españoles y a los habitantes paganos de la isla. A la vez izaron la bandera de España para atestiguar su incorporación a la corona de España. Cuando regresaron a la playa el barco había desaparecido pues lo habían arrastrado los vientos hacia Mindanao, alcanzando la bahía de Lianga el 3 de enero de 1711. Los que habían desembarcado quedaron abandonados para siempre.

El padre Andrés Serrano y el gobierno volvieron a organizar otra misión a las Palaus. Se embarcaron muchos europeos y marinos expertos, y según el historiador Juan de la Concepción, eran la flor y nata de Manila y Cavite [11]. Pero la aventura terminó cuando el barco se hundió frente a las costas de la isla de Marinduque. Perecieron todos, entre ellos los padres Andrés Serrano, Ignacio Crespo y el hermano Esteban Baudin.

Todos los esfuerzos realizados por los jesuitas para establecer una misión en las Carolinas y Palaus no sirvieron para nada. Finalmente, se decidió convertir Guam en centro de operaciones del esfuerzo misionero jesuita para intentar recuperar el contacto con los padres Duberon y Cortil.

El 2 de marzo de 1731 llegaron a la isla de Mogmog los padres Juan Antonio Cantova y Víctor Walter. Allí se enteraron de que los padres Duberon y Cortil habían sido asesinados a palos por los nativos de Sonsorol. Sin miedo, Cantova permaneció en Mogmog para organizar la misión, enviando al padre Víctor Walter a Guam en busca de provisiones y gente. Walter regresó en 1733 con el hermano Lewin Schrevel y una tripulación de 40 personas. Descubrieron la isla de Falalep. Los habitantes huyeron pero pudieron capturar a un nativo. Walter y sus pilotos nunca fueron capaces de encontrar, en aquel vasto océano, la isla de Mogmog, viéndose obligados a retornar a Manila, donde arribaron el 14 de junio de 1733. El hombre a quien habían hecho prisionero confesó finalmente que Cantova había sido asesinado traicioneramente por los nativos de Mogmog, junto con catorce miembros de la expedición [12].

A pesar de la proximidad de las Carolinas y Palaus con Filipinas, los españoles no repitieron la experiencia hasta finales del siglo XIX,

[11] Cfr. *ibidem*, IX, p. 179.

[12] Cfr. Delgado, *op. cit.*, pp. 128-129. De la Costa, *op. cit.*, pp. 549-551.

cuando los capuchinos españoles, recién llegados a Filipinas, establecieron una misión que ha durado hasta los tiempos modernos [13]. Cuando penetró América en Filipinas y en las islas del Pacífico cercanas a Filipinas cambió radicalmente la situación. Una civilización típicamente occidental y la religión cristiana son hoy día las notas sobresalientes de esos pequeños pueblos al borde del Pacífico.

[13] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 302.

[illegible]

enero de 1711. Los que [illegible] para siempre.

El padre Andrés Serrano y el gobierno volvieron a organizar otra misión a las Palaos. Se embarcaron muchos europeos y marinos expertos, y según el historiador Juan de la Concepción, eran la flor y nata de Manila y Cavite [illegible]. Pero la aventura terminó cuando el barco se hundió frente a las costas de la isla de Marinduque. Perecieron todos, entre ellos los padres Andrés Serrano, Ignacio Crespo y el hermano Esteban Baudin.

Todos los esfuerzos realizados por los jesuitas para establecer una misión en las Carolinas y Palaos no sirvieron para nada. Finalmente, se decidió convertir Guam en centro de operaciones del esfuerzo misionero jesuita para intentar recuperar el contacto con los padres Duberon y Cortil.

El 2 de marzo de 1731 llegaron a la isla de Mogmog los padres Juan Antonio Cantova y Víctor Walter. Allí se enteraron de que los padres Duberon y Cortil habían sido asesinados a palos por los nativos de Sonsorol. Sin miedo, Cantova permaneció en Mogmog para organizar la misión, enviando al padre Víctor Walter a Guam en busca de provisiones y gente. Walter regresó en 1732 con el hermano Lewis Schrevel y una tripulación de 40 personas. Descubrieron la isla de Falalep. Los habitantes huyeron pero pudieron capturar a un nativo. Walter y sus pilotos nunca fueron capaces de encontrar, en aquel vasto océano, la isla de Mogmog, viéndose obligados a retornar a Manila, donde arribaron el 14 de junio de 1733. El hombre a quien habían hecho prisionero confesó finalmente que Cantova había sido asesinado [illegible] por los nativos de Mogmog, junto con catorce miembros de la expedición [illegible].

A pesar de la proximidad de las Carolinas y Palaos con Filipinas, los españoles no impusieron su soberanía hasta finales del siglo XIX,

[illegible]

Capítulo XVI

LA IGLESIA EN FILIPINAS EN EL SIGLO XIX

Fin-de-Siècle

La situación en Filipinas a finales del siglo XVIII era muy positiva y el progreso experimentado por el país, grande. Los filipinos se sentían felices y llenos de ánimo. Este optimismo lo refleja con exactitud el misionero agustino, Martínez de Zúñiga, en su *Estadismo*:

> La dominación española ha acarreado muy pocas cargas a estos indios, y los ha librado de muchas desgracias... Después de su conquista se ha aumentado su felicidad y su población, y les ha sido muy útil el haberse sujetado al rey de España en todo lo que concierne al cuerpo; no digo nada de las ventajas de conocer al verdadero Dios y hallarse en proporción de procurar una felicidad eterna para el alma porque ahora no escribo como misionero, sino como filósofo [1].

Los responsables de este progreso, quienes habían cambiado radicalmente el país, fueron los misioneros españoles. Ordinariamente suponían la única representación del gobierno español en provincias. Conocedores del pueblo y de la lengua, gozaban de un gran renombre. Su prestigio era el prestigio de España. Tomás de Comyn, a principios del siglo XIX, habla del bienestar y tranquilidad del país y de los agentes responsables del hecho:

[1] Cfr. J. Martínez de Zúñiga, *Estadismo de las Islas Filipinas*, ed. W.E. Retana, 2 vols., Madrid, 1893, I, p. 173.

> Sucede efectivamente, que como el párroco es el consolador de los afligidos, el pacificador de las familias, el promotor de las ideas útiles, el predicador y ejemplo de todo lo bueno; como resplandece en él la libertad, y le ven los indios solo en medio de ellos, sin parientes, sin tráficos, y siempre atareado en su mayor fomento, se acostumbraron a vivir contentos bajo su dirección paternal, y le entregan por entero su confianza [2].

Tomás de Comyn vuelve a alabar la obra lograda por los frailes en Filipinas, y la labor que estaban realizando cuando él visitó el país a comienzos del siglo XIX.

> Váyase a las islas Filipinas, y se verán con asombro sembradas sus dilatadas campiñas de templos y conventos espaciosos; celebrarse con esplendor y pompa el culto divino; regularidad en las calles, aseo y aun lujo en los trajes y casas; escuelas de primeras letras en todos los pueblos, y muy diestros sus moradores en el arte de escribir, abrirse calzadas, construirse puentes de buena arquitectura, y darse en fin puntual cumplimiento en la mayor parte a las providencias de buen gobierno y policía; obra todo de la reunión de los desvelos, trabajos apostólicos y acendrado patriotismo de los padres ministros. Transítese por las provincias, y se verán poblaciones de cinco, diez y de veinte mil indios regidas pacíficamente por un débil anciano, que abiertas a todas las horas las puertas, duerme sosegado en su habitación, sin más magia ni más guardias que el amor y respeto que ha sabido infundir a sus feligreses [3].

La verdad, no sólo se basa en citas de autores. Se justifica en sí misma, pero para llegar a conocerla hay que analizar fuentes del pasado. Una cita más, esta vez de un inglés, reafirma no sólo la labor del misionero en Filipinas durante el período español, sino también el prestigio de que gozaban todavía bien entrado el siglo XIX.

> El grado de respeto que tiene el «padre» entre los indios es indescriptible. Se acerca casi a adoración. Y el padre se lo ha ganado a pulso... Hay que aceptar para honra suya, que la conducta de estos reveren-

[2] Cfr. T. de Comyn, *Estado de las Islas Filipinas*, Manila, 1877, pp. 147-148.
[3] *Ibidem*, pp. 149-150.

dos padres justifica y les da título a la confianza que gozan. El «padre» es la única defensa contra las opresiones del alcalde. El padre protege, aconseja, consuela, denuncia y defiende a su rebaño. Con frecuencia se le ha visto, encorvado por el peso de los años y de la enfermedad, dejar su provincia, comenzar un largo y peligroso viaje a Manila para presentarse como abogado en pro de su felicidad con todos los medios a su disposición [4].

ESPAÑA EN EL SIGLO XIX

El siglo XIX es un siglo triste para España. Los españoles pierden la confianza en sí mismos. No creen en su nación y, aún peor, todavía dejan de creer en Dios. Se inicia la pelea entre las dos Españas: la que mira al pasado como su edad de oro, católica y monárquica, y la que mira al futuro, liberal y anticatólica [5].

La reacción liberal anticatólica, sobre todo anticlerical, se acentúa en los años 1836 y 1837. Durante el gobierno de Juan Álvarez Mendizábal —de triste memoria para la Iglesia en España— se promulgan los decretos de desamortización y de exclaustración. Por el primero las órdenes religiosas pierden todas sus tierras y posesiones.

Mayor perjuicio para la Iglesia supuso quizá el decreto de exclaustración, por el cual las órdenes monásticas y religiosas quedaban suprimidas en España. Los monasterios e iglesias pasaban a manos del Estado. Algunos cuyo origen se remontaba a los primeros siglos del cristianismo, sobre todo medievales, con una historia gloriosa tras ellos, se convertían, de la noche a la mañana, en caballerizas o cuarteles. Otros pasaron a ser propiedad privada de ciertas familias. El receso cultural adquirió proporciones apocalípticas.

De la «quema» escaparon los colegios de misioneros de ultramar, es decir, los colegios de religiosos destinados a formar misioneros para las colonias de España. Esta excepción no era producto de un amor

[4] «An Englishman, Remarks on the Philippine Islands, 1819 to 1822», en *BRPI* 51:112-127. Cfr. J. Schumacher, *op. cit.*, p. 211.

[5] Cfr. S. de Madariaga, *Spain. A Modern History*, New York, 1958, p. 56. Cfr. Antolín V. UY, SVD, *The State of the Church in the Philippines, 1850-1875*, The Correspondence between the Bishops in the Philippines and the Nuncio in Madrid, Tagaytay City, 1984, pp. 4-14.

especial hacia el misionero como tal, sino a la consciencia de que la permanencia de los misioneros españoles en Filipinas representaban el mejor sostén de España.

Irreligiosidad de los españoles en Filipinas durante el siglo xix

La triste situación de España y de la Iglesia en la península, no podía dejar de repercutir en la Iglesia de Filipinas, pues la isla cae también en un período de clara decadencia política y religiosa. Culpables de esta decadencia serán los propios dirigentes españoles que llegaron a Filipinas nombrados a dedo por los gobiernos de la península. Peninsulares y criollos, poco a poco, enrarecieron el ambiente de Filipinas hasta hacerlo totalmente irrespirable a finales del siglo xix.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que los españoles llegados a Filipinas durante el siglo xix podían considerarse como el deshecho de España. Generalmente eran ignorantes, incultos y sin sentimientos de amor por el país [6].

Lo peor no era quizá su incultura y su soberbia, sino su insensibilidad religiosa. Para ellos la religión era cosa de mujeres y niños. Un visitante británico que tuvo ocasión de convivir con españoles, habla precisamente de esta tendencia de los españoles que él considera «paganizante»:

> Yo me he admirado frecuentemente al descubrir esas nociones paganizantes entre mis amigos españoles. Su opinión corriente en materia de religión es que los sacerdotes y algunas doctrinas de la Iglesia católica no se compaginan con la época y en cuanto tal, no merece la pena que gente bien informada hoy día las preste demasiada atención. Esas son cosas que vienen bien a mujeres y niños. *Es cosa de mujeres,* es la expresión normal, si se suscita la cuestión [7].

No está desencaminado afirmar que esta clase de españoles, cuyo número se incrementaba en Filipinas, contribuyeron en gran medida a

[6] Cfr. A.V. UY, *op. cit.*, pp. 15-16; Cfr. de la Costa, S.J., *Readings in Philippine History*, Manila, 1965, pp. 173-174.

[7] Citado en inglés por de la Costa, *op. cit.*, p. 174.

la descristianización del país. Se presentaban como irreligiosos y anticatólicos. Los oficiales del gobierno y del ejército presumían de cultos y revolucionarios. «El país se lamentaba Sinibaldo de Mas está lleno de estafadores, bribones, granujas y tunantes, sobre todo criollos» [8].

Los frailes, acusadores de los gobernantes españoles

Puede que una de las razones principales que acentuó el enfrentamiento entre los españoles y los frailes en Filipinas fuera el papel que estos últimos seguían desempeñando como defensores del pueblo filipino. Los frailes continuaban la tradicción establecida por Domingo de Salazar, Miguel de Benavides, Martín de Rada y Diego de Herrera. El gobernador Alaminos señalaba en 1873: «Los frailes, teniendo un auténtico amor por el filipino impiden que los peninsulares cometan abusos notorios contra ellos» [9].

Estas denuncias de los frailes ocasionaron la enorme hostilidad que manifestaron los españoles hacia los religiosos durante todo el siglo XIX. No les perdonaban que se pusieran en contra de ellos y a favor de los filipinos. Esta actitud era pagada por los españoles con guerra fría, enemistad y frecuentemente, puras calumnias.

A nuestro entender aquí radica el origen del antifrailismo filipino. Muchos de los españoles que invadieron las islas durante todo el siglo XIX crearon una serie de tabús contra los frailes que progresivamente fueron tomando cuerpo entre la población filipina.

El sentimiento antiespañol por parte de los filipinos encuentra también su base en la mala conducta de los españoles. Existen testimonios escritos que cuentan cómo los filipinos, que hasta entonces habían querido y admirado al español, al *castilla*, según su lenguaje, comenzaron progresivamente a perderle el respeto y a despreciarle. Los misioneros, únicos representantes de España en casi todos los pueblos de Filipinas durante siglos, mostraron una imagen idealizada del español, presentando al *castilla* como un hombre valiente, devoto, amante de la justicia y de la verdad, y sobre todo como un hombre religioso,

[8] Cfr. S. de Más, *Informe secreto*, Historical Conservation Society, Manila, 1963, p. 49.

[9] Cfr. Schumacher, *op. cit.*, p. 223.

cristiano, amante de Dios y de los demás. Esta idea se mantuvo siglos. Al crecer la inmigración española durante el siglo XIX, los filipinos entrarán en contacto con más españoles, cuyas vidas son reprochable a simple vista. Muchos de ellos son mujeriegos, perezosos, violentos, borrachos, cobardes, impíos. Los filipinos les oyen blasfemar, despreciar al fraile, insultarle en público y en privado. Nunca les ven entrar en una iglesia, ni confesarse, ni cumplir los preceptos de Dios ni de la Iglesia. Jamás reciben los sacramentos. A la hora de la muerte rechazan la extremaunción y desprecian el entierro cristiano.

Los filipinos, cual si despertaran de un sueño profundo, caen en la cuenta de que los españoles no son héroes. ¿Son éstos los españoles a quienes pusieron de ejemplo los padres tantas veces? se preguntaban. Se fragua así el desprecio y el odio del filipino hacia el español [10].

Ignorancia religiosa durante el siglo XIX

A finales del siglo XVIII Filipinas, como vimos, había alcanzado gran equilibrio. Opinamos que desde el punto de vista religioso es éste el momento cumbre. Los frutos de más de doscientos años de cristianización se hacían palpables a todas luces. Filipinas era ya una nación cristiana. Quedaban los moros del sur y los habitantes igorrotes —de la cordillera Central— en la isla de Luzón, pero se podía hablar en líneas generales de un país enteramente cristianizado. Pero los acontecimientos descritos anteriormente, los grandes movimientos políticos y revolucionarios de Europa, produjeron también su efecto en Filipinas, pues poco a poco la ignorancia religiosa se apoderaba del país. Martínez de Zúñiga dice que el pueblo iba olvidando sus conocimientos sobre la religión cristiana. La ignorancia llevaba consigo los gérmenes de la desintegración [11].

La Iglesia no podía mantener el mismo ritmo de instrucción catequética que en siglos anteriores. Se dio un notable descendimiento en la calidad y extensión de la formación religiosa desde principios del XIX. La falta de formación catequética y doctrinal, determinó que la superstición, que aún no había desaparecido totalmente, volviera a cre-

[10] Cfr. *Los religiosos españoles en Filipinas*, pp. 58-60, citado por J. Schumacher, *op. cit.*, pp. 234-235.

[11] Cfr. *Estadismo*, I, pp. 298-299.

cer con aún más fuerza. Mil años de cristianismo en Europa no fueron suficientes para eliminar las supersticiones de los pueblos germanos que ocuparon las provincias del imperio romano cristiano. Lo mismo ocurría en Filipinas. Visitantes de España y de otras naciones de Europa, misioneros con larga estancia en el país, certifican que la superstición, producto de la ignorancia religiosa, era habitual en Filipinas [12].

Los jesuitas que regresaron a Filipinas en 1859, después de estar ausentes casi un siglo, recibieron un tremendo golpe al percibir en Manila y provincias limítrofes la gran ignorancia religiosa del pueblo y como consecuencia de esto, la falta de práctica religiosa en el pueblo y el incremento de la superstición. En su opinión, había que recomenzar con grandes misiones populares. Había que zarandear al pueblo, que crecía frío e ignorante de la religión. La mitad del pueblo no cumplía con la Iglesia, no obstante, los peores eran los españoles [13].

A mediados del siglo XIX la población creció sensiblemente en Filipinas, pero el clero no había crecido en la misma proporción. Existían parroquias de 30 ó 40 mil almas.

El primer obispo de Jaro, el dominico Mariano Cuartero, se quejaba en 1873 de que ni siquiera un sacerdote celoso podía cumplir con su obligación. Su conclusión –pesimista sin duda– era que la inmensa mayoría de los filipinos sólo tenían de cristiano el nombre. Vivían lejos de la Iglesia, sin contacto con el sacerdote, del mismo modo que sus antepasados antes de la llegada de Legazpi en 1565 [14].

La religión no ejercía mucha influencia en la vida cotidiana ni contribuía en la creación de una sociedad mejor, más humana y justa. Predominaba lo externo, lo vistoso, lo mecánico. Los filipinos amaban las grandes procesiones, los ritos majestuosos, pero el sentido profundo del acto religioso escapaba a la mayoría del pueblo.

Misiones de frontera en el siglo XIX

Antes fue mencionado el proceder del gobierno liberal de España, cuando suprimió las órdenes religiosas e incautó todas sus propiedades.

[12] Cfr. J. Mallat, *The Philippines*, pp. 304-305.
[13] Cfr. J. Schumacher, *op. cit.*, p. 236.
[14] *Ibidem.*

Únicamente permanecieron abiertos los colegios de misioneros, destinados a las misiones de ultramar. A mediados del siglo XIX había cinco colegios de misioneros en España. De estos colegios fundados con auténtico espíritu religioso, salieron, a mediados del siglo, un buen número de excelentes misioneros que, llegados a Filipinas y demás misiones del Oriente, cambiaron radicalmente las cosas. Año tras año, como en tiempos antiguos, salían misioneros jóvenes y voluntariosos, camino de Filipinas.

Las órdenes religiosas contaban con más miembros en Filipinas que en España en la segunda mitad del XIX. Los que decidían hacerse religiosos lo hacían por su afán de ser misioneros en el Oriente. Los jóvenes que asistieron a los colegios eran hombres soñadores, celosos y conscientes de que en Filipinas y en el Oriente podían seguir extendiendo el reino de Jesucristo. En 1858, por ejemplo, los agustinos tenían 188 misioneros en Filipinas y 71 en España. Los recoletos 122 en Filipinas y 89 en España. Los dominicos 127 en las misiones de Filipinas y 89 en España. Los franciscanos 152 fuera y 39 en España. Las vocaciones en España eran numerosas. Ese mismo año los dominicos tenían 18 novicios, 15 los franciscanos y 94 los jesuitas [15]. Entre 1852 y 1875, pasaron por Filipinas 253 franciscanos y 213 dominicos.

La segunda mitad del siglo XIX testimonió un renacimiento misionero en Filipinas. Los jesuitas fueron restaurados en España y regresaron a Filipinas en 1859. Su vuelta a Filipinas fue positiva en todos los sentidos.

Los agustinos se lanzaron a la evangelización de los habitantes de la cordillera Central desde la parte de los Ilocos. La cristianización de Abra fue producto de los trabajos realizados por los agustinos desde sus misiones de Ilocos.

Los recoletos mostraron quizá todavía más su espíritu de frontera. La segunda mitad del siglo XIX vio cómo Palawan, que había estado siempre expuesta a las depredaciones de los moros y la cual, dada su enorme extensión, no había podido ser bien atentida, era evangelizada en su totalidad. A mediados de siglo fundarían Puerto Princesa, la capital de Palawan. Comienza la era moderna en la isla.

[15] Cfr. Antolín V. UY, *op. cit.*, p. 38. Cfr. *Guía del Estado Eclesiástico de España para el año 1858*, Madrid, 1868, pp. 885, 886, 890.

Es quizá en Negros donde se nota bastante más la marca impresa por los recoletos. A mediados del siglo XIX la población de la isla era de 30.000 habitantes. A finales ya ascendía a 363.255. Los centros de ministerio pasaron de 11 a 77 [16].

Los jesuitas, cuando regresaron a Filipinas en 1859, decidieron ir exclusivamente a las misiones de Mindanao. Allí hicieron su labor misional en tiempos antiguos, hasta su expulsión en 1768, y al mismo lugar querían volver. El esfuerzo que realizaron es digno de admiración. En ciertas regiones de Mindanao existían numerosas tribus paganas, que nunca fueron antes evangelizadas, pero ahora accedieron a ellas los jesuitas, realizando una actividad misionera intensa y duradera [17] sobre todo en el área de las provincias modernas de Davao y Agusán. No olvidaron su misión en áreas musulmanas, pero aquí no tuvieron el éxito que alcanzaron con las tribus paganas de la montaña. Trabajaron en Basilan y en Zamboanga, su antigua misión y en la famosa misión de Tamontaka, cerca de la ciudad moderna de Cotabato [18].

Los dominicos habían ejercido su ministerio desde su llegada a Filipinas en 1587, en el centro y norte de Luzón, concretamente en Pangasinán y en el ancho valle de Cagayán. Allí contactaron con las tribus que habitaban la cordillera Central, al oeste del valle. A comienzos del siglo XVII ya habían intentado evangelizar lo que es hoy Kalinga-Apayao, pero fueron misiones difíciles y peligrosas, pues los habitantes de la cordillera central, denominados igorrotes, nunca aceptaron el dominio español. Por fin en el siglo XIX el gobierno fue capaz de someterles al dominio de España.

Los dominicos ejercieron una labor evangelizadora intensa sobre todo durante la segunda mita del siglo XIX. Los anales de la historia de esta orden recogen numerosos nombres que dejaron una huella importante en la tarea misional con los igorrotes. Ninguno destacó tanto como el padre Juan Villaverde [19]. Durante todo el XIX, pero en especial durante la segunda mitad del siglo, los misioneros dominicos cruzaron

[16] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 26. A.M. Cuesta, OAR, *History of Negros*, Historical Conservation Society. The Recollect Fathers, Manila, 1980.

[17] Cfr. J. Schumacher, *op. cit.*, pp. 247-248.

[18] Cfr. *ibidem*, pp. 248-249.

[19] Cfr. G. Tejón, O.P., *Juan Villaverde, OP, Missionary and Road Builder*, University of Santo Tomás, Manila, 1982.

las sierras y establecieron misiones en Kiangan, Mayaoyao y Silipan, hoy provincia de Ifugao. Evangelizaron con mayor intensidad la provincia de Nueva Vizcaya, desligada de la gran provincia de Cagayán en 1839. Las tribus que habitaban las montañas que bordeaban el gran valle de Cagayán fueron campo de apostolado de los misioneros dominicos el resto del siglo XIX. Los padres dominicos Remigio Rodríguez del Álamo, Raimundo Suárez, Ruperto Alarcón, José Tomás de Villanueva y el ya mencionado padre Villaverde, fundaron pueblos que hoy forman parte esencial de las provincias de Isabela, Nueva Vizcaya e Ifugao. Todos estos hombres no sólo se esforzaron en evangelizar a los igorrotes, sino en enseñarles todo lo que el progreso del tiempo aportaba. Fueron constructores de caminos, puentes y carreteras, de canales de riego, edificaron escuelas y pulieron, en lo posible, los instintos salvajes de aquellos que durante siglos habían sido cortacabezas. Ciudades actualmente importantes de Filipinas, como Lagawe, Banawe, Kiangan, Mayaoyao, Kalinga-Apayao, Ifugao, fueron visitadas por los misioneros dominicos. Algunos murieron a manos de los igorrotes, otros fueron víctimas de la malaria y del clima malsano. La mayoría sucumbió en la plenitud de su vida [20].

Situación religiosa durante el siglo XIX

La división eclesiástica de Filipinas en cuatro diócesis, realizada en 1595, duró hasta 1865, año en que se erigió una nueva diócesis, la de Jaro, en la isla de Panay. Los obispos de Filipinas rogaron a los reyes que erigieran nuevas diócesis. La diócesis de Cebú era tan extensa que pocos obispos podían hacer su visita pastoral regularmente.

A mediados del siglo XIX, la Iglesia de Filipinas estaba gobernada por excelentes obispos, tales como Gregorio Melitón Martínez, de Manila, Juan Aragonés, de Nueva Segovia, Francisco Gaínza, de Nueva Cáceres, y Romualdo Jimeno, de Cebú. Manifestaban la dificultad de gobernar tan enorme cantidad de fieles con tan pocos obispos. Gaínza, uno de los obispos más capaces entre los que actuaron en Filipinas, se lamenta de la falta de visión en las autoridades españolas. Era imposi-

[20] Cfr. Fernández, *Dominicos*, pp. 390-399.

ble atender a tantos millones con cuatro obispos y a veces ni siquiera los cuatro ocupaban el cargo a la vez [21].

No existen estadísticas completas sobre la población de Filipinas durante el período español, pero los misioneros, los oficiales del gobierno y, especialmente, los obispos que hemos mencionado, en sus *Relaciones ad Limina*, dan cifras que alcanzan varios millones. Gaínza habla de cinco millones. En 1873 la cifra oficial es de 7.451.352, no obstante para el autor, la población era ya de nueve millones [22].

La evangelización de Filipinas estuvo a cargo de las órdenes religiosas aludidas con frecuencia, es decir, agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos y recoletos. Pero ya en el siglo XVIII el clero secular filipino desempeña un papel importante en la consolidación del cristianismo en el país. Al iniciarse el siglo XIX había mayor número de clérigos filipinos que de frailes. Los curas, escasos en un principio, por entonces estaban distribuidos entre todas las diócesis.

De la época en que gobernaron los obispos mencionados existen estadísticas aproximadas del número de sacerdotes según las diferentes diócesis. Con Melitón Martínez (1862-1876) se reúnen 359 sacerdotes en la diócesis de Manila, para una población de millón y medio. La diócesis de Cebú, con una población de dos millones, tenía 290. Nueva Segovia, 173 sacerdotes para 844.202 almas. La diócesis más pequeña de Filipinas, la de Nueva Cáceres, regentada por Gaínza, 158 sacerdotes para 567.273 almas o un sacerdote por cada 3.590, el mejor promedio de toda la isla [23].

Vida religiosa del pueblo

Los obispos destinados en Filipinas, en sus relaciones anuales a Roma, hablan de la religiosidad profunda de este pueblo. Es cierto —dicen— que no conocen bien la doctrina cristiana, que sería necesario hacer mucho más, pero el pueblo es tremendamente religioso. Los filipinos son buenos, amables, responden bien a sus pastores. Son aman-

[21] Cfr. A.V. UY, *op. cit.*, pp. 29-32.

[22] Cfr. F.J. del Pan, «Población de Filipinas», *Revista de Filipinas*, Manila, 1975, p. 136.

[23] Cfr. V. UY, *op. cit.*, p. 34.

tes de grandes procesiones, celebraciones largas y vistosas. Pero cada vez prestan menor atención a la misa y no cumplen demasiado bien los preceptos de Dios y de la Iglesia. El precepto pascual, especialmente en Manila, va cayendo en el olvido poco a poco. Gaínza, que tan bien conoció el país y tanto amó a los filipinos, declara que sí hay fe, pero está muerta [24]. El obispo Jimeno, compañero de Gaínza, escribirá desde Cebú:

> Aunque los indios son bastante inconstantes, son por otra parte dóciles, piadosos y muy adictos a las funciones religiosas para las que manifiestan un gran entusiasmo. Aquí se podría conseguir mucho fruto. Así, pues, en las ciudades donde los curas son celosos testimoniamos su asistencia a la iglesia y la frecuencia a los sacramentos, en cuanto la falta de sacerdotes lo permiten, que en estas islas es enorme [25].

Los frailes, «instrumentos» de un régimen desacreditado

Se habló en páginas anteriores acerca de lo que Tomás de Comyn escribió sobre los frailes y el papel que desempeñaban en Filipinas a principios del siglo XIX.

Pero a finales del siglo, los filipinos, sobre todo los ilustrados y los simpatizantes del Movimiento de la Propaganda, no aceptaban ya ese papel del fraile. El gobierno español estaba desacreditado. Los filipinos llevaban ya muchos años abogando por cambios en el país. Los mejor educados, salidos de la Universidad de Santo Tomás de Manila y otros que habían estudiado en el extranjero, exigían igualdad entre los españoles y los filipinos. Pero con el paso del tiempo, como puede comprobarse en las novelas de Rizal, los filipinos no se conformaban ya sólo con la igualdad. Querían ellos mismos regir sus destinos.

Opinamos que aquí los frailes fallaron al no darse cuenta de que los filipinos les podían considerar ahora obstáculo para sus aspiraciones nacionalistas. Los frailes habían sido los mejores apoyos de España para mantener al pueblo filipino sumiso y obediente. No percibieron

[24] Cfr. *ibidem*, p. 53.
[25] Cfr. *ibidem*, pp. 51-52.

los avances operados en el país [26]. Los tiempos habían cambiado y el papel que antes habían desempeñado, y que los filipinos aceptaban con gozo y alegría, no procedía ya al declinar el siglo XIX. Eran nuevos tiempos y prevalecían nuevas ideas. Los frailes, tan unidos a España, la nación colonizadora, arrastraban, a los ojos de los filipinos, los defectos del régimen.

Este rechazo arraigado en los filipinos en las dos últimas décadas del período español tiene que ver con la percepción del pueblo nativo que consideraba al fraile como obstáculo a su nacionalismo e independentismo. Esto es trágico pues unos frailes que habían hecho tanto por el país, que durante siglos habían entregado todo al pueblo, siendo reconocidos siempre por éste con gran generosidad, ahora se comportaban más como españoles que como misioneros. Al menos ésa era la impresión que daban al pueblo. Al apoyar al gobierno español, opuesto a todo movimiento nacionalista, y exigir de los ciudadanos la obediencia a las autoridades legítimamente constituidas, dejaban que sus sentimientos españoles prevalecieran sobre los afanes independentistas que el pueblo sentía. ¡Y el pueblo sentía esto como algo vital!

[26] Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p. 312-313.

les a aquellos operados en el país [illegible]. Los tiempos habían cambiado y el papel que antes [illegible], y que los filipinos aceptaban con gozo y alegría, [illegible] siglo XIX. [illegible] y prevalecían [illegible] los frailes, [illegible] a España la nación colonizadora, [illegible] a los ojos de los filipinos, los defectos [illegible].

Este rechazo arraigado en los filipinos en las dos últimas décadas del período español tiene que ver con la percepción del pueblo nativo que consideraba al fraile como obstáculo a su nacionalismo e independentismo. Esto es trágico pues unos frailes que habían hecho tanto por el país, que durante siglos habían entregado todo al pueblo, siendo reconocidos siempre por este con gran generosidad, ahora se comportaban más como españoles que como sacerdotes. Al menos esa era la impresión que daban al pueblo. Al apoyar al gobierno español, opuesto a todo movimiento nacionalista, y exigir de los ciudadanos la obediencia a las autoridades legítimamente constituidas, dejaban que sus sentimientos españoles prevalecieran sobre los afanes independentistas que el pueblo sentía. Y el pueblo sentía esto como algo vital.

Se habló en páginas anteriores acerca de lo que Tomás de Comyn escribió sobre los frailes y el papel que desempeñaban en Filipinas a principios del siglo XIX.

Pero a finales del siglo, los filipinos, sobre todo los ilustrados y los simpatizantes del Movimiento de la Propaganda, no aceptaban ya ese papel del fraile. El gobierno español estaba desacreditado. Los filipinos llevaban ya muchos años abogando por cambios en el país. Los mejor educados, salidos de la Universidad de Santo Tomás de Manila y otros que habían estudiado en el extranjero, exigían igualdad entre los españoles y los filipinos. Pero con el paso del tiempo, como puede comprobarse en las novelas de Rizal, los filipinos no se conformaban ya sólo con la igualdad. Querían ellos mismos regir sus destinos.

Opinamos que [illegible] darse cuenta de que los filipinos [illegible] para sus aspiraciones nacionalistas. Los frailes [illegible] los mayores apoyos de España para [illegible]. No percibieron

[36] Cfr. P. Fernández, op. cit., p. 312-313.

Capítulo XVII

LA IGLESIA Y LA REVOLUCIÓN FILIPINA: 1896-1900

El Movimiento de la Propaganda

El motín de Cavite de 1872 fue un momento clave en el desarrollo del nacionalismo filipino. Los propios españoles implicaron a los clérigos filipinos. Tres de ellos, José Burgos, Mariano Gómez y Jacinto Zamora fueron ejecutados en el campo de Bagumbayan (La Luneta) el 18 de febrero de 1872. El pueblo filipino les ha considerado desde entonces mártires de la nación, heraldos de la independencia del país. *Gomburza* (Gómez, Burgos y Zamora) quedaría como contraseña del *Katipunan*. La antorcha del nacionalismo, enarbolada por Peláez, Burgos y Gómez, pasó a manos de otros filipinos, conocidos en la historia como los *ilustrados*. Eran todos nacionalistas, pero en ellos no existía el profundo sentimiento religioso que animaba a los clérigos pioneros del nacionalismo filipino.

El Movimiento de la Propaganda, creado por esos hombres ilustrados, gradualmente se iba distanciando del espíritu que movió a los clérigos a exigir de España nuevas libertades, y se fue haciendo anticlerical. Sus miembros más destacados, por ejemplo Marcelo H. del Pilar y Rizal, fueron abandonando el catolicismo y pasaron a atacar no sólo a los frailes sino también la existencia misma de la religión y su papel en Filipinas.

Del Pilar partió hacia España huyendo de un posible juicio en el que se enfrentaba al gobierno español en Filipinas. En la península continuó la propaganda, siendo su instrumento la revista *La Solidaridad*, fundada y dirigida por él mismo. Rizal ya se había marchado en 1882.

En Madrid entran en contacto y traban gran amistad con Miguel Morayta. La mención de este nombre trae a escena el tema de la masonería, la cual siempre ejerció en Filipinas un papel preponderante. Quizá los frailes dan demasiada importancia a la masonería al considerarla su enemiga declarada, pero no cabe duda de que Morayta, gran maestre del *Gran Oriente Español*, introdujo a Del Pilar, a Rizal y a otros estudiantes filipinos, en los círculos masónicos de Madrid conectados con Filipinas, y como miembro y maestre de tal círculo masónico quería la absoluta desaparición de los frailes y la destrucción de la religión católica en Filipinas.

José Rizal había escrito ya por entonces dos de sus novelas, el *Noli me Tangere* y el *Filibusterismo*. En 1892 vuelve a Manila y funda la *Liga Filipina*, con objeto de seguir luchando por el programa reformista que necesitaba el país.

El ambiente estaba preparado, en gran medida, para la revolución. Los intelectuales y la gente más adinerada eran conscientes de la necesidad de dar comienzo al movimiento independentista.

El Katipunan y el Grito de Balintawak

Pero faltaba alguien que reuniera el valor suficiente para hacer saltar la chispa. Será el movimiento conocido por *Katipunan*, el que provocó el inicio de la revolución contra España. El Katipunan fue en realidad una reacción de las masas, promovida por Andrés Bonifacio. Al revés que el Movimiento de la Propaganda, compuesto básicamente por gente rica e ilustrada, el Katipunan lo conformaban gente sencilla y pobre.

No era un círculo masónico, aunque los miembros superiores eran masones y acérrimos enemigos de los frailes y del catolicismo, y aunque su metodología e inspiración era masónica. La mayoría de los katipuneros era gente buena, religiosa y que no compartía el odio que Andrés Bonifacio y algunos de sus compañeros sentían por la religión [1].

[1] Cfr. T. Agoncillo, *The Revolt of the Masses: The Story of the Katipunan*, Quezon City, 1956. F. St. Clair, *The Katipunan, or the Rise and Fall of the Filipino Commune*, Manila, 1902, pp. 37-48.

El grito de independencia estalló en Balintawak, una zona selvática en aquel entonces, y que hoy forma parte de la Gran Manila, en Caloocan. Desde entonces se conoce como el *Grito de Balintawak.*

Andrés Bonifacio y sus seguidores acordaron levantarse contra España y atacar Manila el 29 de agosto, pero esto no ocurrió hasta el día 30. Meses más tarde Bonifacio pasó a Cavite donde también se había sublevado Emilio Aguinaldo y donde la revolución había tomado cuerpo desde el principio. Precisamente era Cavite el lugar donde los clérigos habían desempeñado un papel protagonista en el proceso de maduración del nacionalismo [2].

«Asesinato» de frailes

Al estallar la revolución del Katipunan el día 30 de agosto los frailes regentaban varias parroquias en Cavite. Los dominicos y recoletos administraban y poseían grandes y ricas haciendas en la provincia. Los recoletos de Imus, tan pronto se enteraron del estallido de la revolución, emprendieron rumbo a Manila, siendo sorprendidos en el camino por los revolucionarios. El padre Juan Herrero, administrador de la hacienda de Imus, y cinco hermanos que le ayudaban en tal labor, fueron ejecutados, junto con algunos guardias civiles y sus siervos filipinos, en las cercanías de Bacoor. Igual suerte corrió el párroco recoleto de Imus y dos hermanos que dirigían la hacienda de Salitran. En aquellos confusos días varios recoletos de otras parroquias de Cavite fueron también asesinados por los revolucionarios o sus simpatizantes.

Pero no en todos los sitios ocurría lo mismo. Emilio Aguinaldo, el capitán municipal de Kawit, y ya el más importante líder de la revolución de Cavite, preparó personalmente una barca para su párroco y escoltándolo con guardias especiales facilitó su huida hasta Manila. Otros frailes recoletos de Bacoor y Salinas fueron liberados por los mismos filipinos y enviados rápidamente a la capital [3].

Los dominicos administraban las parroquias de Naic y Santa Cruz, en Cavite, y las dos grandes haciendas del mismo nombre. Al iniciarse

[2] Cfr. F. St. Clair, *op. cit.*, pp. 19-22. P. Fernández, *op. cit.*, pp. 316-317.

[3] Cfr. L. Ruiz, *Sinopsis histórica de la provincia de San Nicolás de Tolentino*, Manila, 1925, II, pp. 347-58.

la rebelión recibieron aviso de las mismas autoridades locales filipinas sobre la inminente llegada de los katipuneros, por lo que, después de varias peripecias, pudieron alcanzar todos sanos y salvos Manila.

La causa de España estaba perdida en Cavite. La revolución se extendía poco a poco a las provincias cercanas. Cuanto más castigaban a los sospechosos, pasándolos por las armas, más conspiraciones salían a la luz. El general Polavieja, se sintió confiado con los refuerzos recibidos de España, y a primeros de febrero de 1897 reanudó su campaña contra Aguinaldo y Bonifacio en Cavite. El 17 de febrero conquistó Silang. Algunos días más tarde los españoles tomaban Imus y Dasmariñas. Gradualmente fueron cayendo en su poder las demás ciudades de la provincia.

En estas circunstancias se produjeron asesinatos de ciertos frailes que no hay que pasar de largo. Al estallar la revolución algunos recoletos y agustinos cayeron prisioneros de los revolucionarios. Al retomar Silang los españoles, les trasladaron a Maragondón, con idea de fusilarlos a todos, además de a otros cuatro españoles *(castillas)*. Durante la prisión fueron sometidos a terribles sufrimientos por los hermanos de Andrés Bonifacio. Los habitantes de Maragondón se negaron a que en su pueblo se cometiera tamaño crimen y exigieron a los revolucionarios que les condujeran a otro sitio. Los devolvieron a San Francisco de Malabón (hoy General Trias). Allí apareció a los dos días Andrés Bonifacio. Dio órdenes inmediatas de ejecución. En carreta de carabao les llevaron a la divisoria entre Naic y Maragondón donde, asistidos por tres sacerdotes filipinos que les reconciliaron con Dios, fueron fusilados delante de una gran multitud. Su asesinato causó una enorme repercusión en Cavite. Aguinaldo reprochó a Bonifacio el crimen.

Estos asesinatos, como los anteriores, no tuvieron aval oficial de los revolucionarios, excepto el de Bonifacio y sus altos katipuneros. Por el contrario, la actitud religiosa de los revolucionarios, incluso de los katipuneros de Cavite, fue siempre positiva hacia la Iglesia y sus ministros. Muchos de los jefes de la *Presidencia* de Aguinaldo asistían a misa a diario. La religión fue protegida en todo momento.

Existen pruebas fidedignas de que la mayoría de los jefes revolucionarios de Cavite, constituidos como líderes principales del país en esta fase inicial de la revolución filipina, se preciaban de su catolicismo y de su amor a la Iglesia. Se habían revelado contra España, no tenían nada contra la Iglesia ni la religión católica. Algunos curas filipinos

predicaban sermones encendidos en favor de la revolución, pues consideraban ésta como una guerra santa en pro de la liberación de Filipinas del yugo opresor de España. En aquellos momentos confusos, el apoyo de los curas a la revolución le daba fuerza moral y la justificaba a los ojos de los ciudadanos filipinos [4].

El Pacto de Biaknabato (diciembre 1897)

La guerra en Cavite acabó pronto. El 20 de diciembre se firmó un acuerdo entre el gobierno español y Aguinaldo que se conoce en la historia como *Pacto de Biaknabato*. Aguinaldo hubo de marchar al exilio en Hongkong.

El *Pacto de Biaknabato* nunca fue un pacto de paz. Fue un alto en la guerra. A finales de marzo de 1898 los pueblos norteños de la provincia de Zambales (en la actualidad situados casi todos en la provincia de Pangasinán) se levantaron contra España. A los recoletos, que les administraban espiritualmente, la sublevación les cogió por sorpresa. Los revolucionarios ejecutaron a seis de ellos.

Comenzaba así la segunda fase de la guerra de independencia. Por este tiempo la provincia de Bulacan también estaba en pie de guerra contra España. Varios frailes agustinos habían sido asesinados por los revolucionarios. Todos perecieron en circunstancias oscuras [5].

La revolución, que en su primera fase no había tenido apenas eco en las islas Visayas, ahora se extiende hasta allí. A primeros de abril Cebú enarbola la bandera de la independencia contra España.

Una vez más volvió a correr sangre de frailes. Fue asesinado el agustino José Baztán, párroco de Córdoba, en la pequeña isla de Mactan, donde cayera siglos antes Magallanes. El agustino Tomás Jiménez fue asesinado en su parroquia de Pardo y el recoleto Isidoro Liberal en el convento de Cebú [6].

[4] *Ibidem*, p. 46. P.S. Achútegui, S.J., M. Bernard, S.J., *Aguinaldo and the Revolution of 1896*, Ateneo de Manila, 1972.

[5] Cfr. E.J. Pérez, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de las Islas Filipinas*, Malolos, 1901, pp. 678-679. Sastrón, *op. cit.*, p. 532.

[6] Cfr. Sastrón, *op. cit.*, pp. 354-359. L. Ruiz, *Sinopsis*, pp. 463-465.

La llegada de América

Paralelamente se estaban dando acontecimientos internacionales que iban a tener una incidencia enorme en el desarrollo de la revolución y en la historia moderna de Filipinas. El día 25 de abril de 1898 el Congreso americano declaraba la guerra a España. Al día siguiente el presidente McKinley firmaba el decreto. Comenzaba así la guerra Hispano-Americana, por la que España perdería Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

El almirante americano George Dewey envió pronto su escuadra desde Hongkong a la bahía de Manila. El primero de mayo de 1898, la armada española, bajo el mando del almirante Patricio Montojo, fue aniquilada ante las costas de Parañaque, cerca de Manila. Inmediatamente los americanos bloquearon por mar la ciudad.

El 19 de mayo de 1898 llegó a la bahía de Manila, precisamente en un barco de la escuadra de Dewey, Emilio Aguinaldo desde su exilio de Hongkong. El día 29 del mismo mes, en un mensaje dirigido al pueblo filipino, les pidió comenzaran la guerra contra España. Rápidamente fueron cayendo en sus manos las provincias cercanas a Manila. En junio estaban ya sus tropas asediando la ciudad por tierra.

El día 7 de agosto de 1898 hubo una reunión general de civiles y militares para deliberar sobre la situación de Manila. El 13 de agosto los españoles enarbolaron la bandera blanca. Se rendían sin condiciones a los americanos. El ejército de Emilio Aguinaldo los tenía sitiados por tierra.

La revolución filipina y la Iglesia

Una vez que Aguinaldo declaró la guerra a España el 29 de mayo de 1898 su ejército, pequeño al principio, fue creciendo paulatinamente. El ejército español en Luzón no opuso gran resistencia. Poco a poco los revolucionarios filipinos tomaron las provincias de Luzón. A la vez que caían las provincias y se rendía el ejército español, quedaban también en poder de los revolucionarios los misioneros españoles.

El 12 de junio de 1898 Aguinaldo proclamó la República en su pueblo natal de Cavite Viejo, o Kawit. Filipinas se proclamaba independiente. El día 10 de diciembre de 1898 España firmó el *Tratado de París* con Estados Unidos.

Aguinaldo se convirtió en presidente de Filipinas. Necesitaba consultores que le asesorasen en todos los campos. Con relación a la Iglesia se daban una serie de problemas candentes que requerían solución urgente. Empieza a destacar un revolucionario que la historia de Filipinas conoce como el «cerebro de la Revolución» llamado también el *Sublime Paralítico*. Su nombre es Apolinario Mabini. Llegó a ser el asesor principal de Aguinaldo. Mabini, cuando la proclamación de la independencia de Filipinas en Cavite, era un masón empedernido y había perdido ya la fe cristiana.

Uno de los problemas por solucionar era el de la gran cantidad de frailes prisioneros de los revolucionarios. Al estallar la guerra, en mayo de 1898, gradualmente iban cayendo en sus manos los religiosos agustinos, recoletos, dominicos y franciscanos que trabajaban en Luzón. La mayoría fue internada en San Isidro, Nueva Écija, que era una especie de campo de concentración. Al estallar la guerra entre América y Filipinas en febrero de 1899, los prisioneros fueron trasladados al pueblo de La Paz, en la provincia de Tarlac.

Los frailes prisioneros de los revolucionarios fueron bien tratados por el pueblo filipino. Durante su estancia en el pueblo de La Paz, Tarlac, el general revolucionario Makabulos les trató con suma amabilidad [7].

El hecho de que murieran tan pocos frailes durante la revolución es indicativo de la gran madurez civilizadora del pueblo filipino. El filipino, profundamente religioso y católico, no tenía grandes cuitas contra el fraile. Las tenía más bien contra el español [8].

La revolución y las relaciones entre la Iglesia y el Estado

¿Cuál fue la actitud del gobierno revolucionario con la Iglesia? Mabini, el consejero principal de Aguinaldo desde la declaración de independencia, en su *Programa Constitucional*, insertó un título sobre la religión [9], donde defendía la separación entre la Iglesia y el Estado. En

[7] Cfr. U. Herrero, O.P., *Nuestra prisión en el poder de los revolucionarios filipinos*, Manila, 1900, pp. 324-325.

[8] Cfr. J.R.M. Taylor, *The Philippine Insurrection against the United States*, Pasay City, 1971, 4: 584.

[9] Cfr. T. M. Kalaw, ed., *Planes Constitucionales para Filipinas*, Manila, 1934, pp. 73, 91-92.

noviembre de 1898 se tomó la siguiente resolución en el Congreso de Malolos: «El estado reconoce la libertad e igualdad de cultos, a la vez que reconoce la separación entre la Iglesia y el Estado» [10].

El resultado fue decepcionante para los clérigos filipinos, que tan fuertemente habían luchado por el triunfo de la revolución filipina, pues como casi todos los católicos de entonces en Filipinas, eran defensores acérrimos de la estrecha unión entre la Iglesia y el Estado.

Esta resolución seguía a otra también peligrosa desde el punto de vista de la Iglesia. Nos referimos a la ley de matrimonio civil promulgada en Cavite el 20 de junio de 1898. La validez del matrimonio radicaba ahora en su aprobación por el Estado. En el contexto del siglo XIX una decisión de tal naturaleza era un acto claramente anticlerical. El clero filipino lo interpretó como un ataque contra la Iglesia y contra el cristianismo.

La reacción del clero filipino no se hizo esperar. Capitaneados por el padre Mariano Sevilla fundaron el periódico *El Católico Filipino*, en defensa de la Iglesia y en oposición a la corriente del gobierno, que intentaba secularizar el nuevo Estado en Filipinas, representada por Mabini. Valiéndose del periódico, y de otros medios, Sevilla intentó convencer a Aguinaldo de la necesidad de bloquear la nueva ley de separación entre la Iglesia y el Estado aprobada por el Congreso de Malolos.

Otro de los puntos de gran fricción, y que necesitaba solución urgente, era la actitud del clero y de todo el pueblo católico filipino hacia los obispos españoles. Mabini seguía insistiendo en que Nozaleda, arzobispo de Manila, y el resto de los obispos españoles, no tenían derecho a gobernar las diócesis de Filipinas.

En una carta a su amigo Apacible, residente en Hongkong, le comenta que no entiende la conducta y actitud de los clérigos filipinos de seguir obedeciendo las órdenes de Nozaleda. Les insta a que de una vez para siempre rompan con ellos y elijan obispos filipinos. Se queja amargamente de que los sacerdotes seculares filipinos son duros de cerviz [11].

[10] J. López del Castillo y Kabangis, *Malolos y sus prohombres. Estudio crítico-histórico*, Manila, 1950, pp. 82-83. Cfr. P. Fernández, *op. cit.*, p.. 331.

[11] Cfr. «Carta de Apolinario Mabini, 28 de octubre, 1898», en A. Mabini, *La Revolución Filipina*, Manila, 1931, p. 221.

Manifiesto de Gregorio Aglipay al clero filipino

Hubo un sacerdote filipino que siguió la insinuación de Mabini. Fue Gregorio Aglipay, nacido en Batac, Ilocos Norte, y destinado en la diócesis de Manila, por lo que consiguientemente debía rendir obediencia a Nozaleda. En junio de 1898, al ser declarado Aguinaldo presidente de la nueva república filipina, nombró a Aglipay *Vicario General Castrense*. El 21 de octubre de 1898 Aglipay publica su primer *Manifiesto al Clero Filipino*.

En el manifiesto declaraba que por fin Filipinas se había liberado del yugo de la opresión española. A la emancipación política, recién conseguida, debía seguir ahora la emancipación religiosa de los obispos españoles. Sólo así, continuaba, los clérigos filipinos podían ser dignos sucesores de los valientes sacerdotes también nativos que les habían precedido en la lucha por la libertad [12].

Aglipay no tuvo gran repercusión entre sus hermanos sacerdotes, pero sembraba la semilla del cisma. A finales de 1898 Aglipay conseguía del obispo de Nueva Segovia, José Hevia Campomanes, el nombramiento de gobernador eclesiástico. El obispo, prisionero de los revolucionarios, sin posibilidades de conocer la situación real de su diócesis, y presionado moralmente por Aglipay, accedió a su petición. Caía automáticamente Aglipay en excomunión por la bula *Apostolicae Sedis*, como usurpador de poderes.

Con su designación, los sacerdotes de la diócesis tuvieron que aceptarle como superior legítimo. Cuando a mediados del año siguiente salió a la luz su excomunión formal, propugnada por su obispo Nozaleda, muchos sacerdotes le retiraron el apoyo [13].

Quizá el momento en que se estuvo más al borde del cisma tuvo lugar en octubre de 1899 cuando Aglipay, en otro manifiesto a los clérigos filipinos, les invitaba a una convención general en Paniqui, Tarlac. Respondieron a su llamada 25 sacerdotes, casi todos de la diócesis de Nueva Segovia y en su mayoría ilocanos. Durante la reunión rechazaron enteramente la obediencia a los obispos Nozaleda y Hevia Campomanes. Pidieron a Roma que nombrara de entre los sacerdotes fili-

[12] P.S. Achútegui, S.J., M. Bernard, S.J., *Religious Revolution in the Philippines*, Manila, 1960, 3, pp. 95-96.

[13] «Carta de don Isaac Albano, 28 de agosto, 1899», *ibidem*, 3, pp. 217-18.

pinos, obispos para las diócesis de Filipinas. Aprobaron también una constitución nueva para la Iglesia en Filipinas [14].

Afortunadamente este movimiento semicismático de Aglipay y sus seguidores no llegó a fraguar porque poco tiempo después Aguinaldo se vio forzado a desbandar su ejército y organizar la guerra de guerrilla. Aglipay se convirtió en uno de los principales guerrilleros en su tierra natal, Ilocos.

La Iglesia a la deriva

A finales del siglo XIX la Iglesia en Filipinas se encontraba en una situación precaria. Al estallar la guerra en 1896 en Filipinas habría alrededor de 1.000 frailes, casi todos encargados de parroquias bien establecidas. Otros trabajaban en zona de misión o como educadores en Manila. El número de parroquias ascendía a 967, casi todas regentadas por frailes españoles. El número de sacerdotes seculares filipinos se acercaba a 700, siendo en su mayoría asistentes del fraile español.

La Iglesia sufrió terriblemente durante los conflictos entre Filipinas y España, y entre Filipinas y América. Los obispos españoles no podían ejercer sus funciones pastorales. Nozaleda cayó en manos de los americanos al rendirse Manila, en agosto de 1898. Hevia Campomanes, obispo de Nueva Segovia, quedó también en poder de los revolucionarios en Aparri, por las mismas fechas. El obispo Alcocer de Cebú no pudo ejercer sus funciones desde el año 1898, cuando la revolución había ya triunfado en Luzón, bajo riesgo de caer prisionero del general revolucionario de Sámar Lukban. El obispo de Jaro, el recoleto monseñor Ferrero, nombrado en 1898, no fue reconocido por la mayor parte de su clero. Por último el obispo de Nueva Cáceres, Arsenio del Campo, huyó de Filipinas durante el asedio de Manila por los americanos. Durante los meses de mayo a septiembre de 1898 casi todos los frailes cayeron en manos de los revolucionarios, tanto en Luzón como en el resto de Filipinas. Los sacerdotes seculares filipinos, asistentes hasta entonces, se hicieron con las parroquias que les fue posible, pero su número no era suficiente en manera alguna.

[14] Cfr. *ibidem*, pp. 104-114.

En la diócesis de Manila y en la de Nueva Cáceres el problema era bastante menor que en las otras diócesis de Filipinas. La cantidad existente de sacerdotes seculares filipinos podía ser suficiente para suplir a los frailes. En la diócesis de Nueva Segovia, donde muchos de los sacerdotes simpatizaban con Aglipay, y en las diócesis de Cebú y Jaro, el problema era muy grave. Al marcharse los misioneros de Mindanao y de las islas de Visayas, pertenecientes a las diócesis de Cebú y Jaro, el pueblo filipino quedó totalmente desprovisto de cuidado pastoral.

Hay relatos según los cuales el mismo pueblo, una vez que la autoridad de América se impuso sobre todo el país a comienzos del siglo, rogó a los superiores religiosos que les enviaran de vuelta a los mismos misioneros que les habían tratado antes. La ignorancia religiosa creció terriblemente. En algunas misiones de frontera, como las de los jesuitas de Mindanao, y las de los dominicos y agustinos entre los igorrotes y el distrito de Lepanto, el pueblo retornó a su paganismo, o abrazó un cristianismo que, elaborado a su estilo, no se diferenciaba mucho de su antiguo paganismo [15].

Los delegados apostólicos enviados por Roma

Con esta situación se encontró el primer delegado apostólico enviado por la Santa Sede a Filipinas, Placide Chapelle, arzobispo de Nueva Orleans, al llegar a Manila en enero de 1900. Chapelle se reunió en la capital con los obispos presentes, es decir, con Bernardino Nozaleda, arzobispo de Manila, José Hevia Campomanes, obispo de Nueva Segovia, Martín García Alcocer, obispo de Cebú y Andrés Ferrero, obispo de Jaro. La relación que recibió de los obispos, especialmente de Nozaleda, acerca de la nueva organización de la Iglesia en Filipinas, y del papel que podrían desempeñar los clérigos filipinos, fue totalmente negativa. Nozaleda, en su programa para una futura Iglesia en Filipinas bajo el poder de América, excluía a los curas filipinos no sólo como posibles obispos en su propio país, sino incluso como curas párrocos.

[15] Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 292-293.

Las quejas contra el delegado apostólico comenzaron pronto. Procedían de todos los lados, incluso de algunos sacerdotes americanos que estaban trabajando en Filipinas. Chapelle se había identificado totalmente con los frailes. Su canciller, su secretario y su tesorero eran frailes. Según el sacerdote americano William Mckinnon, «el delegado Placide Chapelle está poseído por los frailes en cuerpo y alma» [16]. El clero filipino le veía como su enemigo y como un fiel amigo de los frailes. Debía abandonar el país lo antes posible, de otra manera algunos clérigos filipinos se lanzarían al cisma abiertamente.

La oposición al regreso de los frailes a sus parroquias, cosa que deseaba el delegado apostólico, no era general. El pueblo, en su mayoría, quería que volvieran a las parroquias que ya estaban regentadas por párrocos filipinos. El padre Mariano Sevilla, defensor de sus hermanos los sacerdotes filipinos, y el prebendado José M. Chauco, dirigieron un escrito al delegado apostólico, y más tarde al Santo Padre, pidiendo que no hicieran retornar ya a los frailes. Había muchos sacerdotes filipinos bien preparados y dignos de ocupar las responsabilidades mayores en la Iglesia [17].

Al final volvieron a las parroquias algunos por petición de sus antiguos parroquianos. El gobernador americano William Taft, en su visita al papa León XIII en 1902, sugirió que, para solucionar el problema de la Iglesia en Filipinas, era esencial la venta de las tierras de los frailes y su salida paulatina hacia España. La Santa Sede aceptó la primera condición, pero no la segunda. Poco a poco la mayoría de los frailes optó por volverse a España. Lo que la Santa Sede no había concedido por contrato a Taft era un hecho consumado en 1904. De los 1.000 frailes españoles en Filipinas en 1898 quedaban en 1904 unos 246, contando entre ellos 83 dominicos que habían renunciado a sus derechos de parroquia y se habían comprometido a consagrarse a la enseñanza, otros 50 muy enfermos que no podían o no querían volver a España y, por último aquellos que querían permanecer como educadores en el país. En opinión del gobernador Taft, que tanto había luchado por encontrar una solución justa al problema religioso en Fili-

[16] Cfr. Schumacher, *op. cit.*, p. 300.

[17] Cfr. «Carta al delegado apostólico, 29 de enero, 1900», en Archivo Secreto Vaticano (ASV), Spagna (Filip.), 57312, A.E.M.S. Se encuentra en Achútegui-Bernard, *op. cit.*, 4, pp. 42-47. «Carta al Papa en latín, 18 de abril, 1900», en *ibidem*, 4, pp. 72-76.

pinas, el problema dejó de tener importancia, pues en 1904 no quedaban ya más de 100 frailes españoles [18].

Llegada del protestantismo a Filipinas

Si el siglo xx encontraba una Iglesia muy confusa en Filipinas se debía en gran medida a los protestantes. El protestantismo de finales del siglo xix era, en líneas generales, un protestantismo anticatólico. No conviene perder de vista que su advenimiento en Filipinas en 1899 supuso un rudo golpe para una Iglesia que iba ya a la deriva. Podemos hablar de una invasión protestante de Filipinas. América la había ocupado y conquistado con sus armas. Los protestantes la iban invadiendo ahora progresivamente.

Durante el mes de abril de 1901 se convocó una reunión general de todos los grupos protestantes en Filipinas para planear el ataque, si se nos permite hablar así, a la Iglesia Católica en Filipinas. Conscientes del revuelo que causarían en el pueblo cristiano filipino si se distribuían por el país, siguiendo cada secta sus doctrinas y prácticas, decidieron, en esa reunión general, adoptar una estrategia común en la «nueva» evangelización de Filipinas. En primer lugar, adoptarían todos un nombre global. Se llamarían la *Iglesia Evangélica de Filipinas*, seguida después por la denominación con el nombre específico de cada secta protestante. A la reunión asistieron metodistas, presbiterianos, baptistas y otros grupos menos conocidos. Se repartieron el país en zonas misionales, de forma parecida a la del rey Felipe II en 1594 que había dividido Filipinas en diferentes zonas de evangelización misional entre las órdenes religiosas [19].

Hubo una iglesia protestante que, consciente de que el país estaba casi totalmente cristianizado, no quiso formar parte del acuerdo entre las diferentes sectas protestantes. Nos referimos a la comunión episcopaliana o anglicana, representada en aquel entonces por el obispo Carlos Brent. Le parecía aberrante dedicarse ahora, después de tantos años

[18] Cfr. W.H. Taft, *The Church and Our Government in the Philippines*, Notre Dame, Indiana, 1904, pp. 34-36. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 307-308.

[19] J.B. Rodgers, *Forty Years in the Philippines*, Nueva York, 1940, pp. 163-165.

de evangelización, a predicar una nueva clase de cristianismo. Brent y los episcopalianos prefirieron evengelizar a las minorías paganas del norte de Luzón y Mindanao y entregarse al ministerio entre los chinos de Manila y Filipinas.

La llegada de misioneros protestantes, dispuestos a convertir el pueblo filipino, con todos los recursos que la América protestante ponía a su disposición, suponía un peligro enorme para la Iglesia católica. Los filipinos no habían conocido otra clase de cristianismo que el catolicismo. La Iglesia se encontraba sin obispos, sin líderes. En 1900 habían salido para España Nozaleda y Hevia Campomanes. A mediados de 1901 había abandonado Filipinas el delegado apostólico Chapelle. La Iglesia parecía indefensa contra tal avalancha de propaganda y de misioneros. El proselitismo protestante era otro gran desafío con el que se enfrentaba la Iglesia en Filipinas.

No era el único. América creó, nada más apoderarse del país, un sistema público de enseñanza que alcanzaba a todas las regiones. Los maestros en su inmensa mayoría eran protestantes americanos, muchos de ellos misioneros que, al llegar a Filipinas, encontraban la enseñanza pública más atractiva que la predicación. Sin embargo, en sus clases pretendían persuadir a sus alumnos, todos ellos católicos, a que abrazaran la religión protestante, más «abierta», más «racional» y evangélica y abandonaran el cristianismo supersticioso de Roma. Los superintendentes de las escuelas públicas, unos 45 a principios del siglo XX, eran todos protestantes excepto uno católico. Los maestros eran católicos, pero en aquel ambiente de reciente independencia de España, muchos de ellos eran anticlericales convencidos.

La Iglesia católica americana no estuvo a la altura que exigían las circunstancias, pues a comienzos del siglo XX América era, en su gran mayoría, protestante. El catolicismo americano era un catolicismo incipiente, con pocos recursos. No había apenas influencia en el país. No podía echar una mano a la Iglesia en Filipinas.

Por otra parte, el sistema de enseñanza pública instituido por los americanos, que desde el punto de vista educacional fue muy eficaz, cayó no sólo en manos de los protestantes, sino en manos de los masones. Muchos de los maestros y superintendentes pertenecían a la masonería. Y, como ocurre con todas las sociedades secretas, colaboraban unos con otros.

El cisma aglipayano. La revolución religiosa

Desbandado el ejército de Aguinaldo, Aglipay se lanzó a la montaña para continuar desde allí su guerra contra la ocupación americana de Filipinas. La simiente que había plantado parecía llamada a fructificar. La Iglesia Católica, en 1901, continuaba en su estado de crisis profunda. La Iglesia no tenía pastores. Roma había mandado a Chapelle, pero éste había abandonado el país a mediados de 1901. El clero de Nueva Segovia y de otras regiones de Filipinas estaba desencantado con el ritmo que iban tomando las cosas. Si Roma no intervenía pronto, la Iglesia peligraba.

En mayo de 1901 Aglipay se rindió a los americanos y aceptó el juramento de fidelidad. Durante varios meses permaneció en el norte. Por aquel entonces había llegado a Filipinas, procedente de España, Isabelo de los Reyes. Había estado preso en España por apoyar la causa de la revolución filipina. Desde Madrid dirigió una carta a todos los clérigos filipinos para que le capacitaran, con su permiso formal, para intervenir ante Roma en su favor. Deseaba, con todo el respeto debido a la Santa Sede y al Santo Padre, que en Filipinas los obispos y los párrocos fueran todos nativos. Una vez de regreso en Filipinas contactó con Aglipay y con los protestantes que dirigían el movimiento anticatólico en Manila [20].

No debemos olvidar, en la búsqueda de la génesis del cisma aglipayano, la reunión transcendental ocurrida en Manila en noviembre de 1901. Isabelo de los Reyes, Aglipay, Homer Stuntz, de la iglesia metodista, y otros líderes protestantes representantes de las sectas que habían firmado el acuerdo de división misional del país, planearon seriamente cómo aniquilar la Iglesia Católica en Filipinas. Aglipay pidió colaboración a los protestantes para establecer una Iglesia Filipina Independiente. Los acontecimientos se daban encadenados [21].

En enero de 1902, 17 sacerdotes ilocanos amigos de Aglipay y procedentes de la diócesis de Nueva Segovia, movidos por Aglipay e Isabelo de los Reyes, firmaron un documento dando un ultimatum a

[20] «Carta de Isabelo de los Reyes al Clero Filipino, Madrid, 29 de marzo, 1900», en Achútegui-Bernard, *op. cit.*, 4, pp. 58-61.

[21] Cfr. H. Stuntz, *The Philipines and the Far East.* Cincinnati, 1904, pp. 489-490. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 318-139.

la Santa Sede. Pedían que los sacerdotes filipinos ocuparan exclusivamente las dignidades de la Iglesia. Si Roma no aceptaba, formarían una Iglesia independiente con los mismos dogmas que la Iglesia Romana, pero separada de la obediencia y de la disciplina del Papa.

En este estado de cosas el día 3 de agosto de 1902 Isabelo de los Reyes, por iniciativa propia, sin consultar a Gregorio Aglipay, como él mismo cuenta, decidió proclamar solemnemente la *Iglesia Filipina Independiente*. Era una iglesia racionalista, sin grandes complicaciones doctrinales. Aglipay fue nombrado *Obispo Máximo*[22].

Según se justifica Aglipay, él no supo nada de antemano. En una carta del 20 de agosto del mismo año protestó enérgicamente contra la decisión de Isabelo de los Reyes de nombrarle *Obispo Máximo de la Iglesia Filipina Independiente.*

El 22 de septiembre, sin embargo, Gregorio Aglipay, escribe su primera *Carta Fundamental* en contra de la Iglesia Romana y a favor de la nueva Iglesia Filipina Independiente. La firmaban Isabelo de los Reyes y Simeón Mandac, como miembros del Comité Ejecutivo, y Aglipay como Obispo Máximo. La suerte estaba echada.

La decisión causó consternación en el país. La reacción de mayor repercusión y más fuerte fue la del sacerdote secular Jorge P. Barlin, de la diócesis de Nueva Cáceres. Rechazaba plenamente la dignidad de «obispillo» que le habían concedido. Era un sacerdote católico y quería morir como sacerdote católico.

La constitución papal *Quae Mare Sinico* (1902): Carta Magna de la Iglesia en Filipinas

Monseñor Placide Chapelle no tuvo sustituto hasta primeros de 1903, en la persona de Juan Bautista Guidi. Guidi era un hombre de gran experiencia diplomática, pues había sido nuncio en Colombia y, al decir del gobernador Taft, un hombre de vastos conocimientos y de una gran visión. Trataba todos los problemas con gran amplitud de concepto. Portaba consigo, al llegar a Manila, la bula papal *Quae Mare Sinico* de enorme importancia para la renovación de la Iglesia en Filipinas.

[22] «Carta de Isabelo de los Reyes, 3 de mayo, 1908», en la colección J.A. Robertson, MS., Biblioteca del Congreso de Washington. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 319-320.

Las recomendaciones principales sugerían que la Iglesia en Filipinas debía seguir apoyando en todo momento la creación de un clero local filipino de acuerdo con el espíritu de la Iglesia. Su formación era algo fundamental, preparándoles incluso para los cargos de mayor responsabilidad. Se les aconsejaba que bajo ninguna excusa se inmiscuyeran en cuestiones políticas, tan ajenas a la naturaleza del sacerdocio católico.

A los frailes se les pedía fidelidad a su carisma, como convenía a los religiosos de la Iglesia de Dios. Les indicaba una unión inviolable con el clero secular, trabajando todos juntos por la consolidación del reino de Dios en Filipinas. Finalmente se les pedía cumplir en cuanto párrocos la visita diocesana.

Con respecto a la cuestión más discutida en la historia de la Iglesia en Filipinas en los últimos tiempos, es decir, la de su vuelta a las parroquias, un problema candentísimo y que despertaba profundas divisiones en el clero filipino, el papa pedía a los obispos que decidieran ellos mismos su vuelta, si era necesaria para el bien de la Iglesia, pero siempre de acuerdo con los superiores religiosos [23].

La bula *Quae Mare Sinico* fue una bomba en Filipinas. Muchos de los sacerdotes que no habían cedido a las ofertas de Aglipay y de Isabelo de los Reyes se sentían traicionados. El golpe fue mayor al saber, poco tiempo después, que la Iglesia universal había nombrado ya obispos para las diferentes diócesis de Filipinas. Todos eran americanos. No había ningún filipino [24].

En este momento difícil, a pesar de todas las amenazas, no hubo ningún trasvase a la Iglesia Filipina Independiente. A lo largo de la crisis de la Iglesia en Filipinas desde el comienzo de la revolución, los padres Mariano Sevilla y Manuel Roxas, de la diócesis de Manila, ejercieron un papel determinante en el esfuerzo de mantener al clero fiel a Roma y a los obispos. Una vez llegado el delegado apostólico Guidi con la bula *Quae Mare Sinico*, un grupo de 55 sacerdotes, encabezados por Sevilla, le dirigieron una carta fechada el 21 de enero de 1903 afirmando su fidelidad inquebrantable al vicario de Cristo y su aceptación

[23] La bula «Quae Mare Sinico, Roma, 17 de septiembre, 1902», se encuentra en latín en Achútegui-Bernard, *op. cit.*, 4, pp. 240-243.

[24] «Carta Memorial del clero de Jaro al delegado apostólico Juan Bautista Guidi, 12 de enero, 1903», en Achútegui-Bernard, *op. cit.*, 4, pp. 240-243.

interna a la bula. Dado el prestigio de los firmantes, pronto se serenaron los ánimos [25].

La llegada de los cuatro obispos americanos en 1903 y 1904 pacificó incluso a los más exaltados sacerdotes. En Jaro, donde se habían resistido continuamente al obispo Ferrero, sí aceptaron al nuevo obispo monseñor Frederick Z. Rooker. Cuatro que habían abrazado el aglipayanismo siguieron firmes en su decisión. Monseñor Dionisio Dougherty tomó posesión de su diócesis de Nueva Segovia el 22 de octubre de 1903. Jeremías Harty entró en su diócesis de Manila en enero de 1904, casi al mismo tiempo que lo hacía en Cebú monseñor Thomas Hendrick. Para la sede de Nueva Cáceres el Papa nombró como administrador apostólico al padre Jorge Barlin. En 1906 sería nombrado obispo. Es el primer obispo filipino en la historia de la Iglesia.

Expansión del aglipayanismo

Conviene presentar una estadística de las pérdidas sufridas por la Iglesia en favor del aglipayanismo. En verdad, solamente 36 sacerdotes se pasaron al aglipayanismo. Casi todos procedían de Ilocos, concretamente de Ilocos Norte, la provincia de Aglipay. El número de sacerdotes filipinos ascendía a más de 600. La pérdida, numéricamente considerada, fue insignificante.

Mucho mayor fue la pérdida de fieles en todo el archipiélago filipino. Se calcula que durante los primeros años se pasaron a las filas del aglipayanismo un millón y medio de fieles. Suponía esto casi la cuarta parte de la población de Filipinas.

Normalmente, en los lugares donde el sacerdote católico había abrazado el cisma, el pueblo siguió sin más. Donde no había sacerdote católico, al ser expulsados los frailes, los fieles abrazaron el aglipayanismo al recibir un nuevo sacerdote aglipayano, recién ordenado por Aglipay. La mayoría de estos sacerdotes tenían una formación doctrinal muy pobre, pero en aquellos momentos aciagos por lo menos cumplían la función de administrar los sacramentos de la Iglesia a los que los fieles estaban acostumbrados.

[25] Cfr. «Protesta y Adhesión del Clero Filipino», *Libertas*, 21 de enero, 1903.

Fuera de la región de Ilocos, las zonas donde más fieles abrazaron el aglipayanismo fueron Nueva Vizcaya e Isabela, también pertenecientes a la diócesis de Nueva Segovia, y donde habían actuado los dominicos. En Antique, bajo la diócesis de Jaro, y en Misamis, en Mindanao, perteneciente a la diócesis de Cebú, que había sido zona de misión de jesuitas y recoletos, la gran mayoría de los fieles se convirtió al aglipayanismo. La razón fundamental fue la falta de clero católico y de misioneros.

El empuje final en el gran éxodo hacia el aglipayanismo lo dieron la masonería y los anticlericales que habían simpatizado con el nacionalismo filipino. Todos cabalgaban libremente en el carro del nacionalismo. La Iglesia aglipayana se componía únicamente de filipinos. El obispo máximo, Gregorio Aglipay, y todos sus obispos, eran nativos, como así lo eran sus sacerdotes. Este movimiento nativista satisfacía las aspiraciones nacionalistas de muchos. Sentían un gozo profundo al saber que para ser cristiano no se necesitaba la obediencia a Roma.

Un gran apoyo fue también el prestado por los miembros del Partido Federal. La mayoría de sus miembros pertenecía a las clases más ricas y acomodadas de Filipinas. Habían pactado con América y se habían entregado al gigante yanqui. América favorecía precisamente a ese Partido porque defendía sus intereses. En su anticlericalismo, en su enemistad con la Iglesia, en su odio hacia los frailes españoles, el Partido Federal apoyó moral y políticamente la causa de la Iglesia Filipina Independiente [26].

Entre los quebrantos más sensibles sufridos por la Iglesia destaca la toma de muchos conventos e iglesias en numerosos pueblos de Filipinas por los aglipayanos.

Las pérdidas, como dijimos antes, fueron menores en las zonas centrales como las islas Visayas, y en la isla de Luzón, donde el clero filipino era más numeroso y donde en su mayoría permaneció fiel a la Iglesia. En zonas más aisladas, apoyados por los gobernadores, políticos y autoridades municipales locales, pertenecientes casi todos al Partido Federal, se apoderaron sin contemplaciones de la iglesia, del convento, del cementerio y de las demás propiedades de la Iglesia. La pérdida fue enorme a todas luces.

[26] H. Stuntz, *op. cit.*, pp. 439-495.

Las cosas comenzaron a cambiar radicalmente en 1905 cuando el gobierno de Filipinas declaró que la decisión final sobre la posesión legal de las iglesias y conventos, con todas las demás propiedades, radicaba en la Corte Suprema de Filipinas. En 1906 esta institución decidió el caso de Barlin versus Ramírez a favor del primero. Ramírez era el único sacerdote católico de la diócesis de Nueva Cáceres que había pasado a las filas de Aglipay. Se había quedado con la iglesia y convento de Lagonoy. Barlin, administrador apostólico de Nueva Cáceres, llevando el caso a los tribunales, puso a prueba la validez jurídica de las posesiones que estaban en duda. Esa decisión a favor de la Iglesia Católica supuso un golpe mortal para el aglipayanismo. De ahí en adelante todo transcurrió fácilmente. Identificados los títulos, docenas de iglesias fueron devueltas a la Iglesia. En 1908, como afirma un gobernador general americano, el problema no existía ya [27]. Casi todas habían vuelto, más o menos pacíficamente, a la Iglesia Católica.

Renovación de la Iglesia (1910-1945)

Las dos primeras décadas de la ocupación americana fueron decisivas para la Iglesia, pues poco a poco se fue viendo la luz y hacia 1920 había pasado la crisis. Por aquel entonces el país estaba dividido eclesiásticamente en numerosas diócesis. Los obispos filipinos comenzaban a prevalecer sobre los americanos. Las cuestiones conflictivas que habían afectado a la Iglesia durante el período revolucionario y los primeros años de ocupación americana habían sido superados. Los frailes españoles, tan queridos por muchos y tan odiados por otros, habían abandonado sus parroquias. Años más tarde, a veces en buen número, regresaron para ocupar parroquias que habían regentado en siglos anteriores. El pueblo les daba la bienvenida. Las haciendas de los frailes, que tanta envidia habían despertado en los círculos de ilustrados y ricos filipinos, fueron compradas por el gobierno americano. Su venta supuso una tremenda liberación para los frailes. Libres tanto de las parroquias como de sus haciendas volvieron muchos de ellos a ser hombres de frontera y

[27] *Report of the Philippine Commission to the Secretary of War*, 1909, Washington, 1910, pp. 42-43.

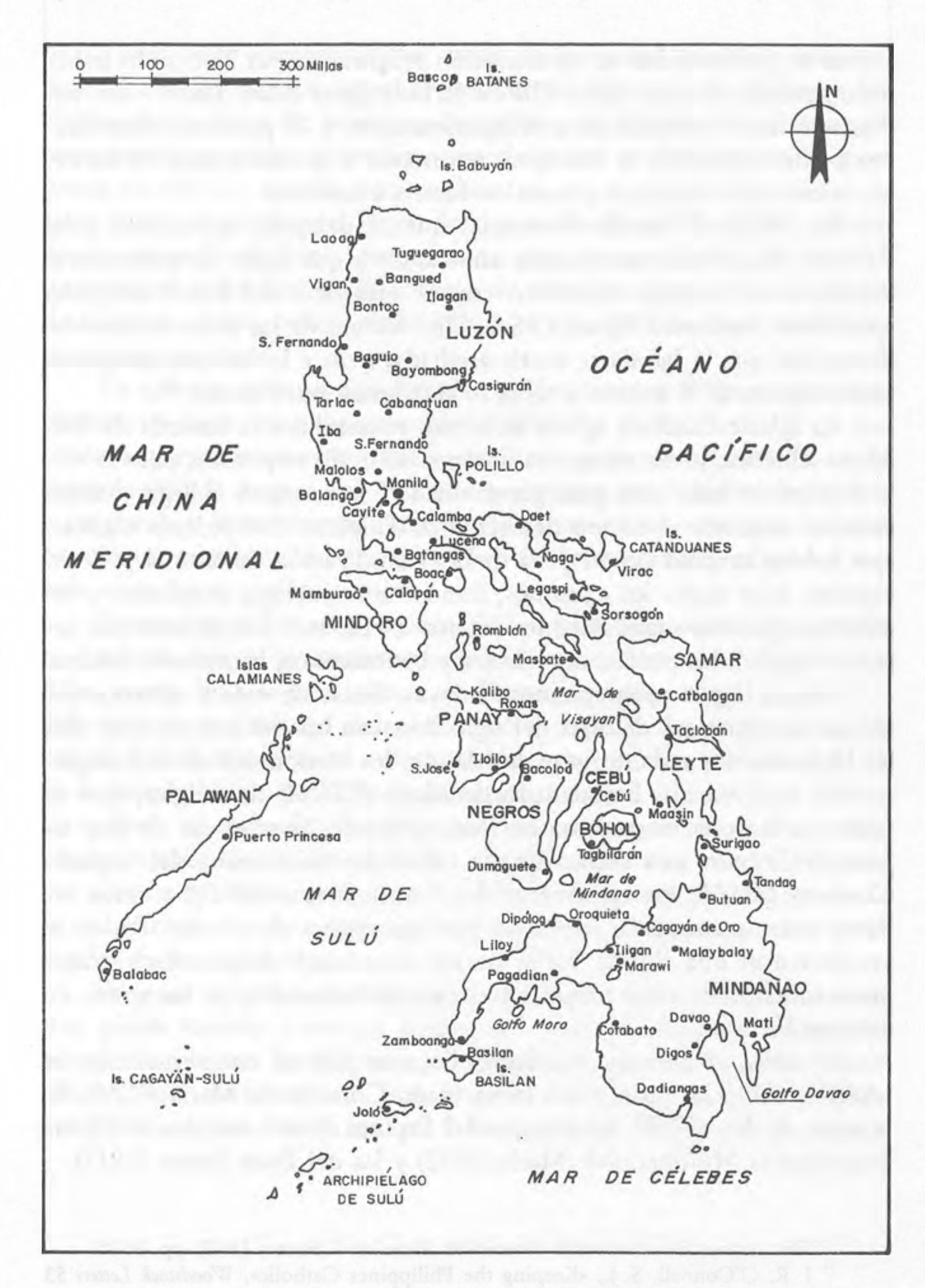


Ilustración n.° 10. Mapa moderno de Filipinas.

a vivir en profundidad su consagración religiosa, como bien se lo había recomendado el papa León XIII en la bula *Quae Mare Sinico*. Una vez desaparecido lo contencioso, el aglipayanismo y el protestantismo fueron perdiendo atractivo. Las aguas retornaron a su cauce, pero las secuelas, sobre todo religiosas y morales, fueron cuantiosas.

En 1907, el Sínodo Provincial que el delegado apostólico Juan Bautista Guidi había convocado años antes y que hubo de posponerse debido a su muerte, se celebró con la presencia del tercer delegado apostólico Ambrosio Agius, O.S.B. Una lectura de las actas del sínodo demuestra que la Iglesia se sentía asediada, pero a la vez prueba que se sentía segura de sí misma y sabía lo que tenía entre manos [28].

La Iglesia Católica, iglesia universal, respondió a la llamada de Filipinas. América, joven en su catolicismo, no pudo responder, pero la vieja Europa lo hizo con gran generosidad. Comenzaron a llegar nuevas órdenes religiosas al campo de acción de Filipinas. Las órdenes clásicas, que habían cargado con el peso de la evangelización durante el período español, tales como los agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos y recoletos, siguieron mandando misioneros a Filipinas. Las últimas del período español, los paúles, capuchinos y benedictinos, hicieron lo mismo.

Ahora llegan congregaciones nuevas, llenas de vida y dinamismo. En las dos primeras décadas del siglo destacan los misioneros Mill Hill de Holanda; los redentoristas de Irlanda; los misioneros de la Congregación del Corazón Inmaculado de María *(CICM)* de Bélgica, que se fueron a la zona montañosa en Luzón, donde hasta el día de hoy siguen realizando una extraordinaria labor; los misioneros del Sagrado Corazón *(MSH)*; los misioneros del Verbo Divino *(SVD)*, y otras órdenes menos conocidas, pero no por eso dignas de olvido. Todos se encaminaron allá donde había mayor necesidad. Actualmente continúan muchos de ellos firmes en el campo de batalla, en las zonas de frontera [29].

Durante el período americano llegaron nuevas congregaciones de mujeres, como las monjas del Inmaculado Corazón de María *(ICM)*, de la rama de los *CICM*; las monjas del Espíritu Santo, con los *SVD*; las Franciscanas Misioneras de María (1912) y las del Buen Pastor (1912).

[28] Cfr. *Acta et Decreta Concilii Provincialis Manilani I* (Roma, 1910), pp. 28-30.

[29] J. R. O'Connell, S. J., «Keeping the Philippines Catholic», *Woodstock Letters* 53 (1924), pp. 322-325. Cfr. Schumacher, *op. cit.*, pp. 258-259.

Todas estas congregaciones, tanto de hombres como de mujeres, visto el desafío que los colegios protestantes ofrecían a la Iglesia y los efectos destructivos de la educación pública en Filipinas, en manos de protestantes, masones y católicos anticlericales, se dedicaron a la enseñanza no sólo en Manila sino también en sus respectivas zonas de misión. Poco a poco fueron logrando una intelectualidad católica, segura de sí misma, y ya jamás avergonzada ante los graduados de escuelas protestantes y del Estado. El proceso de revitalización y modernización de la Iglesia había tenido lugar. Hacia el año 1920 la crisis estaba básicamente superada.

Lo que las órdenes mendicantes no hicieron en Filipinas fue recibir nativos en su seno. Los sacerdotes filipinos, de los cuales se ha hablado largamente en este trabajo, eran casi todos seculares. Ya en la segunda década de este siglo las nuevas órdenes procedentes de Europa y los jesuitas, comenzaron a aceptar filipinos en su seno. Las órdenes mendicantes imitaron su ejemplo. Hoy día los sacerdotes religiosos son más numerosos que los seculares.

Que en aquellos años críticos de la revolución contra España no se perdiera más y se conservara tanto, cuando parecía imposible, se debe, aparte de a la providencia de Dios que siempre protege su viña, a la valentía y fidelidad del clero nativo filipino. Su positiva actitud con la Iglesia se probó en circunstancias muy difíciles y duras para él. Si se piensa en las pérdidas que Inglaterra sufrió con Enrique VIII o las todavía mayores de Alemania con Lutero, lo que se perdió en Filipinas a principios de este siglo fue muy poco. Es una prueba palmaria del acendrado catolicismo de un pueblo y del profundo arraigo de la fe en su clero, a veces menospreciado por los extranjeros, sobre todo por los frailes españoles.

Filipinas y su Iglesia demuestra al mundo que el cristianismo en Asia puede triunfar y ser tan autóctono como en cualquier nación del mundo occidental. En Filipinas el cristianismo presenta un rostro apostólico y un rostro asiático. Hoy se pide a Filipinas ser MISIONERA, porque misioneros fueron los que la incorporaron a la viña de Jesucristo.

Todas estas congregaciones, tanto de hombres como de mujeres, visto el desafío que los colegios protestantes ofrecían a la Iglesia y los efectos destructivos de la educación pública en Filipinas en manos de protestantes, masones y católicos anticlericales, se dedicaron a la enseñanza no sólo en Manila sino también en sus respectivas demarcaciones. Poco a poco fueron logrando una intelectualidad católica, segura de sí misma y ya jamás avergonzada ante los graduados de escuelas protestantes y del Estado. El proceso de revitalización y modernización de la Iglesia había tenido lugar. Hacia el año 1920 la crisis estaba seguramente superada.

Lo que las órdenes mendicantes no hicieron en Filipinas fue acercar a nativos en su seno. Los sacerdotes filipinos, de los cuales se ha hablado largamente en este trabajo, eran casi todos seculares. Ya en la segunda década de este siglo las nuevas órdenes, procedentes de Europa, y los jesuitas, comenzaron a aceptar filipinos en su seno. Las órdenes mendicantes imitaron su ejemplo. Hoy día los sacerdotes religiosos son más numerosos que los seculares.

Que en aquellos años críticos de la revolución contra España no se perdiera más, si se considera tanta, cuando parecía imposible que debe, aparte de a la providencia de Dios que siempre protege su viña, a la valentía y fidelidad del clero nativo filipino. Su positiva actitud con la Iglesia se probó en circunstancias muy difíciles y duras para él. Si se piensa en las pérdidas que Inglaterra sufrió con Enrique VIII en las todavía mayores del Norte de Alemania con Lutero, lo que se perdió en Filipinas a principios de este siglo fue muy poco. Es una prueba palmaria del acendrado catolicismo de un pueblo y del profundo arraigo de la fe en su alma, a veces menospreciado por los extranjeros, sobre todo por los frailes españoles.

Filipinas y su Iglesia demuestran al mundo que el cristianismo en Asia puede triunfar y ser tan autóctono como en cualquier nación del mundo occidental. En Filipinas el cristianismo presenta un rostro apostólico y auténticamente asiático. Hoy se pide a Filipinas ser MISIONERA, porque misioneros fueron los que la incorporaron a la Viña de Jesucristo.

APÉNDICES

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

Nuestra historia cubre la época de colonización española de 1565 a 1900. Intentamos presentar el quehacer de la Iglesia en Filipinas durante 333 años. Es una historia básicamente temática, pero una vez iniciada una idea la seguimos cronológicamente hasta su desenlace lógico.

Para situar la historia en su propio contexto comenzamos con el estado religioso, político y social de Filipinas con el que se encuentra España. El cristianismo venía a elevar y superar la religión politeísta y animista de los primeros habitantes de Filipinas.

No se entiende la llegada de España a Filipinas sin encuadrar ese hecho en la época de los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI, cuando las dos naciones ibéricas, España y Portugal, jugaron un papel preponderante. Con España llegó el cristianismo a Filipinas.

Una vez *in situ*, fueron los frailes los que iniciaron y condujeron a feliz término la cristianización de Filipinas. Se distinguen principalmente en esta tarea cinco órdenes religiosas: los agustinos, franciscanos, jesuítas, dominicos y recoletos. A ellos se debe fundamentalmente el que Filipinas sea hoy el único país cristiano de Asia.

A los pocos años de la llegada del cristianismo, pacificado ya el país, asentados los españoles en diferentes lugares (sobre todo en Manila), y ya con buen número de filipinos convertidos, el rey pide la constitución de Filipinas como diócesis. La Santa Sede nombra en 1578 a su primer obispo, el dominico Domingo de Salazar. En 1595 se erigen tres nuevas diócesis, que fueron, la de Nueva Segovia, la de Nueva Cáceres –las dos en Luzón– y la del Santísimo Nombre de Jesús, inmensa y con sede en Cebú, cuna del cristianismo en Filipinas. Sólo en 1865 se vuelve a erigir una nueva diócesis, la de Jaro, en Iloilo, desgajada de la de Cebú.

Un acontecimiento eclesial de primera magnitud en la historia de Filipinas fue la celebración del Sínodo de Manila (1581-1586), convocado y presidido

por su primer obispo, con la asistencia de algunos seglares. Se discutieron en él problemas de candente actualidad, como la legitimadad de la conquista, el modo de predicar el evangelio a los paganos y el problema de la encomienda y gobierno nativo. Colocó la conquista sobre unas bases justas.

Al igual que en América, en Filipinas se luchó, durante el período español, por la justicia y la liberación de los filipinos. Los primeros agustinos, franciscanos y dominicos fueron defensores de los derechos de los filipinos. La cuestión de la lucha por la justicia se extiende el inicio de la conquista hasta 1700, cuando ya se había creado un país básicamente cristiano.

Un tema tratado con bastante detalle en la metodología misional y la vida sacramental en Filipinas de 1565 a 1800. En Filipinas se ensayó poco. Los misioneros bebieron generosamente de la fuente de la experiencia mejicana. En 1594 se dividió el país misionalmente y las cinco órdenes religiosas, fieles a su peculiar carisma, llevaron a cabo, en el tiempo y en el espacio, la cristianización de Filipinas con respeto enorme a la idiosincrasia y cultura filipinas. Los misioneros entendían el significado de culturización.

Una de las mayores contribuciones de la Iglesia en Filipinas, aparte de la cristianización del país, fue el sistema de educación implantado para elevar su nivel cultural y social. Los religiosos, hombres cultos y renacentistas, pusieron manos a la obra en la realización del edificio educacional de Filipinas. Nos ocupamos del tema a lo largo de todo el período español, es decir, de 1565 a 1900. Ponemos un mayor énfasis en la universidad de Santo Tomás de Manila, por haber desempeñado un papel primordial en el nacimiento de la nación filipina.

Otro de los grandes temas desarrollados es la labor social de la Iglesia en Filipinas de 1565 a 1898. Casi todas las instituciones sociales del mundo occidental fueron creadas por la Iglesia. En Filipinas los frailes, fieles a esta tradición humanitaria, hicieron lo mismo. Crearon hospitales, asilos, orfanatos y otras obras similares en pro del pobre y abandonado. Muchas de estas instituciones siguen todavía hoy en pie, algunas dirigidas por la Iglesia, otras ya en manos del gobierno.

La Iglesia presume de seguir fiel a los principios de Jesucristo, el príncipe de la paz. Y lo puso en práctica en Filipinas durante todo el período español. La Iglesia fue portadora y embajadora de la paz durante las diferentes rebeliones contra la presencia española en el país. Se puede hablar, con toda justicia, de la *Pax Hispanica* en Filipinas durante el período español.

La presencia de España en Filipinas no tuvo grandes dificultades, pero dos fuerzas externas desafiaron a los españoles y les obligaron a hacer un gran esfuerzo por continuar en el país. Cambiaron el proceso de hispanización y retrasaron el proceso de Cristianización. Holanda por cierto tiempo y los moros del sur de Filipinas fueron una prolongada espina en la carne de Filipinas. To-

camos el tema desde sus comienzos en 1600 hasta 1850, cuando la piratería mora fue vencida finalmente por España.

Uno de los grandes errores de los frailes en Filipinas, según dicen sus críticos, fue el no haber creado a tiempo un buen clero nativo filipino. Analizamos el problema desde sus comienzos de 1700 y lo llevamos hasta finales del período español. El nacionalismo filipino nació con los clérigos nativos. No puede entenderse el nacionalismo filipino y la independencia del país, sin estudiar la creación de un clero nativo y los problemas de la visita diocesana y la secularización de las parroquias.

Los misioneros llegaron a Filipinas movidos por el «cebo» de China. Su gran ilusión era abrir las puertas del Celeste Imperio al Evangelio de Cristo. Filipinas era un trampolín, un puente hacia los grandes reinos del Oriente. Durante todo el período español de 1565 a 1900 Filipinas fue centro de irradiación misionera. En nuestra obra incluimos tres capítulos donde se trata precisamente esta proyección misionera. Sin Filipinas no se habrían mantenido fácilmente las misiones en Japón, Formosa, China y demás reinos del Oriente. Es vital comprender esta proyección misionera desde Filipinas para poder comprender en profundidad y extensión toda la labor de la Iglesia en el Oriente.

El trabajo presenta en sus dos últimos capítulos el último siglo de la presencia española en Filipinas y la obra de la Iglesia en tal período. El siglo XIX fue triste para España y triste, en gran medida, para Filipinas. Se dio una notable decadencia de celo y entrega en los misioneros durante la primera mitad del siglo. La segunda mitad experimenta un renacimiento religioso. Las ideas nacidas de la Revolución Francesa se dejaron sentir también en Filipinas. Muchos de los españoles llegados a Filipinas durante todo el siglo XIX hicieron enorme daño a los filipinos con su irreligiosidad. La alienación de España comenzó en gran parte debido a ese mal ejemplo y explotación por parte de los españoles.

Termina el libro pasando revista al movimiento nacionalista, creación del clero filipino, y heredado luego por los miembros de *La Propaganda*, que ya eran más antiespañoles y anticatólicos. Llevamos nuestra historia hasta bien entrado el período americano para ver la crisis que sufrió la Iglesia en Filipinas y su final liberación hacia la segunda década del siglo XX.

camos el tema desde sus comienzos en 1600 hasta 1850, cuando la mirandemora fue vencida finalmente por España.

Uno de los grandes errores de los frailes en Filipinas, según dicen sus críticos, fue el no haber creado a tiempo un buen clero nativo filipino. Analizamos el problema desde sus comienzos de 1590 y lo llevamos hasta finales del período español. El nacionalismo filipino nació con los clérigos nativos. No puede entenderse el nacionalismo filipino y la independencia del país, sin estudiar la creación de un clero nativo y los problemas de la visita diocesana y la secularización de las parroquias.

Los misioneros llegaron a Filipinas movidos por el «eco» de China. Su gran ilusión era abrir las puertas del Celeste Imperio al Evangelio de Cristo. Filipinas era un trampolín, un puente hacia los grandes reinos del Oriente. Durante todo el período español de 1565 a 1900 Filipinas fue centro de irradiación misionera. En nuestra obra incluimos tres capítulos donde se trata precisamente esta proyección misionera. Sin Filipinas no se habrían mantenido fácilmente las misiones en Japón, Formosa, China y demás reinos del Oriente. Es vital comprender esta proyección misionera desde Filipinas para poder comprender en profundidad y extensión toda la labor de la Iglesia en el Oriente.

El trabajo presenta en sus dos últimos capítulos el último siglo de la presencia española en Filipinas y la obra de la Iglesia en tal período. El siglo XIX fue triste para España y triste, en gran medida, para Filipinas. Se dio una notable decadencia de celo y entrega en los misioneros durante la primera mitad del siglo. La segunda mitad experimenta un renacimiento religioso. Las ideas nacidas de la Revolución Francesa se dejaron sentir también en Filipinas. Muchos de los españoles llegados a Filipinas durante todo el siglo XIX hicieron enorme daño a los filipinos con su irreligiosidad. La alienación de España comenzó en gran parte debido a ese mal ejemplo y explotación por parte de los españoles.

Termina el libro pasando revista al movimiento nacionalista, creación del clero filipino, y heredado luego por los miembros de *La Propaganda*, que ya eran más antiespañoles y anticatólicos. Llevamos nuestra historia hasta bien entrado el período americano para ver la crisis que sufrió la Iglesia en Filipinas y su final liberación hacia la segunda década del siglo XX.

BIOGRAFÍAS

Anda y Salazar, Simón de. Gobernador interino durante la ocupación inglesa de 1762 a 1764. Gobernador de *pleno iure* entre 1770 y 1776. Defensor de los derechos de la corona, puso en práctica la secularización de las parroquias, removiendo a los agustinos y franciscanos de sus ministerios. Antes de morir cambió de política y se opuso a la secularización de las parroquias.

Basco y Vargas, José. Gobernador general de Filipinas (1778-1787). Impulsó la agricultura y el comercio, fundando la Sociedad Económica de Amigos del País. Incorporó las Islas Batanes a Filipinas con su capital Basco. Con él Filipinas obtiene su máximo desarrollo económico, político y social y un gran equilibrio en la evangelización.

Bautista, san Pedro, O.F.M. Misionero en Filipinas de 1583 a 1593. Trabajador infatigable y fundador de pueblos e iglesias. Embajador y misionero en Japón en la corte del *shogun* Toyotomi Hideyoshi en 1593. Murió crucificado con san Pablo Miki y muchos compañeros en Nagasaki en 1597. Protomártir de Japón. Canonizado por Pío IX.

Benavides, Miguel de, O.P. Llegó a Filipinas con la primera misión dominicana en 1587. Misionero entre los chinos de Manila. Visitó China en 1590 y acompañó a Salazar en su visita a España en 1591. Fue nombrado obispo de Nueva Segovia en 1595 y arzobispo de Manila de 1603 a 1605. Fundador de la universidad de Santo Tomás de Manila.

Burgos, José. Cura secular mestizo. Continuador del espíritu de Peláez, pero más antifraile. Defensor de los derechos del clero nativo filipino y del pueblo. Inclinado hacia un nacionalismo fuerte. Doctor en teología, derecho canónico y licenciado en filosofía. Acusado de participar en el motín de Cavite de 1872, fue ejecutado en febrero de ese mismo año.

Camacho y Ávila, Diego. Arzobispo de Manila (1696-1705). Pertenecía al clero secular. Fracasó en su intento de llevar a cabo la visita diocesana. Comenzó en serio la institución de un seminario y la formación del clero nativo filipino. Apoyó el proyecto del *abate* Sidoti de establecer un seminario «internacional» para todo el Extremo Oriente. Se le puede llamar el padre del clero filipino.

Dasmariñas, Gómez Pérez. Gobernador de Filipinas (1590-1593). Construyó las murallas de Manila. Discutió fuertemente con Salazar sobre la cobranza de tributos a los infieles. Encauzó bien la pacificación de Filipinas. Fue asesinado por remeros chinos cuando, a la cabeza de una expedición militar, se dirigía a conquistar las Molucas. Bienhechor del pueblo filipino.

Guerrero, Hernando, O.S.A. Misionero en Filipinas y constructor de numerosas iglesias de piedra. Consagrado obispo de Cebú en 1628, pasó a la silla de Manila en 1632. Tuvo grandes disputas con las autoridades civiles, siendo exilado a la isla de Corregidor. Defendió a los filipinos contra las exacciones de los oficiales españoles durante las guerras hispano-holandesas.

Legazpi, Miguel López de. Fue nombrado general de la expedición a Filipinas que partió de Méjico en 1564. En 1565 comenzó la conquista y murió en 1572, poco después de establecer Manila como capital del archipiélago. Buen militar y administrador. Gobernó con gran respeto hacia los filipinos. Se le puede llamar con justicia el *Pacificador de Filipinas.*

Nozaleda, Bernardino, O.P. Último arzobispo de Manila (1889-1902) durante el período español. Se opuso a la toma del poder eclesiástico por parte de los curas nativos filipinos. Regresó a Roma y España, siendo nombrado arzobispo de Valencia. No pudo tomar posesión de su sede por la oposición de algunos políticos españoles.

Pardo, Felipe, O.P. Arzobispo de Manila (1677-1689). Profesor y rector de la universidad de Santo Tomás de Manila. Durante su episcopado tuvo grandes conflictos con las autoridades civiles, que le exilaron a Lingayen, Pangasinán. Se opuso al establecimiento de un colegio para formación del clero nativo. A su muerte donó una suma fabulosa para establecer un colegio de nativos.

Peláez, Pedro. Sacerdote secular criollo. Se colocó al lado de los clérigos nativos filipinos en su disputa contra los frailes españoles. Iniciador y padre del clero nacionalista filipino. Se opuso a la vuelta de los frailes a sus parroquias. Doctor en teología, culto y piadoso. Murió trágicamente en el terremoto de 1863, en el coro de la catedral de Manila.

Plasencia, Juan de, O.F.M. Llegó con los primeros franciscanos a Filipinas en 1578. Misionero en Tayabas (Quezon) y Laguna. Pionero de las «reducciones» en Filipinas. Fundador de pueblos y constructor de caminos. Escritor y antropólogo. Su mejor obra se llama *Costumbres de los tagalos* (1589), una joya de antropología religiosa y cultural.

Poblete, Miguel de. Arzobispo de Manila (1653-1667). Pertenecía al clero secular y había nacido en Méjico. Edificó la catedral de planta nueva en Manila. Intervino positivamente en las disputas internas entre los franciscanos y también en las disputas entre los propios agustinos. Participó activamente en la conquista y evangelización de las Marianas.

Rada, Martín de, O.S.A. Misionero, llegó con la primera misión agustina a Filipinas en 1565. Salió para China en 1575 con el enviado imperial Omoncón. Luchador por la justicia y defensor de los filipinos. Matemático y cartógrafo. Sus muchos escritos abrieron los ojos de los eruditos europeos a la maravilla del Oriente.

Salazar, Domingo de, O.P. Misionero en Méjico y Florida (1553-1575). Defensor de los indios y procurador de las Cortes de Madrid y Roma. Primer obispo de Filipinas (1578-1594). Llegó a Filipinas en 1581. Convocó y presidió el Sínodo de Manila (1581-1586). La Iglesia creció enormemente debido a su esfuerzo. Luchador por la justicia y la humanización. Hombre de gran santidad de vida. Quizá sea el personaje de mayor importancia en la historia de la Iglesia en Filipinas. Responsable de abundante legislación en favor de los filipinos. Padre de la Iglesia de Filipinas.

Sánchez, Alonso, S.J. Compañero de Antonio Sedeño. Embajador en China en 1582 y 1584. Defendía la necesidad de conquista armada en China para abrir las puertas al Evangelio. Embajador extraordinario de todos los estados de Filipinas en 1586. Influyó mucho en Domingo de Salazar y en la colonia española de Manila.

Sancho de Santa Justa y Rufina, Basilio. Religioso escolapio y arzobispo de Manila (1767-1789). Enemigo de jesuitas y frailes. Llegó a Filipinas con ganas de «sentar la mano» a los frailes. Impuso la visita diocesana. Secularizó las parroquias de su diócesis, entregando la mayoría al clero secular filipino. Ordenó muchos curas nativos, sin buena preparación.

Sedeño, Antonio, S.J. Fundador de la primera misión jesuita en Filipinas. Con él se estableció la viceprovincia jesuita. Extendió el radio de acción a las islas Visayas y Mindanao. Gran arquitecto, dirigió la construcción de las murallas de Manila. Enseñó a los filipinos el arte de construir en piedra.

Serrano, Miguel García, O.S.A. Misionero en Filipinas por muchos años. Elegido obispo de Nueva Segovia en 1617, pasó en 1618 a Manila. Recibió a la madre Jerónima de la Asunción, fundadora del monasterio de Santa Clara de Manila. Logró del papa Urbano VIII que se aplicaran en Filipinas las actas de los Concilios de Méjico.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Aduarte, Diego, O.P., *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China*, ed. moderna de Manuel Ferrero, O.P., 2 vols., Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1962. Aduarte presenta la historia de las misiones dominicanas en Filipinas y el Extremo Oriente hasta el año 1636. La edición príncipe es de 1640. Es una obra rica en el estudio de las costumbres de los antiguos filipinos. Trata con más detalle las misiones dominicanas en Cagayán y en Pangasinán.

Blair, Emma Helen, Robertson, James Alexander, *The Philippine Islands, 1493-1898*, 55 vols., Cleveland, 1903-1909. Quizá sea la obra más importante para el estudio de la historia de Filipinas, tanto eclesiástica como civil, durante el período español. Reproduce obras clásicas escritas por los cronistas de las órdenes religiosas, algunas ya raras. Sobre todo publica miles de documentos originales del Archivo de Indias, en traducción inglesa y, en el caso de Loarca, también en español. Es el *Migne* de la historia de Filipinas.

Boxer, Charles, *The Christian Century in Japan: 1549-1650*, University of California Press, 1974. Este investigador inglés muestra cómo escribir con erudición y con elegancia el llamado *Siglo Cristiano de Japón*. Aunque no trata de Filipinas, es importante para el estudio de las misiones católicas en el Oriente.

Colín, Francisco, S.J., Pastells, Pablo, S.J., *Labor Evangélica de los Obreros de la Compañía de Jesús de Filipinas*, 3 vols., Barcelona, 1902. Esta obra es una reedición de la obra de Colín, publicada originalmente en Madrid en 1663, que llega hasta 1616. Pastells presenta sobre todo innumerables documentos originales del Archivo de Indias. Libro ya casi raro, de gran utilidad al historiador e investigador. Hace hincapié en la labor de la Compañía de Jesús en Filipinas.

Concepción, Juan de la, O.R.S.A., *Historia general de Filipinas*, 14 vols., Manila, 1788-1792. Es la principal obra de un recoleto sobre la historia de Filipinas, que pone mayor énfasis en la historia eclesiástica. Llega hasta el año 1759. Extraordinaria en el sentido de que es la primera obra sintética sobre Filipinas hasta el siglo XIX. Riquísima en información y documentación.

Chirino, Pedro, S.J., *Relación de las Islas Filipinas*, ed. moderna, Historical Conservation Society, Manila, 1969. Esta obra publicada originalmente en Roma en 1604, presenta la historia de los jesuitas desde comienzos de su misión en Filipinas hasta principios del siglo XVII. Describe, además, con pinceladas muy exactas, la cultura, religión y costumbres de los filipinos en el tiempo de la llegada de España. Gran obra de antropología religiosa y cultural.

Costa, Horacio de la, S.J., *The Jesuits in the Philippines: 1581-1768*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1961. Estudio moderno sobre la labor de los jesuitas en Filipinas desde su llegada en 1581 hasta su expulsión en 1768. Historia muy completa y documentada. Extraordinaria para los jesuitas, pero utilísima también para todo el período español hasta 1768. Escrita con gusto y elegancia. Nosotros la calificamos de maestra.

Fernández, Pablo, O.P., *History of the Church in the Philippines: 1521-1898*, Manila, 1979. Es la mejor historia reciente que conocemos. Pasa revista a toda la historia de la Iglesia en Filipinas desde sus comienzos hasta el año 1900. No es tanto una historia cronológica como temática. Muy completa y utilísima por el historiador. Se apoya a menudo en fuentes manuscritas de los archivos dominicanos.

Ferrando, Juan, O.P., Fonseca, Joaquín, O.P., *Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas y en sus misiones del Japón, China, Tungkin y Formosa*, 6 vols., Madrid, 1870-1872. Muestra la historia completa de los dominicos en sus misiones de Filipinas y Oriente. Basada en historiadores dominicos anteriores, tales como Aduarte, Santa Cruz, Salazar y Collantes. Llega hasta mediados del siglo XIX. Rica en documentos manuscritos.

Huerta, Félix de, O.F.M., *Estado geográfico, topográfico, estadístico, histórico-religioso de la Santa y Apostólica Provincia de San Gregorio Magno en las Islas Filipinas*, Binondo, 1865. Es una buena historia de las misiones franciscanas en Filipinas hasta el año 1865. Da información geográfica, histórica y estadística sobre las Islas Filipinas. Fuente inagotable de información, muy segura en general. Basada en historias franciscanas anteriores.

Marín Morales, Valentín, O.P., *Ensayo de una síntesis de los trabajos realizados por las corporaciones religiosas de Filipinas*, 2 vols., Manila, 1901. Libro respuesta

a los ataques contra la Iglesia al final del período español. Riquísimo en información acerca de cualquier aspecto de la labor realizada por la Iglesia en Filipinas. Polémico, pero bien documentado. Enfatiza la labor social y religiosa de la Iglesia.

Morga, Antonio, *Sucesos de las Islas Filipinas*, ed. de W.E. Retana, Madrid, 1909. La historia de Filipinas ha sido escrita por historiadores eclesiásticos. Morga es el único seglar. Cubre hasta primeros del siglo XVII. Morga fue testigo de muchos hechos. Publicada originalmente en Méjico en 1609. El último capítulo habla sobre la cultura, religión y costumbres de los filipinos, aunque no añade mucho a Loarca y Plasencia.

Phelan, John Leddy, *The Hispanization of the Philippines. Spanish Aims and Filipino Responses, 1565-1700*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1959. Libro contemporáneo, utilísimo para el estudio del período español desde 1565 hasta 1700. Obra pionera e innovadora de etnohistoria, estudia el impacto del catolicismo en el pueblo filipino y la respuesta del pueblo al catolicismo. Ha captado la naturaleza de la labor de la Iglesia y de España en Filipinas y su aporte a la creación de la nación filipina.

Retana, Wenceslao E., *Aparato bibliográfico de la historia general de Filipinas*, 3 vols., Madrid, Minuesa de los Ríos, 1906. Se limita exclusivamente al período español. A pesar de esto es indispensable para el estudio de la historia general de Filipinas, sobre todo de la historia eclesiástica. Retana introdujo anotaciones, algunas muy largas, que son de gran utilidad para los investigadores.

Rodríguez, Isacio R., O.S.A., *Historia de la Provincia Agustiniana del Smo. Nombre de Jesús en Filipinas*, 22 vols., Manila-España, 1965-1991. Trabajo monumental y de gran erudición. Rodríguez presenta en esta vasta obra la labor realizada por los agustinos en Filipinas. Tiene *Bibliografía, Monumenta Agustiniana*, que es un tesoro documental inigualable, y una *Historia Agustiniana*. Muy buena para los primeros siglos del período español. Los documentos están sacados de los archivos del universo entero.

San Agustín, Gaspar, O.S.A., *Conquistas de las Islas Filipinas*, ed. de Manuel Merino, O.S.A., Madrid, 1975. Historia de los agustinos en Filipinas hasta 1614. Incluye la labor de España en Filipinas –la conquista temporal y la labor de la Iglesia– la conquista espiritual. Importante también para la historia de las misiones en China. Rica en documentos originales y decretos reales. Publicada originalmente en Madrid en 1698.

San Antonio, Juan Francisco de, O.F.M., *Chrónicas de la Apostólica Provincia de San Gregorio Magno de Religiosos Descalzos de N.S.P. San Francisco en las*

Islas Filipinas, China, Japón, etc., 3 vols., Manila, 1738-1744. La *Historia* de M. de Ribadeneira, rica para las misiones de Japón y métodos de misionología, y la *Crónica* de Francisco de Santa Inés, encuentran su gran complemento en esta obra de San Antonio. Publicada a mediados del siglo XVIII es más precisa y extensa que la de Santa Inés. Muy útil no sólo para la historia franciscana, sino también para la historia de la Iglesia en Filipinas.

Schumacher, John N., S.J., *Readings in Philippine Church History*, Ateneo de Manila University, Quezon City, 1979. Schumacher es el escritor más prolífico sobre temas de historia de la Iglesia en Filipinas. Este libro *Readings*, o selección de documentos sobre la historia de la Iglesia en Filipinas, constituye una gran ayuda para el historiador. Comienza con la llegada de España y prosigue hasta su fin. Hay abundancia de textos referentes a jesuitas, sobre todo de la segunda mitad del siglo XIX.

Streit, Robert, O.M.I., Dindinger, Johannes, O.M.I., *Bibliotheca Missionum*, 21 vols., Münster-Aachen: 1916-1955. La bibliografía más extensa y completa de la Iglesia de Filipinas se encuentra en esta obra, especialmente en los volúmenes IV (1560-1599); V (1600-1699); VI (1700-1799) y IX (1800-1909). Cita no sólo obras impresas, algunas rarísimas, sino también documentos manuscritos de los principales archivos del mundo. De máximo valor para el investigador.

Torres Lanzas, Pedro, Pastells, Pablo, S.J., *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas existentes en el Archivo General de Indias*, 7 vols., Barcelona, 1925-1932. El catálogo trata de la historia eclesiástica y civil filipina hasta mediados del siglo XVIII. Contiene una *historia* y un *catálogo* de documentos. Extremadamente útil para el investigador y el historiador. Lanzas fue director del archivo de Indias y el jesuita Pastells pasó largos años investigando y copiando documentos de tal archivo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

El libro *Historia de la Iglesia en Filipinas,* de Lucio Gutiérrez, forma parte de la Colección «Iglesia Católica en el Nuevo Mundo», dirigida por el Profesor Alberto de la Hera, Catedrático de Historia de América de la Universidad Complutense de Madrid.

COLECCIÓN IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

- Los dominicos en América.
- Religiosos en Hispanoamérica.
- Iglesia y religión en los Estados Unidos y Canadá.
- Historia de la Iglesia en Filipinas.

En preparación:

- Los franciscanos en América.
- Jerarquía eclesiástica americana.
- Estado e Iglesia.
- Misiones del Paraguay.
- La Iglesia en la América del IV Centenario.
- Historia de la Iglesia en Brasil.
- Los jesuitas en América.
- La Iglesia Católica y América.
- El siglo XIX: la Iglesia en la América independiente.
- El siglo XX: la Iglesia en la América actual.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



EDITORIAL
MAPFRE